



LAS PUERTAS DEL PARAISO

V. C. ANDREWS

Lectulandia

Aterrada ante la tragedia, desesperada y sola, la hija de Heaven Leigh se aferra al más frágil de los sueños. El accidente de tráfico que mató a Heaven y a Logan dejó a Annie Casteel Stonewall huérfana y con las piernas paralizadas. Llevada en seguida a Farthinggale Manor por el posesivo Tony Tatterton, Annie suspira por la pérdida de su familia, pero, especialmente, por Luke, su hermanastro, amigo de su infancia, príncipe de su fantasía...

Lectulandia

V. C. Andrews

Las puertas del paraíso

Los Casteel - 4

ePub r1.0

Titivillus 24.04.16

Título original: *Gates of Paradise*
V. C. Andrews, 1989
Traducción: Lorenzo Cortina
Diseño de cubierta: Harishka

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

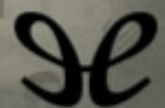


3

años aniversario

más años libros, más libros

edición conmemorativa



Dedicada a todos aquellos
que han sufrido, pasado hambre
y privaciones,
y han sobrevivido para triunfar.

Prólogo

De todo cuanto me es posible recordar, la única persona con la que podía compartir mis más íntimos secretos era Luke Casteel. Era como si sólo estuviese realmente viva cuando él se encontraba a mi lado y, en lo más profundo y secreto de mi corazón, sabía que él sentía del mismo modo, aunque nunca, se atreviera a manifestar lo más mínimo al respecto. Deseaba mirarle, contemplarme para siempre en aquellos suaves y oscuros ojos de zafiro, y decirle lo que de veras sentía. Pero esas palabras estaban prohibidas. Él era mi hermanastro.

Sin embargo, existían momentos en que nos mirábamos continuamente sin que ninguno de los dos fuese consciente de ello, y sin temer que se descubriese nuestro secreto. Eso sucedía en los momentos en que lo pintaba.

Él siempre estaba dispuesto a hacer de modelo para mí. Con el caballete entre ambos, y mi mundo artístico que hacía las veces de una especie de escaparate, podía mantenerme muy cerca de su moreno rostro de perfectas formas y altos pómulos, y me era posible captar el aspecto de aquellos sueltos y negros mechones de su cabello, que le caían siempre sobre la frente.

Luke tenía el cabello de mi tía Fanny, pero también los profundos ojos azules y la perfecta nariz de mi padre. Se percibía la fuerza en las líneas de la comisura de su boca y en su aguda y suave mandíbula. No podía dejar de observar el completo parecido con mi padre, e incluso conmigo misma. Poseía la misma altura y la esbelta constitución de papá, y echaba de igual manera sus hombros hacia atrás. Pero estas semejanzas siempre me entristecían porque me recordaban que Luke no era, simplemente, mi hermanastro, sino que, además, era un hermanastro ilegítimo, nacido de los apasionados devaneos entre papá y mi tía Fanny, la hermana de mi madre, algo sobre lo que todos comprendían que era mejor guardar silencio.

Tratábamos de ocultarlo, de mantenerlo en la sombra, aunque supiéramos que la gente de Winnerrow murmuraba y chismorreaba acerca de nosotros. Aunque mi familia fuese la más importante de Winnerrow, éramos al mismo tiempo una familia muy rara. Luke vivía con su madre, que se había casado dos veces: una con un hombre mucho mayor que ella, ya muerto, y la otra con un hombre mucho más joven que después se divorció de ella.

En Winnerrow, todos recordaban la vista en el Juzgado para ver a quién correspondía la custodia de Drake, el hermanastro de mamá y de tía Fanny, después que su padre Luke y su nueva esposa Stacie, se matasen en un accidente de tráfico. En aquella época, Drake sólo tenía cinco años. Se llegó a un acuerdo extrajudicial, mamá logró la custodia y tía Fanny recibió un montón de dinero. Drake odiaba que se lo recordasen, y más de una vez se había peleado en la escuela cuando algún chico se había burlado de él, diciéndole «que le habían comprado y pagado por él». Mamá

afirmaba que, de todos modos, Drake poseía el temperamento de su padre. Era guapo, musculoso, muy atlético, al mismo tiempo que resuelto y brillante. Ahora era un estudiante a punto de conseguir una licenciatura en el Harvard Business College. Y, aunque, realmente, era mi tío, siempre pensaba en él como mi hermano mayor. Mamá y papá le educaron exactamente igual que a un hijo.

Casi todos en Winnerrow sabían que mi madre había nacido y se había criado en los Willies, que su madre había muerto de parto al darle a luz, y que había vivido en una choza la mayor parte de su juventud, yendo después a vivir con la rica familia de su madre, los Tatterton.

Vivía en Farthinggale Manor, o Farthy, como a menudo la llamaba cada vez que yo la oía hablar de aquel lugar, lo cual, de todos modos, no ocurría muy a menudo.

Farthinggale Manor... se alzaba en lo más alto de nuestras imaginaciones... Aquel mágico, aunque siniestro lugar, un castillo repleto de miles de secretos, alguno de los cuales acabábamos de saber que estaba relacionado con nosotros. Seguía siendo aún la casa del misterioso Tony Tatterton, el hombre que se había casado con mi bisabuela y que aún dirigía el gran imperio Juguetes Tatterton, ahora vagamente relacionado con nuestra fábrica de Juguetes Willies. Por razones que mamá prefería no discutir, ella se negaba a tener algo que ver con él, aunque nunca dejaba de enviarnos tarjetas de felicitación por nuestros cumpleaños y por Navidad. El me había mandado muñecas desde todas partes del mundo cada cumpleaños desde que puedo recordar. Por lo menos, mamá me las dejaba conservar..., preciosas muñequitas chinas de cabellos largos, lisos y negros, y muñecas de Holanda, Irlanda y Noruega, con vestidos de colores y unos rostros bellísimos y relucientes.

Luke y yo deseábamos conocer más cosas acerca de Tony Tatterton y Farthy. Incluso Drake tenía mucha curiosidad, aunque no hablase al respecto ni la mitad de lo que lo hacíamos Luke y yo. También nuestra casa, Hasbrouck House, era tan reveladora acerca del pasado de la familia como lo era durante las vacaciones, cuando los amigos de papá y mamá, y sus familias, la recorrían con la mayor libertad. Quedaban muchos asuntos en el aire. ¿Qué había llevado al final a mis padres a regresar aquí desde el rico y lujoso mundo de Farthinggale Manor? ¿Por qué mi madre quería tanto regresar a Winnerrow donde había sido considerada por debajo del resto, por ser una Casteel de los Willies? Aunque había sido maestra aquí, la gente rica y esnob de la ciudad no la habían aceptado del todo.

Muchos secretos hechizaban las sombras a nuestro alrededor, colgando de los rincones de nuestras mentes como si se tratase de viejas telarañas. Por lo que puedo recordar, sentía como si algo acerca de mí constituyese uno de esos secretos, pero nunca nadie me había dicho nada al respecto: ni mi madre, ni mi padre, y tampoco mi tío Drake. Lo sentía en los silencios que algunas veces se producían entre mis padres, y entre ellos y yo, especialmente, entre mi madre y yo.

Deseé poder llegar a tener un lienzo claro y limpio, y alzar mi pincel y extraer la verdad de aquella inexpresiva tela blanca que tenía ante mí. Tal vez ésa fuese la razón

de que siempre estuviese obsesionada con mi pintura. Raramente pasaba un día en que no pintase algo. Era tan importante para mí como respirar.

PRIMERA PARTE

1

Secretos familiares

—¡Oh, no! —exclamó Drake, acercándose por detrás de mí, sin que yo me percatase de ello pues me hallaba absorta en mi pintura—. No más cuadros de Farthinggale Manor con Luke asomando por una ventana entre nubes desgarradas...

Drake hizo rodar los ojos y fingió que se desmayaba.

Luke se puso rápidamente en pie y se apartó los mechones de pelo sobre la frente. Cuando alguna cosa le ponía nervioso o incómodo, siempre recurría a su cabello. Me volví con lentitud, tratando de fruncir el ceño a Drake, de la forma en que lo haría Miss Marbleton o el maestro de inglés de Luke y mío cada vez que alguien se portaba mal o hablaba fuera de su turno; pero Drake recurría a su impía sonrisa, y sus ojos de azabache brillaron como dos piedras cubiertas de rocío. No me podía enfadar ante un rostro como aquél. Era muy guapo, pero, a pesar de afeitarse a menudo, siempre presentaba en su tez una nube oscura. Mi madre siempre le pasaba la mano, cariñosamente, por sus mejillas y le decía que debía afeitarse aquellos pelos de puercoespín.

—Drake —le dije en voz baja, casi implorándole que no dijese nada más que pudiese ponernos incómodos a Luke y a mí.

—Pues es verdad, Annie, ¿no crees? —insistió Drake—. Debes haber pintado, por lo menos, una docena de cuadros como éste, con Luke dentro de Farthy, o andando por los alrededores. ¡Y Luke no ha estado jamás allí!

Alzó la voz para recordarnos con claridad que él sí había estado allí. Ladeé la cabeza, de la forma en que lo hacía mi madre cuando le ocurría algo de repente. ¿Estaba Drake celoso de que emplease a Luke como modelo artístico? No se me había ocurrido nunca preguntarle que posase para mí, porque raramente se quedaba sentado el tiempo suficiente como para que pudiese dibujar un boceto de su retrato.

—Mis cuadros de Farthy no son nunca los mismos —grité a la defensiva—. ¿Y cómo podrían serlo? Trabajo sólo según mi propia imaginación, y según las pequeñas ideas que he sido capaz de captar de aquí y de allí, de papá y mamá.

—Puedes pensar que cualquiera se percataría de ello —observó Luke, mientras sus ojos seguían fijos en su libro de literatura.

Drake amplió aún más su sonrisa.

—¿Qué pasa? ¿Ha hablado el gran Buda?

Los ojos de Drake brillaron con regocijo. Siempre que podía conseguir que Luke lanzase una de sus pullas, se sentía feliz.

—Drake, por favor. Estoy a punto de perder mi estado de humor —le imploré—, y un artista tiene que alcanzar el momento de inspiración y sostenerlo lo mismo que lo harías con un pajarito..., con suavidad, pero también con firmeza.

No quería parecer tan pretenciosa en mi forma de hablar, pero tampoco había nada que odiase más que las discusiones entre Luke y Drake.

Mis implorantes ojos y mis súplicas hicieron efecto. El rostro de Drake se suavizó. Se volvió hacia mí, con su gesto ya relajado. Mamá siempre decía que Drake erraba por Winnerrow con el orgullo de un Casteel. Y ello no era difícil de imaginar, porque medía un metro noventa, sus hombros eran muy anchos, su cintura estrecha y sus brazos musculosos.

—Lo siento. Sólo pensé que podía secuestrar durante un rato al *Platón* aquí presente. Necesitamos un noveno hombre para el *softball* después de la escuela.

Luke alzó la mirada de su libro de texto, verdaderamente sorprendido ante esa invitación, mientras sus ojos se entrecerraban interrogándose. ¿Era Drake sincero? Desde que había llegado a casa aprovechando las vacaciones de primavera, había pasado la mayor parte de su tiempo con sus antiguos amigos.

—Pues, yo...

Luke se quedó mirándome.

—Tengo que estudiar esta lección de la asignatura —se apresuró Luke a explicar— y pensé que mientras Annie me pintaba...

—Claro, claro, te comprendo, *Einstein, Einstein* —repitió Drake haciendo un ademán hacia Luke, con su voz transpirando sarcasmo—. Ya sabes que los libros no lo son todo —añadió, volviendo su rostro hacia mí con una expresión grave—. Gran parte de este asunto tiene que ver con el hecho de conocer gente, y conseguir que les gustes, que te respeten. Ése es el secreto del éxito. Cada vez hay más ejecutivos que acuden a los campos de juego en vez de acudir a las aulas —adoctrinó, haciendo ondear su largo dedo índice derecho.

Luke no dijo nada en respuesta. Se pasó los dedos por el pelo y fijó aquella mirada suya, estoica pero penetrante, en Drake, algo que Drake no podía resistir.

—Ah... ¿Por qué estoy perdiendo mi respiración?

Drake se volvió de nuevo hacia mi cuadro.

—Te dije que Farthy era gris y no azul —le corrigió con suavidad.

—Sólo tenías cinco años cuando estuviste allí, y apenas muy poco tiempo. Tal vez te has olvidado —replicó Luke, acudiendo con rapidez en mi defensa.

—¡No se puede olvidar nunca el color de un edificio tan grande como ése! —exclamó Drake, frunciendo las comisuras de los labios—. No importa lo joven que fueras en aquel momento o el poco tiempo que permanecieses.

—Pues una vez nos dijiste que había dos piscinas al aire libre y luego, al fin, Logan nos explicó que sólo había una al aire libre y que la otra estaba cubierta —continuó Luke.

Cuando se presentaba el tema de Farthy, ambos, él y yo, éramos tan exactos como nos era posible, cuidando todos los detalles y verdades que supiéramos. Aunque teníamos escasas informaciones al respecto.

—Vaya con nuestro *Sherlock Holmes* —replicó Drake, mientras sus ojos se iban

haciendo cada vez más diminutos y más fríos. No le gustaba que le corrigiesen, sobre todo por parte de Luke—. En realidad, nunca dije que hubiese dos piscinas al aire libre. Sólo hablé de que había dos piscinas. Simplemente, no me escuchas cuando te cuento algo. Me asombra que lo hagas tan bien en la escuela. ¿Es que haces trampas?

—Por favor, Drake —exclamé apoderándome de su muñeca y apretándosela con suavidad.

—Luke no sabe escuchar. A menos que seas tú la que hables —añadió, sonriendo, contento al ver que había alcanzado un punto sensible.

Luke se ruborizó, volvió sus ojos azules hacia mí brevemente, antes de apartarlos, mientras su cara también se entristecía.

Miré más allá de él, por encima de la primera elevación de los Willies, a un puñado de nubes que el viento había moldeado con la forma de una lágrima. De repente, sentí ganas de llorar, y no sólo a causa del conflicto entre Drake y Luke. No era la primera vez que este humor melancólico me sobrevenía, como si se tratase de una nube oscura pasando por delante del sol. De lo que sí me percataba era de que los sentimientos tristes estimulaban a menudo mi deseo de pintar. Pintar me aportaba alivio, una sensación de equilibrio y de paz. Estaba creando el mundo que deseaba, el mundo que veía con mis ojos interiores. Ello lo convertía todo en primavera, o convertía el invierno en algo deslumbrante y hermoso. Me sentía como una hechicera, conjurando algo especial en mi mente y luego llevándolo a la vida sobre el vacío lienzo. Mientras realizaba el bosquejo de mi última imagen de Farthy, sentía cómo mi corazón se hacía cada vez más ligero, y el mundo a mi alrededor se convertía en más y más cálido, como si estuviese alzando una sombra de mí misma. Y ahora, a causa de que Drake había realmente interrumpido mi estado de ánimo, mi tristeza volvió.

Comprendí que Drake y Luke me estaban mirando, con los rostros turbados ante mi gris expresión. Luché contra la urgencia de llorar, y sonreí a través de las sombras que cubrían mi rostro.

—Tal vez cada uno de mis cuadros de Farthinggale Manor son diferentes porque cambia —llegué a decir al fin, apenas más allá de un simple susurro.

Los ojos de Luke se ensancharon y una sonrisa se abrió en sus tiernos labios. Sabía lo que significaba aquel tono en mi voz. Estábamos a punto de jugar al juego de la fantasía, permitir que nuestras imaginaciones errasen incansablemente, sin temor a decir aquello que los adolescentes de diecisiete y dieciocho años considerarían algo bobo.

Pero el juego era algo más que eso. Cuando jugábamos así, podíamos decirnos cosas que, de otro modo, temeríamos expresar. Yo podía ser su princesa y él mi príncipe. Podíamos decirnos lo que sentíamos en nuestros corazones, fingiendo que no se trataba de nosotros sino que eran unas personas imaginarias las que hablaban. Ninguno de nosotros se sonrojaba o apartaba la mirada.

Drake meneó la cabeza. También él sabía lo que iba a suceder.

—Oh, no —dijo—, no debéis hacer eso.

Se cubrió la faz en una burla de incomodidad.

Le ignoré, me eché atrás y continué:

—Tal vez Farthy cambie con las estaciones: sea gris y deprimente en invierno, y de un brillante azul en verano.

Alcé la mirada como si todo lo que pensaba se me sugiriese por una franja de cielo azul. Luego dirigí los ojos hacia Luke.

—Tal vez se convierta en lo que desees que se convierta —intervino Luke, siguiendo el hilo—. Si deseo que sea de azúcar y jarabe de arce, en eso se convertirá.

—¿Azúcar y arce? —se burló Drake.

—Y si deseo que se convierta en un castillo magnífico con caballeros y damiselas, y un príncipe triste y melancólico anhelando que regrese su princesa, eso será —respondí, alzando mi voz por encima de la de él.

—¿Seré yo el príncipe? —se apresuró a preguntar Luke, al tiempo que se ponía en pie—. ¿Aguardando a que regreses?

Nuestros ojos parecieron tocarse y mi corazón comenzó a latir con fuerza, a medida que él se acercaba.

Me tomó la mano, con unos dedos suaves y cálidos, y se colocó frente a mí, con su rostro a escasos centímetros del mío.

—Mi princesa Anne —susurró.

Sus manos se apoyaron en mis hombros. Mi corazón se aceleró. Iba a besarme.

—No tan deprisa, amiguitos —dijo de repente Drake, poniéndose en pie y alzando los hombros, hasta parecer un jorobado. Convirtió sus dedos en garras y se acercó a mí—. Soy Tony Tatterton —susurró, en un tono bajo y siniestro—, y he venido a robaros la princesa, Sir Luke. Vivo en los más oscuros y profundos sótanos del castillo de Farthy, y ella se vendrá conmigo, y para siempre morará en mi mundo hasta convertirse en la princesa de las sombras.

Simuló una risa de malignos tonos.

Tanto Luke como yo nos lo quedamos mirando. La expresión de sorpresa de nuestros rostros conminó a Drake a ser cauteloso. Se enderezó con rapidez.

—Qué tontería —dijo Drake—. Ya me habéis obligado a hacerlo.

Y se echó a reír.

—No son tonterías. Nuestras fantasías y nuestros sueños son los que nos hacen creativos. Eso ha sido lo que nos ha dicho recientemente en clase Miss Marbleton. ¿No es cierto, Luke?

Luke se limitó a asentir. Parecía alterado, profundamente herido, con los ojos bajos y los hombros vueltos de la misma manera que lo hacía papá cuando algo le turbaba. Luke tenía muchos de los ademanes de papá.

—Estoy seguro de que no se refiere a eso de hacer historias acerca de Farthy —respondió Drake con una mueca.

—Pero, ¿no te preguntas siempre cómo es realmente Farthy, Drake? —le

pregunté.

Se encogió de hombros.

—Un día de éstos, me tomaré un poco de tiempo en la Universidad e iré allí. No está muy lejos de Boston —añadió indolentemente.

—¿Lo harás de verdad?

La idea me llenó de envidia.

—Claro... ¿Por qué no?

—Pero mamá y papá aborrecen hablar de eso —le recordé—. Se pondrán furiosos si acudes allí.

—Pues... No se lo diré... —replicó Drake—. Sólo te lo diré a ti. Será nuestro secreto, Annie —añadió, mirando lleno de intención a Luke.

Luke y yo nos quedamos mirando. Drake carecía de nuestra intensidad cuando llegaba el momento de hablar del pasado y de Farthy.

De vez en cuando, miraba a hurtadillas las maravillosas fotografías de la fabulosa recepción nupcial de mamá y papá celebrada en Farthinggale: unas fotos con muchas personas elegantes, hombres con esmoquin y mujeres con preciosos vestidos de noche, mesas y mesas de comida y criados que pululaban por todas partes llevando bandejas con copas de champaña.

Había una foto de mamá y Tony Tatterton bailando. Él tenía un aspecto jovial, como una estrella de cine; y mamá parecía tan brillante y fresca, con sus ojos azulados, aquellos ojos que yo había heredado, brillantes. Cuando miraba aquella foto, me resultaba difícil de creer que él pudiese hacer algo tan terrible como para que ella se volviese en su contra. ¡Qué triste y misterioso era todo aquello! Ésa era la razón que me arrastraba a las fotografías, como si, al estudiarlas, me pudiesen revelar aquel sombrío secreto.

—Me pregunto si alguna vez llegaré a ver lo elegante y fabuloso que es —dije, a medias como una pregunta y a medias como un deseo—. Incluso estoy celosa de que estuvieses allí a los cinco años, Drake. Por lo menos tienes ese recuerdo, por distante que pueda parecer.

—Dieciséis años —manifestó escéptico Luke.

—De todos modos, puede cerrar los ojos y recordar algo, ver algo —insistí—. Lo que yo veo de Farthy es sólo lo que he creado con mi imaginación. ¿Hasta dónde me he acercado? Si, por lo menos, a mi madre le gustase hablar al respecto. Si pudiésemos visitarlo. Podríamos ignorar a Tony Tatterton, incluso podríamos evitar mirarle. Yo no le dirigiría la palabra, si ella me lo prohibiera, pero, de todos modos, podría errar por allí y...

—¡Annie!

Luke se puso en pie de un salto mientras mi madre aparecía de detrás de una esquina de la casa, donde resultaba obvio que había estado escuchando nuestra conversación. Drake asintió como si hubiese esperado que ella efectuara aquella repentina aparición.

—Hola, mamá...

Me retiré detrás de mi caballete. Ella miró a Luke, que en seguida apartó los ojos. Luego se aproximó a mí, evitando lanzar cualquier mirada hacia mi lienzo.

—Annie —repitió en voz baja, con los ojos llenos de una profunda tristeza interior—, ¿no te he pedido que no te atormentes a ti misma, y a mí, hablando acerca de Farthinggale?

—Ya les previne —intervino Drake.

—Debes hacer más caso a tu tío, cariño. Es lo suficientemente mayor como para comprender.

—Sí, mamá.

Por muy triste que pudiese parecer, estaba hermosa, con su tez rosada, su figura tan firme y tan joven como el día que se casó con mi padre. Todas las personas que nos veían juntas tenían la misma reacción, especialmente los hombres: «Más parecís hermanas que madre e hija».

—Ya te he contado lo desagradable que es para mí recordar mis días allí. Créeme, no se trata de ningún castillo de cuento de hadas. No existe ningún guapo príncipe que se vaya a poner a tus pies. Tú y Luke no deberíais imaginar unas cosas así...

—Intenté detenerlos —siguió Drake—. Pero les gusta jugar a ese bobo juego.

—No es ninguna tontería —protesté—. Todo el mundo fantasea.

—A veces se comportan como unos colegiales —insistió Drake—. Y Luke la alienta.

—¿Qué?

Luke se quedó mirando a mi madre, con los ojos iluminados de miedo. Sabía lo importante que resultaba para él el agradecerla.

—No es verdad —grité—. La culpa es sólo mía.

—Oh, por favor, no le demos más vueltas —imploró mi madre—. Si queréis imaginar cosas, existen temas muy bonitos, lugares y cosas en las que pensar —añadió, transformando su tono de voz en otro más ligero y feliz.

Sonrió a Drake.

—Pareces muy contento con los colores de Harvard, Drake. Estoy segura de que ardes en deseos de volver —siguió. Y luego se dirigió a Luke—. Estoy segura de que estarás tan excitado con la Universidad como Drake, Luke.

—Naturalmente que sí. No hago más que pensar en cuando vaya.

Luke miró a mi madre y luego a mí. Recuerdo que Luke siempre se mostraba tímido cuando se encontraba en compañía de mi madre. De todos modos, normalmente él era tímido, y temía especialmente enfrentar su mirada. Yo no podía recordar que hubiese mantenido conversaciones con ella, o con papá pongamos por caso, aunque supiera lo mucho que los admiraba.

—Resulta maravilloso lo bien que lo has hecho en la escuela, Luke —dijo mamá, encogiéndose de hombros y alzando la cabeza con aquel ademán que algunos en la ciudad llamaban su desafiante orgullo Casteel.

Yo sabía que la mayoría de las mujeres de Winnerrow estaban celosas de ella. Y además de su belleza, también era una mujer de negocios de éxito. No había ningún hombre que no la adorase por ser tan eficiente como dulce.

—Todos estamos muy orgullosos de ti, Luke.

—Gracias, Heaven —replicó, echándose el cabello hacia atrás y fingiendo interés por su libro de texto, mientras su corazón ardía de felicidad.

De repente, Luke miró su reloj.

—No me había dado cuenta de la hora que es —manifestó—. Será mejor que me vaya a casa.

—Creía que te quedarías a cenar con nosotros esta noche —protesté antes de que pudiera alejarse.

—Naturalmente que te quedarás con nosotros esta noche, Luke.

Mi madre miró con adoración a Drake.

—Es la última noche de Drake antes de regresar a la Universidad —explicó—. ¿No le importará a Fanny?

—No.

Una sutil sarcástica sonrisa apareció en las comisuras de la boca de Luke.

—Esta noche no estará en casa.

—Muy bien, pues —se apresuró a decir mi madre.

No quería entrar en detalles. Todos nosotros estábamos enterados de las escapadas de Fanny con hombres jóvenes, y yo sabía lo mucho que aquello incomodaba y molestaba a Luke.

—Queda zanjado el asunto. Pondremos un cubierto más en la mesa.

Se dio la vuelta, sus ojos reposaron durante un largo rato en mi lienzo. Yo también lo contemplé y luego, con rapidez, me volví hacia ella para ver si existía alguna señal de reconocimiento en su rostro. Ladeó levemente la cabeza, con los ojos de repente muy distantes, como si la arrobase la serenata de un sueño lejano.

—Aún no está terminado —dije con rapidez, temerosa de que pudiese opinar alguna cosa crítica.

Aunque tanto ella como papá me habían apoyado siempre, desde el mismo momento en que empecé a pintar, abonándome las lecciones y proporcionándome los mejores pinceles y pinturas, nunca podía dejar de sentirme insegura. Papá siempre había tenido estupendos artesanos en su fábrica, algunos de los hombres de mayor talento del país. Sabía lo que era el auténtico arte.

—¿Por qué no pintas un cuadro de los Willies, Annie?

Se dio la vuelta y señaló hacia las montañas.

—Me gustaría colgar una cosa así en el comedor. Los Willies en primavera, con sus bosques en flor llenos de aves, o incluso en otoño, con los colores del arco iris de las hojas. Lo haces muy bien cuando pintas escenarios naturales.

—Oh, mamá, mi trabajo no es lo bastante bueno como para ser exhibido. Por lo menos, aún no —le dije, meneando la cabeza.

—Pero lo tienes dentro de ti, Annie.

Sus ojos azules se suavizaron con amor y me alentó.

—Está en tu sangre —susurró, como si estuviese diciendo algo blasfemo.

—Lo sé. El bisabuelo tallaba maravillosos conejos y otras criaturas de los bosques.

—Sí.

Mi madre suspiró, mientras los recuerdos imprimían una suave sonrisa en su rostro.

—Todavía le veo, sentado en el porche de la cabaña, tallando durante horas y horas, tomando un informe trozo de madera y convirtiéndolo en una criaturita viva del bosque. Qué maravilloso es ser un artista, Annie, acercarse a un lienzo en blanco y crear sobre él alguna cosa bella.

—Oh, mamá, yo todavía no soy tan buena. Tal vez nunca lo sea —me mostré cauta—, pero no puedo dejar de querer serlo.

—Naturalmente que eres buena, y no puedes dejar de serlo porque..., porque tienes una herencia artística.

Hizo una pausa como si acabara de contarme un gran secreto. Luego sonrió y me besó en la mejilla.

—Ven conmigo, Drake —prosiguió—. Tengo algunas cosas que me gustaría discutir antes de que me olvide y te vayas a la Universidad.

Drake fue el primero en ponerse en marcha mientras echaba un vistazo a mi cuadro.

—Antes sólo bromeaba, Annie. Es bueno —dijo, prácticamente en un susurro para que mi madre no pudiese oírlo—. Sé lo que sientes, deseando ver cada vez cosas mayores y mejores que Winnerrow. Una vez abandones esta mediocre ciudad —añadió, volviéndose un poco hacia Luke— no tendrás que perder tu tiempo fingiendo que eres algo más.

Tras esto, se unió a mi madre. Ella le cogió del brazo y echaron a andar hacia la parte delantera de Hasbrouck House. Algo que dijo Drake le hizo reír. Sabía que Drake ocupaba un lugar especial en su corazón porque le recordaba mucho a su padre. Le gustaba mucho andar con él por Winnerrow, cogidos del brazo.

A veces, yo veía a Luke contemplándoles cuando estaban juntos, con una mirada de anhelo en el rostro, y comprendía lo mucho que deseaba tener una familia auténtica y completa. Ésa era una de las razones por las que le gustaba venir a Hasbrouck House, aunque fuese sólo para sentarse y quedarse mirándonos. Aquí había un padre, el padre que jamás había tenido, aunque debería haberlo tenido, y aquí había una madre que hubiera querido tener.

Sentí los ojos de Luke fijos en mí, con una expresión preocupada y triste en la cara, como si pudiese leer mis pensamientos, y supiese lo triste que me sentía a veces por todos nosotros, a pesar de nuestra riqueza y posición en Winnerrow. En ocasiones, me descubría a mí misma envidiando a las familias más pobres porque sus

vidas parecían mucho más sencillas que las nuestras..., sin pasados secretos, sin parientes de los que avergonzarse, sin hermanastros y tíos a medias, sin que por eso desease dejar aparte a nadie de mi familia. Los amaba a todos. Incluso quería a tía Fanny. Era como si todos fuésemos víctimas de la misma maldición.

—¿Quieres continuar con tu cuadro, Annie? —preguntó Luke, con ojos brillantes y esperanzados.

—¿No te encuentras cansado?

—No. ¿Y tú? —inquirió.

—Nunca me canso de pintar, y jamás me cansaré de pintarte a ti —reliqué.

Regalos de cumpleaños

El día del decimoctavo cumpleaños mío y de Luke fue muy especial para ambos. Mis padres acudieron a mi habitación aquella mañana a despertarme. Papá me había comprado un relicario de oro con los retratos de mamá y él. Tenía también una cadena de oro de veinticuatro quilates y brillaba más que cualquier dije. Me lo puso, me besó y me abrazó tan fuerte que mi corazón palpitó. Vio la expresión de sorpresa en mi rostro.

—No puedo evitarlo —me susurró—. Ahora eres una joven damita y siento que estoy perdiendo a mi pequeña niña.

—Oh, papá. Nunca dejaré de ser para ti tu pequeña niña —dije.

Me besó de nuevo y me mantuvo fuertemente abrazada hasta que mamá se aclaró la garganta.

—Tengo algo que me gustaría que tuvieses ahora Annie —anunció.

No podía creer lo que ella sostenía en la mano: algo que sabía que era más importante para ella que las joyas más caras que poseía. En realidad, no podía pensar en ninguna clase de posesión que resultase más preciosa para ella, y ahora me la iba a regalar a mí...

Pensé en aquellos días en que yo era una niña, antes de tener edad suficiente para acudir a la escuela. Me acordé de mi madre, pasándose lo que me parecían horas y horas cepillándose el pelo en su cuarto, frente a su tocador, mientras escuchaba música de Chopin. Y adoptando aquella expresión soñadora, con una sonrisilla jugueteando entre sus hermosos y bien modelados labios.

Cerca de nosotros, en otra mesa mucho más pequeña, se encontraba lo que yo solía llamar su casa de muñecas, aunque no fuese realmente una casa de muñecas; era uno de los pocos ejemplares de un juguete Tatterton que teníamos en nuestra casa. Era una réplica en miniatura de una casita de campo con una serie de arbustos rodeándola. No se me permitía tocarla pero, a veces, ella quitaba el techo para mí y me dejaba echar un vistazo al interior. Allí había dos personas, un hombre y una muchachita. El hombre estaba tendido en el suelo, con las manos detrás de la cabeza, mirando hacia la jovencita, que parecía estar escuchando con atención lo que él estaba diciendo.

—¿Qué le dice, mamá? —pregunté.

—Le está contando un cuento.

—¿Y qué clase de cuento, mamá?

—Oh, un cuento acerca de un mundo mágico donde la gente es siempre buena y agradable, donde sólo existe belleza y bondad.

—¿Y dónde está ese mundo, mamá?

—En un tiempo estuvo en esa casita de campo.

—¿Podría ir yo a un mundo así, mamá?

—Oh, querida, mi dulce Annie. Confío en que sí.

—¿Has estado allí, mamá?

Aún podía ver su rostro poco antes de que me contestase; sus ojos azules brillaban más que el cielo, y la sonrisa en sus labios se ensanchó y profundizó, hasta que todo su gesto se hizo más dulce y hermoso. Ella parecía una jovencita.

—Oh, sí, Annie. Estuve una vez.

—¿Y por qué te fuiste, mamá?

—¿Por qué?

Miró a su alrededor como si la respuesta estuviese escrita en un trozo de papel que hubiese dejado en alguna parte. Luego fijó de nuevo sus ojos en mí, con las lágrimas brillando en ellos, mientras me abrazaba.

—Porque, Annie..., porque era demasiado maravilloso para soportarlo...

Naturalmente, nunca lo entendí y sigo sin poder hacerlo. ¿Cómo podía ser algo demasiado maravilloso para no poderlo soportar?

Pero no pensé más al respecto. Quería mirar los pequeños muebles y los platos. Eran tan perfectos que deseaba tocarlos. Pero tenía prohibido hacerlo, porque todo era muy frágil.

Y ahora me lo estaba regalando. Miré a papá. Sus ojos se empequeñecieron mientras miraba con gran intensidad hacia la casita. Nunca supe qué significaba aquello para él.

—Mamá, no. Significa demasiado para ti —protesté.

—Precisamente por eso, querida —me dijo mamá, tendiéndome la casita de campo.

La cogí cuidadosamente de sus manos, amorosamente, y rápidamente lo puse a salvo en mi estantería.

—Oh, gracias. Lo cuidaré siempre —le dije, sabiendo que lo haría, no sólo porque había sido tan especial para ella, sino porque ahora me sería permitido mirar al hombre y a la mujer, y pensaría en Luke y en mí misma correteando por allí y viviendo felices para siempre en una casita así.

—Felicidades, cariño.

Mis padres se quedaron allí, sonriéndome, ambos pareciendo tan jóvenes y felices. «¡Qué mañana tan maravillosa para despertarme!», pensé. Deseé que mi decimoctavo cumpleaños durase por siempre, que toda mi vida fuera, en realidad, un día largo y feliz, en que todo el mundo fuese agradable y estuviese de magnífico humor, y en que todos fuésemos amables los unos con los otros.

En cuanto se fueron, tomé una ducha y me quedé delante de mi armario, empleando mucho tiempo en pensar qué me pondría en una mañana tan especial. Decidí llevar el suéter rosa de angora y una falda blanca de seda, un atuendo similar al que llevaba la jovencita de la casa de campo de juguete.

Me cepillé el cabello, me lo eché hacia los lados y me coloqué un pasador rosa. Contenta conmigo misma, me precipité fuera de mi habitación y bajé deprisa por las escaleras tapizadas con una suave alfombra azul. Como si todo el mundo estuviese celebrando mi cumpleaños, el sol brillaba con un rico esplendor dorado. Hasta las hojas y las largas y delgadas ramas, como patas de araña, de los sauces llorones, frente a las ventanas delanteras, parecían translúcidas. Todo lo verde se veía más verde aún. Cada flor que había florecido brillaba más y más. El mundo estaba lleno de color y calidez.

Me detuve al pie de las escaleras porque en la casa no se oía ruido de ninguna clase..., nadie hablaba, no se percibía el movimiento de los criados.

—Hola... ¿Dónde están todos?

Me dirigí al comedor. La mesa estaba puesta para el desayuno, pero la habitación estaba vacía. Miré en la sala de estar, en el salón y en el estudio, pero en ninguna de aquellas estancias hallé a nadie. Drake, que se había presentado anoche para estar presente el día de mi cumpleaños, tampoco aparecía por ninguna parte.

—¿Mamá? ¿Papá? ¿Drake?

Incluso fui a la cocina. La cafetera estaba preparada, los huevos revueltos y dispuestos para meterlos en la sartén, las rebanadas de pan estaban en las tostadoras, dispuestas para empujarlas y que se hiciesen, el zumo servido en copas y colocadas en las bandejas de plata, pero tampoco había nadie en la cocina. ¿Dónde se encontraba Roland Star, nuestro cocinero, o Mrs. Avery, nuestra camarera? Y tampoco había visto a Gerald Wilson, nuestro mayordomo, ni por los pasillos, ni de pie silencioso en algún rincón.

—¿Qué pasa aquí?

Sonreía con confusión y excitación. Finalmente, me dirigí a la puerta principal y la abrí para echar un vistazo fuera.

Allí estaban todos: mi madre, mi padre. Drake, los criados, y a un lado, Luke, todos ellos con una sonrisa gatuna en los rostros.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté, mientras salía—. ¿Por qué estáis...?

Y allí estaba. De alguna manera, la noche anterior, mi padre había hecho traer hasta allí un flamante Mercedes descapotable, que ahora se hallaba en la entrada de coches. Era de color azul pálido, con brillantes tapacubos de aluminio. Le habían puesto dos grandes cintas rosadas. Antes de que pudiese abrir la boca, todos ellos interpretaron la conocida canción de *Cumpleaños feliz*. Se me puso un nudo en la garganta cuando empecé a dar una y otra vez vueltas en torno al coche y pude ver la placa de matrícula con mi nombre.

—Feliz cumpleaños, querida Annie —dijo mi madre—. Que tengas muchos, muchísimos, tan felices como éste.

—No lo puedo creer —grité—. ¿Cómo puedo ser más feliz que en este momento? Gracias a todos...

Besé a papá y abracé a Drake.

—No sé qué pensarán los demás —anunció mi padre—, pero yo estoy muerto de hambre.

Todo el mundo se echó a reír y los criados comenzaron a desfilar, besándome y deseándome un feliz cumpleaños, mientras volvía cada uno de ellos a sus tareas. Sólo Luke remoloneó un poco. Sabía que, sin importar cómo lo trataran, siempre se sentía como un extraño.

—Vamos, Luke —le llamó mi madre, al ver cómo se quedaba exactamente en el sitio en que se encontraba antes de pie—. Logan y yo también tenemos algo especial para ti.

—Gracias, Heaven.

Mi madre se quedó mirando a Luke, y luego a mí; a continuación se unió a los demás, Luke no se movió.

—Vamos, tonto —le dije—. Es nuestro día especial.

Asintió.

—Qué coche más bonito...

—Nos daremos un paseo después del desayuno, ¿vale?

—Claro que sí —respondió, pero parecía confuso—. Heaven ha invitado a mi madre, pero estaba de resaca. No sé si se recuperará —explicó.

—Oh, Luke, lo siento... —Le cogí de la mano—. No permitamos que nada nos ponga hoy tristes, y si todo pita, subiremos al belvedere y «viajaremos» desde allí.

Aquello le hizo sonreír. Cuando éramos muy pequeños pasábamos muchísimo tiempo allí. Se había convertido en un lugar especial para nosotros, un espacio para nuestras fantasías. Sin comentarlo ni decirlo, comprendíamos que, siempre que deseásemos hacer o decir algo especial, teníamos que ir al belvedere.

Sólo subir tres escalones representaba escapar del mundo real. Era un belvedere muy grande, con un banco circular pegado a las barandillas. Mis padres lo habían hecho repintar con unos brillantes colores blanco y verde. Había pequeños faroles espaciados a lo largo de las vigas del techo, por lo que, por la noche, se podía iluminar, algo que Luke y yo creíamos que lo hacía aún más mágico.

Éramos, prácticamente, los únicos seres que lo usábamos. El resto lo consideraban como una pieza decorativa. No podía recordar ninguna ocasión en que mi padre hubiese estado allí. A Drake tampoco parecía interesarle demasiado aquel lugar. Prefería acomodarse en el estudio, incluso en los días cálidos y soleados. A menos, naturalmente, que yo desease acudir allí y él no tuviese nada más que hacer. Entonces iba, pero se quejaba constantemente de los bichos o de los duros bancos de madera.

—Tenemos que ir de todas formas —dijo Luke—. Tengo una cosa para ti —añadió.

—Y yo también tengo algo para ti... ¿Lo ves? Va a ser un día maravilloso. Feliz cumpleaños...

—Feliz cumpleaños, Annie.

—Estupendo. Y ahora vayamos a comer. Estoy muerta de hambre. Toda esta excitación me ha abierto el apetito.

Se echó a reír y corrimos hacia la casa.

Luke se equivocó acerca de su madre. Tía Fanny realizó una de sus habituales dramáticas entradas. Nos habíamos sentado todos a desayunar, cuando entró como una exhalación por la puerta principal.

—Ya veo que no me habéis esperado —declaró, con las manos en las caderas.

Llevaba un gran sombrero de satén de anchas alas con una brillante cinta verde y se había sujetado el pelo con horquillas. De todos modos, Luke debía estar en lo cierto acerca de su resaca, puesto que llevaba las gafas de sol puestas dentro de la casa. Tía Fanny se ponía siempre algo estrafalario, especialmente cuando nos visitaba. Creí que estaba en realidad tratando de enfadar a mamá, pero mi madre nunca prestaba mucha atención al atuendo de Fanny. Hoy se había puesto una falda corta de cuero de color verde oscuro y también un chaleco de piel encima de una blusa de color rosa. Todos aquellos colores le daban el aspecto de un árbol de Navidad.

—Nos hemos sentado casi media hora más tarde de costumbre —le explicó mamá.

—¿De veras?

Se quitó el sombrero de la cabeza con un solo movimiento y suspiró. Luego dio unos pasos y sacó la caja envuelta con papel de regalo y que había mantenido hasta entonces escondida debajo del brazo derecho.

—Feliz cumpleaños, querida Annie.

—Gracias, tía Fanny...

Le cogí con gracia el paquete, y me hice a un lado para poder desenvolverlo sin causar molestias en la mesa. Papá siguió sentado con una cara pétrea, con las manos enlazadas y el mentón apoyado en ellas. Luke miró hacia la mesa y meneó la cabeza. Drake exhibió una amplia sonrisa. De todos nosotros, Drake era el que disfrutaba más con las cosas de tía Fanny. Y creo que ella lo sabía, puesto que siempre miraba hacia él y hacía algún guiño, como si existiese algo especial entre ellos.

El regalo era algo único e inesperado: un joyero de marfil tallado, que tocaba *Recuerdos*, del grupo musical *Cats*, cuando se le abría la tapa. Los ojos de mamá se abrieron. Había quedado impresionada.

—Qué cosa tan bonita, Fanny. ¿Dónde lo conseguiste?

—Se trata de algo que no se puede encontrar en Winnerrow, Heavenly. Mandé a un... caballero amigo mío a Nueva York, especialmente para comprar algo a Annie.

—Muchas gracias, tía Fanny.

La besé y sonrió.

—El regalo de Luke está en casa. Es demasiado grande para transportarlo por ahí... Es una televisión en color para él solo.

—Oh. Eso es estupendo, Luke —dijo mamá, pero Luke se limitó a mover

levemente la cabeza. No veía mucho la televisión. Más bien le gustaba leer.

—Hubiera sido mejor que nacieseis con unos meses de diferencia —explicó tía Fanny, tomando asiento a la mesa—. De esta forma vuestros cumpleaños serían algo más sencillo.

Hizo seguir su comentario con una serie de risitas.

—¿Ya lo habéis mirado todo? En ese caso, y como se trata del desayuno, comamos. No he comido nada desde... ayer a primeras horas —añadió, y se echó a reír de nuevo.

A pesar de las payasadas de tía Fanny en la mesa, y de sus comentarios en voz alta de vez en cuando, todos lo pasamos estupendamente. Este cumpleaños era el más magnífico y maravilloso de mi vida. En realidad, se trataba de un día único, una jornada llena de música, risas y de sol, un día que ocuparía páginas y páginas en mi Diario. Y no podía aguardar el momento en que Luke posase para lo que llamaría el retrato de su decimoctavo cumpleaños. Todo me hacía sentirme como una princesa. Incluso los criados me habían traído regalos. Luego sucedió otra cosa especial.

Antes de poder llevar a Luke a dar un paseo con mi nuevo coche y de deslizarnos sin ser vistos al belvedere, mi madre me llamó aparte y me pidió que subiese con ella al piso de arriba. Nos dirigimos al dormitorio de ella y de mi padre. Se trataba de una habitación enorme, con una cama regia, hecha de madera tallada a mano, con un pesado cabezal y unas anchas columnas de nogal americano. Viendo aquel mueble podías imaginar que se necesitarían doce hombres para levantarlo.

Encima de la cama se encontraba una de las pocas cosas que sabía que mi madre se había llevado de Farthinggale Manor, y, dado que sabía que procedía de Farthinggale Manor, siempre resultaba para mí algo extraordinario e incluso mágico. Naturalmente, como artista también lo apreciaba. Se trataba de un cuadro de la antigua cabaña de los Willies con dos ancianos sentados en las mecedoras del porche.

Mi madre había decorado y diseñado de nuevo el cuarto por lo menos una docena de veces desde que se instaló en Hasbrouck House. Ahora tenía en las ventanas unas elegantes cortinas de terciopelo azul, con unas rayitas doradas. Los cobertores de las paredes eran de una tela aterciopelada de azul claro, y la alfombra a juego, también azul celeste, resultaba muy gruesa y suave, y a mí me gustaba andar sobre ella con los pies descalzos.

A dos de los más nuevos y jóvenes artesanos de la fábrica se les había encargado hacer los vestidores y armarios a medida, con la misma rica madera de roble americano de la cama. El tocador de mi madre ocupaba toda la extensión de la pared derecha, que estaba ahora recubierta con un espejo de cuerpo entero. Me llevó directamente hasta el tocador y abrió uno de los cajones centrales.

—Hay algo que deseo que tengas —declaró—, ahora que ya has cumplido los dieciocho años. Naturalmente, sólo lo llevarás en las ocasiones especiales, claro está, pero, de todos modos, deseaba que lo tuvieras hoy.

Alargó la mano y sacó el alargado joyero de color negro, que yo sabía que

contenía sus más preciados collares y pendientes a juego.

—¡Oh, mamá!

Mis labios se abrieron al comprobar lo que estaba a punto de hacer.

Abrió la caja y me la acercó. Las dos nos quedamos mirando aquellos relucientes diamantes. Pude ver que, cuando mi madre los contemplaba, no hacía otra cosa que recordar algunos momentos especiales. Deseé que, simplemente por llevarlos, me transmitiesen todos los secretos de nuestro pasado, implantando asimismo en mi mente los preciosos recuerdos de mi madre, enseñándome aquella sabiduría y conocimientos que ella había obtenido a través de sus experiencias, a un tiempo penosas y maravillosas.

—Esto perteneció a mi abuela Jillian, que vivió como una reina.

—Y que no te permitía que la llamasas abuela —susurré, recordando una de las pocas cosas que me había contado acerca de su vida en Farthinggale Manor.

—No...

Sonrió.

—Era muy..., lo que se dice muy vanidosa, y deseaba conservar para siempre su juventud y su belleza, agarrándose a cualquier cosa, a cualquier ilusión con la tenacidad que una mujer que se estuviese ahogando lo haría a un trozo de madera que flotase a la deriva. La hermosa joyería y las bonitas ropas eran alguna de las cosas a las que se aferraba. Como es natural —continuó, mientras aquella suave sonrisa le seguía bailoteando en los labios—, tuvo que someterse a operaciones de cirugía estética en el rostro, a curas de balneario y a comprar toda clase de ungüentos milagrosos. Llevaba sombreros de ala ancha, puesto que siempre que se hallaba expuesta a la luz del sol, temía que se revelasen sus arrugas.

»Su piel siguió siendo suave y su tez rica —continuó, mientras yo contenía el aliento puesto que se trataba de una de las más prolongadas y ricas descripciones de su abuela que me hubiese efectuado, y yo no quería que la acabase nunca—. Y, aunque era veinte años mayor que Tony, los que lo sabíamos no nos lo llegábamos a creer. Se pasaba horas y horas delante de su tocador.

La sonrisa de mi madre se amplió aún más.

Hizo una pausa, perdida por un momento en sus recuerdos.

—De todos modos —prosiguió, recuperando el dominio de sí misma—, se trata de algo que heredé y es algo que ahora deseo que tengas tú.

—Son tan hermosos que tendré miedo de ponérmelos.

—No has de temer llevar ni tener cosas bonitas, Annie. Eso es algo que me pasó a mí. Solía sentirme culpable por tener tantas cosas, y acordarme de lo pobremente que yo y mi familia habíamos vivido en los Willies.

De repente, sus ojos azules adquirieron una expresión de determinación.

—Pero pronto descubrí que los ricos no tienen menos valor que los pobres por heredar y disfrutar de las cosas más ricas y más maravillosas que la vida pueda ofrecernos.

»Nunca creas que eres mejor que cualquier otra persona por el hecho de haber crecido en un medio privilegiado —continuó, con una vehemencia que me reveló que sus palabras surgían de la penuria y sufrimientos pasados—. A menudo, los ricos se ven impulsados por los mismos motivos básicos que acucian a los más desfavorecidos y miserables. Incluso tal vez más que los pobres —añadió—, porque tienen más tiempo libre para sumergirse en sus locuras privadas.

—¿Y aprendiste todas esas cosas en Farthinggale Manor? —le pregunté en voz baja, confiando en que hubiese elegido mi decimoctavo cumpleaños como una ocasión para contarme sus secretos más remotos.

—Sí —murmuró.

Aguardé conteniendo la respiración a que dijese algo más, pero luego sobrevino algo que secó al instante aquel torrente de recuerdos. Sus ojos se abrieron mucho y brillaron como si saliese de un estado hipnótico.

—Pero no hablemos de cosas desagradables. No hoy, habiendo como hay tantos días para hacerlo, cariño.

Se inclinó y me besó en la mejilla, al tiempo que me ponía en la mano el collar y los pendientes.

—Ha llegado el momento de cedértelos. Naturalmente, de vez en cuando te pediré que me los prestes...

Ambas nos echamos a reír y luego me abrazó.

—Los pondré en lugar seguro y después bajaremos —le dije, al tiempo que me salía de su abrazo—. Quiero ir a dar una vuelta con Luke en mi coche nuevo.

—Y no te olvides de Drake. A él también le gustaría...

Mi madre siempre insistía en que me mantuviese próxima a Drake.

—¡Pero si sólo hay dos asientos! —grité desolada.

Iba a tener que elegir entre ambos, y me arriesgaba a herir los sentimientos del uno o del otro.

—Drake ha venido de la Universidad sólo para tu cumpleaños, Annie. Ha realizado un esfuerzo especial. Luke siempre está aquí y, de todas maneras, ya pasas mucho tiempo con él. Me he percatado de que hace muchos meses que no tienes ninguna cita. Muchos chicos de la ciudad probablemente se desalentarán.

—Los chicos de mi clase son bobos e inmaduros. Lo único que les preocupa es ir a algún sitio y ponerse a beber para embravecerse y demostrar su hombría. Por lo menos con Luke disfruto de una conversación inteligente —imploré, consciente de que estaba a punto de echarme a gimotear.

—Pero, Annie —continuó, bajando los ojos—, la inmovilidad no es saludable.

Sus palabras cayeron como pesadas gotas de lluvia porque yo sabía que lo que estaba diciendo era verdad. Asentí y traté de encontrar una voz que no temblase.

—Lo siento por él.

—Lo sé, pero muy pronto acudirá a la Universidad para empezar su propia vida, y tú comenzarás a viajar por toda Europa y conocerás a gente de todas clases. Además,

su madre tiene dinero para él y Luke es muy inteligente, es el que ha hecho el discurso de despedida en tu clase. No hay razón para que sientas ahora lástima por Luke. Además —añadió mi madre sonriendo—, estoy segura de que se resentiría si lo supiese.

—Oh, por favor, nunca le cuentes lo que he dicho...

—Nunca haría una cosa así, Annie. ¿Crees que no me preocupo por Luke? Me doy perfecta cuenta de todo por lo que ha tenido que pasar y cómo ha vivido durante todos estos años. Ésa es la razón de que admire en qué se ha convertido —concluyó, acariciándome el cabello—. Ahora, vamos, guarda tus diamantes, lleva a Drake a dar un paseo y luego ve con Luke. Hoy no ha de haber lágrimas ni palabras tristes. Lo prohíbo en absoluto. Incluso tengo que lograr que el alcalde de Winnerrow redacte unas ordenanzas contra esto —añadió, echándose a reír.

Yo también sonreí, alejando mis preocupaciones.

—Gracias por ser tan maravillosa para mí —le dije.

—No podría ser de ninguna otra manera, cariño. Te quiero demasiado.

Me besó de nuevo, y luego me escapé corriendo, para poner a salvo los diamantes en el cajón de mi joyero. Cuando regresé abajo encontré a Drake, Luke y a mi padre enzarzados en una discusión seria acerca de economía. Estaban discutiendo acerca del déficit comercial y la necesidad de una legislación proteccionista. Escuché un momento, admirando la manera en que Luke mantenía su punto de vista contra los otros dos. Luego, entré precipitadamente en el estudio para anunciar que iban a empezar los paseos en mi Mercedes.

—Lo haré por edades —expliqué diplomáticamente—. Primero papá, luego Drake y, finalmente, Luke. Tres veces la calle Mayor arriba y abajo.

Papá se echó a reír.

—¿Imaginas lo que van a decir los vecinos? —preguntó—. Pensarán que hacéis ostentación de nuestra riqueza.

—Si la has conseguido, debes enorgullecerte de ella —se jactó Drake—. No veo razón para avergonzarse por ser rico. Es una actitud liberal muy falsa.

—Sólo estoy hablando de dar una vuelta —protesté.

Todos se volvieron hacia mí y, de repente, los tres estallaron en risotadas al ver la expresión de mi rostro y la manera en que había llevado las manos a las caderas.

—Hombres... —concluí y comencé a alejarme.

—Oh, Annie —se apresuró a decir papá, y se precipitó para rodearme con sus brazos—. Eres tan aguda cuando te enfadas... Vamos, veamos si el coche se merece tanto alboroto.

Los llevé uno tras otro a dar un paseo. Drake insistió en que me detuviese en la cafetería para poder visitar a algunos viejos amigos durante un momento, pero lo que realmente quería hacer era enseñar el coche. Luke estaba leyendo una revista en el belvedere cuando regresamos Drake y yo. Drake decidió completar uno de sus deberes de la Universidad, para poder descansar el resto del día y poder salir luego

con nosotros a cenar.

—Ahora voy hacia allí.

Llamé a Luke, corrí a la casa y subí las escaleras hasta mi cuarto, para coger su regalo. Mamá y papá parecieron sorprendidos cuando crucé a toda velocidad por la sala de estar.

—¡Despacio! —gritó mi padre—. O tendrás ochenta antes de llegar a los cincuenta.

Le oí reírse de su propia broma cuando cerré la puerta principal detrás de mí y rodeé el belvedere, con el corazón latiéndome muy de prisa. Ruborizada de excitación, subí los escalones de dos en dos y me dejé caer al lado de Luke.

—Feliz cumpleaños —le dije, mientras adelantaba la mano.

Él observó el paquetito durante un momento y luego me lo quitó de la palma de la mano.

—Tal vez sean las llaves de otro Mercedes —bromeó.

Abrió el paquete y luego la tapa de la cajita hasta que mostró el sólido anillo de ónix negro y oro rosado.

—¡Caramba!

—Mira dentro del aro.

Le dio la vuelta para leer la pequeña inscripción que decía: «Te ama, tu hermana Annie».

Era la primera vez que cualquiera de nosotros dos había escrito algo que reconociese nuestra verdadera relación. Los ojos de Luke se humedecieron de contento, pero conservó las lágrimas aprisionadas dentro de sus párpados, evitando mostrarse poco varonil al exhibirlas, aunque fuesen lágrimas de felicidad. Le vi intentar con fuerza reservar sus emociones y emplear en ello todo su ánimo.

—Póntelo —me apresuré a decirle.

Se lo deslizó en el dedo y luego lo levantó hacia la luz. La piedra brilló con brío.

—Es magnífico. ¿Cómo sabías que me gustaba esta joya?

—Recordé que lo dijiste una vez cuando estabas leyendo una revista.

—Eres asombrosa.

Se quedó mirando el anillo y pasó la punta de su índice derecho por encima, una y otra vez. Luego alzó en seguida los ojos, que le brillaban con ribetes traviosos. Alargó la mano detrás de él y sacó una caja delgada y plana, con un papel de regalo de color rosa. En primer lugar, abrí la tarjeta.

De forma asombrosa, como si ambos nos hubiésemos puesto de acuerdo en que nuestro decimoctavo cumpleaños debía dejar atrás todo fingimiento, su tarjeta decía: «A una hermana con motivo de su decimoctavo cumpleaños». Siempre que me ofrecía una tarjeta, a menudo escribía unas líneas personales, que se añadían a las que ya estaban impresas:

Los años pueden ir y venir, y el tiempo, como el mágico laberinto con que hemos soñado, podrá separarnos. Pero nunca temas respecto de mi habilidad para resolver el enigma y encontrarte estés donde estés.

Feliz cumpleaños.

Luke

—Oh, Luke. Esas palabras ya son regalo suficiente. Es algo incluso más precioso para mí que mi nuevo coche.

Su sonrisa fue leve y rígida.

—Abre el regalo.

Mis dedos temblaban cuando traté de quitar el papel con pulcritud. Deseaba salvarlo, conservar la cinta, guardar cada momento y todo lo asociado con este día maravilloso. Bajo el papel había una caja de color crema. Alcé la tapa y vi el papel de seda. Lo retiré y miré la imagen de bronce de una gran casa, debajo de la cual aparecía escrito: «Farthinggale Manor, nuestro castillo mágico. Te quiere, Luke».

Alcé la mirada algo confusa y él se inclinó hacia adelante, cogiéndome las manos entre las suyas, mientras explicaba:

—Un día estaba mirando en un viejo baúl de mi madre en el desván, y encontré esta fotografía recortada de un periódico que ella había guardado. Procedía de las páginas de sociedad y había sido tomada en la fiesta de recepción de nuestros padres. En el fondo de esta foto de los invitados a la fiesta, había una buena vista de Farthinggale Manor. Se la llevé a un fotógrafo, que aisló el edificio de la fotografía y luego hizo una copia en bronce. De eso se trata.

—Oh, Luke.

Pasé los dedos por el metal grabado.

—Hagas lo que hagas, y vayas donde vayas, nunca olvidarás nuestro juego de fantasía —me dijo en voz baja.

—Nunca lo haré.

—Claro que... —dijo, sentándose hacia atrás con rapidez, consciente de lo cerca que se encontraban nuestros rostros el uno del otro— éste es el aspecto que tenía hace ya muchos años. ¡Quién sabe el aspecto que tendrá ahora!

—Es un regalo maravilloso —exclamé— porque tiene un significado especial para nosotros. Sólo tú podías pensar en una cosa así. Tendré que esconderlo de mi madre. Ya sabes cómo se pone cuando realizamos cualquier referencia a Farthy.

—Oh, lo sé. Estaba a punto de sugerirlo yo mismo. No quiero hacer nada que le dé razones para que no le agrade.

—Oh, pero si le gustas, Luke. Deberías oír cómo habla de ti. En realidad, está muy orgullosa de ti... —exclamé.

—¿De veras?

Vi lo importante que resultaba aquello para él.

—Sí, de veras. Nunca deja de hablar acerca de cómo hiciste el discurso de despedida de nuestra clase. Cree que es maravilloso cómo quitas los obstáculos de en medio para alcanzar grandes metas.

Asintió comprensivo.

—Las montañas elevadas resultan muy difíciles de escalar, Annie —me dijo—, pero la visión desde la cumbre siempre vale la pena. Hay que subir a las más altas, éste es mi lema.

Se me quedó mirando intensamente. La montaña que había entre nosotros era también muy elevada.

—Vamos ya —le dije, reuniendo la tarjeta y el papel de envolver con el regalo—. Ya ha llegado la hora de dar tu paseo con mi coche nuevo.

Le cogí la mano y nos apresuramos por el césped hacia el coche. Después llevé a escondidas el regalo a mi habitación y lo coloqué junto con mis cosas más privadas y personales. Drake se acercó a mí aquella noche, antes de salir a cenar, para preguntarme qué me había regalado Luke. Sabía la forma en que intercambiábamos nuestros regalos de cumpleaños desde que teníamos doce años. Le mostré la placa, sólo después que me prometiese que no le contaría nada a mi madre. Pero no le enseñé la tarjeta de Luke.

—No es así —me dijo cuando destapé la caja—. No de la forma en que lo recuerdo.

—Pero debe ser así, Drake. Encontró una foto y se la llevó a un fotógrafo.

—No lo sé.

Meneó la cabeza.

—Castillo mágico. Realmente aún estás intrigada con este lugar, ¿no es verdad?

—Sí, Drake. No puedo evitar que así sea.

Asintió, con ojos pequeños y pensativos. Guardé el regalo y nos unimos a mis padres para la cena de nuestro cumpleaños. Pero aquella noche, antes de irme a dormir, lo saqué de nuevo y me quedé mirándolo; me preguntaba si Drake estaba en lo cierto al burlarse de nuestro juego fantástico. ¿Llegaría a encontrar un lugar mágico y maravilloso? Eso es lo que me preguntaba.

Un día, algunas semanas después, recibí una carta de Drake. A menudo me escribía describiéndome su vida universitaria o me daba consejos. Aunque a veces fuese un tirano, e incluso un poco cruel con Luke, echaba de menos sus ánimos y su humor como a un hermano mayor. Adivinaba siempre la llegada de sus cartas, y de vez en cuando las llamadas telefónicas. Por lo general, sus cartas estaban plegadas de anécdotas acerca de las chicas universitarias o las fraternidades y acontecimientos de Harvard. Me habló acerca de la foto del equipo campeón de bote de remos, en que aparecía mi tío Keith, el hermanastro de Drake, un hombre al que ninguno de nosotros veía mucho, ni del que se oían muchas cosas. Por lo tanto, no me sorprendió

recibir una carta de él. Lo que no esperaba era que fuese tan gruesa. El sobre estaba tan prieto, que pensé que habría puesto alguna cosa más aparte del papel de cartas. Me tendí en mi colcha de encaje y abrí la carta de Drake.

Querida Annie:

Tengo noticias que sé que te entusiasmarán. A mí me han parecido muy excitantes, pero debes hacer cuanto puedas para que Heaven no se entere de todo esto.

Después de tu maravilloso cumpleaños, durante todo el viaje de regreso a la Universidad, pensé acerca de tu fascinación hacia Farthinggale Manor, y ya desde los días de tu infancia tanto tú como Luke habéis construido algo fantástico. Decidí que la única razón de que actuaseis los dos tan tontamente era porque vosotros, lo mismo que yo, no sabemos gran cosa al respecto, ni tampoco acerca del misterioso Tony Tatterton, mi tío abuelastro y vuestro bisabuelastro. Por lo tanto, hice algo que sé que puede trastornar a Heaven, pero lo llevé a cabo sobre todo por ti.

Annie, he escrito una carta a Tony Tatterton, presentándome yo mismo y preguntándole si podría visitarle. En lo que debieron ser escasos momentos después de que recibiera la misiva, tuve una llamada telefónica, con una voz de tono muy distinguido, que me invitó a acudir a Farthinggale Manor. Aquel hombre era Tony Tatterton y yo acepté la invitación.

Sí, Annie, acabo de regresar de vuestro mágico reino, y tengo unas noticias que contarte que son a un tiempo tristes, trágicas y fascinantes.

En primer lugar, es auténticamente un lugar enorme. Y la puerta construida de hierro está allí. Oh, no es tan grande como tú y Luke siempre habéis pretendido, pero se trata de una puerta más bien grande con unas letras enormes.

Pero aquí es donde las fantasías empiezan y terminan. La casa es sombría y se encuentra muy mal conservada. Créeme, no te digo esto para ridiculizaros a ti y a Luke, por hacer ver que Farthinggale era vuestro castillo mágico. No existe ya nada de mágico en esto, sino más bien algo casi trágico.

Hoy, las grandes puertas chirrían cuando las abres. Me recibió un mayordomo, que parecía tan viejo como Matusalén y me hizo entrar en el enorme edificio. El vestíbulo me pareció tan grande como el gimnasio del instituto de Winnerrow, pero estaba muy pobremente iluminado y con las cortinas echadas en todas partes, lo cual hacía sentirse helado.

Vi la larga escalera y parte de los recuerdos de mi infancia resplandecieron en mi mente. El mayordomo me condujo a una estancia a

la derecha, y allí me encontré con Tony Tatterton. Estaba sentado detrás de un escritorio de madera oscura de caoba, con sólo una única lamparilla que constituía toda la iluminación del cuarto. Entre las sombras, tenía un aspecto pero, cuando me anunciaron, se puso rápidamente en pie y ordenó al mayordomo que descorriese las cortinas.

Aunque no tuviera la imagen de lo que debiera ser un multimillonario, me pareció cálido, inteligente y muy amable. Se mostró muy interesado por mi carrera, y en cuanto se enteró que estudiaba Ciencias Económicas, me ofreció una oportunidad de trabajar en sus empresas. ¿Te imaginas?

Naturalmente, nuestra conversación versó mayormente sobre mi madre y sobre ti. Estuvo muy interesado por saber cosas de ti. Al final, me sentí triste en cierto modo, porque tenía un aspecto perdido y solitario en aquella casona, hambriento en realidad de cualquier cosa que pudiese contarle acerca de su familia.

Es cierto que no llegamos a hablar acerca de las razones de que Heaven y él ya no tengan relaciones, pero te diré una cosa. Después de pasar bastante tiempo con Tony Tatterton, deseé que la brecha que existe entre ambos llegue a cerrarse de alguna manera.

Cuando te vea de nuevo, ya entraré en mayores detalles. Por lo menos ya no tendrás que depender de la imaginación de Luke y de la tuya para descubrir cómo es en realidad Farthinggale Manor. Tendréis un testigo que os contará la verdad. Tal vez ya no quieras pintar más cuadros, pero quizás esto te hará bien, pues podrás dedicarte a unos temas más felices y brillantes.

Anhelo el momento de poder verte de nuevo.

*Te quiere,
Drake*

Dejé la carta. Por alguna razón aquello me había hecho llorar; sin apenas notarlo, las lágrimas se deslizaron por mi rostro durante todo el rato en que permanecí leyendo la descripción que Drake hacía de Farthy y Tony Tatterton. Era como si hubiese leído el obituario de un amigo querido.

Drake no quería lastimarme. Estoy segura. Sólo hizo lo que pensaba que hubiera deseado que hiciese, pero, al hacerlo, había bajado el telón sobre la fantasía y la ilusión, y sobre los sueños de infancia, y todo aquello me había hecho sentir vacía y triste.

Ahora más que nunca deseaba saber qué había impulsado a mi madre a alejarme de Farthinggale y a dejar a aquel distinguido anciano en aquellas enormes habitaciones habitadas por profundas sombras.

No podía ayudarme a mí misma. Mi suave llanto se hizo cada vez más intenso

hasta que empecé a sollozar como un bebé. Me desahogué y quedé exhausta con todo aquello, después, con la carta de Drake aferrada en las manos, me quedé dormida. El timbrado del teléfono me despertó. Me puse muy contenta al escuchar la voz de Luke.

—¿Qué pasa? —me preguntó de inmediato. Realmente constituía algo especial en nosotros eso de haber nacido el mismo día. Siempre parecíamos saber al instante cuándo el otro se hallaba alterado por alguna razón.

—Drake me ha escrito una carta. Ha ido a Farthinggale y ha visto a Tony Tatterton.

Durante un momento no respondió.

—¿De veras?

—Debes venir aquí para que te la lea —le dije—. Oh, Luke, no es lo que soñábamos que era.

—No me preocupa lo que Drake haya escrito o lo que realmente sea el asunto —replicó desafiante Luke—. Nuestros sueños son importantes para nosotros porque llenan nuestras vidas con luz y esperanza.

—Oh, Luke —repuse, sonriendo ante su determinación de aferrarse a nuestras secretas y preciosas fantasías—. Confío en que te encuentres siempre cerca cuando necesite que alguien me anime.

—Claro que estaré —prometíó.

Pero no pude dejar de preguntarme si aquello no sería una más de nuestras fantasías infantiles.

Espantosas encrucijadas

Drake no pudo regresar de la Universidad hasta finales de junio porque tuvo que realizar exámenes finales, pero me telefoneó unos cuantos días después de haber echado al correo su carta, para asegurarse de que la había recibido y para contarme más cosas acerca de Farthy.

—Tony Tatterton me mostró lo que en su día fue la habitación de Heaven cuando llegó por primera vez a Farthy para quedarse a vivir —explicó Drake en una voz en la que había descendido su confianza.

—¡Lo hizo!

Mi corazón comenzó a latir cada vez más de prisa, sólo ante el pensamiento de que él hubiera estado allí, donde tantas cosas secretas que implicaban a nuestra familia habían tenido lugar. De todos nosotros, Drake había sido el más cercano a las respuestas que me atormentaban. ¿Habría allí algunas pistas que hubiera pasado por alto y que yo hubiera descubierto?

—Y que también fue a la habitación de tu abuela Leigh. Esto me confundió bastante, sobre todo porque igual se ponía a hablarme de Heaven y después resultaba que me estaba hablando de Leigh.

—Tal vez él fuese el confundido; quizá ya esté senil —sugerí.

—No lo creo así. Aún está a cargo de muchos asuntos de la Tatterton Toy Company, y cuando comenzamos a hablar acerca de mi carrera de economía, pareció muy perspicaz sobre todos los temas tratados.

—¿Y qué aspecto tiene? ¿Igual que en las fotos?

—Ya no. Tiene el pelo del todo gris y, cuando le vi, resultaba obvio que llevaba unos días sin afeitarse. La ropa que llevaba puesta parecía cara, pero su chaqueta necesitaba un planchado, al igual que sus pantalones, y la corbata se veía con manchas. Tampoco creo que el mayordomo, un hombre llamado Curtis, sea ya muy eficiente. Su vista al parecer no es muy buena, y le lleva una eternidad trasladarse de un cuarto a otro.

—¿Y no había criadas? —le pregunté un poco asombrada.

Había pensado que un hombre tan rico como Tony Tatterton debería estar rodeado de un auténtico equipo de criados.

—No vi ninguna, pero estoy seguro de que debe de haber por lo menos una, para limpiar las habitaciones en que vive. Me encontré con el cocinero, porque ayudó a servir la comida. Se llama..., veamos, Rye Whiskey.

—Oh, me acuerdo de haber oído a mamá mencionar ese nombre —tartajeé con excitación.

Sólo escuchar el nombre hizo que revivieran unas cuantas historias de aquel

prohibido pasado.

—Debe ser también muy viejo.

—Probablemente, pero no aparenta su edad, al contrario que el mayordomo. Se mostró tan agradecido por tener otra boca que alimentar, que me puso en el plato comida suficiente como para tres. Le gusté. Tiene un gran sentido del humor, y comprobé que se preocupa mucho por Tony.

—¡Cuánto me hubiera gustado estar allí! —exclamé.

Cada momento hubiera revelado un descubrimiento y una nueva y mejor comprensión del pasado de mi familia, pensé. Subir por aquellas escaleras y entrar en lo que había sido la habitación de mi abuela y de mi madre... Tal vez hubiese visto algo que, inmediatamente, resolvería el misterio de por qué a mi madre le había desagradado Tony tanto como para negarse a regresar, incluso en una simple visita.

Y, sobre todo, hubiera querido estar en el mundo de sueños de Luke y mío. ¿Demostraría todo aquello ser algo parecido a lo imaginado? ¿Podría ser algún lugar donde pudiéramos sentirnos libres y auténticos, donde pudiéramos aislarnos y protegernos de todas aquellas cosas duras, desagradables, feas y distorsionadas que constituyen a veces una carga para la vida?

¡Pintarlo como era realmente! ¡Cuan excitante sería aquello! Me podía ver de pie en el amplio césped delantero, con el enorme edificio extendido ante mí.

—No te gustaría estar allí —me dijo Drake en un tono de desaliento—. Créeme... Es demasiado triste. Prometí que seguiría en contacto con él, así que creo que le telefonaré dentro de unos días. Me gustaría incluso la posibilidad de trabajar en su compañía, como ejecutivo, naturalmente. Pero no le digas a Heaven que te lo he contado.

—Naturalmente que no.

Una vez más quedé sorprendida de la voluntad de Drake, no sólo de mantener todo aquello lejos de mi madre, sino su idea de llegar a una relación con Tony Tatterton, algo que ella despreciaría profundamente. ¿Qué clase de hombre podría ser Tony Tatterton, me pregunté, que producía un efecto tan dramático sobre Drake, y que incluso ahora mostraba una influencia tan grande?

—Bueno, de todos modos, te veré dentro de unas semanas. Me temo que tendré que perderme la gran fiesta de cumpleaños de Fanny, lo cual es algo que lamento. Me escribió para decirme que va a traer una banda, y que habrá servicio de comidas. Ha invitado a montones de gente y también a los amigos de tus padres. Incluso contratará a alguien para que decoren su casa y los alrededores. ¿Te puedes imaginar metida en una fiesta así...? Lo que sé es que va a congregarse en su propio auditorio para uno de sus números más estrafalarios. Toma nota para que puedas contarme las cosas ridículas y excéntricas que haga. Me imagino que invitará a todos sus amiguitos, que se reunirán alrededor de ella como galanes a los pies de una reina. Me río ya sólo de pensarlo.

—No es divertido para Luke —repuse, lamentando que hasta Drake se dedicaba a burlarse de Fanny—. ¡Incluso no querrá ir! Le produce pavor... —exclamé.

—¿De veras? —dijo Drake con sorprendente indiferencia e insensibilidad—. Dile que se esconda en su cuarto. Ya te llamaré otra vez en cuanto hable de nuevo con Tony, y te haré saber cualquier otra cosa de interés.

No podía dejar de pensar acerca de lo que él había visto y lo que había hecho.

—Oh, Drake, eres el único de nosotros que había estado allí, y ahora regresas y quieres ir otra vez —gimoteé como una niña celosa. No podía hacer nada al respecto.

—A través de mí, tú también irás allí —me prometió Drake, con la voz más suave, más amable—, y no será ningún juego de fantasía. Te hablaré pronto al respecto. Adiós.

No podía aguardar al descanso para el almuerzo al día siguiente en la escuela, para poder contarle a Luke todo lo referente a la llamada telefónica de Drake. No esperaba que se excitase tanto como yo, porque, en realidad, no tenía raíces familiares en Farthy y nunca se había preocupado acerca de sus antepasados y los misterios que rodeaban el pasado de mi madre; pero por lo general, él también se interesaba debido a nuestras fantasías. Estaba sentado royendo su bocadillo, indiferente y escuchando; sin embargo, observé que lo que en realidad le ocurría era que estaba terriblemente distraído y turbado. A diferencia de su modo habitual de ser, se negó a hablar cuando le pregunté. Pensé en él durante el resto del día en la escuela y, después de que hubo acabado, le pedí que diese conmigo un paseo hasta casa, a fin de poderle interrogar un poco más.

Era uno de aquellos días de finales de primavera, más parecidos a los de mitad de verano, con unas nubes blancas algodonosas y hinchadas deslizándose perezosamente a través de un cielo color azul turquesa. Mientras Luke y yo andábamos, escuchábamos los ruidos que hacían los cubitos de hielo en los vasos llenos de limonada. La gente mayor se sentaba en sus porches y miraban con curiosidad. En una ocasión pudimos oír a alguien decir una cosa parecida a esto:

—Es la chica Stonewall...

—¿No es una Casteel?

Odiaba la forma en que decía la palabra Casteel; la pronunciaban como si se tratase de una maldición, como si se tratase de una familia que no llegase a ser humana. Sabía en gran parte por qué la gente veía a los Casteel de la forma en que lo hacían, a causa de la conducta de mi tía Fanny a través de los años, y por el hecho de que los Casteel fuesen personas de los Willies, gente de la montaña, que no eran, educadas y que tenían una fracción de la riqueza que poseía la gente de la ciudad. La gente ciudadana desdeñaba asimismo la forma en que los de los Willies se vestían y vivían, y un montón de estas cosas resultaban comprensibles, pero, ¿por qué no veían también lo maravilloso que era Luke y lo mucho que había tenido que vencer? Él tenía razón cuando decía que la gente sólo va a por los importantes...

Me gustaba en especial este paseo a casa desde la escuela en primavera porque las calles aparecían alineadas con árboles y arbustos en flor, con lirios y azaleas floridos,

y las aceras y los patios aparecían de lo más limpios. Los estorninos estaban posados como centinelas en los cables del teléfono, observando el tráfico de los coches y personas que tenían lugar debajo. Los petirrojos, situados en las ramas, picoteaban con ojos curiosos entre unas hojas frías, ricas y verdes. Sólo algún ocasional colibrí volaba cerca. Parecían tener una energía sin fin, sin importar el calor que hiciese. El mundo parecía fresco y vivo.

Durante la mayor parte del camino hasta casa, Luke mantuvo los labios cerrados y anduvo con la cabeza gacha. Cuando me detuve en la entrada del paseo de coches de la Hasbrouck House, me percaté de que no se había dado cuenta de que habíamos llegado.

—¿Quieres sentarte un rato en el belvedere? —le pregunté esperanzada, pues deseaba mantenerlo a mi lado hasta que me contase exactamente lo que le inquietaba.

—No, será mejor que me vaya a casa —replicó, con su voz grávida de melancolía.

—¡Luke Toby Casteel! —exclamé al fin, con las manos en las caderas—. Tú y yo no tenemos la costumbre de mantener mutuamente secretos, aunque se trate de alguno penoso...

Se me quedó mirando durante un momento, con el aspecto de haberse despertado de repente y percatándose de que yo estaba allí. Luego apartó la mirada.

—Ayer me aceptaron en Harvard, con una beca completa y tutoría —me explicó con una ausencia sorprendente de sentimientos y de excitación.

—Oh, Luke, ¡eso es maravilloso!

Alzó la mano para indicar que aquello no era lo único que iba a decir al respecto; luego bajó de nuevo la vista y reunió sus fuerzas para continuar, mientras yo aguardaba con un nudo en la garganta.

—Nunca le conté a mi madre que había enviado una instancia para entrar en Harvard. Cada vez que estaba a punto de explicárselo, me interrumpía con una de sus parrafadas acerca de la sangre azul y su ingrata familia, que opina que es mucho mejor que ella. No hace más que darle vueltas a lo del tío Keith y de la tía Jane, y a cómo ni la llaman ni le escriben o muestran ser conscientes de su existencia. Le preocupa el que nunca la hayan invitado a Farthinggale, ni siquiera en la recepción nupcial de tus padres. En su mente lo mezcla todo en una sola cosa: Harvard, los Tatterton, riqueza, y lo que denomina «las cholas esnobs de la ciudad».

—Pero, Luke, esto es injusto para ti —le consolé.

Asintió.

—De todos modos —continuó—, no le expliqué lo de mi instancia. Ayer llegó con el correo la aceptación de mi beca, y fue ella quien lo abrió. Luego se emborrachó y rompió la carta. Encontré los trozos en el suelo de mi habitación.

—Oh, Luke, lo siento —gimoteé, pensando únicamente en lo que habría sido para él entrar en su cuarto y descubrir un correo tan importante esparcido por los suelos.

—No pasa nada. El que lo haya roto no impedirá que vaya. Lo peor fueron las

cosas espantosas que dijo en uno de sus estados de borrachera.

Sin que tuviera que decírmelo, sabía la dirección que tomaban siempre aquellas cosas desagradables.

—¿Acerca de mi padre?

Él asintió. Yo respiré hondo para hacerme fuerte.

—De todos modos, deberías decírmelo.

Cerré los ojos e hice una mueca para prepararme ante lo desagradable.

—No te lo voy a contar todo, porque algunas expresiones fueron tan horrendas y odiosas, que no quiero ni siquiera recordarlas, y mucho menos repetírtelas. La parte peor fue cuando me acusó de parecerme más a Logan que a ella, de ser más leal a su parte de la familia que a ella, pero, realmente, Annie, tus padres me tratan mucho mejor que ella. Apenas está en casa para hacer la cena, y sin embargo me odia por pasarme tanto tiempo en tu casa.

—Oh, ella no te odia, Luke...

—Ella odia una parte de mí, la parte Stonewall; ésa es la razón de que se emborrache y salga con alguno de sus jóvenes amiguitos, y luego me castiga porque no me gusta verla cuando se emborracha y está con ellos.

—Lo siento, Luke, pero pronto irás a la Universidad y estarás lejos de todo esto —le prometí, aunque odiaba la idea de vernos separados.

—La cosa es que yo no la odio, Annie. Odio lo que se hace a sí misma a veces, y lamento la vida que lleva. Por lo tanto, trabajaré duro y haré todo lo posible para que ella esté orgullosa de mí y pueda pasear conmigo con la cabeza bien alta, aunque de todas formas no quiera hacerlo —añadió.

Sonreí. La tía Fanny no vacilaría en alardear de sus éxitos ante cualquiera de Winnerrow.

—Pero, en vez de estar contenta con el hecho de que me hayan aceptado en Harvard, con beca completa, me acusa de desertar de ella.

—Ya cambiará de opinión —le aseguré.

«Pobre Luke —pensé—. Ha trabajado muy duro para que todos estemos orgullosos de él, y su madre ha hecho añicos ese orgullo y lo ha tirado al suelo, como si fuera basura.» ¡Cómo había destrozado el corazón de Luke! Deseaba consolarle, suavizar su angustia, tomarlo entre mis brazos y ayudarle a sentirse de nuevo contento y feliz. Habría podido hacerlo si..., si no hubiera habido tantas cosas que me lo impedían.

—No sé. De todos modos, no anhele en absoluto su fiesta de cumpleaños. Ha invitado a todos los hombres con los que ha salido, y a alguno de sus amigos de baja extracción, sólo para poder restregárselos a la familia.

Meneó la cabeza.

—No va a ser agradable ni divertido para ninguno de nosotros.

—Mi madre manejará la situación; siempre lo hace —respondí, mientras que la admiración hacia mi madre me alegraba el ánimo—. Puede ser una auténtica dama en

cualquier situación. Confío en tener la mitad de su fuerza cuando tenga su edad.

Luke asintió comprensivamente, con aquella expresión en sus ojos tan profundamente analítica, que indicaba que había llegado a una conclusión.

—La tendrás. Tú eres exactamente igual que ella.

—Gracias. No habría nada que me gustase más. Y no te preocupes por la fiesta. Estaré allí contigo para ayudar si tía Fanny complica las cosas —dije, intentando tranquilizarle, con la misma mirada intensa y determinación que habría mostrado mi madre en una ocasión como aquélla.

—Nunca la has visto fuera de sí, Annie —me previno Luke.

Luego sacudió la cabeza y sonrió, mientras el rostro se le iluminaba.

—De todas maneras, gracias por escucharme. Siempre has estado presente cuando te he necesitado, y eso es siempre lo importante, Annie. Sólo saber que has estado siempre dispuesta a ayudarme, me ha servido para seguir adelante, para escalar las montañas más altas, para querer tener esa visión. Al aceptarme en Harvard pensé para mí: «Annie estará orgullosa, y ha sido por causa de Annie por lo que lo he deseado tanto, por lo que he exigido tanto de mí». A veces siento que eres la única familia que poseo. Gracias por todo eso, Annie.

—No debes darme las gracias por esas cosas, Luke Toby.

No me gustaba la forma en que aquello sonaba, como si sólo fuese una buena amiga. Yo era más, debía ser mucho más. Deseaba ser más.

—Tú también has escuchado siempre todos mis problemas —dije.

Sonrió ante ese recuerdo, y sus azules ojos se volvieron tan suaves y cálidos como el firmamento que teníamos encima de nosotros.

—Te echaré de menos cuando te vayas a Europa a estudiar arte. Pero sé lo importante que es para ti —añadió en voz baja—. Y sé que te va a ayudar a convertirte en esa artista maravillosa que deseas llegar a ser.

—Te escribiré todo el tiempo, pero estoy segura de que después de la primera semana ya tendrás como novia alguna «niña de ciudad».

¡Cómo deseaba decirle que me gustaría ser por siempre su novia...!, pero, ¿cómo podía hacerlo? Éramos hermano y hermana, y parecía que todo el mundo se interponía entre nosotros y lo que realmente deseábamos; pero yo sabía en mi corazón que, de alguna manera, él sentía lo mismo que yo, y que existía una parte de ambos que gritaba y se dolía, y que deseaba que pudiésemos estar juntos para siempre.

Por eso teníamos que fingir hablando de otros cuando en realidad estábamos hablando de nosotros, y en el interior de nuestros corazones, confiábamos y rogábamos porque ninguno de nosotros fuera jamás suplantado por nadie.

Su sonrisa desapareció y se puso tan serio como un diácono los domingos.

—No lo sé. Después de haberte tenido como amiga durante toda mi vida, la que te sustituya va a tener que ser demasiado perfecta, sea quien sea.

Sus brillantes ojos azules se fijaron de nuevo en los míos, llenos de calidez y

afecto, pero se trataba de un afecto mucho más intenso que el de un hermano. Me miraba con tanto anhelo, que sentí cómo el rubor me nacía en el cuello y se aposentaba luego en mis mejillas. Nos mirábamos el uno al otro como dos jóvenes amantes. Aquello no se podía negar. Cada parte de mí gritaba de deseo de abrazarle; casi podía sentir sus labios contra los míos. Él esperó algún signo de mí que le diera seguridad. Pero yo debía detener todo aquello antes de que llegásemos demasiado lejos.

—Te llamaré luego —susurré con voz desalentada, y corrí por el camino hacia la entrada principal.

Me saludó desde lejos, y yo le correspondí. Me deslicé en la casa y corrí todo lo que pude hasta mi cuarto, con el corazón latiéndome con más fuerza que nunca. ¿Por qué Luke tenía que ser mi hermanastro, alguien más próximo a mí que cualquier otro de mi misma edad? Compartíamos tantas cosas: nuestra felicidad y nuestra tristeza.

¡Cuánto deseaba que fuese un desconocido que acudiese a Harvard, y yo visitase a Tony Tatterton en Farthinggale, y Luke y yo acabásemos de conocernos en Boston! Tal vez podríamos habernos conocido en unos grandes almacenes. Podría haberse acercado a mi lado, y haberme dicho algo parecido a esto:

—Oh, aquí no hay de tu color. —Y alargaría la mano hacia el chal—. Tendrían que sacar el azul de tus ojos.

Yo me daría la vuelta y contemplaría el rostro más agraciado que jamás hubiera visto, e instantáneamente quedaría enamorada.

—Perdóname por ser tan descarado, pero no puedo quedarme quieto mientras veo cómo cometes un error.

Hablaría con aquella tan familiar confianza en sí mismo, que me tranquilizaba. Siempre me sentía más segura cuando me encontraba con Luke.

—En ese caso tendría que darte las gracias —le respondería, haciendo oscilar coquetamente mis pestañas—. Pero primero tendría que saber cómo te llamas.

—Luke. Y tú te llamas Annie. Ya me he tomado la molestia de averiguarlo.

—¿De veras?

Me sentiría halagada, impresionada. A continuación, nos iríamos a tomar un café, y hablaríamos y hablaríamos. Iríamos al cine y a cenar cada vez que yo acudiese a Boston. Luego, él iría a visitar mis propiedades, y nos iríamos conociendo mucho mejor en aquel recinto palaciego, aunque no sería como Drake lo había descrito, sino como Luke y yo lo habíamos imaginado: un castillo lleno de habitaciones con el arco iris de los sueños. Si fuese posible irme a dormir y que, cuando despertase, toda aquella fantasía se hubiese convertido en realidad...

Pero eso no podía ser. El tiempo era algo parecido a una montaña rusa y nos estábamos aproximando al pico del montículo más alto. Ambos estábamos a punto de graduarnos en la escuela superior y a partir de ese momento rodaríamos hacia abajo en nuestros futuros que, fácilmente, podrían llevarnos muy lejos en direcciones diferentes. Ya no podíamos dar la vuelta y mirar hacia atrás.

Después de haber permanecido ante la ventana de mi dormitorio observando cómo se alejaba, me eché en la cama, y seguí mirando hacia la ventana a través de la cortina rosa y blanca, escuchando la serenata de los cantos de los pájaros y oyendo los fuertes latidos de mi corazón. Todo aquello me puso tan triste que permanecí llorando durante lo que parecieron horas. La suave y preocupada voz de mi madre me rescató de mis propias lágrimas.

—Annie, ¿qué pasa?

Entró con rapidez y se sentó a mi lado.

—Cariño...

Sentí el consuelo de su mano sobre mi cabello, acariciando preocupada mis largos mechones castaños. Volví hacia ella mis ojos llenos de lágrimas.

—Oh, mamá, no lo sé —gemí—. A veces, no puedo dejar de llorar y sentirme muy mal. Sé que debería ser feliz. Voy a graduarme muy pronto, saldré para una larga visita a Europa, veré todos aquellos maravillosos lugares, de los que la gente sólo llega a leer algo, o ver fotos, y voy a tener montones de cosas que envidiarían otras chicas de mi edad, pero...

—¿Pero qué, Annie?

—Lo que pasa es que, de repente, todo parece estar ocurriendo demasiado deprisa. Luke se irá muy pronto a la Universidad y se convertirá en una persona diferente. Probablemente será difícil que nos sigamos viendo —exclamé.

—Pero, es lo que significa hacerse mayor, cariño.

Sonrió y me besó en la mejilla.

—Y todas las cosas que me parecían tan importantes y grandes, ahora me parecen pequeñas y simples... El belvedere...

—¿Qué pasa con el belvedere, Annie?

Aguardó con una sonrisa congelada en sus labios, y traté de encontrar las palabras que le dieran a todo aquello un sentido, tanto para mí como para ella.

—Pues ahora..., es simplemente un belvedere —protesté.

—Pues eso es lo que ha sido siempre, Annie.

—No, se trata de algo más —insistí.

«Era muchísimo más», pensé. Era nuestro lugar soñado y ahora los sueños se estaban alejando con demasiada rapidez.

Mi madre meneó la cabeza.

—Simplemente estás atravesando un momento que todas las personas de tu edad atraviesan, Annie. La vida puede ser temible cuando se llega a esas encrucijadas. Durante todo este tiempo has sido una niña, protegida y amada, y ahora se te está pidiendo que crezcas y te hagas responsable.

—¿También te sucedió a ti? —le pregunté.

—Me temo que bastante antes.

—¿Porque tu padre te vendió junto con tus hermanos y hermanas?

—Incluso antes de eso, Annie. No tuve la menor oportunidad de ser una niña.

Antes de que supiera lo que estaba pasando, tuve que convertirme en una madre para Keith y Jane.

—Lo sé. Y Fanny no constituyó ninguna ayuda —añadí.

Ya había oído esto antes y me temía que fuese todo lo que oiría ahora.

—No...

Se echó a reír.

—Difícilmente. Fanny ha sido siempre capaz de dejar de lado sus frustraciones, igual que un vestido que uno se cambia. Pero tu tío Tom fue de una gran ayuda. Tom fue maravilloso y fuerte, y muy maduro para su edad. ¡Cómo desearía que le hubieras conocido! —añadió melancólicamente, con sus ojos, tan parecidos a los míos, adoptando una expresión remota.

—Pero tu vida mejoró muchísimo después de irte a vivir a Farthy, ¿no es así? —la alenté, confiando que me contaría algo más.

Pareció desconcertada, como si realmente se encontrase en otro mundo.

—No al principio. No te olvides que yo era una chica de los Willies que, de repente, se va a vivir a un mundo fantasioso, sofisticado y lujoso, mandada a una escuela elegante, prevista sólo para muchachas ricas y esnobs que me hicieron sentir marginada.

Su rostro se endureció mientras recordaba todo aquello.

—Las chicas ricas pueden ser muy crueles porque su dinero y su riqueza les protege como si se tratase de un caparazón. Nunca se puede ser desconsiderada y poco simpática con todos aquellos que tienen menos que tú, Annie.

—Oh, claro que no —corroboré.

Mi madre me había inculcado todo aquello desde el momento en que fui lo suficientemente mayor para comprenderla.

—No, no creo que lo hicieses —me sonrió con dulzura—. Aunque lo ha intentado, tu padre no ha conseguido estropearlo —añadió, con los ojos relucientes de amor.

—Mamá, ¿me contarás alguna vez por qué odias tanto a Tony Tatterton?

Tragué saliva y me mordí con fuerza la lengua para impedirme contarle algo acerca de la carta de Drake y su visita a Farthy.

—En realidad, no siento tanto odio como compasión por él, Annie —repuso, con voz firme—. Puede ser uno de los hombres más ricos de la Costa Este, pero es una criatura patética en lo que a mí respecta.

—Pero, ¿por qué?

Se me quedó mirando. ¿Podría mirarme y adivinar las cosas que ya conocía, las cosas que Drake me había escrito acerca de todo ello y todo lo demás que me había contado por teléfono? Tuve que apartar mis ojos de los suyos, pero, en realidad, ella no me miraba a mí; estaba mirando a través de mí, contemplándome como si yo me tratase de sus propios recuerdos. Vi la forma en que había retorcido y movido los labios, entrecerrando los ojos, todo lo cual aportó a su rostro una sonrisa y luego una

mueca.

—Mamá...

—Annie —replicó—, hace ya mucho tiempo alguien me dijo que, a veces, caes en una trampa que consiste en pensar que el deseo y la necesidad es amor. Tenía razón. El amor es algo muchísimo más precioso, pero a menudo también mucho más frágil. Tan frágil como..., como uno de tus más pequeños, más complejos y más delicados muñecos de artesanía. Si los sujetas con mucha fuerza, se te deshará en las manos, pero si lo sostienes débilmente y sopla el viento, se lo llevará y lo estrellará contra el frío suelo. Escucha la voz de tu corazón, Annie, pero procura estar completamente segura de que la voz procede de tu corazón. ¿Recordarás esto, Annie?

—Sí. Pero, ¿por qué me cuentas todo esto? ¿Tiene algo que ver con tu vida en Farthy?

Contuve el aliento.

—Algún día te lo contaré todo, Annie. Te lo prometo. Pero aún no ha llegado el momento. Confía en mí, por favor.

—Confío en ti, mamá. Más que ninguna otra cosa en este mundo.

No pude dejar de sentirme decepcionada. Durante demasiados años había estado escuchando esta promesa. ¿Cuándo llegaría ese momento? Ya tenía dieciocho años, y era una mujer hecha y derecha. Me había regalado sus diamantes más valiosos, su modelo de casita campestre más precioso. ¿Cuándo me contaría la verdadera historia de su vida?

—Mi Annie, mi preciosa, mi adorable Annie.

Me apretó contra ella y oprimió su mejilla contra la mía. Luego suspiró y se puso en pie.

—Bueno, aún no le he comprado el regalo de cumpleaños a tu tía Fanny. ¿Quieres ayudarme a elegir algo?

—Sí. Pero Luke no está muy interesado en esa fiesta.

—Lo sé. ¿Por qué tenemos que preocuparnos de eso?, es un misterio para mí. Pero no subestimes a tu tía Fanny. Habla como una palurda, pero de tonta no tiene un pelo. Nos hace sentir responsables antes de que tengamos la menor oportunidad de decir que no. No hay nadie que se le parezca —añadió, al tiempo que meneaba la cabeza y sonreía divertida.

—Hablale de Luke, mamá. Consigue que deje de sentirse incómodo por marcharse a Harvard.

—¿Le han aceptado?

La alegría vibró en su voz.

—Sí. Y con una beca completa.

—¡Qué maravilloso!

Pareció extenderse a través de ella una oleada de orgullo.

—Otro descendiente del abuelo de Toby Casteel que va a Harvard —anunció, como si le hablase a toda la ciudad. Luego sus ojos se suavizaron—. No te preocupes

por Fanny. Dirá y hará algo dramático pero, en su interior, está muy orgullosa de Luke, y estoy segura de que encontrará alguna razón para hacerle una visita y recorrer todo el campus como una auténtica reina.

Cruzó los brazos encima de sus pechos como hacía a menudo tía Fanny y luego echó hacia atrás la cabeza.

—Sí, mi hijito está aquí, y por eso puedo recorrer este césped como me dé la gana —dijo imitando a tía Fanny.

Ambas nos echamos a reír y luego me abrazó de nuevo.

—Así está mejor. Ahora eres la Annie que me gusta ver: feliz, delicada, viva. Tienes todo lo que hubiera deseado para mí misma, cariño —añadió en voz baja.

Mis lágrimas eran ahora lágrimas de felicidad.

Mi madre tenía una gran facilidad para alejar de mí aquellos oscuros nubarrones. De repente, mi mundo se llenó de nuevo con la brillante y dorada luz del sol, y los cantos de los pájaros ya no fueron unas canciones tristes. La abracé y la besé. Luego fui a limpiar mis mejillas surcadas por las lágrimas, para poder salir de compras con ella y traer un regalo de cumpleaños para tía Fanny.

La fiesta de cumpleaños de tía Fanny

Hacía una noche maravillosa para celebrar una fiesta. El cielo era como un telón de rico terciopelo negro con diminutos diamantes lanzados al azar sobre él. El aire era fragante y sereno. Mis padres y yo estábamos ya vestidos y preparados. Roland Star nos saludó enfrente del porche cuando salimos de la casa.

—Se trata de la calma anterior a una noche de tormenta —nos dijo arrastrando la voz.

—¡Pero si no hay ni una nube en el cielo! —observé.

Cuando se trataba de predecir el tiempo, Roland raramente se equivocaba.

—Están colgadas allí, exactamente encima del horizonte, Annie. Es como si estuviesen escondidas. Aún falta un poco, pero vigila los primeros relámpagos para refugiaros con tiempo del agua.

—¿Crees que lloverá? —le pregunté a mi madre.

Una tormenta primaveral hacía rebosar los torrentes y lo inundaría todo, convirtiendo cualquier fiesta en un desastre.

—No te preocupes. No nos quedaremos tanto tiempo en la fiesta.

Miró hacia mi padre en busca de una confirmación, pero él se limitó a encogerse de hombros. Luego nos introdujimos en nuestro Rolls-Royce y emprendimos el viaje hacia la casa de Fanny y Luke.

Poseían una casa muy bonita, muy modesta comparada con Hasbrouck House, pero mucho mejor que cualquier otra de Winnerrow. De una forma «misteriosa», tía Fanny había heredado una gran cantidad de dinero —una herencia que Drake, Luke y yo llegamos a saber que tenía algo que ver con el juicio por la custodia de Drake—, que había empleado para una ampliación y remodelación de la casa. Había comprado la casa original, con dinero que había conseguido a través de su primer matrimonio, alguien llamado Mallory. No llegué a saber nunca su nombre de pila puesto que se refería a él sólo como el «tío Mallory». Su segundo matrimonio, con Randall Wilcox, fue de corta duración. Hacía mucho tiempo que se había trasladado. Luego, tía Fanny recuperó legalmente su apellido Casteel, en parte para restregárselo por la cara a la gente de la ciudad, según tenía entendido.

Tía Fanny estaba siempre amenazando con contraer un tercer matrimonio. Parecía una vana amenaza puesto que, por lo que yo podía recordar, nunca había salido con nadie que se aproximase ni de lejos a su edad. Todos sus amiguitos tenían unos veinticinco años. Uno de los más recientes, Brent Morris, era sólo cuatro años mayor que Luke.

Su casa estaba sobre una colina con vista de Winnerrow, y la banda de *rock* había colocado siete altavoces tan potentes que la música se expandía por toda la calle

Mayor. Pudimos escuchar el sonido de la música mientras ascendíamos por la montaña. Mamá pensó que aquello resultaba excesivo, pero papá se limitó a soltar una carcajada.

Para cuando llegamos, la fiesta estaba en pleno auge. La banda de *rock* se había instalado en el garaje de Fanny, y el agrandado y ensanchado camino de coches hacía las veces de pista de baile. Encima de la puerta del garaje había una banderola en la que podía leerse: «¡FELIZ CUMPLEAÑOS, FANNY!», pintado con letras fluorescentes. Los farolillos de papel colgaban de las ramas de los árboles y por todos los rincones de la propiedad se veían gallardetes.

Mamá pidió a papá que aparcase el coche donde no pudiese quedar bloqueado por ningún otro, para que pudiésemos hacer una despedida rápida si decidíamos retirarnos temprano, pero papá no pareció tan ansioso de asegurarse una vía de escape. Parecía encontrarse en un inusual estado de ánimo alegre, y sospeché que habría echado en casa algunos tragos para fortalecerse para aquella ocasión. Sin tener en cuenta los muchos años que ya habían pasado y lo maravillosamente que mamá se portaba al respecto, papá parecía siempre encontrarse agitado en presencia de tía Fanny. Las conversaciones de tía Fanny, por lo general, estaban siempre llenas de indirectas que ponían incómodos a casi todos. Yo admiraba siempre a mamá por la elegancia con que hacía frente a la forma de comportarse de Fanny. Sólo confiaba en que Luke estuviese en lo cierto: que pudiese mostrarme tan fuerte y decidida como ella cuando tuviese que cargar con mi parte en el asunto.

Tía Fanny se acercó a la carrera hacia nosotros en cuanto salimos del automóvil. Se había crespado y ondulado el cabello y llevaba el vestido de cuero negro más ajustado que se pueda imaginar, como si fuese una segunda capa de piel. El vestido tenía un escote muy bajo, y la base de la V llegaba bastante más abajo de la separación de sus pechos. No llevaba joyas, casi como si no desease que nada hiciese competencia a su rica tez cremosa y al tono rosado de sus pechos. Mamá no pareció sorprenderse, pero los ojos de papá se salieron de las órbitas demostrando su masculina atracción. Eché un vistazo a mi alrededor en busca de Luke, imaginando lo incómodo que ya debía encontrarse.

Fanny cogió de un brazo a mamá y de otro a papá, a fin de escoltarles hasta la fiesta y anunciar su llegada. Yo les seguí muy de cerca.

Habían preparado una larga barra con dos camareros, en la parte delantera de la casa, y los camareros servían bebidas con la máxima generosidad posible, sin medir lo más mínimo la cantidad de alcohol que vertían en las copas. Al lado de la improvisada barra se veía un barril lleno de cerveza sumergido en una bañera con hielo. Un abigarrado grupo de hombres, muchos de los cuales vivían en los Willies, hacían cola para llenar sus jarras de más de un litro de capacidad.

Fanny había instalado hileras de luces multicolores suspendidas encima del césped, desde las casas hasta los cercanos árboles. Había contratado a media docena de mujeres para que preparasen y sirviesen la comida. Llevaban unos vestidos

blancos de algodón abotonados y ponían los alimentos encima de largas mesas, en las que aparecían fuentes llenas de pollos fritos, bandejas con pescado, cuencos llenos de una gran variedad de ensaladas, puré de patatas y humeantes verduras.

—Mi rica hermana y mi yerno, el rey y la reina de Winnerrow, ¡los Stonewall! —aulló Fanny.

—Oh, Fanny, por favor, pórtate bien —le pidió mi madre.

—Déjala que disfrute —intervino mi padre.

Pensé que le gustaba que le llamasen el rey de Winnerrow.

—Es su noche. Feliz cumpleaños, Fanny —concluyó.

—Muchas gracias, Logan, pero, ¿no me vas a dar al menos un besito de cumpleaños? Eso es lo correcto, ¿no te parece, Heavenly?

—Eso es asunto de Logan, Fanny. No soy yo la que le dice a quién puede o no besar.

La respuesta de mamá encendió aún más las bromas de Fanny. Se echó a reír a carcajadas y, de repente, se calló y empezó a rozarse de una forma tan seductora contra mi padre, que se interrumpieron las conversaciones a nuestro alrededor. Todos se callaron y se quedaron mirándonos. Mamá se alejó, pero yo no pude apartar los ojos de papá y tía Fanny. Papá sonrió nervioso y luego se inclinó para dar a Fanny su beso de cumpleaños.

Cuando sus labios se encontraron con los de ella, Fanny le tomó por los hombros y se ciñó aún más a él. Vi cómo su lengua se abría camino entre los labios de mi padre y luego apretaba su pecho contra el brazo de papá. Algunos de los hombres de los Willies emitieron gritos de júbilo y les corearon lascivamente. Cuando al fin sus labios se apartaron, Fanny arrastró a papá hasta la pista de baile, mientras él nos miraba implorante a mi madre y a mí. Fanny empezó a dar vueltas ante él, animándole a que se uniese a ella en lo que denominaba «esos bailes modernos».

Consiguió aflojarle la corbata.

—Tienes que desatar las fantasías de la tía Fanny —dijo.

Se dirigió a toda la audiencia de jóvenes que se había arremolinado a su alrededor. Todos se echaron a reír y se dieron con el codo unos a otros. La banda empezó a tocar cada vez más fuerte.

Busqué otra vez a Luke, pero no le encontré allí afuera.

—Voy a buscar algo de comer, Annie —me dijo mi madre con voz envarada—; pon el regalo de Fanny en el montón que se ve allí. ¿Quieres algo de comer?

Me quedé mirando su rostro y me pregunté cómo se sentiría a causa de que papá y tía Fanny fuesen el centro de atención, en especial teniendo en cuenta todas las habladurías acerca de su asunto amoroso de hacía varios años. Pero, incluso en aquellas circunstancias, mamá tenía una forma maravillosa de dominar sus verdaderos sentimientos. Sólo alguien como yo, alguien que la hubiera conocido desde hacía tanto tiempo y tuviera tan íntima relación con ella como yo, podía percatarse de su expresión fría y dura en aquellos azules ojos, y saber que no sólo no

era feliz, sino que se hallaba verdaderamente encolerizada.

«¿Cómo podría controlarse tanto? —me pregunté—. ¿Qué pasaría si algo similar me sucediese a mí y a mi marido? ¿Podría soportar las cosas igual que ella o explotaría? Si se tratase de Luke, y estuviese besando a otra mujer...»

Papá trataba de mover las caderas al ritmo que marcaba Fanny, mientras ella alargaba los brazos y hacía descansar las palmas encima de sus hombros. Pensé que mi tía estaba ridícula, bailando como una lasciva adolescente. Él parecía desconcertado. ¡Qué injustos estaban siendo papá y tía Fanny con mamá, teniendo en cuenta que, mientras ellos seguían bailando, ella debía atravesar aquella vociferante multitud! Deseé gritarle a papá que se detuviese, y deseé gritarle también a tía Fanny, por no tener en cuenta los sentimientos de mamá. Llegué a la conclusión de que existían unos límites para el egoísmo y para lo que se podía excusar en nombre de la diversión. Necesitaba hablar con Luke.

—Primero quiero encontrar a Luke y luego ya nos reuniremos contigo.

—Muy bien, cariño —me contestó, y miró hacia atrás en dirección a papá y tía Fanny.

Mi tía había rodeado con los brazos la cintura de mi padre y balanceaba sus caderas salvajemente de un lado a otro. Por un momento, me pregunté si podría intervenir y apartar a papá de Fanny, pero luego pensé que aquello podría desencadenar una escena aún más desagradable y embarazosa para todos. Me fui en busca de Luke, y al fin lo encontré en la casa, sentado solo en una butaca del salón.

—Luke, ¿qué haces aquí sentado solo?

Alzó la mirada. Cuando me vio, su sonrisa irrumpió a través de la helada capa de rabia que le cubría el rostro.

—Ya no resistía más estar ahí fuera, Annie. Decidí que lo mejor que podía hacer era venirme aquí y esperar a que todo acabase. Se está metiendo con todo el mundo, y la forma en que la besan y los besa...

Sacudió la cabeza.

—¿Qué trata de probar?

—Pues que puede ser joven y bonita por siempre, tal vez; y que siempre la desearán los hombres jóvenes.

—¿Por qué no se porta de acuerdo con su edad? ¿Por qué no tendrá clase, lo mismo que Heaven?

—Ahora mismo está haciendo una escena con papá, y mamá se está enfadando cada vez más —le dije, sin enmascarar mi furia.

Alzó la vista con rapidez.

—¿Eso hace? Tuve una pesadilla al respecto. ¿Y qué hace tu padre?

—Creo que, simplemente, trata de mostrarse educado, y procura que no se convierta en algo aún más desagradable, pero no sé cuánto tiempo podrá resistirlo mi madre. Estoy muy triste por ella, Luke.

—Supongo que será mejor que regrese afuera. A lo mejor puedo hacer algo. Lo

siento... —me contestó.

—No te puedes pasar toda la vida pidiendo disculpas por culpa de tu madre, Luke.

—Pues parece que es eso lo que he estado haciendo desde que tengo uso de razón.

Se puso en pie. Estaba muy guapo, vestido con una chaqueta deportiva azul, con corbata. Su rico cabello negro aparecía suave y suelto. Parecía un hombre, pensé, ya no era un muchacho, un hombre que podía hacerse cargo de una situación como aquella. Le seguí afuera.

La banda había cambiado de música. De repente, se hallaban tocando una tonada de los Willies, y los hombres de las cabañas habían formado un corro alrededor de tía Fanny y de papá, que parecían bailar en una danza interminable, mientras ella oscilaba a su alrededor. El hasta hacía poco bien cepillado cabello de papá, se veía suelto y despeinado salvajemente.

Localicé a mamá a un lado, de pie debajo de un pino. Tenía una bandeja con comida en las manos, pero no estaba comiendo nada en absoluto.

—Tu padre se está poniendo en ridículo —me murmuró cuando Luke y yo nos pusimos a su lado—. Sólo espero que recupere el sentido común, pero creo que se ha tomado ya cuatro copas.

—Yo lo arreglaré —se ofreció Luke.

Y se lanzó hacia adelante antes de que mi madre pudiese responder. Hizo a un lado a dos hombres y se metió en el corro, agarrando la mano derecha suelta de Fanny, acercándola hacia él y separándola de papá, el cual, durante un momento, giró sobre sí mismo confuso. Se enderezó, observó como Fanny estaba bailando con Luke y se salió del centro del corro. Mamá dio un paso hacia adelante.

—Será mejor que te metas algo en el estómago, Logan, para que diluyas el alcohol que ya te has tomado —le aconsejó, con una voz en la que se percibía su dureza.

—¿Qué...?

Miró hacia mí y luego al círculo de hombres y mujeres, que daban palmadas y que ahora acompañaban en el baile a Luke y a Fanny. Luego se enjugó el rostro con el pañuelo y asintió.

—Tu hermana está loca —musitó.

Mamá se limitó a fulminarle con la mirada.

—Estoy muerto de hambre —se apresuró a añadir, y se encaminó hacia las mesas llenas de alimentos.

Le observé tambalearse por allí, y luego alcé los ojos hacia el cielo. Vi que las escondidas nubes de Roland Star comenzaban a cruzar por encima de las purpúreas montañas, encaminándose en línea recta hacia Winnerrow.

Papá se llenó una bandeja con comida y se dejó caer en una silla al lado de una de las mesas que tía Fanny había instalado en el césped. Mamá y yo nos unimos a él, y

nos pusimos a comer sin dejar de mirar a la muchedumbre de juerguistas que cada vez derivaban más hacia un salvaje frenesí. Fanny había invitado a todos aquellos a los que pudo encontrar, pensé, dispuesta a conseguir que su fiesta constituyese una ocasión memorable para Winnerrow.

La mayoría de la gente eran trabajadores o criados. Ninguno de los amigos de clase alta de mis padres habían respondido a la invitación, ni siquiera en señal de respeto hacia ellos; pero yo sabía que mi madre les perdonaría con facilidad. No podía recordar haber visto a mi madre con un aspecto tan incómodo como el que mostraba ahora.

De repente, tía Fanny dejó de bailar y se dirigió al líder de la banda. Éste asintió y luego la banda empezó a tocar una breve introducción, seguida de un repicado de tambores. Tía Fanny se volvió hacia un pequeño cubo de basura y obligó a dos de sus jóvenes admiradores a que la ayudasen a subirse allí.

—Tengo unas cuantas palabras que decir —comenzó.

—¿Sólo unas pocas? —gritó alguien, provocando un montón de risotadas.

—Bueno, tal vez doce o más —contraatacó tía Fanny, lo cual suscitó aún más risas—. Me gustaría dar las gracias a todos por haber venido a la fiesta de mi cuadragésimo cumpleaños. Eso es, he dicho cuarenta, y me siento muy orgullosa de ello, orgullosa de tener cuarenta años y aparentar tan sólo veinte.

Dio una vuelta sobre sí misma encima del cubo de basura, para poder exhibir ante todos su figura, haciendo sobresalir bien sus pechos. Los hombres que la rodeaban empezaron a silbar y dar patadas en el suelo.

Miré a Luke. Se había retirado hacia un lateral y tenía la cabeza baja. Me sentí terriblemente mal por él, y deseé poder cogerle de la mano y sacarle de allí, y alejarlo lo más posible.

—Otras mujeres, sobre todo las más altas y poderosas de Winnerrow, y que no han podido acudir a mi fiesta, mienten acerca de su edad. Lo hacen al revés. Cuando tenían veinte años parecían ya de cuarenta.

Se escucharon más risotadas. Luego uno de sus hombres jóvenes gritó:

—Yo tengo veinte años, Fanny. ¿Cuántas veces caben veinte en cuarenta?

Las risotadas se hicieron cada vez más vulgares. Fanny sonrió, se llevó las manos a las caderas y se enfrentó con él.

—Ni una sola —exclamó, y su auditorio aulló—. De todos modos, queridos maniqués, voy a ser muy feliz esta noche. Mirad a mi hijo Luke, ahí de pie; parece decir: «Tierra trágame». Estoy muy orgullosa de él; ha sido aceptado en Harvard, y lo desean tanto que le han concedido una beca para que no tenga que abonar nada. Esto sí que es de un auténtico Casteel, ¿verdad?

Luke alzó la mirada, con el rostro tan rojo que pensé que iba a estallar en llamas. Todo el mundo se había vuelto para mirarle.

—Bueno, supongo que querrás hacer un discurso al respecto, Luke, cariño... ¿O tal vez crees que esos palurdos no te entenderían?

Luke no respondió.

—Eso no le importa a nadie, cariñito. Yo sola puedo hablar por los dos, y cuando vaya a Harvard, les enseñaré algo a esos profesores...

—Claro que lo harás, Fanny —le gritó alguien.

Luego la banda empezó a tocar *Cumpleaños feliz*, y el auditorio empezó a cantarlo. Fanny posó en su pasarela del cubo de basura, y nos dedicó una amplia sonrisa a mi madre y a mí. Cuando la canción acabó todo el mundo se puso a aplaudir, al tiempo que media docena de jovencitos se echaba hacia adelante para ayudar a Fanny a bajar.

Momentos después nuestra atención se vio atraída hacia dos hombres que se empujaban mutuamente. Uno acusaba a otro de haberle adelantado en la cola de la cerveza. Sus amigos, en vez de separarlos, les azuzaron hasta que uno derribó al otro. La gente se precipitó ahora hacia ellos. Todo aquel asunto le pareció muy divertido a papá.

—Estoy ya preparada para marcharme, Logan —anunció con firmeza mamá—. Esta fiesta es cada vez más absurda e insoportable.

—Un momento —respondió papá, y se puso en pie para estar más cerca de la pelea.

Los dos hombres se insultaban el uno al otro. Oí las risotadas de tía Fanny por encima de todo aquel tumulto. El viento había aumentado y las bombillas esparcidas por todo el césped comenzaron a oscilar con fuerza. La banderola de tía Fanny flameó levemente mientras era impulsada hacia adelante y hacia atrás, pero ahora ondeaba holgadamente como si se tratase de una bandera de guerra.

Tía Fanny se presentó a la carga en el escenario de la contienda.

—¿Qué es eso de pelearse en el día de mi cumpleaños? —preguntó, llevándose las manos a las caderas.

Tres de sus amiguitos se agruparon a su alrededor y comenzaron a interferir en la disputa. Mi tía daba saltitos mientras escuchaba todo aquello. Luke se colocó detrás de ella, miró hacia mí y meneó la cabeza. De repente, mi madre se adelantó unos pasos y cogió a papá por el brazo.

—Logan, quiero irme a casa. ¡Ahora mismo! —insistió.

Mi padre se la quedó mirando durante un momento. Luego asintió. Mi madre le condujo hasta donde me encontraba yo.

—Vámonos, Annie.

La ira reflejada en su cara parecía a punto de estallar.

Me levanté y la seguí, con mi padre a la cola. Pero, antes de que pudiésemos llegar hasta nuestro coche, Fanny nos vio y nos gritó:

—¿Dónde vas, Heavenly? ¡Mi fiesta sólo acaba de empezar!

Miré hacia atrás, pero mamá me dijo que entrase en el coche. Las risas de Fanny nos siguieron como si fueran la cola de una cometa. Papá se precipitó detrás de nosotras y nos cogió en el momento en que yo me introducía en el asiento trasero.

—¿Puedes conducir? —le preguntó mamá.

—Claro que puedo conducir. No sé por qué te preocupas tanto. Sólo se trataba de una inofensiva discusión entre dos tipos. Nada más. Dentro de poco seguirán siendo tan amigos como siempre.

Entró en el coche y hurgó en sus bolsillos en busca de las llaves.

—Has bebido demasiado, Logan. Y sé que ya habías tomado algo antes de llegar a la fiesta.

—Bueno, para algo son las fiestas, ¿no crees? —le respondió con una sorprendente cortesía.

Encontró la llave y se concentró en meterla en la cerradura de contacto. No podía recordar haberle visto nunca tan confuso. De repente una ráfaga de lluvia se estrelló con fuerza contra el parabrisas.

Y luego se vio seguida por otra y otra.

—Pues parece que, a fin de cuentas, va a ser una fiesta pasada por agua —murmuró melancólicamente—. Roland estaba en lo cierto.

—Es la mejor cosa que puede suceder —intervino mi madre—. Los enfriará a todos y a todo —añadió, mirándole con fijeza—, podrán serenarse.

Papá puso en marcha bruscamente el motor y todos nos fuimos hacia adelante.

—¿Y eso qué se supone que significa?

Se volvió hacia mamá y se la quedó mirando con beligerancia.

—No debiste besarla y portarte de aquella forma, Logan. Todo el mundo lo vio.

—¿Y qué se suponía que debía hacer? ¿Desafiarla?

—No, pero tampoco debiste mostrarte tan complaciente.

—¿Complaciente? Oh, vamos, Heaven. Eso no es justo. Quedé asombrado y...

—Ve más despacio, la lluvia cae cada vez más fuerte y ya sabes cómo se ponen enseguida las carreteras —le advirtió mi madre.

—Yo no quería bailar de aquella forma con ella, pero me imaginé que, si me apartaba, Dios sabría lo que diría. Está tan borracha como un indio la noche del sábado y...

—¡Más despacio! —le gritó, con mayor vehemencia esta vez.

Ahora caían auténticas sábanas de agua encima del parabrisas, y los limpiaparabrisas se mostraban incapaces de quitársela de encima.

Odiaba verlos así. Me di cuenta de que siempre que mantenían unas peleas como aquéllas era porque tía Fanny había intervenido de alguna manera. De alguna forma, conseguía causar problemas entre ellos, arañando viejas heridas o echando sal sobre algunas nuevas. «¡Qué lástima que no decidiera escaparse con alguno de sus amiguitos y obligara a Luke a vivir con nosotros! —pensé—. Entonces seríamos de verdad una familia feliz, y ya no tendríamos que preocuparnos por unas situaciones tan violentas como ésta.»

—¡No puedo ver nada! —exclamó mamá, pero papá no la estaba escuchando.

—¿Te imaginas lo que estará pasando allí? —dijo mi padre, y se echó a reír.

Miró a mamá.

—Siento haberte causado dolor, Heaven. Honradamente, lo que intentaba era...

—Logan, no apartes la vista de la carretera. Esta lluvia...

El camino de vuelta a Winnerrow era muy empinado y con muchas curvas. La lluvia, que procedía del Este, arreciaba ahora en la ladera de la montaña. La errática conducción de papá me hacía balancear de un lado a otro en la parte trasera del coche. Alargué la mano y me sujeté con fuerza en el asa que estaba encima de la ventanilla.

—Ya sabes que yo no quería provocar nada —comenzó de nuevo, pero mamá le detuvo en seco.

—Muy bien, Logan —declaró con énfasis—. Ya hablaremos de todo eso cuando nos encontremos en casa.

De repente, cuando nos acercábamos a una pronunciada curva, un vehículo apareció en la colina justo enfrente de nosotros.

Oí el grito de mamá y sentí que el coche se precipitaba hacia la derecha. Luego noté cómo los frenos no respondían.

Lo último que puedo recordar fue el taladrante chillido de mi madre, y la voz de mi padre, que instantáneamente se había vuelto sobria, y que pronunciaba mi nombre:

—¡Annie..., Annie... Annie...!

La mayor de las pérdidas

Abrí los ojos después de un esfuerzo enorme porque sentía como si me hubiesen cosido los párpados. Parpadeé y parpadeé y cada vez mis párpados se abrieron y se cerraron con menos esfuerzo.

¿Dónde estaba? Era una habitación muy blanca. En el centro del techo había un espantoso aplique eléctrico de plástico. Y las ropas de cama..., olían a almidón y se notaban muy ásperas. Y también percibía en mis oídos un débil tañido.

—¡Annie! Enfermera, está abriendo los ojos. ¡Enfermera..., enfermera...!

Me volví con lentitud, sintiendo la cabeza como si se hubiese vuelto de piedra, como si fuera el busto de Jefferson Davis que había en el patio delantero de la Escuela de Winnerrow. Una mujer de blanco —una enfermera— me tomó la muñeca derecha entre sus dedos para tomarme el pulso y vi el catéter intravenoso que estaba insertado en mi brazo.

Miré a mi izquierda. Allí estaba sentado un anciano caballero de cabello gris, con los ojos más azules que jamás hubiera visto. Volví a mirar a la enfermera. Se encontraba atareada escribiendo cosas en un gráfico y sólo lanzó alguna mirada rápida hacia el hombre, que tomó mi mano izquierda entre las suyas y se inclinó más hacia mí, lo suficiente como para poder percibir una oleada de su dulce loción para el afeitado.

—¿Quién es usted? —pregunté—. ¿Qué estoy haciendo aquí?

—Annie, me temo que me ha tocado a mí comunicarte las noticias más terribles que jamás hayas oído. Confío en que no me odies por haber sido el portador de esta gran desgracia.

Cerró los ojos y respiró hondo como si hubiese agotado todo el aire de su interior al decirme aquello.

—¿Qué ha ocurrido?

Intenté incorporarme, pero por debajo de mi cintura el cuerpo parecía insensible. Sólo pude levantar unos centímetros mis hombros del colchón.

—Has sufrido un terrible accidente de circulación, y has permanecido en coma.

—¿Accidente? —Parpadeé.

Luego todo volvió a mi cabeza: la lluvia, el grito de mi madre, mi padre que exclamaba ¡Annie! Mi corazón pareció quebrarse.

—¡Oh, Dios mío! ¿Dónde están mis padres? ¿Dónde está mi madre? ¡*Mamá!* —grité, sintiéndome de repente frenética. Miré hacia la enfermera— ¿dónde está papá?

Un frío y húmedo pánico se apoderó de mí.

Aquel hombre desconocido cerró los ojos y luego los abrió con lentitud, sujetando con más fuerza mi mano.

—Annie, lo siento muchísimo...

Me pareció estar viviendo una pesadilla en cámara lenta. Miré a aquel hombre y vi cómo el dolor que había en sus ojos se convertía en lágrimas. Bajó la cabeza y luego la alzó para mirarme.

—Lo siento, Annie.

—¡No!

Deseé negar sus palabras antes de que las pronunciara.

—Ambos han muerto —dijo, mientras las lágrimas se le deslizaban por las mejillas—. Y tú has estado en coma durante dos días.

—¡No!

Separé mi mano de sus fuertes dedos y volví el rostro hacia la almohada.

—¡No, no le creo!

Ahora me sentí toda yo entumecida, helada, muerta yo misma. No deseaba encontrarme aquí y quería que aquel hombre se fuese. Todo cuanto ansiaba era hallarme de nuevo en casa, estar con mis padres. ¡Oh, Dios mío! —imploré—, haz que esto ocurra y que desaparezca esta terrible pesadilla. Por favor, por favor...

—Annie, pobre Annie...

Sentí cómo acariciaba mi pelo de la misma manera en que solía hacerlo mi madre.

—He venido en cuanto me han llamado, y he permanecido desde entonces pegado a tu lecho.

Giré la vista lentamente a mi alrededor y avizoré por encima de mis dedos. El rostro del hombre aparecía aún grávido de simpatía y de tristeza. Parecía sincero en sus lamentaciones y en su dolor.

De repente, supe de quién se trataba. Era el misterioso Tony Tatterton, el príncipe de Farthinggale Manor, y estaba aquí, a los pies de mi cama.

—Contraté enfermeras para que te atendieran las veinticuatro horas del día y traje a mis propios médicos para que te viesen; las instalaciones de aquí están muy lejos de ser las adecuadas. Te llevaré a Boston y luego a Farthinggale —continuó.

Todo cuanto dijo se deslizó por mí como palabras murmuradas en un sueño. Meneé la cabeza.

—Mamá, quiero verla. Papá...

—Están muertos y aguardan a ser enterrados en Farthinggale Manor. Estoy seguro de que hubiera sido lo deseado por tu padre —añadió en voz baja.

—¿Farthinggale Manor?

—Habría consultado con tus abuelos paternos, los Stonewall, pero ambos murieron, y de todas formas estoy seguro de que también habrían deseado lo mismo: un entierro apropiado para tus padres y emplear todo el dinero disponible en conseguir que recuperes tu salud y te encuentres bien de nuevo.

Me lo quedé mirando durante un momento, y luego las lágrimas que se habían mantenido contenidas por mis párpados se liberaron, y comencé a sollozar y sollozar, con toda la parte superior de mi cuerpo estremeciéndose. Tony Tatterton se inclinó

hacia adelante para abrazarme y sostenerme lo mejor que le fue posible.

—Lo siento, mi pobre, mi pobre Annie. La bella hija de Heaven, la nieta de Leigh —musitó, mientras besaba mi frente y me echaba hacia atrás con dulzura unos mechones de mi cabello—. Pero no estarás sola, ya nunca estarás sola. Ahora estoy aquí y siempre estaré a tu lado mientras viva.

—¿Y qué me ocurre a mí? —le pregunté a través de mis lágrimas—. Siento que no puedo mover las piernas. ¡Ni siquiera las noto!

—Recibiste un fuerte golpe en la espina dorsal y en la cabeza. Los médicos opinan que el trauma en tu columna vertebral ha afectado a tu coordinación motora, pero no te inquietes por lo que te ha sucedido, Annie. Como ya te he dicho, haré que te recuperes totalmente.

Besó mis mejillas humedecidas por las lágrimas y me sonrió, mientras se suavizaban sus azules ojos.

—Drake —dije—. ¿Dónde está Drake? Y Luke. ¿Dónde está Luke? Tía Fanny —musitó.

Necesitaba ahora tener a mi familia en torno mío, y no a este desconocido. Dios mío, ¿qué me había ocurrido? Me sentí perdida, privada de todo, vacía, flotando como alguna cometa al viento cuya cuerda se hubiese roto. ¿Qué podría hacer ahora?

—Drake está en el vestíbulo, aguardando. Luke y Fanny han estado por aquí unas cuantas veces, y ya les haré saber que has salido del coma —explicó Tony—. Pero primero haré que vengan mis médicos.

—No, deseo primero ver a Drake y, por favor, llama a Luke y a Fanny y diles que vengan enseguida.

—Muy bien. Eso haré. Todo lo que desees.

Me besó de nuevo en las mejillas y se puso en pie. Me sonrió de una forma cálida pero extraña, y luego salió. Momentos después Drake entraba en la habitación, con el rostro sombrío y los ojos enrojecidos. Sin hablar, me abrazó y me mantuvo tan apretada contra su pecho que las lágrimas me estallaron de nuevo. Mis sollozos provocaron dolores en mi espalda y en mi corazón. Me besó, me sostuvo y me acunó como a un bebé, oprimiendo su rostro contra el mío, con sus lágrimas mezclándose con las mías.

—Ya sabes que ellos eran para mí como mis padres —me dijo—. Mi auténtica madre no me hubiera amado más de lo que lo hizo Heaven, y Logan siempre me trató de la misma manera que hubiese tratado a su propio hijo. Una vez, que salí a dar un paseo en coche a solas con él, recuerdo que me dijo que siempre había pensado en mí como si fuese su hijo. «Lo mío es tuyo —me dijo— y siempre lo será.»

—Oh, Drake, ¿puede realmente ser verdad? ¿De veras que se han muerto y desaparecido?

—Sí, y es un milagro que tú aún estés viva. Vi el coche. Quedó destrozado por completo.

—No puedo mover las piernas. Ni siquiera las siento, es como si no estuviesen

aquí.

—Lo sé. Tony me ha contado lo que han dicho los médicos. Va a hacer por ti todo cuanto sea posible, Annie. Es un hombre asombroso y maravilloso. En cuanto supo la noticia, puso a trabajar toda la potencia y riqueza de su imperio Tatterton. Los médicos acudieron y permanecieron continuamente a tu lado. Ha trasladado a uno de sus directores para que la fábrica de Logan en Winnerrow pueda continuar, porque, como dice, era muy importante para Logan y para Heaven que la gente de aquí tuviese algo a lo que agarrarse. Jura que nunca se cerrarán los negocios y que incluso se ampliarán. Ya me ha preguntado si me gustaría dirigirlos algún día, una vez me licencie en la Universidad.

»Y luego me contó que ha planeado ocuparse de nuevo de Farthinggale, para que puedas recuperarte en un medio ambiente maravilloso. Tenemos suerte al poder contar con él, Annie, en un momento como éste.

—Pero si yo no quiero ir a Farthinggale... ¡Lo que deseo es regresar a casa, Drake! Se supone que Farthinggale no es un hospital: se supone que es... un lugar especial, un paraíso. Por favor, Drake...

—Annie, ahora te resulta difícil poder pensar con claridad. Tendrás que estar con otras personas mayores y más entendidas, y que no están tan cerca de la tragedia como tú. Debemos hacer lo que sea mejor para ti. Quieres eso, ¿verdad? Querrás andar de nuevo, proseguir con tu vida.

—¿Mi vida? ¿Sin mamá y sin papá? ¿Lejos de todo el mundo? ¿De Luke? ¿De ti? ¿De toda la gente a la que amo? ¿Cómo podré continuar con mi vida?

—Debes hacerlo, Annie. Eso es lo que Heaven desearía, lo que Logan querría, y si yo no te pidiera que lo hicieses, cometería un grave error. Tus padres no eran del tipo de personas que se dejaban vencer por cualquier cosa, Annie. Y tú debes seguir por el mismo camino. No importan los obstáculos que se presenten, debes seguir adelante y vencerlos.

«Los obstáculos no importaban —pensé—. Hay que ir hacia los mayores.» También era el consejo de Luke.

—No estaré muy lejos de ti, Annie. En realidad, estaré muy cerca. Hoy regreso a Boston, y te visitaré en el hospital de allí. Sé que te resulta imposible creer en todo esto ahora, dado que está sucediendo demasiado de prisa, pero debes confiar en quienes te aman. Por favor —me imploró.

Respiré hondo y descansé la cabeza contra la almohada. El peso de todo el mundo pareció oprimirme en esos momentos. Mis párpados se pusieron de nuevo pesados y me sentí mareada y cansada.

Tal vez si me quedaba dormida al despertar descubriría que todo esto no era otra cosa que una terrible pesadilla, pensé, y abriría de nuevo los ojos en mi propio cuarto de Hasbrouck House.

Sería por la mañana y mamá entraría provista de su energía habitual, hablando de las cosas que haríamos aquella mañana. En el piso de abajo, papá estaría tomando su

café y leyendo su *Wall Street Journal*. Me ducharía y me vestiría, y bajaría de dos en dos las escaleras para enfrentarme a un nuevo y brillante día, y papá me besaría y se despediría de mí antes de salir para la fábrica, como lo hacía todas las mañanas. Me adentré en aquella neblinosa ensoñación.

—Roland, prepárame el desayuno —musité.

—¿Qué? —preguntó Drake.

—Tengo que comer, y se me hace ya tarde. Mamá y yo iremos de tiendas. Necesito un vestido nuevo para la fiesta de cumpleaños de Maggie Templeton, y debemos encontrar algo especial para nuestro regalo. No te burles de nosotras, Drake. Ya veo que te ríes...

—Annie...

Sus manos se apoyaron sobre mi cabeza, pero no pude mantener los ojos abiertos, por lo que dejé que la cabeza siguiese apoyada contra la almohada.

—La casita de campo de juguete..., es tan bonita..., tan preciosa..., gracias, mamá, la cuidaré siempre, siempre, siempre...

—Annie...

¿Era aquélla la voz de papá que me seguía llamando? Papá, no dejes de llamarme, por favor. Papá...

En los cálidos y reconfortantes brazos del sueño, me volví y me giré con lentitud, apartando aquella fea y horrible luz que deseaba irrumpir en mi mundo de fantasía y que lo haría estallar y desaparecer.

—No les dejes hacer eso, Luke. Por favor, no les dejes. Lo sé... Hemos de ir a las montaña más altas..., las vistas, las vistas...

—Oh, Annie, te pondrás buena de nuevo —susurró Drake, y tomó mi mano entre las suyas.

Pero, en mi sueño, era yo la que cogía la mano a Luke y cruzábamos a toda prisa el césped hacia el paraíso que habíamos hecho a nuestra medida, donde me sentí a salvo y segura de nuevo. Y pude dormir.

Cuando desperté, los médicos de Tony y la enfermera privada me estaban mirando. Un hombre alto y vestido de oscuro, con un diminuto bigote pelirrojo y unos ojos suaves de color avellana, estaba sosteniendo mi mano y sonreía.

—Hola... —dijo—. Soy el doctor Malisoff y me haré cargo de ti hasta que te encuentres de nuevo bien.

Alcé la mirada hacia él, mientras su rostro se me hacía cada vez más nítido, hasta que pude ver las pequeñas y delgadas arrugas que cruzaban su frente como líneas rectas que alguien hubiese trazado allí con un lapicero.

—¿Qué es lo que tengo? —pregunté.

Mis labios estaban tan secos que tuve que pasar sin cesar mi lengua entre ellos. En vez de responderme, se volvió hacia el médico más joven que se encontraba a su lado. Este tenía el cabello rubio y una piel más clara; se podían ver pequeños trechos con pecas diminutas debajo de sus ojos.

—Él es mi ayudante, el doctor Carson. Ambos cuidaremos de ti.

—Hola... —dijo el doctor más joven.

Estaba estudiando unos gráficos que le tendía la enfermera que se encontraba a su lado.

—Y ésta es Mrs. Broadfield, tu enfermera personal. Estará contigo hasta el día en que recuperes la salud y estés lo bastante bien como para valerte por ti misma.

—Hola, Annie —me dijo ella, ofreciéndome una sonrisa que destelló con tanta rapidez como el flash de una máquina de retratar.

Tenía el pelo tan negro como el de tía Fanny, pero mucho más corto, y su cara era regordeta y presentaba unos hombros macizos y fuertes, como los de un hombre. No llevaba maquillaje y sus labios eran de un pálido carmesí.

—¿Dónde está Drake? —pregunté, y luego recordé, vagamente, que me había dicho que debía regresar a Boston.

—¿Drake? —dijo el doctor Malisoff—. En el vestíbulo hay dos personas esperando para verte. Una es tu tía Fanny y el otro debe de ser su hijo...

Miró a Mrs. Broadfield, la cual se apresuró a asentir.

—Les dejaremos entrar dentro de un momento. En primer lugar, quiero decirte lo que planeamos hacer contigo, Annie... Al parecer, cuando se despeñó el coche con tu padre, chocaste con mucha fuerza con algo, y sufriste golpes en la espina dorsal y en la parte posterior de tu cabeza donde se originó lo que denominamos un trauma, que interfiere ahora en el control de tu motricidad causando una parálisis en la parte inferior de tu cuerpo. No sabemos exactamente aún dónde se encuentra el daño y cuál es su extensión, porque este hospital no tiene el material necesario para llegar a un diagnóstico más exacto, por lo que te estamos preparando para llevarte en avión a Boston, donde serás examinada por un neurólogo, que es uno de mis socios. Allí existen unos instrumentos sofisticados, como un escáner, que nos puede indicar dónde se encuentran tus problemas y ayudarnos a llegar a una apropiada diagnosis, terapia y prognosis.

—Ahora mismo no siento ningún dolor en mis piernas —le expliqué.

Él me sonrió como contestación.

—Lo tendrías si no se encontrasen paralizadas. Si sientes dolores, ello será señal de que tus nervios y músculos vuelven a encontrarse en orden de funcionamiento. Sé que parece raro que el dolor nos indique que vas mejorando, pero es así. Mi previsión consiste en que, una vez tratemos el trauma, recobrarás el uso de tus piernas. Sin embargo, eso puede llevar bastante tiempo y, durante ese tiempo, necesitas algo más que un tratamiento lleno de cuidados y afecto. Precisarás de una terapia profesional.

Quedé impresionada y alentada por su tono concienzudo, pero deseé que mi papá estuviese a mi lado para tomarme de la mano; necesitaba a mamá para que me dijese que todo marcharía bien de nuevo, y no que me lo dijese sólo doctores y enfermeras. Nunca me había sentido tan sola, tan abandonada y dejada de la mano de Dios en un mundo tan extraño y tan frío.

—Por lo tanto —prosiguió el médico, liberando mi mano e incorporándose de nuevo—, lo que necesitas es relajarte hasta que se completen todos los preparativos. Irás en ambulancia hasta el aeropuerto y luego tomaremos una ambulancia aérea hasta Boston.

Me sonrió de nuevo y me acarició la mano.

—Mientras tanto, Mrs. Broadfield te dará algo líquido como alimento, ¿vale?

—No tengo hambre...

¿Quién podía pensar en comida en un momento así? No me preocupaba el no volver a comer nunca más.

—Lo sé, pero me gustaría que tomases algo líquido y algún otro alimento además del que ya tomas a través de la vía intravenosa. ¿De acuerdo?

Hizo una pausa y me brindó otra sonrisa prevista para tranquilizarme, algo que ya nadie podría hacer más.

—Ahora me encargaré de que tu familia pase a verte.

Se dio la vuelta y él y el médico más joven salieron de la habitación. Mrs. Broadfield abrió para mí un pequeño cartón de jugo de arándanos, y le introdujo una pajita.

—Tómalo poco a poco —me aconsejó, ajustando mi cama para que pudiese incorporarme.

Sus cortos y regordetes dedos y amplias palmas olían a alcohol de fricciones. Al acercarse a mí pude ver sus pelillos negros que asomaban en su redondo mentón. Deseé tener allí a mi madre, a mi hermosa y amorosa madre para que cuidase de mí, y no a aquella espantosa desconocida.

Puso el jugo en mi mano libre y colocó la mesa encima de la cama. El cambio de posición me hizo marearme de nuevo, obligándome a cerrar los ojos.

—Estoy comenzando a sentir náuseas —exclamé.

—Espera un poco —insistió.

Tomé un poco de jugo y me lo tragué. Aquello me causó dolor en la garganta y gemí.

—Por favor, tiéndame de nuevo en la cama —rogué.

—Tienes que intentarlo, Annie, sólo un poquito cada día. Los médicos no pueden hacerlo todo —me explicó, con un tono de desaprobación, e incluso de impaciencia, en su voz.

—No estoy preparada —insistí.

La mujer meneó la cabeza y quitó la tabla de la mesa. Sorbí un poco más con la pajita y luego le devolví el jugo. La enfermera apretó los labios y su gordinflón rostro pareció llenarse de enojo. Cuando la miré más de cerca, observé que tenía muchas señales en la piel y me pregunté cómo una enfermera podía tener una tez tan pobre.

En el momento en que volvió a recostarme sobre la cama, tía Fanny irrumpió en la habitación, seguida de Luke a su derecha y un poco atrás. Nunca me había sentido tan contenta de verles. Fanny se retorció las manos delante de mí.

—¡Oh, Dios..., oh, Dios...! —exclamó.

Mrs. Broadfield casi dejó caer la bandeja.

—Oh, Annie querida, pobrecilla. Mi pobre sobrinita.

Las lágrimas le empezaron a correr por el rostro y comenzó a enjugarse las mejillas con su pañuelo de seda.

—Oh, Dios..., Oh, Dios... Mi dulce chiquilla... —gimoteó, y se apoyó en Luke. Le temblaron los hombros.

Luego respiró hondo, se acercó a mi lado y me besó en la frente. Bendije aquel aroma de rosas, su perfume personal, que le enviaban desde Nueva York una vez al mes.

Se aferró a mí y sollozó, mientras su cuerpo sacudía el mío. Miré a Luke, que parecía muy incómodo ante la exagerada demostración de tristeza de su madre. Alargué un brazo para indicarle que se acercase más. Tía Fanny me aferró con mayor fuerza como si en ello le fuese la vida. Sus sollozos se hicieron más audibles.

—Mamá, estás poniendo las cosas aún peor. Por favor... —le dijo Luke.

La tía Fanny contraatacó.

—¿Qué?

Se enjugó de nuevo los ojos.

—Oh..., oh..., Dios..., Dios...

—Mamá, por favor... Piensa en todo lo que acaba de pasar Annie... —imploró Luke, bajando la voz para darle mayor énfasis.

Mamá solía decir que cuando había que hacerlo, no había nadie que supiese manejar a Fanny mejor que Luke.

—Oh, querida Annie —siguió y me besó en la mejilla, mientras las lágrimas caían ahora sobre mi cara. Las enjugó también y se incorporó—. El pobre Luke y yo hemos estado sentados ahí fuera horas y horas, esperando que los médicos y las enfermeras nos dejaran entrar —añadió, lanzando una mirada de castigo sobre Mrs. Broadfield. De repente, su enorme tristeza se convirtió en una gran ira.

—Procure no excitarla —le ordenó Mrs. Broadfield, y abandonó la habitación.

—Es imposible no odiar a los médicos y a las enfermeras. Todos tienen unas caras agrias y aburridas. A mí me recuerdan a los ratones almizcleros. Y aborrezco el olor que tienen los hospitales. ¿Por qué no colocan ambientadores por los vestíbulos y colocan algunas flores? Si alguna vez me pongo enferma, Luke, no sé lo que haré, pero lo mejor sería contratar una enfermera particular, como la que tiene Annie, y que me atiendan en mi casa, ¿no te parece? —declaró tía Fanny.

Al parecer, su enorme pena no era más que una máscara que se ponía cuando le venía en gana.

Luke se acercó a mi cama. Estaba tan guapo, tan joven, con unos ojos que parecían dos charcas de miedo y dolor.

—Hola, Annie.

Me tomó suavemente la mano entre las suyas. Aquellas lágrimas que le brillaban

en los ojos llenaron mi corazón de algo más que tristeza. Su desconsuelo era tan grande como el mío, porque aunque durante todos aquellos años, todos habíamos ignorado quién y qué era, él también había perdido a su auténtico padre. E, incluso, mi madre era mucho más considerada y cariñosa con él que su propia madre.

—No tiene sentido que estemos por ahí dándole vueltas al asunto y destrozando nuestros corazones —dijo de repente tía Fanny—. Ya no podemos hacerles regresar, aunque yo daría cuanto tengo por conseguirlo. Amaba a Heaven mucho más de lo que parecía. Lamentaba lo que le había ocurrido durante todos aquellos años, pero tampoco podía dejar de sentir celos. Ella lo comprendía y no hacía otra cosa que perdonarme, lo cual era mucho más de lo que yo podía hacer por ella. —Se tocó con cuidado los ojos con su pañuelito de encaje, luego suspiró hondo y echó hacia atrás los hombros—. Pero —continuó— también sé que hubiera deseado que yo me hiciera cargo ahora de las cosas, lo sé...

Tía Fanny asintió, poniéndose de acuerdo consigo misma, al tiempo que su orgullo parecía efectuar un desfile triunfal.

—Soy tan capaz como... ese horrible viejo hombre rico que se llama a sí mismo bisabuelo.

Meneó la cabeza y se pasó las palmas de las manos por los cabellos, a ambos lados de su cabeza, como si hubiera tropezado con una telaraña.

—Mamá —Luke le tocó la mano izquierda e hizo una señal hacia mí—, éste no es momento...

—Tonterías... Haremos lo que debemos hacer... Ahora ese Tony afirma que sus padres le concedieron el hacerse cargo de las cosas, pero yo digo...

Luke fulminó con la mirada a Fanny.

—Mamá, Annie no se encuentra en condiciones de discutir todo esto ahora. Tiene otras cosas en la cabeza en estos instantes.

—Verás, me parece bien que él le brinde el mejor tratamiento médico posible —prosiguió tía Fanny, algo aplacada por las advertencias y súplicas de Luke—, pero en lo que se refiere a Hasbrouck House y...

—Mamá, por favor...

La frustración le obligó a contraer los labios, y sus perlados dientes blancos contrastaron con fuerza con su oscura tez india.

—Muy bien, entonces aguardaré hasta que te sientas mejor, Annie. No te preocupes lo más mínimo acerca de lo que ese viejo fantoche vaya a hacer con su fortuna...

—Hasta ahora ha sido muy amable, tía Fanny —dije, incapaz de conseguir que mi voz fuese algo más que un murmullo alto.

—Sí, pero, en realidad, tiene sus razones...

—¿Razones?

—Mamá, por favor. —Luke volvió a dirigirse a ella, con ojos enfadados—. Ya te he dicho que éste no es el momento.

—Vale, vale...

Mrs. Broadfield regresó a la habitación y se colocó detrás de ellos, moviéndose con tan poco ruido con sus suaves zapatos blancos de enfermera, que ninguno de nosotros la oyó entrar. Simplemente, apareció por allí como si se tratase de un fantasma blanco como la leche.

—Me temo que ahora tendrán que irse. Estamos preparando a Annie para el viaje.

—¿Irnos? Pero si acabamos de entrar... Debe saber que se trata de mi sobrina...

—Lo siento. Pero tenemos un horario que cumplir —insistió autoritariamente la enfermera.

—Bueno... ¿Y dónde se la llevan? —inquirió Fanny.

—A un hospital de Boston. Puede conseguir toda la información específica que desee en el mostrador de la enfermera de este piso —replicó Mrs. Broadfield.

Tía Fanny meneó la cabeza al compás de su ira, pero Mrs. Broadfield se limitó, simplemente, a dar la vuelta a mi cama para ajustar la cánula intravenosa.

—Ahora, Annie, cariño no te preocupes por nada y ponte pronto buena, ¿lo oyes? Me besó en la mejilla y me apretó la mano.

—Visitaré ese estupendo hospital de Boston dentro de un día o dos, para asegurarme de que están haciendo las cosas como Dios manda —añadió, al tiempo que fulminaba con la mirada a Mrs. Broadfield, que continuaba realizando su trabajo como si Fanny no estuviese ya allí.

—Yo también iré con ella, Annie —explicó Luke.

Me cogió la mano entre las suyas.

—Oh, Luke, me voy a perder mi graduación y también tu discurso —exclamé.

—No te preocupes —contestó Luke con su característica tranquilidad—. Te leeré todo el discurso por teléfono y, antes de acudir al instituto ese día, iré al belvedere y me sentaré como si tú estuvieses allí también, e imaginaré que nada de todo esto ha sucedido.

—¡Qué conversación tan chocante! —exclamó tía Fanny, con una sonrisa en el rostro, a medias de curiosidad y de apreciación.

—Es nuestra clase de conversaciones —replicó Luke.

La verdad estaba en sus ojos, lo mismo que el amor hacia mí. Se inclinó y me besó en la mejilla en el mismo instante en que volvía a entrar en el cuarto Tony Tatterton.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

Eché un vistazo a Luke, que retrocedió y se lo quedó mirando con suspicacia.

—Soy Tony Tatterton —se apresuró a añadir Tony.

Al mismo tiempo alargó la mano.

—Y tú debes de ser...

—Mi hijo Luke —anunció tía Fanny—. Supongo que ya sabes quién soy yo. Soy la hermana de Heaven.

Pronunció aquellas palabras de una manera tan afilada y odiosa como jamás la

había oído. Miré a Tony para comprobar su reacción, pero lo único que hizo fue asentir.

—Naturalmente... Pues lo que ahora debemos hacer es ocuparnos de Annie y de que las cosas se pongan en marcha. Estaré abajo con la ambulancia —añadió, y lanzó de nuevo una mirada hacia Luke.

Los ojos de Luke habían estado en funcionamiento durante todo el rato, analizando y estudiando a Tony de una manera crítica.

—Te veremos también en Boston —repitió, y él y tía Fanny se fueron.

Antes de que tuviese la menor oportunidad de estallar en lágrimas, llegaron los enfermeros del hospital con una camilla, y empezaron a colocarme en ella mientras Mrs. Broadfield lo dirigía todo. Al cabo de unos momentos me sacaron fuera del cuarto y luego por el pasillo.

Y no hubo nadie a mi lado sosteniéndome la mano, nadie a quien amara y me amase. Todos los rostros a mi alrededor eran desconocidos y vacíos, las caras de unas personas que consideraban todo aquello, simplemente, como una parte de su trabajo. Mrs. Broadfield me acomodó la manta alrededor de los hombros con toda eficiencia cuando llegamos a la salida del sector del aparcamiento, donde ya aguardaba la ambulancia.

Aunque el cielo estaba poblado de nubes grises, cerré los ojos en el instante en que la luz del exterior inundó mi cara. Sin embargo, sólo duró unos segundos puesto que rápidamente me levantaron de la camilla hospitalaria y me transportaron hasta la de la ambulancia. Abrí de nuevo los ojos cuando las portezuelas se cerraron y Mrs. Broadfield colocó su silla a mi lado. Ajustó bien la cánula del intravenoso y luego se sentó. Sentí cómo la ambulancia se movía hacia adelante y emprendía viaje por la salida de coches del hospital en dirección al aeropuerto y al avión que me llevaría a un gran hospital de Boston.

No podía hacer otra cosa que preguntarme si volvería a ver de nuevo Winnerrow. De repente, todas las cosas que normalmente daba por sentadas me parecieron muy preciosas y queridas, especialmente aquella pequeña ciudad a la que Drake consideraba mediocre.

Deseé poder sentarme y mirar por la ventanilla cuando la atravesábamos. Deseé lanzar una última mirada al pueblo para llevármelo conmigo, y decir mi último adiós a los amplios campos verdes y a las pequeñas y cuidadas granjas con sus cosechas de verano aún plantadas. Y, especialmente, deseé tener mi última visión de las montañas con sus cabañas carboneras y las casitas plateadas que salpicaban las colinas. También sentí anhelos de dar mi despedida a los Willies.

Me estaban separando de mi mundo, apartándome de las personas y de los lugares que había querido y amado, y con los que me había identificado. Ya no habría magnolias, ni aquellos dulces aromas de flores recientes que crecían libres a ambos lados de la calle que tenía que atravesar para ir a la escuela. No existiría tampoco un belvedere mágico, ni aquella cajita musical con la casita de campo que tocaba música

de Chopin. Cerré los ojos y me imaginé Hasbrouck House en aquel momento. Seguramente, todos los criados estarían sentados por allí, mudos, sin que todavía fuesen capaces de entender la tragedia que suponía la muerte de mis padres.

Mi cabeza comenzó a latir con fuerza. Las lágrimas fluyeron libremente de mis ojos. Me estremecí a causa de los sollozos.

¿No volvería a ver nunca más a nadie? Ya no oiría más a mi padre llamándome cuando llegaba a casa: «¿Dónde está mi niña? ¿Dónde está mi pequeña Annie?». Cuando era pequeña, me solía esconder detrás del alto sillón forrado de terciopelo azul del salón, y apretaba mis puñitos contra los labios para reprimir la menor sonrisilla, mientras él hacía ver que buscaba por todas partes. Luego adoptaba una expresión preocupada y mi corazón estallaba ante la idea de que pudiera infligirle cualquier tipo de tristeza.

—Estoy aquí, papá —canturreaba, y entonces él me localizaba y me cubría de besos.

Luego me llevaba al estudio, donde mamá estaba sentada con Drake, mientras escuchaba sus relatos de lo que le había pasado en la escuela. Nos dejábamos caer en el sillón de cuero; mientras, yo seguía en el regazo de mi padre, y nos poníamos también a escuchar, hasta que mi madre declaraba que ya había llegado el momento de asearnos y vestirnos para la cena.

Aquellos días parecían siempre llenos de resplandor solar y de risas. Pero ahora las nubes cubrían nuestras cabezas, y nos lanzaban sombras cual cortinas de fría lluvia, como si se tratara de unas auténticas mortajas.

—Intenta dormir, Annie —me dijo Mrs. Broadfield, sacándome de mi ensoñación—. Estar ahí tumbada y llorando no hará otra cosa que ponerte cada vez más y más débil, y tienes una gran batalla ante ti, en la que habrás de luchar, créeme.

—¿Ha cuidado antes un paciente como yo? —le pregunté, percatándome de la necesidad que tenía de hacer amistad con aquella mujer.

¡Oh, cuánto necesitaba amigos!, alguien con quien hablar, alguien mayor, más inteligente, alguien que me pudiera ayudar a saber qué tenía que hacer, qué tenía que ser ahora. Necesitaba a alguien con conocimientos, pero también que fuese cálido y cariñoso.

—Sí, he tenido a mi cargo a varios enfermos víctimas de accidentes —me respondió, con una voz llena de arrogancia.

—¿Y se recuperaron todos? —pregunté esperanzada.

—Claro que no —me respondió de una manera tajante.

—¿Y yo...?

—Tus médicos tienen bastantes esperanzas.

—Pero, ¿usted qué cree?

Me pregunté cómo alguien que se suponía se hallaba dedicada a ayudar a los demás, especialmente a quienes tenían una gran necesidad de ello, podría comportarse de una manera tan fría e impersonal. ¿No sabía lo importante que

resultaba una atención cálida y tierna? ¿Por qué era tan distante?

Seguramente Tony habría pedido informes acerca de esta mujer antes de contratarla. Mi recuperación resultaba tan importante para él, que ciertamente habría buscado lo mejor y, sin embargo, deseé que hubiese encontrado una persona que pudiese ser más cariñosa y alentadora, tal vez alguien más joven. Luego me acordé de lo que Drake había dicho, que debería ponerme en manos de personas mayores y prudentes, que fuesen capaces de pensar con más claridad que yo ahora.

—Creo que deberías descansar y no preocuparte en estos momentos de esas cosas. De todos modos, tampoco podemos hacer nada ahora —replicó Mrs. Broadfield, con voz aún fría y distante—. Tu bisabuelo te va a conseguir el mejor tratamiento que pueda existir. Eres muy afortunada de poder contar con él. Créeme, he tenido a muchos pacientes que poseían mucho menos de lo que tienes a tu disposición.

«Sí —pensé—. ¡Cómo se había apresurado en acudir en mi ayuda, y cómo se había comprometido por completo, al parecer, en ayudarme a recuperar de nuevo mi salud!» Esto me hizo maravillarme aún más respecto de lo que hubiera podido apartar a mi madre, que era capaz de mostrar un amor inmenso, de un hombre que, aparentemente, poseía un corazón tan generoso.

¿Llegaría a averiguarlo, o las respuestas morirían en las laderas de los Willies, al igual que había sucedido con mi madre y mi padre?

Estaba cansada. Mrs. Broadfield tenía razón; no se podía hacer otra cosa que descansar y esperar.

Escuché cómo la sirena de la ambulancia atronaba y, de una forma vaga, me di cuenta de que aquélla era mi ambulancia.

Tony Tatterton

Dormí el resto del viaje hasta el aeropuerto, pero desperté mientras me trasladaban a la ambulancia aérea. Al comprobar que lo que estaba sucediendo era real, sentí como una fría y fuerte bofetada en el rostro. Nada de aquello era un sueño; todo era cierto, estaba sucediendo realmente. Mamá y papá estaban, efectivamente, muertos, se habían ido para siempre. Yo me hallaba gravemente herida, paralizada, y todos los sueños y planes, todas las cosas maravillosas que papá y mamá habían previsto para mí, habían quedado bloqueadas en un fatídico y horrible momento en una carretera de montaña.

Cada vez que me despertaba, revivía aquel terrible recuerdo, veía la lluvia que cegaba el parabrisas del coche, escuchaba a papá y mamá discutir acerca de la conducta de papá durante la fiesta, y veía el coche que se precipitaba contra nosotros. Aquellas visiones me desgarraban por dentro, y me causaban un dolor tan grande, que agradecía el quedarme de nuevo adormecida. Cada vez que me inundaba el sueño, me sumía en un considerable alivio. Pero, cada vez que me despertaba, debía enfrentarme con la realidad y tenía que revivir de nuevo todos aquellos horrores.

Afortunadamente, me quedé de nuevo dormida hasta que llegamos al aeropuerto de Boston, antes de que me trasladaran a la ambulancia del hospital. Cada vez que me despertaba, me impresionaba el tono de autoridad de Mrs. Broadfield y el modo en que los enfermeros y ayudantes entraban en acción cuando ella ordenaba algo. En una ocasión escuché como decía:

—Con cuidado, ya sabéis que no se trata de un saco de patatas.

Y pensé que Drake tenía razón, que me hallaba en buenas manos, en unas manos profesionales.

Entré y salí de un sueño profundo, y me desperté cuando llegamos al hospital y percibí que alguien estaba sosteniéndome la mano.

Abrí los ojos y alcé la mirada hacia Tony Tatterton. Al principio no se percató de que me había despertado, y me pareció que su rostro reflejaba una expresión lejana y soñadora, como si el estarme mirando le hubiese transportado desde algún lugar y le hubiese depositado aquí. Cuando, al fin, se dio cuenta de que le estaba mirando, su rostro se iluminó con una sonrisa.

—Bienvenida a Boston. Ya te dije que estaría aquí cuando llegases, para poder saludarte y asegurarme de que tuvieses todo cuanto necesitaras. ¿Ha ido bien el viaje? —me preguntó, con evidente preocupación.

Asentí. Ayer, cuando le había visto al lado de mi cama, todo era tan irreal que el recuerdo de él resultaba muy vago. Ahora tenía una oportunidad de ver de una forma tangible cómo era aquel hombre al que me había imaginado tantas veces. Sus cejas

estaban bien perfiladas y se le veía muy bien afeitado. También su cabello estaba muy arreglado, y el gris del mismo tenía un aspecto rico y plateado, como después de haber sido lavado y cuidado por un peluquero profesional. Llevaba un traje gris costoso de seda a rayitas, y lucía también una corbata gris. Todas sus ropas parecían completamente nuevas. Cuando miré mi mano entre las suyas, pude contemplar sus largos dedos de patriarca con una perfecta manicura. Las uñas le brillaban. Sí, era muy diferente del Tony Tatterton que había descrito Drake. Su carta y su llamada telefónica parecían formar parte ahora de aquel mundo imaginario en el que a veces había entrado, para salir de una manera abrupta hacia esta otra existencia fría, cruel y real.

Tony me permitió escrutarlo, y sus ojos amables y afectuosos no dejaron de mirarme mientras lo observaba.

—He dormido durante la mayor parte del viaje —le contesté, con una voz apenas más audible que un susurro.

—Sí, Mrs. Broadfield me lo ha contado. Me alegro de que te encuentres aquí, Annie. Pronto vas a pasar por una serie de pruebas que han preparado los médicos para llegar al fondo de tus problemas y saber cómo debemos hacerles frente.

Me acarició la mano y asintió con la confianza y tranquilidad de un hombre acostumbrado a enfrentarse con las cosas de aquella manera.

—Mis padres... —dije.

—¿Sí...?

—Su funeral...

—Ahora, Annie, no debes pensar en eso, ya te lo dije en Winnerrow. Yo me haré cargo de todo. Debes reunir fuerzas y concentrarte en ponerte bien —me aconsejó.

—Pero debería estar presente...

—Pues ahora no puedes hacerlo, Annie —me respondió cariñosamente—. Pero pronto sí serás capaz de hacerlo, y encargaré otra ceremonia en el lugar de sus tumbas, y tú y yo estaremos allí, te lo prometo. Pero, ahora mismo, lo que debes hacer es recibir el mejor tratamiento médico que se pueda conseguir con dinero...

Luego se quedó pensativo.

—Pero no debes permitir que las preocupaciones que muestro por las necesidades del momento te hagan pensar que no quería a tu madre. Y también estaba muy, pero que muy orgulloso, de tu padre. En cuanto le conocí, supe que se convertiría en un impecable ejecutivo, y me alegró mucho que se mostrase de acuerdo en formar parte de mi negocio. Cuando tu madre y tu padre vivían en Farthy, y todos trabajábamos juntos, aquéllos fueron los años más felices de mi vida.

»Los años posteriores, cuando se hubieron marchado, resultaron los más tristes y duros de mi existencia. Fuese lo que fuese lo que originase aquella separación entre nosotros, deseo hacer lo que sea por ayudarte, Annie. Por favor, permíteme hacer lo que pueda también por ellos. Será lo único que pueda hacer en su memoria.

Sus ojos se llenaron de súplica y tristeza.

—No quiero impedírtelo, Tony, pero existen muchas preguntas que creo que necesitan respuesta. Durante mucho tiempo intenté que mamá me hablase de su época en Farthy y de por qué, finalmente, se fue de allí; pero se resistió, siempre prometiéndome que, algún día, me lo contaría todo. Hace tan sólo unos días, poco después de cumplir yo los dieciocho años, me hizo de nuevo esa promesa. Y ahora...

Tragué saliva con dificultad.

—Ahora... ya no podrá cumplirla...

—Pero yo sí —se apresuró a contestar—. Yo te contaré todo aquello que necesites y desees saber. Por favor, confía y cree en mí.

Me sonrió y se echó hacia atrás.

—En realidad, constituirá una especie de alivio para mí el que me escuches y me juzgues.

Estudié su rostro. ¿Era sincero? ¿Haría lo que prometía o, simplemente, estaba diciéndome aquellas cosas para agradarme y ganar mi confianza?

—Traté de enmendar las cosas lo mejor que supe —continuó—. Espero que recibieses mis regalos y espero también que tu madre te permitiese conservarlos.

—Oh, sí, los tengo todos..., todas aquellas bellísimas muñecas.

—Eso está bien...

Sus ojos se iluminaron; pareció rejuvenecerse. Había algo en su rostro que me recordaba a mamá... la forma en que podía telegrafiar sus pensamientos y su estado de ánimo solo con un guiño de sus ojos.

—Cuando emprendía un viaje, me aseguraba de poder encontrar un regalo especial para ti. Deseaba que tuvieses cosas de lo más auténticas, y aquellas muñecas eran lo más indicado. He perdido la cuenta de las que te envié, pero supongo que ahora constituirán una auténtica colección, ¿no es así?

—Sí. Ocupan toda una pared de mi cuarto, papá siempre decía que tendría que poner una tienda... Cada vez que entra...

Hice una pausa, percatándome de que papá no volvería jamás a entrar y que nunca más diría aquellas cosas.

—Pobre Annie —me consoló Tony—. Has sufrido una gran pérdida, una pérdida muy grande. Nunca podré hacer lo bastante para dulcificar por completo tu dolor, pero, créeme, Annie, haré todo aquello que sea humanamente posible. Será ahora mi misión en la vida —añadió, con la misma expresión de determinación que había visto a menudo en los ojos de mamá.

No podía endurecerme contra él del modo en que lo había hecho mamá. Tal vez todo aquello fuese parte de alguna terrible incompreensión. Tal vez los hados hubiesen decidido que fuera yo quien acabase con ello.

—Sé que no puedes dejar de mostrarte suspicaz respecto de mí, Annie, pero debes creerme. Soy un hombre con una gran fortuna, pero que no tiene nada, y que estará agradecido ante la oportunidad de hacer algo noble y valioso en el otoño de su vida. Seguramente no querrás negarme esa oportunidad —concluyó en voz baja.

—Siempre y cuando prometas contármelo todo, y tan pronto como sea posible — repuse.

—Tienes la solemne palabra de un Tatterton, que descende de una larga línea de distinguidos caballeros, y en cuyas palabras tantas y tantas personas han creído siempre —me prometió, con rostro pétreo y serio.

Luego se volvió hacia los enfermeros que se encontraban cerca y aguardando.

—Ya está preparada. Buena suerte, querida.

Me acarició la mano mientras los enfermeros se hacían cargo de mi camilla.

Comenzaron a transportarme por un pasillo. Alcé la cabeza todo lo que pude para mirar hacia Tony, que se había quedado atrás. Contemplé la expresión de amor y de preocupación en su rostro. ¡Qué hombre más maravilloso y amable era! Y, sin embargo, era también un hombre que, obviamente, tenía una corriente de poder y de confianza que manaba de cada una de sus palabras. No podía aguardar a saber más cosas acerca de él. Mis padres habían racionado cada fragmento de información, como si la pequeña cantidad de conocimientos que pudiera tener acerca de aquel hombre hubiesen de durarme para toda la vida.

Naturalmente, sabía que había alzado un imperio único en la industria del juguete. «Un imperio», le llamaba siempre mi padre. Un imperio de un valor de millones de dólares, no sólo en el mercado interior sino también en el extranjero.

—Los Tatterton son los reyes del mercado de los juguetes —me contó durante una de aquellas raras ocasiones en que me hablaba de ello—. Lo mismo que nuestros juguetes, los suyos son buscados por los coleccionistas.

—Los juguetes de Tony son sólo para los ricos —rectificó mi madre.

Sabía que ella estaba orgullosa de que los juguetes que fabricábamos en Winnerrow fuesen comprados por toda clase de personas, y no sólo por las adineradas.

—Los Juguetes Tatterton son para personas ricas que no necesitan crecer y olvidar su infancia, que no tienen nada que encontrar debajo de sus árboles de Navidad y que nunca han disfrutado de una fiesta de cumpleaños. La clase de gente como Tony —añadió, con la ira relampagueando en sus ojos como en una tormenta.

Ahora, me preguntaba cómo podría ser tan diferente de la clase de gente que éramos mi madre, mi padre y yo.

Aunque sentía su poder y autoridad, también percibía su dulzura y su vulnerabilidad. Las lágrimas que él había derramado por mis padres y por mí eran auténticas.

Durante el resto del día traté de animarme y colaborar con los médicos, que aparecieron para practicar conmigo todas las pruebas conocidas por la ciencia médica. Fui sondeada y pinchada. Dirigieron sobre mí toda clase de luces, me sometieron a rayos X en todas las posturas posibles, y conferenciaron y consultaron.

Tal y como el doctor Malisoff había predicho, no sentí el menor tipo de dolor en las piernas durante las pruebas. Era capaz de mover la parte superior de mi cuerpo,

pero mis piernas eran como las de una muñeca de trapo, que colgaban libremente cuando me alzaban para situarme en las mesas de examen o me colocaban con cuidado en las camas. Durante todo ese tiempo, me sentí como si hubiese entrado en un lugar con agua helada hasta la cintura, y hubiese quedado entumecida desde los pies hasta las caderas. Mis reflejos no respondían, y contemplé perpleja cómo el ayudante del doctor Malisoff y un tal doctor Friedman, el neurólogo, me pinchaban con una aguja. No sentía nada, pero sólo verlo me ponía la piel de gallina.

—Annie —me dijo el doctor Malisoff en un momento dado—, es como si te hubiésemos administrado lo que conocemos con el nombre de anestesia espinal para hacer desaparecer el dolor durante una operación. Creemos que la inflamación originada por el trauma en torno de tu espina dorsal es la responsable de tu parálisis actual. Ya sólo quedan unas cuantas pruebas que nos gustaría llevar a cabo para confirmar nuestros diagnósticos.

Intenté ser un paciente que colaborase lo máximo posible. Mi estado, además, me hacía totalmente dependiente. Tenían que levantarme para llevarme de un lugar a otro, y ponerme cinturones para meterme en diferentes tipos de camillas. Me resultaba muy duro incorporarme para quedar sentada; cada intento me dejaba agotada. Los médicos no hacían más que asegurarme que, llegado el momento, podría comenzar a moverme por mí misma, pero yo sentía como si la mitad de mi cuerpo hubiera resultado también muerto, junto con mis padres.

El llegar a verse tan impotente, no sólo resultaba algo frustrante, sino que también irritaba mucho. Dábamos demasiadas cosas por supuestas: el poder andar, sentarse, el poderse levantar e ir donde uno quisiera cuando le diese la gana. Mis heridas parecían como sal encima de unas heridas porque, además de la devastadora pérdida de mis padres, ahora tenía aquella imposibilidad física de poder enfrentarme con las cosas. ¿Cuánto podría llegar a soportar una persona? No hacía más que gritármelo a mí misma. ¿Por qué tenía que pasar por aquellas tremendas torturas? Me habían apartado de todas aquellas cosas que me importaban.

A pesar de la forma en que me sentía, no podía dejar de sentir un temor reverencial por todo lo que me rodeaba y por las personas que trabajaban para mí. Era un hospital impresionante, con pasillos dos veces más anchos que los del hospital de Winnerrow. Había gente que iba y venía por todas partes, todos con un aspecto muy importante y atareado. Vi hileras de camillas, llenas de pacientes, que arrastraban de un lugar a otro por aquellos corredores, introduciéndolos y sacándolos de los ascensores. Cada minuto parecía haber un anuncio de búsqueda de algún médico por los altavoces. Me enteré de que el edificio tenía más de veinte pisos, y que allí trabajaban lo que me pareció un auténtico ejército de enfermeras y técnicos. Pensé que tía Fanny y Luke se perderían cuando viniesen a visitarme.

Y, sin embargo, incluso en aquel medio ambiente con todas aquellas personas trabajando con tantos pacientes diferentes, me sentí importante: percibí la presencia de Tony Tatterton y cómo el dinero lo movía todo. Desde el momento en que me

apartaron de él, me vi rodeada por un equipo de médicos y de expertos que permanecieron conmigo hasta que me llevaron finalmente a lo que sería mi habitación privada en el hospital. Mrs. Broadfield ya me estaba esperando allí.

Para poder meterme en la cama tuvo que arrastrar la camilla hasta su lado y luego, con cuidado, me puso mis paralizadas piernas encima del lecho, antes de poder alzar el resto de mí. No dijo casi nada mientras tanto, ni siquiera el menor gruñido.

Una vez me hubo dejado instalada cómodamente en la cama, comenzó a prepararme un poco de zumo. Luego cerró la cortina alrededor de la cama para que pudiese dormir, explicándome que estaría sentada al lado de la puerta por si yo pudiera necesitar algo. Agotada después de todos los exámenes que me habían efectuado, me quedé de nuevo dormida, despertando más tarde al escuchar voces a mi alrededor. Alcé la vista hacia el doctor Malisoff, que era el que estaba a los pies de mi cama. Tony Tatterton estaba en pie a su lado.

—Hola otra vez. ¿Cómo te encuentras? —me preguntó el doctor.

—Me siento muy cansada.

—Claro... Tienes todo el derecho de estarlo. Pues, joven dama, hemos llegado a una decisión final respecto a ti. Mi teoría inicial era correcta. El golpe en la espina dorsal, exactamente en la parte de atrás de tu cabeza, ha inflamado toda esa área y es la causante de tu parálisis. Ya se ha producido una ligera pero perceptible mejoría, por lo que no tendremos que operarte para liberar ningún tipo de presión. En vez de ello te aplicaremos una terapia médica y, al cabo de un tiempo, una terapia física.

Pero luego añadió, sonriente al ver mi expresión de preocupación:

—Pero no será necesario que te quedes en el hospital durante todo ese tiempo. Afortunadamente, Mrs. Broadfield es una enfermera adiestrada también en terapia física, y puede hacerse cargo de tu programa de recuperación en Farthinggale Manor. ¿Hay alguna pregunta que desees hacerme?

—¿Andaré otra vez? —inquirí, esperanzada.

—No veo razón para que no vaya a ser así. No ocurrirá de la noche a la mañana, pero sí a su debido tiempo. Y yo te visitaré también periódicamente.

—¿Y cuándo dejaré de sentirme mareada?

—Eso es una secuela del golpe. También llevará un poco de tiempo, pero mejorará firmemente con cada día que pase.

—¿Y eso es todo lo que me sucederá? —pregunté suspicazmente.

—¿Todo?

El médico se echó a reír y Tony se acercó un poco más, sonriendo cálidamente.

—A veces me olvido de lo maravilloso que es ser joven —le dijo el médico.

Tony asintió.

—Es maravilloso, y si no puedes ser joven, resulta asimismo maravilloso tener a alguien tan joven y bonita como Annie cerca de ti.

Su sonrisa divertida fue leve y apretada.

—Pero me voy a convertir en una auténtica carga —protesté.

Una cosa era ser una carga para unas personas a las que amases y, que a su vez te amasen a ti, y otra serlo para unos extraños, y encontrarme en aquel estado me hacía sentirme muy molesta. ¡Cómo necesitaba ahora el consuelo y el afecto de mamá y papá! Pero el destino había querido que ya no pudiera volver a tenerlo.

—No para mí. Nunca para mí además, tengo sirvientes que se encuentran muy preocupados porque ahora tienen muy pocas cosas que hacer, y además tienes a Mrs. Broadfield.

—Le veré afuera —le dijo el doctor Malisoff, con una voz muy poco por encima de un susurro, una voz de consulta de médicos, y salió de la habitación.

Tony se quedó allí, mirándome.

—Vendré dos veces al día a verte —prometió—. Y cada vez te traeré algo.

Se percibió en su voz un tono ligero y feliz, como si yo fuese aún una chiquilla a la que había que contentar con juguetes y muñecas.

—¿Deseas alguna cosa especial?

No podía pensar en nada; mi mente se encontraba aún demasiado entumecida con los trágicos acontecimientos y el impacto de todo lo que había sucedido después.

—No importa. Déjame sorprenderte cada vez.

Se acercó aún más, para poder inclinarse y besarme en la frente y, durante un momento, su mano permaneció posada en mis hombros.

—Gracias a Dios volverás a ponerte bien, Annie. Gracias a Dios estarás conmigo y haré todo cuanto me sea posible para ayudarte.

Mantuvo su rostro tan cerca del mío que sentí su mejilla rozar contra la mía. Luego me besó de nuevo y abandonó la habitación.

Mrs. Broadfield me tomó la presión sanguínea y me lavó con una esponja y agua caliente. A continuación permanecí allí tumbada en una especie de somnolencia, con los ojos abiertos, luchando contra las lágrimas. Finalmente, cerré los ojos y me adormecí.

Drake vino a visitarme al día siguiente. Me puse muy contenta al verle. Me encontraba en un lugar extraño, muy lejos de mi hogar, pero tenía a la familia cerca, y la familia era una cosa a la que yo siempre había adorado.

Se acercó a mi cama y me besó, abrazándome con tanto cuidado como si yo estuviese hecha de cáscara de huevo, y creyese que podría romperme.

—Hoy tienes muy buen color en las mejillas, Annie. ¿Cómo te encuentras?

—Muy cansada. No hago más que dormirme y despertarme, entrar y salir en mis ensoñaciones, y, cada vez que me despierto, tengo que decirme a mí misma dónde me encuentro y lo que me ha sucedido. Mi mente no acaba de aferrarse a la verdad. No hace más que zumbiar como si se tratase de un flan.

Me sonrió, asintió y me acarició el pelo.

—¿Dónde has estado? ¿Qué has estado haciendo? —me apresuré a preguntarle, ansiosa de ver cómo había hecho frente a la tragedia y a su propia tristeza.

—He decidido quedarme en el instituto y terminar el semestre.

—Oh...

En cierta manera, había pensado que todo el mundo había dejado de funcionar durante algún tiempo. Que incluso el sol se había negado a aparecer. La noche se había aferrado sobre la tierra. ¿Cómo podía nadie trabajar, vivir o ser feliz de nuevo?

—Mis maestros deseaban excusarme pero pensé que, si no ocupaba la mente en hacer algo, me volvería loco de tristeza —me dijo, tras acercar una silla al lado de mi cama—. Confío en que no pienses que soy demasiado duro o indiferente por hacer una cosa así, pero no podía permanecer por ahí sin hacer nada. Resultaba demasiado penoso.

—Has hecho lo correcto, Drake. Estoy segura de que ha sido lo que mamá y papá habrían deseado que hicieras.

Me sonrió, agradecido ante lo comprensiva que me mostraba, pero yo creía que lo que le había dicho era la pura verdad. Nadie se enfrentaba con más fuerza a las dificultades que mamá. Mamá siempre bromeaba, respecto de que su columna vertebral era de acero.

—Una CV—acero —bromeaba.

¡Qué daría por oír ahora uno de sus chistes!

—¡Qué maravilloso es lo que va a quedar detrás de ti, Drake! No estudiar durante una temporada.

—Pero no regresaré a Winnerrow. Sería demasiado penoso para mí volver ahora a aquella casa vacía y, de todos modos, Tony Tatterton me ha hecho una maravillosa oferta para los meses veraniegos.

—¿Qué clase de oferta? —pregunté, curiosa al ver con cuánta rapidez Tony Tatterton se estaba haciendo cargo de nuestras vidas.

—Me permitirá trabajar como ejecutivo júnior en sus oficinas, ¿te lo imaginas? Aún no he salido del instituto, y me va a conceder cierto tipo de responsabilidad. Incluso alquilará para mí un apartamento aquí en Boston. ¿No te parece todo esto excitante y maravilloso?

—Sí, es cierto, Drake. Me alegro mucho por ti.

Aparté la mirada. Sabía que no era justa con Drake, pero la felicidad me parecía algo fuera de sentido en estos momentos. «Todo el mundo debería estar de duelo, por mí y por mis padres», pensé. Aquel velo negro que había caído sobre todo todavía seguía pegado a mí. Sin llegar a importar lo azul que pudiese ser en realidad el cielo, todo seguía resultando gris para mí.

—No pareces demasiado feliz. ¿Se trata de las medicinas que estás tomando?

—No.

Nos quedamos mirando durante unos instantes, y pude ver cómo la tristeza se apoderaba poco a poco de su rostro, lanzando sombras por encima de sus ojos y haciéndole estremecer los labios.

—No —continué—. He estado pensando un montón acerca de Tony. No puedo dejar de preguntarme cómo se ha precipitado sobre nuestras vidas y por qué está

siendo tan maravilloso respecto a nosotros. Durante muchísimo tiempo, nuestra familia le trató como si no existiese. Se podía llegar a creer que nos odiaba. ¿No te has preguntado también tú todo esto?

—¿Y de qué hay que extrañarse? Ha sucedido una tragedia, una terrible tragedia y él..., él es también, al fin y al cabo, parte de nuestra familia. Me refiero a que estuvo casado con tu bisabuela y con la hermanastra de mi abuela, y además no tiene a nadie. Su hermano más joven se suicidó, ya sabes... —añadió Drake en un susurro, puesto que Mrs. Broadfield no hacía más que entrar y salir de la habitación.

—¿Su hermano más joven? No recuerdo que nadie lo mencionase.

—Verás, una vez Logan me contó algo acerca de él. Al parecer, siempre había sido un hombre muy introvertido, siempre encerrado en sí mismo, y que vivía en una casa de campo al otro lado del laberinto, en lugar de instalarse en aquella casa tan grande y maravillosa.

—¿Casa de campo? ¿Has hablado de una casa de campo?

—Sí.

—¿Como la que mi madre tenía en su habitación, la caja de música de juguete que me dio el día de mi cumpleaños?

—Bueno, nunca lo había pensado, pero..., sí, supongo que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—No he cesado de soñar acerca de eso, recordándolo continuamente, y en la caja, y en las ocasiones en que me permitía mirarla cuando sólo era una niña. A veces, cuando me despierto de uno de mis cortos sueños, creo que estoy de regreso en casa y miro a mi alrededor en busca de las cosas, oigo las voces de papá y de mamá, pienso en llamar a Mrs. Avery, y entonces..., todo vuelve a mí, se me precipita encima como una ola oscura y fría, casi ahogándome en la horrible y espantosa realidad. ¿Me estaré volviendo loca, Drake? ¿Constituye eso una parte de lo que está ocurriendo conmigo, y que nadie desea contarme? Por favor, ¡dímelo tú! ¡Tengo que saberlo!

—Tu mente está confusa por todo lo que te ha sucedido, eso es todo —me contestó tranquilizándome—. Los recuerdos están mezclados. Es comprensible, teniendo en cuenta todo por lo que acabas de pasar. Deberías oír el galimatías que decías cuando te visité en Winnerrow.

Me sonrió y sacudió la cabeza.

—¿Qué galimatías?

Durante un momento quedé asustada. ¿Habría escuchado Drake mis más secretos pensamientos? ¿Pensamientos acerca de Luke?

—Todo tipo de tonterías. No te preocupes por eso —me dijo—. Y no te inquietes por cómo te tratan o por estar sola. Yo me encontraré cerca durante todo el verano, y también podré ir a visitarte a Farthinggale Manor los fines de semana. Ahora eres una gran responsabilidad para mí, Annie, y con eso quiero decir que me cuidaré mucho de ti. Pero también debo desarrollar los objetivos de mi carrera. Llevo en la sangre la independencia. Tampoco estoy buscando limosna por parte de Tony Tatterton. Me

ganaré todo lo que consiga y haré lo posible por abrirme camino —concluyó orgullosamente.

Siguió hablando una y otra vez respecto de trabajar para Tony Tatterton y lo que aquello significaba para él. Sus palabras fluyeron indefinidamente y llegué a perder el hilo de lo que me estaba diciendo. Al cabo de un rato se percató de que no le escuchaba. Mis ojos se habían cerrado.

—Vaya, aquí estoy yo haciéndote dormir, y no hago más que hablar y hablar —me dijo y se echó a reír—. Tal vez deberían contratarme para ayudar a los insomnes.

—Oh, lo siento, Drake, eso no quiere decir que no escuchase. He oído la mayor parte de lo que has dicho y...

—Muy bien, muy bien. De todos modos, me parece que ya he estado aquí demasiado tiempo.

Y se levantó.

—¡Oh, no, Drake! ¡Estoy tan contenta de que te encuentres aquí! —exclamé.

—Necesitas descansar si queremos que te recuperes. Muy pronto vendré otra vez a verte. Es una promesa. Adiós, Annie —me susurró y se inclinó para besarme en las mejillas—. No te preocupes. Siempre me tendrás muy cerca.

—Gracias, Drake.

Resultaba tranquilizador saber que estaría cerca, pero no pude dejar de desear que Luke pudiese también estar a mano para animarme en mi recuperación. Tal vez entonces la vida no fuese tan diferente de lo que era allá en Winnerrow. Empecé a soñar con Luke y conmigo sentados en el belvedere más grande de Farthy, con Luke empujando mi silla de ruedas, o sentado en la cabecera de mi cama, leyéndome algo mientras yo descansaba.

En cuanto Drake se fue, Mrs. Broadfield se acercó a la cama y apretó el botón para levantarla hasta quedar sentada.

—Ya es hora de comer algo —anunció.

Cerré los ojos para que la habitación dejase de darme vueltas, pero esta vez no me quejé. Ahora, más que nada en el mundo, lo que deseaba era ponerme bien lo más rápidamente posible y salir de este hospital, donde necesitaba de alguien para comer, para mis necesidades corporales, para cualquier necesidad personal. Y lo que deseaba, todavía con más intensidad, era verme con fuerzas suficientes para poder acercarme a la tumba de mis padres.

Aún no me había despedido de ellos.

Temporada de oscuridad

Tony se mostró fiel a su promesa: cada vez que me visitaba me traía una sorpresa diferente. Acudía dos veces al día, la primera a últimas horas de la mañana y luego a últimas horas de la tarde. Al principio traía cajas de golosinas y ramos de flores; luego, simplemente me enviaba cada día jarrones con rosas recién cortadas. La cuarta vez que me visitó me trajo un frasquito de perfume de jazmín.

—Espero que te guste —me dijo—. Era el favorito de tu bisabuela.

—Recuerdo que mi madre se ponía a veces ese perfume. Sí, me encanta. Gracias, Tony.

Me rocié inmediatamente un poco y, cuando Tony inhaló el aroma, sus ojos, durante un momento, se pusieron vidriosos y distantes. Le vi entrar y salir de sus recuerdos. ¡Qué hombre tan complejo era, y cuánto se parecía a mi madre! ¡Qué tierno y atento era!, casi como un niño; y, sin embargo, ¡cuan fuerte y autoritario podía llegar a ser! Igual que un muchachito en un columpio, se balanceaba adelante y atrás, de una personalidad a otra. Una palabra, un olor, un color podían impulsarle hacia el pasado, hundirle en una charca de recuerdos. Y luego, al momento siguiente, emergía brillante, entusiasta, alerta, dispuesto a encargarse de todo.

Tal vez no fuésemos tan diferentes. ¡Cuántas veces se me habían acercado mi padre y mi madre y me habían encontrado de un humor melancólico! A veces, las cosas más sencillas me ponían triste: un pájaro solitario en la rama de un sauce, el sonido de la bocina de un coche en la distancia, incluso las risas de los niñitos. De repente, me encontraba perdida en mis obsesivos pensamientos y luego, repentinamente, salía de aquellas sombras y volvía a la luz del sol, incapaz de explicar por qué había estado triste. En una ocasión, mi madre me encontró inundada de lágrimas que me rodaban por las mejillas. Estaba sentada en la sala de estar, narrando hacia los árboles y el cielo azul.

—¿Por qué lloras, Annie? —me preguntó.

Me la quedé mirando, un poco confundida. Luego, me toqué las mejillas y percibí aquellas gotas cálidas.

No pude explicar por qué estaba derramando aquellas lágrimas. Simplemente había sucedido.

En la siguiente visita de Tony al hospital, le acompañaba su chófer, un hombre llamado Miles, llevando varias cajas. Tony le ordenó que las colocase en una mesa al lado de la cama. Abrió caja tras caja; contenían diferentes camisones de seda. La última caja albergaba una bata de seda de color carmesí.

—Es un color que le sentaba maravillosamente a tu madre.

Los ojos le brillaron con sus recuerdos.

—Aún recuerdo un precioso vestido carmesí, con chaqueta, que le compré cuando acudía a la Escuela para Muchachas Winterhaven.

—Mamá no fue feliz allí —le dije interrumpiendo de este modo sus agradables recuerdos—. Contó que las otras chicas la trataban despiadadamente y, aunque se tratase de chicas ricas, no eran tan compasivas y amables como puede llegar a ser la gente pobre de los Willies.

—Sí, sí, pero aquello formó su carácter para hacerles frente. ¡Y qué carácter más fuerte tenía! Winterhaven era, y sigue siendo, una escuela con un elevado nivel académico. Hacen trabajar a sus estudiantes, y les proporcionan unos maestros muy inteligentes. Recuerdo haberle dicho a tu madre que, si figuraba en primera fila de sus listas académicas, podría asistir a reuniones de té y conocer a la gente que realmente contaba en la sociedad de Boston. Pero tienes razón; no le gustó la gente que conoció allí. Verás —añadió, dejando aquel tema de conversación—, por lo menos serás la paciente mejor vestida del hospital.

Deseé que hablase más acerca de los años en que mi madre vivió en Farthinggale Manor, pero pensé que sería mejor dejarlo de momento hasta que yo viviese allí.

Cuando una de las Damas Rosas —unas ancianas muy dulces, que se prestaban voluntariamente para hacer trabajos de caridad en el hospital, provistas de unos delantales rosados— se presentó al día siguiente con el correo, me trajo un pequeño montón de tarjetas, que me habían enviado alguno de mis amigos de Winnerrow, de mis maestros, de Mrs. Avery y Roland Star, así como también tarjetas de Drake y Luke. Pedí a Mrs. Broadfield que las colgase por las paredes. Me percaté de que aquello no le hacía muy feliz, pero, de todos modos, lo hizo.

Luke y mi tía Fanny se presentaron al día siguiente de llegar las postales. Dado que tenía una habitación privada, podían visitarme en cualquier momento. Mi puerta estaba abierta, por lo que escuché cómo tía Fanny se acercaba por el pasillo del hospital. Probablemente, la habría oído aunque la puerta estuviese cerrada. Ella y Luke se detuvieron primero en el despacho de las enfermeras.

—Hemos venido a ver a mi sobrina —aulló—. Anne Stonewall.

No pude escuchar la respuesta de la enfermera, de tan baja que era su voz, pero tía Fanny no captó la indirecta.

—¿Y por qué sitúan las habitaciones privadas tan lejos del ascensor? Si uno paga más, le deben conceder todas las ventajas. Por aquí, Luke.

—Está aquí mi tía —le previne a Mrs. Broadfield, que estaba sentada como una estatua de piedra junto a la puerta, y se puso a leer el último número de la revista *People*.

Tony había mandado aquella mañana docenas de ejemplares de las revistas más recientes, y Mrs. Broadfield las había colocado en el alféizar de la ventana. Mi habitación se parecía a una biblioteca. Alguna de las enfermeras del hospital habían preguntado si les podía dejar algunas para sus momentos de descanso. Mrs. Broadfield se lo permitió, pero apuntó en su bloc de notas el nombre de la enfermera

y el de la revista que se le había prestado.

—Recuerden sólo dónde las han encontrado —les previno.

Se removió en su silla cuando las pisadas de tía Fanny se hicieron más audibles. Por su clic-clac supe que llevaba tacones altos y que se habría vestido empingorotadamente para la visita. Se detuvo en el umbral, con su panamá de ala ancha y una banda de terciopelo negro, una chaqueta vaquera también negra y una falda del mismo tejido, además de una camisa con diminutas rayitas. Naturalmente, la falda le marcaba muy bien las caderas.

A pesar de su forma de vivir y de las cosas que decía y hacía, debo confesar que mi tía Fanny era una mujer muy atractiva, especialmente cuando se vestía con prendas de fantasía. No resultaba extraño que los hombres jóvenes revoloteasen a su alrededor como las abejas en torno a su colmena.

Luke entró en seguida, detrás de ella. Llevaba simplemente una camisa de algodón azul, de mangas cortas y unos téjanos, pero me percaté de que se había arreglado muy bien el pelo. Estaba muy orgulloso de su abundante pelo oscuro. Otros chicos, unos chicos envidiosos, se burlaban de él porque prestaba demasiada atención a su cabello, y no permitía que ni un mechón estuviese fuera de su sitio.

Mrs. Broadfield se levantó en cuanto tía Fanny entró en la habitación. Se echó hacia atrás, como si no quisiese que hubiera la menor posibilidad de que llegasen a rozarse los codos y depositó con fuerza la revista en el alféizar de la ventana.

—¡Querida Annie!

Tía Fanny se precipitó hacia mi cama y me echó los brazos al cuello.

Mrs. Broadfield se acercó al umbral de la puerta.

—No corras, cariño —dijo tía Fanny.

Casi me eché a reír a carcajadas cuando Fanny se dirigió a Mrs. Broadfield, con los ojos muy abiertos y los labios retorcidos como si acabase de tragar leche agria.

Luke se colocó en el otro lado de mi cama, mirándome con timidez y como fuera de lugar.

—¿Cómo te encuentras, Annie?

—Un poco mejor, Luke. Ya puedo sentarme sin tener mareos, y ya he comenzado a tomar alimentos sólidos.

—Eso es estupendo, cariño. Ya sabía yo que al que le traían aquí se ponía bueno en un abrir y cerrar de ojos.

Tía Fanny me miró con atención.

—Esa enfermera de cara de vinagre, ¿te trata bien?

—Oh, sí, tía Fanny. Es muy eficiente —le tranquilicé.

—No sé... Supongo que deberías tener a alguien más agradable para que te diese las medicinas; esa tía parece sólo capaz de cuidar a alguien que se encuentre en coma.

—Todos los del instituto te mandan recuerdos, Annie, y esperan que pronto te recuperes —intervino Luke, tratando de mantener la conversación apartada de los insultos de Fanny.

—Dales a todos las gracias en mi nombre, Luke. Y agradéceles también las postales. Me han gustado mucho tus bonitas tarjetas.

E hice un gesto para señalar la pared.

—Sabía que te gustarían —me sonrió.

—¿Dónde está la tarjeta que te envié? —preguntó tía Fanny, después de haber inspeccionado las postales pegadas a la pared.

—¿Me enviaste una tarjeta, tía Fanny? ¿Cuándo?

—Hace unos días. Emplé un montón de tiempo a elegir también yo la mejor. Y sé que le puse sellos, Luke, por lo que no debes acusarme de que olvidara enviarla — se apresuró a añadir, anticipándose a las teorías de Luke.

—Tal vez llegue mañana, tía Fanny.

—Y tal vez esa repelente enfermera la retire antes de que llegue a tus manos — afirmó riéndose entre dientes.

—Oh, tía Fanny... ¿Por qué iba a hacer una cosa así?

—Quién sabe... No me gustó desde el momento en que me puso los ojos encima, y yo tampoco creo que le guste demasiado. No confío en ella y me gustaría echarla a patadas.

—¡Tía Fanny!

—Mamá... —le previno Luke.

—Muy bien —musitó.

—¿Ya está todo preparado para la graduación, Luke? —le pregunté intentando parecer jovial.

En realidad, me iba a perder mi propia graduación.

—Faltan aún tres días.

Se pasó el índice por la garganta, para sugerir que todo sería un desastre.

—Es la primera vez que voy a hacer algo realmente importante sin que estés a mi lado alentándome y apoyándome, Annie.

Resultaba maravilloso saber lo importante que yo era para él, cómo confiaba en que siempre sería así; pero sabía también que haría muy bien las cosas aunque yo no estuviese a su lado. Había muy pocos hombres jóvenes de su edad tan capaces de hacer frente a una responsabilidad como él. Nuestros maestros le querían mucho, porque sabían que no resultaba una carga para ellos, lo cual sí sucedía con la mayoría de los otros adolescentes.

—Lo vas a hacer muy bien, Luke, sé que lo harás. Me gustaría mucho estar presente para oírte —le dije, con los ojos manifestándole lo mucho que lo deseaba.

—Se pasa el rato escribiendo el discurso debajo de los árboles de la parte posterior de la casa, pero aún no he escuchado ningún aplauso —medió Fanny.

Luke se enfurruñó. Cada vez se impacientaba más con ella, lo mismo que yo.

—Te voy a decir una cosa, Annie. Si esos esnobs de Winnerrow no le brindan a Luke una ovación de primera...

—Mamá, te pedí que...

—Lo único que le preocupa es que no lo haga bien y que dé a todos esos tipejos una razón para tener motivo de conversación después —me explicó.

Luego empezó a pasearse por allí, elevando cada vez más la voz a medida que se exaltaba.

—Luke, acércame esa silla de allí, ésa en la que la enfermera estaba incubando huevos...

Dirigí rápidamente la mirada hacia la puerta, para comprobar si Mrs. Broadfield había vuelto y entreoído algo de todo esto. Pero, al parecer, había decidido permanecer fuera hasta que mi tía saliera.

Luke le trajo a mi tía la silla y ella se sentó, quitándose con cuidado el sombrero y colocándolo a los pies de mi cama. Llevaba muy bien recogido su negro cabello. Pensé que había algo diferente en ella, una expresión nueva y más seria en sus ojos azules. Entonces me miró con gran intensidad durante un momento, oprimiéndose los labios. Luego me tomó una mano.

—Annie, cariño. Últimamente he estado pensando en muchas cosas; nada de particular, pero pensando. ¿No es verdad, Luke?

—Eso es todo lo que ha estado haciendo —replicó Luke sarcásticamente.

Tía Fanny vio la manera en que Luke y yo nos estábamos mirando.

—Hablo en serio.

—Muy bien, tía Fanny. Te escucho. Adelante.

Crucé los brazos debajo de los pechos y me incliné contra las almohadas. Mis piernas seguían siendo dos apéndices muertos. Tenía que moverlas con las manos de un lado a otro y dos veces al día, Mrs. Broadfield me las masajeaba y las hacía mover hacia arriba y hacia abajo.

—He decidido trasladarme a Hasbrouck House mientras dure tu recuperación, para asegurarme de que todo funciona adecuadamente y todos los criados hagan aquello por lo que se les paga. Me quedaré con una de las habitaciones para invitados. Hay muchas de ellas, y cuando Luke regrese de la Universidad para visitarme, podrá acomodarse en alguna de las otras.

—Comenzaré en la Universidad este verano —explicó Luke—. Harvard tiene un programa de verano en el que puedo participar, y mi beca de hospedaje y matrícula también incluye eso.

—Eso es maravilloso, Luke. Pero, tía Fanny..., ¿le has explicado tus planes a Drake?

—No veo que necesite el permiso de Drake para hacer nada en particular. Tengo ciertos derechos y obligaciones. Mi propio abogado ya se está ocupando de los testamentos. Tu mamá fue muy amable conmigo, Annie, y siento que tengo una obligación aquí. Y nadie me lo va a negar, ni Drake, ni mucho menos Tony Tatterton.

—No veo por qué Tony podría poner ninguna clase de objeciones, tía Fanny.

—Verás, Drake está aún terminando los estudios universitarios, y dado que nadie duda que yo soy el pariente vivo más antiguo, haré lo que crea que es mejor para la

familia. Drake se irá, tú también estarás lejos y alguien tendrá que encargarse de las cosas. Heaven hubiera querido que hiciera algo así, estoy segura de ello.

—No me molesta que tú y Luke os trasladéis a Hasbrouck House, tía Fanny. Aprecio mucho que lo desees hacer.

—Gracias, Annie, cariño. Es muy agradable oírte decir eso. ¿No es verdad que resulta muy agradable de su parte, Luke?

—Sí —repuso Luke.

Y se me quedó mirando de la forma en que lo había efectuado aquel día, en que me contó lo que tía Fanny había hecho con su carta de aceptación por parte de Harvard. Me sentí enrojecer y dirigí rápidamente los ojos otra vez hacia tía Fanny.

—Lo único que deseo es que vuelvas a tu propia casa a recuperarte, Annie, en vez de tener que ir a aquella casona de piedra, para vivir entre extraños. Me gustaría hacerme cargo de ti, en vez de esa enfermera de cara coriácea que Tony Tatterton ha contratado. Y supongo que también será algo muy caro. De todos modos, tu madre nunca fue feliz hasta que vivió en Winnerrow. Quiero decir cuando ya era mayor y rica. Por lo menos, eso es lo que pienso.

—¿Por qué, tía Fanny?

Me pregunté cuántas cosas secretas del pasado conocería.

—No le gustaban todas aquellas personas tan falsas de la ciudad —se apresuró a decir—. Y lo pasó muy mal con su abuela. Y Tony también. Todos se confundían unos con otros hasta que nadie llegaba a saber quién era. Se suicidó, ya sabes —declaró tajantemente, lanzándome una mirada penetrante.

—Creí que se trató de un accidente, tía Fanny.

—Accidente... o no accidente. Una noche se sintió enferma de verse allí encerrada como una chiflada, supongo, y se tomó demasiadas pastillas para dormir. A mí eso no me parece un accidente.

—Pero si no sabía lo que hacía o quién era...

—Annie tiene razón, mamá. Pudo tratarse de un accidente.

—Tal vez, pero sigo creyendo que no fue nada saludable vivir media vida en aquella casona, mientras la locura iba aumentando. Ni tampoco creo que desease que la enterraran en aquel espantoso cementerio. Probablemente hubiese preferido los Willies, en pleno bosque, junto a su auténtica madre.

Luke y yo nos lanzamos mutuamente unas rápidas miradas. Sabía que a veces había acudido sola a ver aquella simple tumba en los Willies, para contemplar aquella lápida en la que sólo se leía:

Ángel

Amada esposa de Thomas Luke Casteel

—Naturalmente, tu papá hubiera preferido, probablemente, un gran monumento y

todo eso...

—¿Lo has visto?

Volvió a lanzar una rápida mirada a Luke. Éste asintió y se mordió el labio inferior.

—Sí, Luke y yo fuimos a ver el cementerio de la familia Tatterton en nuestro viaje hasta aquí, y nos detuvimos para presentar nuestros respetos.

—Estuvimos en la finca, pero no entramos en la casa. El cementerio tiene su propia carretera de acceso y se encuentra un poco alejado.

—De todas maneras, nadie nos había invitado, Annie. Y, desde donde nos encontrábamos, aquella mansión parecía fría y abandonada —explicó, y se abrazó a sí misma como si aquel recuerdo le hubiese proporcionado un escalofrío.

—No pudimos ver gran cosa, mamá —añadió Luke, mirándola con ceño.

—Se parecía a uno de esos viejos castillos de Europa —insistió mi tía—. Ésa es la razón de que, ya que estábamos allí, hubiera querido dar un vistazo a aquella antigua mansión, probablemente está encantada, ésa debe de ser la razón de que tu bisabuela se volviese loca.

—Oh, mamá —gimió Luke.

—Verás, en una ocasión Logan me contó cómo Jillian, ése era su nombre, Jillian alegó haber visto a sus difuntos —susurró.

Luke apartó la mirada. Cualquier referencia a mi padre y a su madre siempre le dejaba incómodo. Yo solté una risotada para procurar cambiar aquel estado de ánimo.

—No tienes que preocuparte por todo eso, tía Fanny. Tony va a hacer obras en Farthy para que se convierta en algo muy cómodo para mí —dije—. Tiene toda clase de planes...

—Claro...

Apartó la mirada de mí como si no desease que le leyese en los ojos sus pensamientos.

—Tía Fanny, ¿sabes por qué mi madre no quería saber nada de él?

Siguió mirando hacia el suelo y meneó la cabeza.

—Es algo que ocurrió entre tu papá, tu mamá y él. Sucedió antes de la audiencia para la custodia de Drake. Tu mamá y yo no estábamos en muy buenas relaciones en aquel entonces, por lo que ella no me lo contó todo y yo tampoco se lo pregunté. Cuando recuperamos las buenas relaciones, ella quiso mantener enterrados aquellos desagradables recuerdos, y tampoco la presioné para que me los relatara. Pero estoy segura de que tenía muy buenas razones para ello, por lo que tal vez debas reconsiderar lo que vas a hacer —terminó con los ojos entrecerrados y los labios fruncidos.

—Pero, tía Fanny, Drake opina que Tony es maravilloso y que ha hecho muchas cosas por mi. Le ha prometido a Drake un empleo para el verano, un empleo muy importante...

—Sí, bueno, ya veremos qué te parece todo cuando estés en aquel castillo, Annie;

y si hay algo allí que te molesta, ya se trate de esa enfermera o de cualquier otra cosa, sólo tienes que llamar a tu tía Fanny, y yo me presentaré en un abrir y cerrar de ojos para llevarte adonde debes estar, ¿me oyes?

Tía Fanny hablaba de una forma muy divagante y sus ideas eran a menudo raras, pero no pude dejar de preguntarme si no estaba en lo cierto respecto a Tony Tatterton. ¿Qué otras razones habría para que hiciera todo aquello que estaba haciendo? ¿Tenía tía Fanny razón respecto de la veta de locura que corría por la familia? De momento, decidí que aguardaría y comprobaría las cosas. Por lo menos, me sentía segura pensando que Drake y Luke se encontraban cerca, en Boston. En realidad, estaría más cerca de Luke si me quedaba en Farthy. Iba a acudir a Harvard, lo cual había creído que nos separaría para siempre, y ahora significaba que estaríamos otra vez juntos.

—Gracias, tía Fanny, pero creo que estaré bien allí, y además están todos esos cuidados médicos especiales que preciso en estos momentos...

—Ella tiene razón, mamá.

—Sé que necesita cuidados especiales. Lo único que te digo..., de todos modos, es que me encontrarás cuando me necesites. Y ahora...

Pareció cobrar nuevas fuerzas, intentando parecerse a mi madre cuando dirigía todos los asuntos.

—Al parecer, tus padres no llegaron a modificar nunca la parte de sus testamentos en que encargaban la dirección de sus finanzas a Tony Tatterton. Por lo tanto, supongo que tomará el control de todo lo referente a la fábrica y cosas parecidas.

—Y Drake tendrá mucho que ver con todo eso. Tal vez algún día la dirija él mismo.

—Y papá se sentiría orgulloso de él —replicó, sonriente.

Movió la cabeza y buscó en su bolso un pañuelo de encaje con el que enjugarse los ojos.

—Tú y Luke sois la única familia que tengo, Annie. Y quiero hacer bien las cosas respecto de vosotros. En realidad, intentaré portarme como una madre y una tía ejemplar. Lo juro.

Me percaté de que se estaba convenciendo a sí misma tanto como a mí.

—Gracias, tía Fanny —le dije, agradecida por sus intenciones, que sospeché tendría muchos problemas para sostener.

Nos besamos mutuamente en las mejillas. Sus ojos brillaban por las lágrimas. Aquello me entristeció, pero luché por no ponerme también yo a llorar. Se serenó de nuevo y guardó el pequeño pañuelo en su bolso.

—Me parece que voy a visitar esa bonita cafetería y me tomaré una taza de café. Le prometí a Luke que os dejaría un rato a solas, aunque no me gusta que tengáis secretos conmigo. Ah, no sé...

Y miró con suspicacia a Luke.

Luke se ruborizó.

—Ya te dije, mamá, que no hay ninguna clase de secretos...

—Muy bien, muy bien. Volveré dentro de diez minutos.

Se levantó, me apretó la mano y salió. En cuanto atravesó el umbral, Luke se acercó más a mi cama. Yo alargué la mano y le cogí la suya entre la mía.

—¿Cómo te encuentras realmente, Annie?

—Todo está siendo muy duro, Luke, sobre todo cuando estoy despierta y puedo pensar y recordar cosas. Todo cuanto hago es llorar —gimoteé.

Y me puse a llorar de nuevo, a sollozar de veras; entonces Luke se sentó en el borde de mi cama y me consoló con sus fuertes brazos. Permanecimos así unidos durante un largo rato, hasta que mi corazón comenzó a latir cada vez con mayor fuerza y mis lágrimas fueron desapareciendo.

—Desearía que hubiese algo más que pudiera hacer por ti.

Bajó la mirada, pero la volvió a alzar enseguida.

—He soñado que iba a la Universidad y me convertía en médico, y era capaz de tratarte y hacerte mejorar muy de prisa.

—Serías un médico maravilloso, Luke —le dije, mientras mis sollozos se extinguían.

—Desearía serlo ya.

Fijó sus ojos en mí.

—Todos son maravillosos —insistí—. Drake viene cada día a verme, y Tony está haciendo realmente un montón de cosas por nosotros...

Él asintió.

—De todos modos, iré a Farthy. Aunque me gustaría estar allí por razones diferentes.

—Iré a verte, Annie. Si me lo permiten.

—Claro que te dejarán —le tranquilicé.

—En cuanto tenga la primera oportunidad. Y si estás en silla de ruedas, te llevaré por todas partes y veremos todos aquellos lugares en los que hemos soñado. Visitaremos el laberinto y...

—Quizá podrías llevarme a visitar sus tumbas, Luke. Si es que aún no he ido antes de que llegues —dije con gran solemnidad.

—Oh, me gustaría mucho eso. Quiero decir...

—Tal vez pronto pueda mover la silla yo misma, y en ese caso nos separaríamos y trataríamos de encontrarnos tal como lo soñamos —respondí muy de prisa.

Parecía un error convertir Farthy en un lugar triste, especialmente después de haber representado algo tan fantástico en nuestras mentes.

—Sí, y nos acercaremos a la gran piscina y a las pistas de tenis...

—¿Y tú serás aún el príncipe? —bromeé.

—Oh, ahora incluso más que nunca.

Se puso en pie y adoptó una actitud principesca.

—Mi dama —me dijo, haciendo un gran saludo con los brazos—. ¿Puedo esta mañana llevarla en su silla a través de los jardines? Nos acercaremos al belvedere,

donde nos sentaremos hasta que se ponga el sol, hablando en voz baja y bebiendo jarabe de menta.

—¿Y después prometes sentarte conmigo en la sala de conciertos, para que escuchemos la música del piano de cola, príncipe Luke?

—Sus deseos son órdenes para mí, mi dama —repuso, arrodillándose junto a la cama y llevándose mi mano a los labios. Me besó los dedos y luego se enderezó. Sus ojos se vidriaron mientras otra fantasía se apoderaba de ellos.

—O tal vez podamos pertenecer de nuevo a la aristocracia sureña —me ofreció.

—¿Y vestiros para esas elegantes fiestas y cenas? —pregunté sonriente.

—Naturalmente. Llevaré esmoquin y tú llegarás como flotando por una larga escalera, con el aspecto de Scarlett O'Hara en *Lo que el viento se llevó*, arrastrando el vestido detrás de ti. Y tú dirás...

—Yo diré: «Hola, Luke Casteel, me alegro mucho de verte».

—Annie estás más hermosa que nunca —me recitó, imitando a Clark Gable en la película—. Pero debo reservar mis deseos. Sé la forma en que manipulas a los hombres con tu embriagante belleza.

—Pero no a ti, Luke. Nunca podría manipularte.

—Oh, Annie, en realidad no hay nada que desee más que ser manipulado por ti —añadió con tal sinceridad en los ojos que, por un momento, me quedé sin habla.

—No está bien que me hagas saber que sabes que lo estoy haciendo, Luke Casteel —respondí finalmente, con apenas voz.

Nos echamos a reír.

Y luego alcé la vista.

—Luke, hay algo más que deseo ver; algo que ahora deseo muchísimo poder ver.

—¿Qué? —me preguntó, mientras le brillaban sus ojos de zafiro.

—Una casa de campo que está al otro lado del laberinto. Se trata de algo que siento que tengo que ver. Algo que siento que debo hacer.

—Pues lo haremos. Juntos —añadió con confianza.

—Así lo espero, Luke.

Le apreté la mano para dar mayor énfasis.

—Prométemelo, prométemelo de verdad.

—Todas las promesas que te hago, Annie, son de verdad —me dijo con voz ronca, con un aspecto más maduro y firme del que podía recordar haberle visto jamás.

Por un momento, permanecimos unidos, y vi su amor por mí como si fuese un cálido y límpido lago, lo suficientemente grande como para nadar en él. Luego, regresó Mrs. Broadfield, irrumpiendo en la habitación como un gélido viento.

—Es la hora de cambiarte el vendaje de la cabeza —anunció.

—Espera fuera un momento, Luke.

—Iré a ver qué hace mi madre. Ya debe estar de regreso hacia aquí.

Fanny y Luke volvieron después de la hora de la comida y, antes de irse, Luke y

yo convinimos en una hora para que me llamase al día siguiente y me leyese la versión final de su discurso.

—He añadido algo —me dijo—. Algo que deseo que seas la primera en oírlo.

A última hora de la tarde llegaron Tony y Drake.

—Me he enterado de que te ha visitado tu tía —anunció Tony al entrar por la puerta.

—Sí.

Me volví hacia Drake. Iba muy bien vestido, con un traje de seda con listas negras y blancas, exactamente como el que lucía Tony. Así vestido, se me antojó mucho mayor, más maduro y como si fuese un hombre de éxito.

—Drake, tía Fanny quiere trasladarse a Hasbrouck House para vigilar mejor las cosas. Le respondí que me parecía muy bien que lo hiciera.

—¿Qué? Espera un momento, Annie.

—A ver, a ver —medió Tony—. Por lo que he oído se trata de una casa muy grande.

Vi la mirada que le dirigía a Drake, una mirada que decía: «No hagas nada que preocupe a Annie». El fuego en los ojos de Drake se extinguió con rapidez. Se encogió de hombros.

—Es verdad, supongo que está bien, y como tú estarás en Farthinggale, no nos molestará a ninguno.

—Ella sólo intenta ayudarnos, Drake.

Intenté defender a Fanny, deseando indeciblemente creer en lo mejor que había en ella.

—Desea de nuevo tener una familia. Yo la creo, y no tengo el ánimo suficiente como para disuadirla. Ahora no...

Asintió.

—Es muy amable de tu parte, Annie —dijo Tony—. Pensar en las necesidades de los demás cuando necesitas tú misma tantas cosas. Tener a alguien como tú en Farthinggale va a renovar los aires de esa vieja casa. Caldearás aquel lugar como no había ocurrido antes..., desde que tu madre vivía allí.

»Y ahora tengo una sorpresa. El doctor Malisoff me ha dicho que te dejarán marchar el fin de semana, para que continúes tu recuperación y comiences tu terapia en Farthinggale. ¿No es maravilloso?

—Oh, sí. ¡Estoy deseando poder salir de aquí! —exclamé.

Tanto Tony como Drake se echaron a reír. En realidad, Drake dirigió los ojos hacia Tony una décima de segundo antes, para comprobar si era el primero en echarse a reír. Yo estaba asombrada de lo rápidamente que Tony había convertido a Drake en su discípulo. ¡Qué diferente era Drake de Tony! ¡Nunca le había visto tan respetuoso con nadie!

Tony me tomó la mano.

—Me he enterado que eres una paciente de lo más cooperadora. Mrs. Broadfield

no hace más que alabarte —añadió, mirando hacia ella.

En lugar de hacer destellar una de sus falsas sonrisas, miró hacia mí y asintió, con los ojos llenos de auténtico aprecio y calor.

—Gracias —dije, sonriendo a mi enfermera.

—No obstante, Annie, hay algo muy importante que me has estado ocultando —me explicó Tony.

—¿Ocultando?

—Drake me ha dicho que eres una auténtica artista.

—Oh, Drake. ¿No has exagerado mis habilidades?

—Me limité a decir la verdad, Annie. Eres muy buena —declaró, seguro de su opinión.

—Sólo estoy aprendiendo —le confesé a Tony.

No quería que quedase decepcionado al ver mi obra.

—Verás, buscaré uno de los mejores instructores en arte de la ciudad y haré que acuda a Farthinggale a darte lecciones. No dejaré que te aburras, eso sí puedo prometértelo. Necesitamos un retrato nuevo de Manor, y creo que nadie mejor que tú podría hacerlo, Annie.

—Pero, Tony, aún no has visto lo que soy capaz de hacer.

—Creo saber ya lo que puedes hacer —manifestó, mientras su dura y penetrante mirada se fijaba en mí con profunda consideración.

Pensativo, con los ojos apretados, aguardó a que yo le mirase y le preguntase qué pensaba que sabía. ¿Qué veía en mí que no podía ver yo misma?

Tony se metió una mano en el bolsillo y sacó una cajita de joyería. Yo la tomé de la palma de su mano y la abrí con lentitud para contemplar un estupendo anillo de oro con una perla.

—He estado buscando y buscando entre las cosas de tu abuela hasta que he encontrado algo que creo que lucirá mejor en tu mano.

Sacó el anillo de la caja, tomó mi mano izquierda y, lentamente, me metió el anillo en mi dedo. No pareció sorprenderse al ver que encajaba tan bien.

—Oh, Tony, es maravilloso —exclamé, asombrada.

¡Y así era! La perla era muy grande y estaba finamente montada en oro rosado.

Alcé la mano y la giré para que Drake pudiese verlo. Asintió, apreciativo.

—Es hermoso —convino.

—En su momento, todo, lo que tengo y lo que fue de tu abuela, será para ti, Annie.

—Gracias, Tony, pero ya me has dado mucho y hecho muchísimo por mí. No sé cómo agradecértelo.

—Pues, simplemente, yendo a Farthinggale y quedándote allí. Eso será un agradecimiento mucho mayor del que jamás confié en recibir.

Estuve a punto de preguntarle el porqué, pero, una vez más, me dije a mí misma que todas las preguntas, y ojalá también todas las respuestas, se plantearían en

Farthingale Manor. De repente, me pareció muy bien que todos los misterios del pasado de mi madre se me resolvieran a mí en el mismo lugar en que se le habían suscitado a ella.

Al día siguiente, y a la hora en que habíamos convenido, Luke me telefoneó para leerme la parte nueva de su discurso.

—Todos en Winnerrow conocen la tragedia de mi familia, Annie. Cuando me miren, después que el director me presente como el alumno que leerá el discurso de despedida, esa tragedia se reflejará en sus ojos. Por lo tanto, pensé y pensé acerca de Heaven y de cómo quería que reaccionase y qué desearía que dijese.

»Annie, ya sabes que tu madre constituyó una inspiración para mí, tal vez la mayor inspiración de mi vida, porque nació para tener una vida dura y pobre, y se esforzó de una forma continua, más o menos por sí misma, y combatió en numerosas batallas hasta salir con dignidad y honor. Quiero decir que nunca me hizo sentir fuera de lugar en tu casa, aunque sé lo penoso que le resultaba el verme allí...

—Oh, Luke, ella nunca...

—No, Annie, hubiera sido una cosa natural que ella sintiese de aquel modo. Lo comprendía y...

Su voz casi se quebró.

—Y la amé por ello. De veras, lo hice. Que Dios me perdone, pero la amé más que a mi propia madre.

—Creo que ella lo sabía, Luke.

—Ya lo sé. De todos modos —prosiguió alzando la voz—, decidí añadir este párrafo. ¿Preparada?

—Tengo los oídos pegados al aparato, Luke.

Me lo imaginé al otro extremo de la línea, con postura recta, afilando el rostro mientras sostenía su manuscrito y lo leía.

—La Biblia nos dice que existe una razón para todo. Un tiempo para nacer y un tiempo para morir; una estación de la luz y una estación de la oscuridad. Éste es un día feliz, un día maravilloso, un día durante la estación de la luz; pero, para mi familia, es aún la estación de la oscuridad. Sin embargo, me siento seguro de que mi tía y mi..., mi padre hubieran querido que yo siguiera en la estación de la luz, para iluminar la oscuridad y pensar sólo en lo que este día significa para mi familia. Significa esperanza y oportunidad. Significa que otro descendiente de Toby Casteel y su amante esposa Annie emergió de la pobreza de los Willies para convertirse en todo lo que es capaz de llegar a ser. Por lo tanto, dedico este día a la memoria de Logan y de Heaven Stonewall. Gracias.

Mis lágrimas se desbordaron. No podía sostener el teléfono junto a mi oído. Dejé caer el receptor en mi regazo y lloré y lloré. Luke me llamó:

—¿Annie? ¿Annie? ¡Oh, Annie, yo no quería hacerte llorar! ¿Annie?

Mrs. Broadfield, que estaba delante de la puerta hablando con una enfermera de la planta, entró al oírme sollozar.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Respiré con fuerza y conseguí apagar lo suficiente la tristeza y la agonía que me embargaba como para poder hablar. Cogí de nuevo el receptor telefónico.

—Luke, lo siento. Es muy hermoso. Estarían muy orgullosos de ti —jadeé—. Pero, ¿no crees..., no crees que el decir...?

—¿Mi padre? Sí, Annie. Especialmente en este día, quiero dejar a un lado cualquier engaño y mostrarme orgulloso de lo que soy. ¿Crees que a él le importaría?

—Oh, no. Sólo pienso en ti y en lo que pasará después.

—Lo de después no importa. Acudiré a la Universidad y, francamente, en eso estoy de acuerdo con mi madre..., no me importa lo que piensen los hipócritas de Winnerrow.

—Sólo desearía poder estar a tu lado, Luke.

—Estarás a mi lado. Annie. Lo sé.

Comencé a gimotear de nuevo. Escondí el rostro entre mis manos.

Mrs. Broadfield, con la cara demudada por la ira, se lanzó hacia adelante.

—¡Ahora tienes que tranquilizarte! —exclamó—. Cuelga el teléfono. Esta llamada es demasiado perturbadora.

Cogió el teléfono antes de que tuviese la menor oportunidad de usarlo de nuevo.

—Aquí Mrs. Broadfield —dijo—. Lamento que tengas que dar por concluida esta conversación. Annie está demasiado débil para esta clase de esfuerzo emocional.

—Por favor, deme el teléfono, Mrs. Broadfield —solicité.

—Bueno, pero acaba de una vez —me contestó—. Conseguirás empeorar.

—Conservaré la calma. Se lo prometo.

Con desgana, me devolvió el teléfono.

—Lo siento —me dijo inmediatamente—. No pretendía...

—No pasa nada, Luke. Estoy bien. Seré fuerte, lloro porque también soy feliz, feliz por ti.

—Tienes que ser feliz por los dos, Annie.

—Lo intentaré.

—Te llamaré después de la graduación y te contaré cómo ha ido.

—No te olvides.

—Es más fácil que me olvide de respirar —contestó.

—Buena suerte, Luke —exclamé, y devolví el teléfono a Mrs. Broadfield, que se apresuró a colgarlo.

Me dejé caer encima de las almohadas.

—No comprendes cuál es tu estado, Annie —comenzó—. No estás sólo lastimada físicamente, sino también emocionalmente. Este tipo de cosas te puede hacer empeorar durante meses.

Las lágrimas y la angustia convirtieron mi corazón en una especie de ladrillo en

mi pecho. De repente, forcejeé para poder respirar. Jadeé y alargué las manos. Sentí que la sangre se retiraba de mi cara y que mis mejillas se convertían en hielo. El cuarto me empezó a dar vueltas. Lo último que oí fue un grito de Mrs. Broadfield.

Luego, la estación de la oscuridad me reclamó de nuevo.

Órdenes del doctor

Sentí como si cayese por un largo y oscuro túnel, pero, al empezar a caer, vi una luz en el extremo. Comencé a oír voces. Al principio sonaron como si se tratase de muchas personas susurrando cosas, luego sus murmullos se hicieron más fuertes hasta sonar como centenares de moscas zumbando en torno de una ventana con pantalla en un caluroso y pegajoso día de finales de verano. Luego el zumbido se convirtió en palabras y caí a través del fondo del túnel hasta la brillante luz.

Parpadeé y parpadeé.

Realmente, había una luz muy brillante que me apuntaba a la cara.

—Está volviendo en sí —dijo alguien, y una cabeza se apartó de la luz y la empujó para que sus rayos apuntasen a un lado.

Miré hacia los preocupados ojos de color avellana del doctor Malisoff.

—Eh, ¿cómo te encuentras, Annie?

Noté tan secos los labios que pensé que podría afilarme la punta de la lengua con ellos. Tragué saliva.

—¿Qué ha sucedido?

Parpadeé de nuevo y me volví para ver a Mrs. Broadfield que se encontraba al lado del lavabo hablando con el ayudante del doctor Malisoff, el doctor Carson. Meneaba la cabeza también y hacía unos nerviosos ademanes con las manos mientras hablaba, al parecer describiendo lo que me había sucedido. Nunca la había visto tan animada.

—Bien, Annie, parte de esto es culpa mía. Debería haberte explicado lo emocionalmente débil que te encuentras. Al parecer, nos hemos concentrado sólo en tus problemas físicos, cuando también existen otros emocionales y mentales. Tus lesiones han influido más profundamente de lo que parecía en un principio.

Quitó el paño húmedo que tenía en la frente y se lo tendió a Mrs. Broadfield. El doctor Malisoff no se apartó del lado de mi cama. Se sentó y tomó mi mano izquierda entre las suyas.

—¿Recuerdas cuando me preguntaste qué era lo que tenías y me eché a reír?

Asentí.

—Pues no debería haberme reído. Debiera haberte explicado que también te afectaban unas dolencias emocionales y psicológicas. Tal vez, en ese caso, hubiéramos hecho más cosas para evitar que sucediera algo como esto.

—Pero, ¿qué ha sucedido? Todo lo que recuerdo es que empecé a sentir este peso en el pecho y...

—Te has desmayado. Por sobreesfuerzo emocional. La cosa es, Annie, que no eres consciente de lo débil que estás porque te tenemos aquí cómodamente

apoyada y te cuidamos lo mejor posible. Pero la verdad es que el golpe te afectó de varias formas diferentes, y una de ellas es emocionalmente. Lo mismo que se ha desgarrado y lastimado la piel de tu cuerpo, lo mismo le ha sucedido a la piel de tus sentimientos y pensamientos. Estoy seguro de que has oído decir aquello de «tiene una piel muy dura». ¿No es así?

Asentí de nuevo.

—Pues eso no es una cosa tan tonta como parece. Protegemos nuestras emociones, protegemos nuestras mentes de diferentes modos, y tu protección ha quedado muy lastimada. Por lo tanto, te alteras con facilidad, eres vulnerable, estás demasiado expuesta. ¿Lo comprendes?

—Creo que sí.

—Estupendo. Ahora nuestra mayor preocupación radica en que tu recuperación física podría retrasarse, e incluso pararse por completo, si continúas sufriendo emocionalmente. Una parte de ti está ligada a la otra parte. Una persona no puede encontrarse físicamente saludable si se halla enferma psicológica y emocionalmente. Y por eso fui un poco imprudente. Debería haberte mantenido más protegida, hasta que tu piel emocional se hiciese de nuevo más dura. Y eso es lo que vamos a hacer ahora.

—¿Y qué debo hacer?

No pude dejar de sentir miedo. Creí que, emocionalmente, estaba haciendo bien las cosas. ¿Quién podía haber resistido una tragedia como aquélla? ¿Quién podía seguir adelante no sólo tras perder a los padres, sino tras encontrarse parálitica, con la vida vuelta del derecho y del revés? Me podría haber pasado todo el día llorando y lamentándome, pero tuve que mantener las lágrimas ocultas en mi corazón para que la gente no se mostrase continuamente incómoda en mi presencia. Y ahora estaba aquí el médico diciéndome que yo no era más que un revoltijo emocional. Era como si sólo tuviese que mirar en un espejo para verme aplastada y rota. Me estremecí ante este pensamiento.

—Verás, Mrs. Broadfield me ha contado lo de tus visitantes y tus llamadas telefónicas.

Hizo una mueca y las arrugas y pliegues de encima del puente de su nariz se quebraron. Luego sacudió la cabeza.

—Tendremos que limitar durante un tiempo ese tipo de cosas, a fin de protegerte. Sé que no te sentirás muy feliz al respecto al principio, pero, durante un tiempo, por lo menos, ¿no te parece que debes confiar en nosotros y dejarnos hacer lo que sea mejor para ti, para que consigas una plena recuperación y puedas volver con mayor rapidez a una vida normal?

—No he tenido tantos visitantes..., sólo Tony y Drake, y mi tía y Luke. Y él es el único que me ha telefoneado —protesté.

Se volvió hacia Mrs. Broadfield, que meneó la cabeza como si yo sólo dijese cosas propias de una loca.

—Verás, tampoco se trata de las muchas personas que han acudido a verte o te hayan llamado; se trata de lo que esas visitas y llamadas telefónicas puedan provocar en ti —me explicó el doctor Malisoff con dolorosa preocupación—. Sin embargo, eres muy afortunada. Has encontrado un lugar adonde ir para tu recuperación, que será tan bueno como cualquier hospital terapéutico. Te encontrarás en un sitio bello, tranquilo, aislado y protegido. Tu cuerpo y tu mente tendrán una oportunidad para recuperarse mucho más de prisa que si te hallaras expuesta a los problemas y sentimientos de los demás.

Me acarició la mano y se incorporó.

—¿Puedo tener tu confianza y cooperación, Annie?

—Sí —repliqué con voz tan débil que me recordó la de una niña.

Tal vez tuviese razón; tal vez me había convertido de nuevo en una nenita. Había vuelto a la época en que las cosas más nimias me hacían llorar y me llenaban de tristeza el corazón, pero ahora ya no tenía a mi madre o a mi padre a quienes recurrir para encontrar amor y consuelo.

—Estupendo.

—¿Significa eso que ahora me tendré que quedar más tiempo en el hospital?

—Ya veremos...

—¿Cómo está? —Escuché que preguntaba Tony.

Había aparecido de repente en el umbral. Alcé la cabeza para verle. Tenía el rostro enrojecido, húmedo su plateado cabello y su traje azul oscuro cruzado se veía arrugado y sin forma. Parecía haber venido corriendo durante todo el camino.

—Ya está bien —le tranquilizó el doctor Malisoff—. No había necesidad de que se presentase a la carrera, Mr. Tatterton.

Dirigió enseguida la mirada hacia Mrs. Broadfield, que estaba atareada con paños y toallas.

—Gracias a Dios —exclamó Tony, acercándose presuroso a mi cama y bajando la vista hacia mí—. Pensé que... Bueno, ¿qué ha sucedido?

—Oh, ha sido un caso de agotamiento emocional. Anne y yo acabamos de mantener una buena conversación al respecto, y ahora ya comprende lo que se ha de hacer, ¿no es verdad, Annie?

Yo asentí. Me acarició de nuevo la mano y se dispuso a salir de la habitación.

—Un momento, por favor —le llamó Tony yendo tras él.

El doctor y Tony salieron juntos. Sólo pude oír su conversación apagada en el pasillo. Mrs. Broadfield se acercó a mi cama, puso bien la manta y ahuecó mi almohada. Parecía seria, fría, con ojos inexpresivos, redondos y brillantes.

—Nadie le va a echar la culpa, ¿verdad? —le pregunté, creyendo que era esto lo que la preocupaba.

—¿A mí? ¿Y por qué tendría nadie que echarme la culpa? Yo no podía fijar tus horas de visita o cortar tus llamadas telefónicas.

—Sólo creí...

—Oh, no, Annie. De todos modos, ahora creo que todo el mundo está de acuerdo conmigo —replicó.

Una amplia y nítida sonrisa de autosatisfacción se le había extendido por el rostro, lo cual hacía que en este momento se pareciese a un gato de lo más arrogante, disponiéndose a echarse sobre un magnífico sofá para echar un sueñecito.

Momentos después, Tony volvió a entrar en mi habitación y se dirigió directamente a la cabecera de mi cama.

—¿De veras te encuentras ya mejor?

—Oh, sí, Tony.

Parecía muy preocupado, sus ojos azules se veían apagados y se habían ahondado las arrugas de su frente.

—Fui muy descuidado. Yo también debí comprender que...

—Todo el mundo va por ahí echando las culpas a los demás y a sí mismos. Pero ya se ha acabado —le dije—. Por favor, olvídalo.

—Oh, no vamos a olvidarlo. El médico me ha contado la conversación que ha tenido contigo. Y ya me he puesto de acuerdo con él. A partir de ahora se darán nuevas órdenes.

—¿Nuevas órdenes?

Asintió hacia Mrs. Broadfield y ésta se dirigió al teléfono y lo desconectó de la pared.

—¡Mi teléfono! —protesté.

—Durante algún tiempo no habrá más llamadas, Annie. Ordenes del doctor.

—Pero se supone que Luke me llamará después de la ceremonia de la graduación, para contarme qué tal le ha ido el discurso —exclamé consternada.

—Después bajaré a la central de teléfonos del hospital y ordenaré que redirijan las llamadas a mi despacho, donde yo o Drake las atenderemos en tu nombre. Yo te haré llegar inmediatamente toda clase de noticias e información. Te lo prometo, y ya sabes que yo cumplo mis promesas, ¿de acuerdo?

Aparté la vista. Luke se sentiría fatal; se echaría la culpa, y resultaba tan importante para él el hablar conmigo después de su discurso... Sentía que las lágrimas trataban de nuevo de aflorar, y el latir de mi corazón se convirtió enseguida en un retumbante tambor dentro de mi pecho. Pero recordé los consejos del doctor Malisoff. Tenía que desarrollar una piel dura o, en caso contrario, se retrasaría mi recuperación. Me esperaba una temporada en que tendría que realizar algunos sacrificios.

—Tratamos de hacer todo aquello que sea mejor para ti, Annie, con todos los mejores doctores y enfermeras que se pueden conseguir con dinero. Créeme. Por favor...

—Te creo, Tony. Pero lo siento sobre todo por Luke...

Tony me contempló con gran cariño y simpatía.

—Te diré lo que haremos. Le mandaré un telegrama de tu parte, deseándole

mucha suerte. ¿No levantará eso su estado de ánimo?

—Oh, sí, Tony. Es una idea estupenda —le respondí muy excitada.

—Y..., y le telefonaré personalmente y le contaré que te encuentras bien, pero que los doctores han cambiado de órdenes y que, durante un tiempo, tendrás que estar tranquila y sin que te moleste nadie —dijo.

—Por favor, dile que no se sienta culpable por haberme llamado.

—Naturalmente que lo haré. Y si no me creyera, haré que el médico le llame también —me aseguró, brindándome una amable sonrisa.

—¿De veras?

—Annie —me dijo, mientras el rostro se le ponía serio—. Haré cuanto esté en mi poder porque vuelvas a andar y seas otra vez feliz. Sé que esto será difícil de lograr porque has perdido a las personas que más querías en la vida, pero todo cuanto pido es una oportunidad para reemplazarlas de alguna forma. ¿Me permitirás intentarlo?

—Sí —repliqué en voz baja, impresionada por la intensidad de su mirada y por la determinación que se percibía en su voz.

¿Era ésta la misma voz que mi madre había oído en petición de perdón? ¿Y cómo había podido rechazarle?

—Gracias. Y ahora te dejaré descansar, pero volveré a última hora de la tarde —me prometió.

Se inclinó sobre mí y me besó en la frente.

—Drake también aguarda a tener noticias de ti.

—Dile que le quiero mucho.

—Eso haré. Está haciéndolo todo excepcionalmente bien. Se convertirá en un buen ejecutivo porque tiene confianza en sí mismo y ambición. En cierto modo me recuerda un poco a mí mismo cuando tenía su edad —añadió, con una nota de orgullo en su voz.

Mrs. Broadfield acompañó a Tony fuera del cuarto, cerrando la puerta con suavidad detrás de ella.

No hubo más llamadas telefónicas ni visitantes. «Oh, vaya, espero que esto dure poco tiempo», pensé; pronto me encontraría en Farthy. Tal vez la magia que Luke y yo creíamos que había allí obraría sus efectos sobre mí y aceleraría mi recuperación.

Mrs. Broadfield siguió las órdenes del doctor y se convirtió en una fortaleza. Incluso las Damas Rosas tenían que recurrir a ella para llegar hasta mí. Ahora, la mayor parte del tiempo mi puerta permanecía cerrada. Aborrecía aquella protección. En cuanto me dejaban sola lloraba por mis padres. Cuando Mrs. Broadfield me encontraba bañada por las lágrimas, me reprendía y me prevenía respecto de tener otra recaída emocional. Pero yo no podía hacer nada para evitarlo. Imaginaba la hermosa sonrisa de mi madre, una sonrisa que ya no vería más; imaginaba también la estupenda y calurosa risa de mi padre, una risa que jamás volvería a escuchar.

Fiel a su promesa, al día siguiente Tony se presentó inmediatamente en el hospital después de haber hablado con Luke. Escuché mientras me relataba la conversación

que había tenido con Luke sobre su graduación.

—El tiempo fue perfecto, no había ni una nube en el cielo. Me dijo que el auditorio adoptó un silencio total en cuanto le presentaron y ocupó su sitio en el podio. Deseó asegurarse de que te diría que, en cuanto acabó, recibió una enorme ovación.

Tony sonrió.

—Me explicó que su madre fue la primera en saltar de su asiento, pero enseguida todo el mundo se puso en pie. Y todos preguntaron por ti.

—Oh, Tony, me siento muy triste por no haber podido hablar con él —le dije, y gimoteé un poco.

—No, no. Lo comprende muy bien. Es un buen chico, y sólo está preocupado por tu bienestar. Insistió mucho en que te hiciera saber que no debes preocuparte por él; sólo de recuperarte lo antes posible.

Luego su rostro se iluminó de repente como una baliza y se enderezó adoptando una postura como de alguien que va a anunciar algo:

—Y ahora, las palabras que estabas aguardando: el doctor Malisoff ha firmado tu alta. Mañana por la mañana te llevaré a Farthy.

—¿De veras?

Aquella noticia me excitó y me dejó ansiosa y triste a la vez. Finalmente, vería Farthinggale Manor, el lugar con el que había soñado durante toda mi vida, mi castillo de cuento de hadas. Pero ahora lo visitaría bajo un manto de tristeza. Mi madre y mi padre ya no me llevarían allí, y yo no podría trepar por aquellos altos y anchos escalones y cruzar la arcada de la puerta principal. Tendrían que transportarme y entraría en Farthinggale como una huérfana lisiada.

—¿Por qué pones esa cara tan triste?

Su sonrisa era ahora muy débil.

—Estaba pensando en mis padres y en qué maravilloso hubiera sido el que todos pudiéramos encontrarnos juntos en Farthinggale.

—Sí.

Sus ojos se vidriaron de nuevo y su mirada se volvió otra vez distante.

—Eso hubiera sido maravilloso. De todos modos —prosiguió, recuperándose enseguida—, te he encontrado la silla de ruedas más cómoda que existe. Llegará esta tarde y Mrs. Broadfield te ayudará a usarla.

—Gracias, Tony. Gracias por todo lo que has hecho y sigues haciendo por mí.

—Ya te he dicho cómo tienes que darme las gracias... Recuperándote lo más deprisa posible...

—Lo intentaré.

—Así, pues, mañana comenzará tu viaje de vuelta a la felicidad y a la salud.

Se inclinó y me besó en la mejilla; pero hizo una pausa y cerró los ojos antes de que sus labios tocasen mi piel. Respiró hondo.

—Ya veo que te has perfumado con jazmín. Cuando estés en Farthy tendremos

que comprar litros y litros.

Me besó y sus labios se demoraron más tiempo de lo que había esperado. Se incorporó y se me quedó mirando con gran intensidad.

—En Farthy te aguardan muchas cosas, la mayoría de las cuales son para que las heredes y disfrutes de ellas.

—Tengo muchas ganas de estar ya allí.

Se fue y al cabo de una hora trajeron la silla. Tony la había envuelto, como todos mis regalos, con una gran cinta de color rosa. Mrs. Broadfield se apresuró a quitarla y a doblarla. La silla tenía los brazos y las patas cromados, y el asiento y el respaldo eran de un suave cuero color castaño, y los reposabrazos eran de ante. Incluso el lugar donde reposan los pies estaba almohadillado.

—Mr. Tatterton debe haberla hecho construir de encargo —comentó Mrs. Broadfield—. Nunca había visto una así.

Empujó la silla a lo largo de la cama, y experimenté la primera prueba de lo que iba a ser la rutina diaria de alzarme de la cama para depositarme cada mañana en mi silla de ruedas.

En primer lugar, alzó la cabecera de la cama lo máximo posible para que yo quedase sentada. Luego dio la vuelta y me quitó de encima las mantas. Levantó mis piernas y me volvió para que mis extremidades colgasen a un lado del lecho. Las sentí sueltas, apenas unidas a mí, aunque no sentí en ellas el menor dolor, en realidad no sentía nada.

Una vez me hizo dar la vuelta, Mrs. Broadfield volvió al otro lado, me colocó los brazos debajo de las axilas y me alzó para que pudiese deslizarme desde el borde de la cama hasta la silla, cuyo brazo derecho estaba levantado para que yo pudiese introducirme. Aquello me incomodó. Me sentí como una niña. Odiaba aquella dependencia, pero no había nada que pudiese hacer al respecto.

Una vez me encontré en la silla, bajó el brazo derecho hasta encajarlo en su sitio y ajustó el estribo para que mis pies reposasen seguros.

—Esta pequeña palanca traba la silla para que no se deslice. No tendrás que empujar mucho para que se mueva. Hazlo con cuidado, en pequeños golpes para que la inercia te dirija hacia adelante. Tendrás que coger este borde metálico cuando desees dar una vuelta hacia la derecha, o este otro cuando quieras girar hacia la izquierda. Vamos, practica un poco —me ordenó.

Y empecé a dar vueltas con la silla por la habitación.

Cuánto deseaba que Drake o Luke estuviesen también aquí. Anhelaba su apoyo. Drake diría que tenía el aspecto de una niña en un carro de juguete o en mi primer triciclo. Luke trataría de hallar algo gracioso que decir también, aunque sus ojos revelarían su honda tristeza. Mrs. Broadfield me observaba, me daba consejos y luego decidió que ya había tenido bastante. Empujó la silla otra vez hasta la cama, y reinvertió el orden de movimientos para devolverme a la cama. Luego apartó la silla y fue a ver cómo iba la cena.

Permanecí tumbada y contemplando la silla de ruedas, pensando que ella y yo deberíamos hacernos amigas. Aunque Tony había realizado un gran esfuerzo para que tuviese la apariencia de un sillón corriente, no pudo ocultar su auténtico fin. Yo era una inválida, una tullida sentenciada a tener que depender de otras personas y de ayudas mecánicas. Todo el dinero y todos los médicos más valiosos del mundo no podrían cambiar esto. Sólo yo podía cambiarlo, y estaba totalmente determinada a que así fuese.

Se produjo un gran revuelo en torno de mí al día siguiente, hasta el punto que Mrs. Broadfield estuvo a punto de cerrar la puerta y aislarme hasta que fuese la hora de marcharnos. Las enfermeras habituales del hospital, que a menudo se habían detenido aquí para charlar o tomar prestada una revista, se presentaron para despedirse y desearme buena suerte. Algunas enfermeras auxiliares y enfermeros se presentaron también, y mi Dama Rosa forcejeó por venir a verme lo más pronto posible.

La noche anterior, Tony me había traído una caja que contenía un vestido de color malva. Aunque parecía del todo nuevo, me percaté de que su estilo era más bien de hacía veinticinco o treinta años.

—Era de tu madre —explicó—. Se lo compré cuando acudía a la Winterhaven School. Tus medidas son más o menos las mismas que las de ella en aquel tiempo. ¿Te gusta?

—Es un vestido muy bonito, Tony. No es la clase de cosas que llevan las chicas de hoy, pero dado que pertenecía a mi madre...

—Le sentaba estupendamente y, de todos modos, Annie, tampoco debes ser esclava de las modas. Lo que es bello no tiene edad. La mayoría de las jóvenes de hoy no se dan cuenta de eso; son unas víctimas de la moda, de la publicidad, de las tendencias del día. Estoy seguro de que has heredado el sentido común de tu madre y que apreciarás el estilo que permanece.

No supe qué decir. Mi madre deseaba que yo tuviese un buen aspecto, pero siempre me dejaba elegir mis propios vestidos. Nunca trataba de imponerme sus gustos, y a mi padre le gustaba verme con un holgado chándal o téjanos. A veces me llamaba *Miss Be-Bop*.

Aunque supongo que Tony tenía razón, disfrutaba mucho más vistiéndome como la mayoría de las chicas de mi edad. Pero, aquello era algo que había heredado de mi madre.

—Lo he traído para que te lo pongas mañana, un día especial, el día en que sales del hospital y regresas a Farthy.

—¿Que regreso?

—Quiero decir que vuelves conmigo a Farthy —se corrigió enseguida—. Además, el llevar algo de tu madre te traerá buena suerte.

No necesitaba que me convencieran. A la mañana siguiente, Mrs. Broadfield me ayudó a ponerme el vestido y me acercó en la silla al espejo que había en el cuarto

encima del lavabo. No pude ver por debajo de mi cintura, pero lo que vi fue suficiente para convencerme de que con aquel vestido me parecía a mi madre. Mrs. Broadfield fue muy amable al ayudarme con el pelo; así que me lo pude cepillar de la forma en que lo llevaba mi madre según había visto en fotos antiguas. Aunque su cabello era un poco más oscuro que el mío, las dos teníamos la misma fina textura y, siempre que nos hacíamos el mismo peinado, casi parecíamos hermanas gemelas.

Cuando llegó Tony, su rostro se iluminó al verme con el vestido. Percibí sus ojos que casi parecían sorberme. Se quedó mirándome durante tanto rato sin decir una sola palabra que comencé a sentirme incómoda.

—Ya estoy preparada, Tony —le dije para romper de alguna manera aquel hechizo en que parecía haberse sumido.

Sus ojos cobraron de nuevo vida.

—Sí, sí, Annie, vámonos...

Sonreía de una forma como jamás le había visto sonreír. Parecía muchos años más joven, tal vez a causa de que llevaba un traje ligero de verano de color azul pálido, que armonizaba con el azul de sus ojos. Había desaparecido aquella palidez que, de vez en cuando, rodeaba sus ojos. Sus mejillas estaban sonrosadas y su cabello más recio y brillante que nunca. Con Tony a mi lado, Mrs. Broadfield comenzó a empujar mi silla para sacarme de la habitación y luego me llevó por el pasillo hacia el ascensor. Una vez más, las enfermeras de la planta me desearon buena suerte y me hicieron ademanes de despedida cuando pasé por allí.

El corazón me latía en los oídos. El eco de aquel terrible accidente en la carretera de Winnerrow se había apagado ya un poco, pero el sonido de la voz de mi padre cuando pronunció mi nombre, aún se repetía en mí.

Eché un vistazo a la planta del hospital mientras cerraban las puertas del ascensor. Los médicos y las enfermeras habían vuelto a sus obligaciones. Yo era ahora sólo otro nombre que había que eliminar de las gráficas, un expediente que guardar. En el momento en que las puertas se cerraban, recordé algo.

—¡Mis postales! ¡Las hemos dejado pegadas en la pared!

—¿Las postales? Ah, sí, las tarjetas de recuerdo... No te preocupes, mandaré que las lleven a Farthy —me prometió Tony, pero me entristeció mucho pensar que las había olvidado. La divertida tarjeta de Luke, la postal tan bonita de Drake... De repente, me di cuenta de que no me llevaba nada de Winnerrow, nada de Luke. Y ni siquiera llevaba el brazalete de la buena suerte.

Las puertas del ascensor se abrieron de nuevo y me condujeron junto a la limusina.

—Annie, te presento a mi chófer, Miles. Conocía mucho a tu madre —me dijo Tony, mientras yo echaba un vistazo a Miles.

—Tengo mucho gusto en conocerla, Miss Annie, y me alegro de que haya podido salir ya del hospital —dijo Miles, y se llevó una mano a la gorra como saludo.

Vi la sonrisa que brillaba en sus ojos y en sus labios, una sonrisa de apreciación y

de felicidad. Estaba segura de que le recordaba a mi madre.

—Gracias, Miles.

Me abrió la puerta de atrás. Entonces, Mrs. Broadfield se dispuso a trasladarme desde la silla de ruedas al coche. Tony insistió en ayudarme. Fue el primero en acercarse al coche y ayudar a Mrs. Broadfield, sosteniéndome con fuerza contra su pecho mientras me instalaba con cuidado en el asiento. Sus labios rozaron mis mejillas y me mantuvo acurrucada contra él. Quedé sorprendida de la fuerza con que me sujetaba, y pensé que no iba a liberarme. Pero lo hizo, y luego ordenó a Miles que plegara la silla y la metiera en el maletero. Mrs. Broadfield se unió a nosotros en la parte trasera. Miles puso en marcha el coche y comenzó mi viaje a Farthinggale Manor, un viaje que estaba segura que jamás olvidaría.

SEGUNDA PARTE

Al otro lado del umbral

Mrs. Broadfield y Tony me sentaron en el asiento trasero de ante para que pudiese ver el paisaje por la ventanilla. El día tenía un aspecto decepcionantemente nublado, pero, de repente, un sol brillante asomó a través de las tristes nubes y pude ver un trozo de cielo azul marino suave, que me recordó los agobiantes días de verano en Winnerrow. Tal vez Dios, después de todo, haría brillar su luz sobre mí.

Cuando miré hacia atrás, comprobé lo enorme que era el Boston Memorial, especialmente comparado con el Hospital General Comunitario de Winnerrow. Atravesamos las puertas y pasamos por parte del centro de Boston antes de coger la carretera principal que nos llevaría a Farthinggale Manor. Las hileras de casas se acabaron al fin y aparecieron bosques y grandes zonas de césped con casas que salpicaban acá y allá el camino.

—¿Vas cómoda? —me preguntó Tony.

Ajustó la almohada que Mrs. Broadfield había insertado en la parte baja de mi espalda y en la parte de atrás del asiento.

—Sí.

Me alegraba ahora simplemente estar allí y mirar el panorama por la ventanilla, observando cómo desfilaba todo mientras seguíamos por la carretera que nos llevaría a Farthinggale Manor.

—Recuerdo el día en que Jillian y yo fuimos por primera vez con tu madre al aeropuerto para llevarla a Farthy. Era igual que tú, parecía tan inocente y tan joven, con ojos abiertos y ansiosos... Sabía que estaba nerviosa. Jillian, tu bisabuela, no se daba cuenta de que Heaven se iba a quedar con nosotros para siempre. Creía que se trataba sólo de una corta visita.

Se echó a reír.

—Jillian se preocupaba mucho por parecer joven y por comportarse como alguien joven, por lo que le dijo, o más bien le pidió a tu madre que le llamase siempre Jillian en lugar de abuela.

—A mi madre le preocupó mucho eso.

—Pues no lo dejó traslucir. Era una joven muy prudente y hermosa, incluso en aquella tierna edad.

Tony permaneció mirando en silencio por la ventanilla, perdido en sus pensamientos. Luego suspiró y salió de su ensoñación.

—Llegaremos muy pronto. Mira hacia la derecha y espera ver un claro entre la línea de árboles. La primera visión de Farthinggale Manor es digna de recordar.

—¿Cuántos años tiene Farthy? —pregunté.

—La construyó mi tatarabuelo en 1850, pero no te dejes engañar por los años. Es

un lugar muy grande y tan lujosa como cualquier otra mansión moderna. He recibido muchas ofertas por parte de artistas de cine y de empresarios.

—¿La venderías?

—A ningún precio. Constituye una gran parte de mí..., lo mismo que mi propio apellido. Cuando era chico, no había ninguna casa en el mundo tan bonita como ésta, en la que vivía. A los siete años, me enviaron a Eton porque mi padre creía que los ingleses sabían más cosas acerca de disciplina que nuestras escuelas privadas. Padecía enormemente de nostalgia desde el día que llegué hasta el día en que me fui. A veces, cerraba los ojos y fingía poder oler el bálsamo, los abetos, los pinos y el fuerte olor del mar.

Cerró los ojos, como si ahora, en limusina, pudiese oler ya el aire perfumado de Farthinggale, cuando aquí sólo podía olerse a fino cuero.

Me percaté de que el coche disminuía la marcha y luego giraba para introducirse en un camino particular, y luego apareció allí, encima de nosotros: las legendarias altas puertas de hierro forjado con adornos que formaban las letras de FARTHINGGALE MANOR. Duendecillos, hadas y gnomos surgían entre las hojas de hierro.

—Es casi tan grande como Luke y yo habíamos soñado —suspiré.

—¿Qué decías?

—Luke y yo solíamos dedicarnos a un juego, un juego de fantasía, en que nos imaginábamos cómo sería Farthinggale.

—Pues estás a punto de averiguarlo, y por ti misma.

La entrada de coches pareció no tener fin en su recorrido, y luego apareció de repente una gran casa de piedra gris. Efectivamente parecía un castillo. El rojo tejado surgía por encima de los árboles, y se veían unos torreones y puentecillos rojos..., como los que había en la placa que Luke me había dado.

Pero había otras muchas cosas diferentes en Farthy en relación con nuestros sueños y fantasías, pensé, mientras escudriñaba los alrededores. Por desgracia, la descripción de Drake había sido de lo más exacta.

La vegetación se veía crecida y los terrenos sin cuidar, con arbustos sin podar y arriates de flores llenos de malas hierbas.

La casa era tan inmensamente grande como Luke y yo habíamos soñado que sería, pero tenía aspecto de no haber sido habitada durante años y años. Por todas partes había adornos de madera cuarteados y rajados.

La casa parecía gris y fría, con ventanas oscuras y las cortinas corridas como los párpados de una anciana moribunda.

Cuando el sol se deslizó entre las pesadas nubes, la parte frontal de la casona adoptó un aspecto tenebroso. De repente, me noté helada, aprensiva y, por encima de todo, sola. Me abracé a mí misma. Aquí necesitaría de todo el calor que pudiese encontrar.

Tony, al otro lado, sonreía ampliamente, con la excitación reflejada en el rostro. No daba la menor indicación de que la degeneración de los terrenos y el aspecto

degradado del gran edificio le incomodase lo más mínimo. Era como si no viera nada de todo aquello. Al parecer, Mrs. Broadfield se encontraba tan sorprendida como yo, pero permanecía sentada y con rostro inexpresivo.

—Farthy posee hectáreas y hectáreas de terreno —me explicó orgulloso—. Es una de las más ricas extensiones en tierra de la zona, y también tenemos nuestra playa privada. Cuando estés preparada y puedas, te pasearé por ahí y te mostraré nuestros establos, la piscina y la cabaña, las pistas de tenis, el belvedere..., todo... —me prometió—. Y debes pensar en todo esto como algo tuyo. No pienses ya nunca más en ti misma como un huésped que se aloja aquí —pronunció mientras Miles detenía el coche.

Mrs. Broadfield se apresuró a salir del vehículo y le dio la vuelta, aguardando a Miles para sacar la silla de ruedas del maletero. Alcé la mirada hacia las escaleras que daban a la puerta arqueada. Incluso éstas habían perdido su grandeza. La madera aparecía rajada en el lado derecho, como si un animal gigante hubiese clavado allí las garras, tratando de abrirse camino hacia la casa. ¿Cómo podía Tony entrar y salir por aquí cada día sin pedir que la reparasen?

—¡Ya estás aquí! —exclamó Tony—. ¡Estás realmente aquí! Bien..., ¿qué te parece todo?

—Yo...

Tartamudeé sin saber qué decir. Estaba decepcionada, muy decepcionada al ver que la casa de mis sueños se derrumbaba por su mal estado.

—Oh, ya sé que todo el lugar necesita de algunas reparaciones —añadió Tony—, y voy a emprenderlas ahora mismo, ahora que existe una razón para hacerlo.

Sus ojos se fijaron en mí con solemnidad. Mi corazón latió con fuerza debajo de mis pechos. Algo en mí, una parte de mí que no podía nombrar, lanzó una señal de alarma.

—Es un lugar magnífico, y una vez lo restaures estoy segura de que tendrá el mismo aspecto de cuando eras un niño —dije, sin desear que él se percatase de mi agitación.

—Exactamente. Ése es el aspecto exacto que deseo que tenga. Oh, sabía que lo comprenderías, Annie. Estoy tan feliz de que te encuentres aquí...

Mrs. Broadfield abrió mi portezuela. Miles y ella habían desplegado y preparado el sillón de ruedas. Alargó las manos para ayudarme a salir.

—Oh, permite que te ayude —insistió Tony, y se precipitó a rodear el coche.

Mrs. Broadfield dio un paso atrás. Tony introdujo los brazos y me abrazó en torno de la cintura con el brazo izquierdo y pasó el derecho por debajo de mis muslos. Luego, con gran cuidado, retrocedió un poco, me alzó y me sacó del coche como si yo fuese... Estaba a punto de pensar: una nenita, pero hubo algo en la forma en que me sujetaba y me sonreía que me hizo pensar más bien en una novia, en una esposa a punto de cruzar el umbral de su nuevo hogar.

—¿Mr. Tatterton? —dijo Miles, preguntándose, como yo, cuándo Tony me iba a

depositar encima de la silla.

—¿Qué? Oh, sí, hay que hacer eso...

Me situó en la silla con gran cariño, y luego él y Miles me alzaron, con silla incluida, por las escaleras hasta la puerta principal. Un hombre alto, delgado, con el pelo gris, los ojos de un gris oscuro y una pálida piel también gris, en la que se adivinaban arrugas y pliegues en la frente y en el cuello, apareció como un maniquí en el umbral.

—Este es Curtis, mi fiel mayordomo —anunció Tony.

—Bienvenida —me saludó Curtis, inclinándose levemente y dando un paso a un lado para que me pudiesen entrar con la silla en la gran casa.

Me llevaron al vestíbulo, donde había una gran alfombra china que parecía haber visto sus mejores días hacía ya muchos años. Tenía varios desgarrones por los que se veía el suelo de madera dura. Un solo candelabro lanzaba una pálida iluminación sobre los muros de piedra. Necesitaba media docena de bombillas, pero tenía sólo una. Unos retratos de los antepasados se alineaban por las paredes, unos amarillos rostros de severos hombres y mujeres parecían cansados, como si les hubiesen planchado encima sus sonrisas; los hombres realizaban grandes esfuerzos por aparecer serios, importantes, tan sólidos como las rocas sobre las que habían construido su magnífico hogar.

—Poco a poco ya te lo iré mostrando todo —me prometió Tony—, pero ahora debemos dejarte instalada confortablemente en tus habitaciones. Estoy seguro de que, después de todo lo que has pasado, incluso un corto viaje, como el que acabamos de realizar, te habrá dejado agotada.

—Me encuentro demasiado excitada para sentirme cansada, Tony. No te preocupes por mí.

—Oh, pero si eso es exactamente lo que pretendo hacer a partir de ahora, Annie: preocuparme por ti. Eres mi nueva preocupación principal.

Continuó empujándome con el carrito cada vez más adentro de la casa.

—Mi despacho se encuentra aquí; sólo permitiré que le prestes un rápido vistazo porque no es algo apropiado para unos ojos femeninos. Necesita una buena limpieza —confesó, inclinándose de tal manera que sus labios me rozaron el lóbulo de la oreja.

Aunque no entramos en el cuarto, vi que en absoluto había exagerado nada. La única lámpara que había en una esquina lanzaba unos largos y anémicos brazos de blanca luz sobre el gran escritorio de caoba y las negras sillas de cuero. Los libros que había en unas estanterías de pino oscuro estaban llenos de polvo. Los rayos de la luz solar se filtraban a través de las cortinas de unas ventanas que se encontraban detrás y captaban las partículas de polvo como lo hubieran hecho unos focos. Danzaban libres, arrogantes. «¿Cuánto tiempo haría que no pasaban un plumero para el polvo o una aspiradora por esta habitación?», me pregunté. El despacho de Tony aparecía repleto de montones de papeles de su trabajo. ¿Cómo podría encontrar algo?

—Naturalmente, ahora que estás aquí haré que ordenen todo esto. Ahora no

puedo ni pensar en hacerte recorrer este descuidado santuario, donde está toda la suciedad y la mugre que pueda albergar esta casa. Los hombres —añadió, inclinándose de nuevo—, cuando viven solos tienden a ignorar las cosas más elegantes. Pero esto se va a acabar..., gracias a Dios todo llegará a su final —musitó e hizo dar la vuelta a mi silla.

Por lo menos no existía nada decepcionante en la escalera. Era exactamente como la habíamos soñado: unos largos y elegantes peldaños de mármol con una brillante balaustrada de nogal. Tenía todo el aspecto de poseer el suficiente incentivo como para hacerme desear encontrarme de nuevo bien, para poder deslizarme por aquellos escalones como una princesa, tal y como Luke y yo habíamos previsto que haría, llevando un vestido largo y flotante, con mis muñecas y cuello llenos de joyas y pasadores de joyas también en el cabello. ¡Oh, cómo deseaba que Luke pudiese estar ahora aquí conmigo para verlo!

—Sí, por desgracia, esta escalera constituye un obstáculo para ti en estos momentos, pero afortunadamente no lo será por mucho tiempo.

Avanzamos hacia ella, pero, cuando miré de nuevo hacia mi derecha, vi el gran salón, con el piano de cola, y pintura en las paredes y en el techo...

—Oh, espera. ¡Qué salón tan magnífico! ¿Qué son esas pinturas?

Se echó a reír y me hizo trasponer el umbral. Era una estancia muy grande, con desaliñadas cortinas de satén que, en un tiempo, fueron blancas pero que ahora se habían vuelto grises a causa del polvo y de los años. Parte de los muebles —el sofá de terciopelo, el confidente y un sillón muy acolchado— estaban cubiertos con plásticos, en los que aparecía también el polvo. Las mesas de mármol, el piano de cola, los jarrones..., todo parecía muy rico y elegante, pero mostrando su decadencia y su desesperada necesidad de ser limpiados y brillantados.

Los descoloridos murales de las paredes y del techo eran exquisitos, escenas que describían cuentos de hadas: bosques en penumbra por los que danzaban los rayos del sol, tortuosos senderos que llevaban a unas cordilleras cubiertas de niebla y coronadas por castillos y un cielo pintado por encima de sus cabezas, con pájaros que volaban y un hombre montado en una alfombra mágica. También se veía otro airoso castillo místico, medio oculto por las nubes. Pero toda la luz había desaparecido de aquel escenario de cuento de hadas, agrisado y oscurecido por años y años de olvido, por lo que todo el conjunto tenía el aspecto mortecino y decadente de unos sueños hacía ya mucho tiempo muertos. Me estremecí.

—Fue tu bisabuela la que hizo todo esto, Annie. Ahora ya sabes de quién has heredado tu talento artístico. Era una famosa ilustradora de libros infantiles.

—¿De veras?

—Sí —me respondió, con unos ojos que adoptaban una expresión distante—; en realidad, fue así como la conocí. Un día, cuando yo tenía veinte años, volvía a casa después de jugar a tenis, miré hacia aquí y vi en esta escalera las piernas mejor formadas que jamás había contemplado. Cuando aquella magnífica criatura se acercó

y vi su rostro, me pareció por completo irreal. Había venido acompañada con un decorador y sugirió esos murales. «Un lugar para cuentos de hadas para el rey de los fabricantes de juguetes», ésa fue la forma en que lo indicó, y quedé prendado por aquella idea, atrapado como un pez.

Hizo un guiño.

—Y también me dio un motivo para hacerla regresar.

—¡Qué historia más maravillosa y más romántica! —exclamé.

Luego dirigí los ojos hacia el piano de cola.

—¿Quién lo toca? —pregunté, intrigada.

—¡Qué dices!

—¿Tocas el piano, Tony?

—¿Yo? No. Hace mucho tiempo mi hermano solía tocar —manifestó.

Yo miré hacia atrás porque su voz se había convertido en sólo un hilillo.

—Se llamaba Troy —explicó— y, a causa de nuestra diferencia de edades, y como nuestros padres habían muerto cuando él apenas tenía dos años, yo fui para él más un padre que un hermano. Le gustaba mucho tocar, sobre todo a Chopin. Murió hace ya mucho tiempo.

—A mi madre le gustaba mucho la música de Chopin.

—Oh...

—Y la casita de campo de juguete Tatterton Toy que tiene... que tenía —me apresuré a rectificar—, toca un fragmento de un nocturno de Chopin cuando se le levanta el tejado.

—¿De veras? ¿Has dicho una casita de campo de juguete?

—Sí, con el laberinto.

Me volví hacia él porque no me respondió. Se había puesto a un lado de la silla de ruedas para poder ver conmigo el salón. De repente, sus furtivos ojos me enfocaron y su rostro cambió. Sus ojos me escrutaron y apareció un leve temblor en sus labios.

—¿Tony?

—Oh, lo siento. Soñaba con los ojos abiertos. Me acordaba de mi hermano —añadió y sonrió de nuevo.

—Deberías hablarme de él. ¿Lo harás?

—Claro que sí.

—Dependo de ti para que me lo cuentes todo, Tony —le dije, sintiendo que había llegado el momento de pedirle que lo hiciera—. Quiero saberlo todo acerca de mi familia: de mi bisabuela, mi abuela y lo que recuerdes de mi madre cuando vivía aquí.

—Si hago todo eso, te cansarás de mí.

—No. Quiero saberlo todo. Y, Tony —añadí, con ojos decididos—, deseo, finalmente, conocer lo que originó que tú y mi madre dejaseis de veros y hablaros. ¿Me prometes que me contarás todo eso, sin importar lo penoso que ello pudiera llegar a ser?

—Te lo prometo, y ya sabes por lo sucedido hasta ahora que cumplo mis promesas. Pero, por favor, durante algún tiempo evitemos todo tipo de cosas desagradables, para que puedas ponerte bien e inicies el camino de una plena recuperación.

—Aguardaré, siempre y cuando guardes tus promesas.

—Muy bien. Y ahora —añadió jovialmente—, adelante y hacia arriba...

Mrs. Broadfield había subido al piso de arriba delante de nosotros para preparar mi habitación. Miles aguardaba pacientemente detrás nuestro. Tony le hizo una señal y se acercó a levantarme de la silla. Luego, con pasos cuidadosos, haciéndome sentir como una reina viuda que regresa a sus aposentos de palacio, me llevaron por aquella magnífica escalinata de mármol.

—Vaya problema en que me he convertido —exclamé, al contemplar el esfuerzo reflejado en sus caras cuando emprendían el tramo final de la escalera.

—Tonterías... Miles y yo necesitamos un poco de ejercicio, ¿eh, Miles?

—No es ningún problema, Miss Annie. Me alegrará hacerlo en cualquier momento.

Luego me dejaron a mí y a la silla en el suelo y yo alcé la mirada hacia los largos pasillos, que parecían extenderse kilómetros y kilómetros en una y otra dirección... Tony me hizo girar hacia la izquierda.

—Tengo una maravillosa sorpresa para ti. La habitación en la que estarás —dijo, mientras continuaba empujando la silla por el pasillo— era el cuarto de tu abuela y luego de tu madre. Y ahora —prosiguió, haciéndome girar hacia una puerta doble— es el tuyo.

Puso su mano entre las mías.

—Es una cosa que siempre, en mi corazón, supe que ocurriría algún día.

Me volví de prisa para mirarle. Sus ojos resistieron mi mirada y parecieron enviar unos silenciosos mensajes. Parecía tan decidido, tan satisfecho de sí mismo que, por un momento, sentí miedo. A veces, no dejaba de tener la sensación de que Tony había planeado desde hacía mucho tiempo toda mi vida por mí.

Mi corazón empezó a aletear como las alas de un confuso canario inseguro que duda si debe entrar o no en una jaula de oro. En un caso así, resultaba cierto que le cuidarían, le mimarían, le alimentarían, le amarían; pero también sabía que, una vez penetrase en la jaula, la puertecita se cerraría y ya, para siempre, miraría el mundo a través de unos dorados barrotes.

¿Qué debería hacer, qué debería haber hecho?

Y, como si sintiese mis temores, Tony se apresuró a empujar hacia adelante mi silla de ruedas.

La habitación de mi madre

Tony me hizo atravesar dos amplias puertas dobles, penetrando en la primera habitación de un conjunto de dos cuartos. La luz del sol, a través de las transparentes cortinas de un pálido marfil, aparecía neblinosa y frágil, y concedía a la sala de estar una apariencia inusual e irreal. Semejante al salón de abajo, este cuarto se parecía más a un museo que a una habitación en la que vivir. Las paredes estaban recubiertas de un delicado tejido de seda, sutilmente tejido en toda su extensión con apagados diseños orientales de colores verde, violeta y azul.

Una doncella, con un uniforme de color verde y un delantal blanco con flecos de encaje, estaba en aquel momento quitando las cubiertas de plástico de dos pequeños sofás, ambos tapizados con el mismo tejido que recubría las paredes. Procedió a mullir los dos almohadones de tono azul, que hacían juego con la alfombra china. Tras haber tenido durante tantos años como nuestra doncella a Mrs. Avery, siempre había pensado en este tipo de domésticas como mujeres mayores, por lo que me quedé sorprendida al ver a una mujer tan joven trabajando en Farthy. Me pareció que no tendría más allá de treinta años. Tony me la presentó:

—Aquí tienes a Millie Thomas, que será tu doncella personal.

La mujer se volvió y me brindó una cálida sonrisa. Era una mujer de rostro corriente, con unos melancólicos ojos castaños, un mentón más bien redondo y mejillas hinchadas. Me imaginé que, su cuerpo poco atractivo, más bien regordete, con poco pecho y unas caderas tan anchas que le hacían parecerse a una campana de iglesia, le había obligado a ser una criada doméstica, siempre limpiando y puliendo en casas ajenas.

—Mucho gusto en conocerla, señorita.

Hizo una pequeña inclinación y se volvió hacia Tony.

—Ya he acabado con el dormitorio y sólo me quedan quitar y guardar esas cubiertas.

—Estupendo. Gracias, Millie. Y ahora vamos a ver tu dormitorio —dijo Tony, empujando la silla de ruedas a través de la salita de estar.

Nos detuvimos traspasando el umbral para que pudiese echar un vistazo general. Pude oír a Mrs. Broadfield en el cuarto de baño limpiando el lavabo y preparando otras cosas.

Mientras contemplaba detenidamente el cuarto, traté de imaginarme la primera vez que mi madre lo había visto. Había estado viviendo con Cal y Kitty Dennison, la pareja que había pagado quinientos dólares por ella a su padre.

Hasta aquel momento, pensé, había estado viviendo en una cabaña en los Willies, más pobre que un ratón de iglesia, y luego había vivido con aquella extraña pareja,

los Dennison, para, de repente, llegar aquí, a esta mansión, donde la habían obsequiado con todas estas habitaciones. Debía haberse detenido en este umbral, lo mismo que yo ahora, y mirado con ojos encantados y asombrados todo lo que tenía ante ella: una cama muy bonita de cuatro pilares con un dosel en arco de seda azul y encaje marfileño, un sillón de satén azul, candelabros de cristal, un largo tocador con la pared de espejos y tres sillas que hacían juego con el sofá y el confidente de la sala de estar.

La habitación tenía el aspecto de haber sido dejada exactamente igual que el día que la abandonó mi madre. En el tocador se veían fotos con marcos de plata, algunos de pie y otros caídos boca abajo. A un lado había un cepillo para el pelo. Un par de zapatillas de terciopelo rojo se hallaban debajo de la silla, zapatillas a juego con la bata que Tony me había traído al hospital. ¿Se trataba de una bata nueva o, tal vez y como yo había pensado, la había sacado de aquellos armarios?

Detecté un vago olor a moho, como si las puertas y ventanas hubiesen estado cerradas durante años. Habían colocado flores recién cortadas por todas partes para suavizar aquel olor a cerrado.

Los armarios estaban llenos de prendas, algunas estaban envueltas en bolsas de plástico, y otras parecían haber sido recién colgadas. Vi también docenas y docenas de pares de zapatos. Tony se percató de que estaba mirando todos aquellos vestidos.

—Algunos pertenecieron a tu madre y otros a tu abuela. Sus tallas eran bastante parecidas. Exactamente igual que la tuya. No necesitarás mandar a comprar nada. Aquí tienes un guardarropa completo sólo para ti.

—Pero, Tony, algunas de esas cosas están totalmente pasadas de moda.

—Te sorprenderías... Tengo noticias de que hoy está de moda lo que se llevaba en otras épocas. ¿Por qué vamos a permitir que todo eso se desperdicie?

Mrs. Broadfield salió del cuarto de baño y puso una manta encima de la cama.

—Iba a traer una cama ordinaria de hospital —explicó Tony—, pero pensé que ésta sería más cómoda y agradable. Tenemos almohadas extras, una mesa de hospital y una almohada con brazos almohadillados para cuando quieras sentarte y leer.

—No quiero irme directamente a la cama —insistí—. Llévame junto a la ventana para que pueda ver el panorama, por favor, Tony.

—Debería descansar un poco —aconsejó Mrs. Broadfield—. No se da cuenta de lo agotador que es dejar el hospital y hacer un viaje así.

—Un momento sólo, por favor —imploré.

—Déjela ver un instante el panorama.

Mrs. Broadfield cruzó los brazos debajo de su abundante pecho y se hizo hacia atrás, aguardando. Tony me condujo hasta las ventanas y abrió las cortinas para que pudiese contemplar los alrededores. Desde esta perspectiva, mirando hacia mi izquierda, podía ver casi la mitad del laberinto. Incluso con aquella luz de últimas horas de la mañana, las sendas y canales parecían oscuros, misteriosos, peligrosos. Cuando miré hacia mi derecha, vi lo que había más allá del sendero para coches y la

entrada a Farthinggale. En la distancia, reconocí lo que debía ser el cementerio familiar y vi lo que muy probablemente era el monumento de mis padres.

Durante un largo rato no pude hablar. El dolor y la tristeza se habían apoderado de mí, y me sentí perdida, desamparada, paralizada por la pena. Luego, sacudiendo de mí todos los recuerdos y respirando hondo, me incliné hacia adelante para tener una visión aún más clara. Tony se percató de lo que había llamado mi atención.

—Dentro de uno o dos días, te llevaré allí —me susurró.

—Debería haber ido ahora mismo.

—Tenemos que vigilar tus excesos emocionales. Son órdenes del doctor —me recordó—. Pero te prometo que te llevaré allí muy pronto.

Me acarició la mano, tranquilizador, y se incorporó de nuevo.

—Supongo que estoy cansada —confesé, y me recosté contra el respaldo de la silla, cerrando los ojos y respirando con fuerza.

Dos lágrimas se deslizaron entre mis párpados y cayeron, cual cálidas gotas, por mis mejillas, zigzagueando hasta las comisuras de mi boca. Tony se sacó su doblado pañuelo y, con cuidado, las enjugó. Musité un gracias y él dio la vuelta a la silla de ruedas para llevarme hacia la cama. Ayudó a Mrs. Broadfield a ponerme en ella.

—Le pondré un camisón, Mr. Tatterton.

—Está bien. Regresaré dentro de unas horas para ver cómo van las cosas. Que tengas un buen sueñecito, Annie.

Me besó en la mejilla y salió, cerrando con delicadeza las puertas detrás de él.

Exactamente antes de que se cerrasen las puertas, pude entrever su rostro. Parecía estáticamente feliz, con ojos ardientes y brillantes como las lenguas de unas llamas de gas. ¿Por qué le hacía tan feliz hacer cosas por mí? Qué irónico resultaba que las miserias de una persona proporcionara una oportunidad para que otra persona recobrase la felicidad. Pero no podía odiarle por ello. No había sido su designio lo que me había traído aquí. ¿Y cómo podía echarle las culpas de nada, cuando me había proporcionado la mejor atención médica que se podía adquirir con dinero? ¿Y tras dedicar su casa y sus criados para velar por mi recuperación? ¿Y por hacer cuanto podía por aliviar mi dolor y mi agonía?

«Tal vez sea por todo eso por lo que siento pena por él», pensé. Aquí estaba, un hombre quebradizo y solitario, que vivía solo en una mansión en que reverberaban los recuerdos, y todo lo que era capaz de volverle a la vida lo constituía mi propia miseria e infortunio. Si nuestra tragedia familiar no hubiese tenido lugar, yo no me encontraría aquí y él no podría realizar todo cuanto estaba haciendo. Seguramente algún día se percataría de todo ello, y de este modo volvería a ser infeliz.

Mrs. Broadfield comenzó a desnudarme.

—Puedo hacerlo yo sola —protesté.

—Muy bien. Ve haciendo lo que puedas y yo me ocuparé del resto.

Se hizo a un lado y eligió uno de mis camisones.

—Quiero el azul —le dije, rechazando de una forma deliberada el que ella había

elegido.

Sin realizar el menor comentario, dejó el verde y sacó el camisón azul. Sabía que me estaba comportando de una manera petulante, pero no podía evitarlo. Mi estado me ponía furiosa.

Me aflojé el vestido y traté de quitármelo por encima de la cabeza, pero, al colocarme sobre la cama, me había sentado encima de la parte posterior de mi vestido. Tuve que echarme hacia un lado y estirar la prenda, gruñendo y forcejeando de una forma que estaba segura me hacía parecer algo patética. Mrs. Broadfield se limitó a mantenerse a un lado y observarme, aguardando que le pidiese ayuda. Pero yo era muy tozuda y decidida, y alcé y retorcí la parte superior de mi cuerpo hasta que logré alzar el vestido por encima de la cintura y luego lo subí hasta el pecho. Durante unos momentos me sentí como una estúpida porque no era capaz de subírmelo por encima del rostro. Y me había agotado con tanto esfuerzo. Tenía que recuperar el aliento y no acababa de creermela la forma en que me dolían los brazos. Estaba mucho más débil de lo que había creído.

Finalmente, sentí que Mrs. Broadfield se hacía cargo de la prenda y que completaba aquella tarea. No dije nada. Puso el camisón por encima de mi cabeza y lo hizo bajar, hasta que metí los brazos por las mangas.

—¿Quieres ir al cuarto de baño? —me preguntó.

Meneé la cabeza. Luego me hizo reposar la cabeza encima de la almohada y me recubrió el cuerpo con la manta, remetiéndola bien alrededor de la cama.

—Después de la siestecita te traeré algo de comer.

—¿Dónde dormirá usted, Mrs. Broadfield?

—Mr. Tatterton me ha preparado un cuarto al otro lado del vestíbulo, pero me pasaré la mayor parte del tiempo en tu sala de estar y dejaré abiertas las puertas de tu habitación.

—El suyo debe ser un trabajo muy cansado —le dije, confiando en alentarla para que revelase algo acerca de sí misma, de sus sentimientos.

Había estado con ella, prácticamente, en todos los momentos de vigilia desde hacía dos semanas, pero no conocía el menor detalle acerca de su vida.

—Es mi profesión.

No sonrió tras decir esto, como lo haría la mayoría de la gente. Lo había dicho como si se tratase de algo que debería ser absolutamente obvio para mí.

—Lo comprendo, pero de todas formas...

—No ocurre todos los días que tenga que cuidar a un paciente con una familia tan rica —añadió—. Esta casa debe valer mucho dinero, y también todos los terrenos de alrededor. Y ahora, no te preocupes por eso. Preocúpate por todo cuanto tendrás que hacer para ponerte buena de nuevo.

—¿Nunca había estado por aquí? —le pregunté.

—No. No había razón para ello. Mr. Tatterton me contrató a través de una agencia.

—Pero los terrenos..., el edificio...

—¿Qué pasa con ellos?

—¿No le parece que todo está muy arruinado?

—Eso no es de mi incumbencia —me respondió tajante.

—¿No le sorprende?

Realmente, quería haber dicho «decepciona», pero temí que me creyese una persona mimada y desagradecida.

—Me imagino que debe ser un gasto considerable el mantener un lugar como éste. Además, como ya te he dicho, no es de mi incumbencia. Mi única preocupación debe ser tu salud y tu recuperación. Y tú también deberías poner la mayor parte de tu esfuerzo en eso, y no preocuparte por cómo están cuidados los alrededores. ¿Tratarás ahora de descansar un poco?

—Sí —repliqué con voz débil.

Era una enfermera muy buena y eficiente, quizás incluso una enfermera especializada cuando se trataba de atender a alguien en mi estado, pero yo echaba de menos tener a mi lado a alguien cálido y amistoso. Añoraba a mi madre, poder hacer frente con ella a cualquier problema, aunque sólo se tratase de una mala sensación. Echaba de menos sumergirme en la calidez de sus ojos y en la suavidad de su voz; echaba de menos tener a alguien que me amase casi más que a su propia vida. Y, por encima de todo, añoraba su sabiduría, una prudencia que se había forjado a través de muchos años de trabajo duro y de difíciles experiencias.

«Los tiempos difíciles te hacen crecer en edad como el tiempo envejece la corteza de un árbol», solía decir su abuelita de los Willies, la auténtica abuelita de la que yo llevaba el nombre. «Si eres lista, ése será el árbol en que te apoyarás.»

Me dolía pensar que ya no tenía a nadie en quien poder apoyarme. Drake ya se veía por completo implicado en su nuevo y excitante trabajo comercial. Luke se había ido a la Universidad y estaría por completo ocupado con sus nuevos intereses y responsabilidades. Y aún no estaba del todo segura de Tony. Era muy amable conmigo y, sin embargo, empezaban a formarse unas sombras en mis pensamientos. ¿Por qué mamá se había vuelto de aquella forma contra él?

—Regresaré dentro de unas horas —dijo Mrs. Broadfield—. Si tienes sed, aquí a tu derecha tienes un vaso de agua fresca, en la mesilla de noche. ¿Puedes alcanzarlo?

—Sí.

—Muy bien. Hasta pronto.

Apagó las luces, corrió bien las cortinas y salió de la habitación.

Cuando estuve sola, me incorporé en la cama para poder estudiar el cuarto. ¿Qué le habría parecido a mi madre la primera noche que pasó aquí? Había venido a vivir con unas personas a las que nunca había visto antes, unos desconocidos para ella, aunque fuesen parientes. En cierta forma, ambas habíamos venido aquí como huérfanas; a ella le había vuelto huérfana su padre, que había vendido a su familia; y yo era huérfana debido a la muerte, a la celosa muerte, que se presentó para llevarse a

mis padres.

Y ella sabía tan poco acerca de los antecedentes de su familia como yo. Debía haber errado por Farthy como una exploradora, para descubrir quién era realmente. La única diferencia estribaba en que ella no se veía a la merced de enfermeras y criados, y no se veía confinada a las camas y a las sillas de ruedas. Por lo menos, podía explorar.

Oh, no podía aguardar a encontrarme bien de nuevo, a estar sobre mis pies y verme entera. No podía aguardar a que Luke acudiese y explorase conmigo nuestros sueños de infancia.

Luke. ¡Cómo le echaba de menos, cómo necesitaba su consuelo! Llevaba varios días sin saber nada de él, a causa de lo sucedido en el hospital. Pero, seguramente, tendría pronto noticias de él.

Volví la mirada a la mesilla de noche.

¡No había teléfono! Si no había teléfono, ¿cómo podría llamar? Por mi pecho empezó a correr una oleada de calor y de pánico.

—¡Mrs. Broadfield! —llamé—. ¡Mrs. Broadfield!

¿Se habría ido, pensando que ya estaba dormida?

—¡Mrs. Broadfield!

Oí unas rápidas pisadas, y un momento después apareció.

—¿Qué ocurre?

Encendió las luces.

—Mrs. Broadfield, en esta habitación no hay teléfono.

—¡Dios mío...! ¿Y por eso chillabas así?

Se llevó la palma de la mano a su pecho.

—Por favor, haga que venga Tony.

—Mira, Annie, te dije que echaras un sueñecito, y lo que dices es...

—No dormiré hasta ver a Tony —insistí, y crucé los brazos encima de los pechos igual que lo hacía a menudo tía Fanny cuando insistía en que las cosas se hiciesen como ella decía.

Yo podía ser muy tozuda y determinada en el caso de querer algo.

—Si insistes en portarte de esta manera, prolongarás durante meses tu recuperación. Y tal vez no llegues nunca a recuperarte.

—No me preocupa. Quiero ver a Tony.

—Muy bien...

Giró sobre sus talones y salió de la habitación. Muy poco después, oí cómo se acercaba Tony, y me apresuré a incorporarme sobre la cama.

—¿Qué ocurre, Annie? —me preguntó, con los ojos llenos de alarma.

—Tony, en esta habitación no hay teléfono. No puedo llamar a nadie y nadie me puede llamar a mí. En el hospital tenía algún sentido. Lo comprendí porque lo había pasado muy mal, pero voy a estar aquí durante algún tiempo, y debo tener mi propio teléfono.

El rostro y los hombros de Tony se relajaron. Lanzó una rápida mirada a Mrs. Broadfield, que se encontraba de pie a su lado, en una rígida postura de enfado.

—Oh, naturalmente que lo tendrás. A su tiempo. Ya hablé con el doctor acerca de esto poco antes de traerte aquí. Pidió que te mantuviéramos tranquila durante algún tiempo, y que luego te dejásemos volver a tu vida normal. En realidad, vendrá por aquí pasado mañana para darnos una evaluación de tu recuperación y decirnos cómo debemos actuar.

—Pero, de todos modos, el hablar con alguien como Luke, o Drake, o alguno de mis amigos...

—Drake te visitará hoy, y si Luke quiere venir luego también podrá hacerlo. Sólo estoy siguiendo las órdenes del doctor, Annie. Si no lo hiciese, y te pasara algo, sólo podría echarme la culpa a mí mismo.

Me lo quedé mirando. Tenía las manos adelantadas, casi como si me estuviese implorando que debía hacer caso de todo aquello y que realmente era lo que me convenía. Me sentí avergonzada y dirigí la mirada hacia las ventanas.

—Lo siento. Yo sólo... Me encuentro en un lugar extraño y...

—Oh, por favor, no pienses en éste como un lugar extraño. Es también tu hogar ancestral.

—¿Mi hogar ancestral?

—Tu bisabuela vivió aquí, tu abuela vivió aquí y tu madre vivió aquí. Muy pronto te sentirás a gusto en esta casa. Te lo prometo.

—Lo siento —repetí, y dejé caer la cabeza contra la almohada—. Ahora descabezaré un sueñecito. Ya puedes apagar las luces.

Se acercó al borde de la cama y ajustó bien el cobertor.

—Que duermas bien.

Una vez se fue, miré hacia el umbral y vi a Mrs. Broadfield siluetada en la luz del pasillo. Parecía como un centinela haciendo guardia. Me imaginé que aguardaba para asegurarse de que iba a hacer lo que había dicho.

Estaba cansada, derrotada y perdida, por lo que cerré los ojos y pensé en mi madre y en la primera vez que había cerrado los ojos aquí y reposado la cabeza en la almohada de este lecho. ¿Se preguntaría cosas acerca de su propia madre en esta habitación y en su vida en Farthy? ¿Habría tantos misterios respecto del pasado de su madre como los había respecto de la mía? Era como si hubiera heredado los temores de mi abuela y de mamá.

Seguramente, mi abuela Leigh debía de haberse sentido extraña y sola la primera vez que su madre, mi bisabuela Jillian, la trajo a Farthy. Todo debió haber sido más nuevo y lozano en Farthy, los colores más brillantes, las alfombras y cortinas serían nuevas y limpias, los pasillos brillarían y las ventanas relucirían. Y habría entonces muchísimos criados, jardineros y amas de llaves, pero, de todos modos, según yo lo entendía, Leigh se habría visto sin raíces, llevada por su madre a vivir en una nueva vida aquí, en Farthinggale, junto a su padrastro, Tony Tatterton. Se habría ido a

dormir escuchando la misma brisa marina soplar contra las ventanas y deslizarse por las persianas.

Y luego, años y años después, su hija, mi madre, se encontró también aquí, yéndose a dormir con los mismos sonidos, tal vez sintiéndose igual de sola. Con el tiempo, la casona se hizo un hogar para las dos, como pasaría ahora conmigo. En cierto sentido, Tony tenía razón. No debería sentirme como una extraña en Farthy. Gran parte de mi pasado residía aquí. Pero todas las preguntas sin resolver, los misterios que aún subsistían, las oscuras sombras que me rodeaban y mi presencia aquí, hacían las cosas muy confusas. Tal vez, con el pasar de los días las sombras y los misterios irían desapareciendo, hasta que Farthy brillase con nueva luz, de la misma manera que habría sucedido con mi abuela Leigh y con mamá.

Resultaba gracioso, pensé, pero era como si me encontrase en medio del laberinto de afuera y tuviese que encontrar el camino de regreso.

Pero, ¿de regreso hacia dónde? ¿De vuelta hacia qué?

Me quedé dormida haciéndome preguntas, en lugar de contar ovejas.

11

Drake

Desperté ante el ruido de risas en el pasillo y reconocí la voz de Drake. Él nunca llegaría a saber lo bienvenido que fue para mí ese sonido; algo familiar, algo del hogar. La risa cesó y luego oí pisadas. Un momento después apareció llevando mi almuerzo en una bandeja de plata maciza. Encendió las luces y entró en la habitación.

—¡Oh, Drake!

—Annie, he hecho el viaje desde Boston sólo para servirte el almuerzo.

Se echó a reír y colocó la bandeja en la mesa de la cama. Luego me besó y me mantuvo apretada con fuerza contra sí durante unos segundos. Una película de lágrimas se formó sobre mis ojos, pero se trataba de lágrimas de felicidad, y las lágrimas de felicidad no son candentes; simplemente, nublaron mi visión y tuve que sorberlas.

—Oh, Drake, estoy tan feliz de verte.

—Estás bien, ¿verdad? —preguntó, retrocediendo un poco y mirándome con preocupación.

¡Qué guapo, alto y moreno era Drake —pensé—, con aquella piel bronceada y ojos de ébano! ¡Qué apariencia más madura tenía, cómo había crecido, como si yo hubiera dormido durante años y años como una niña, igual que Rip van Winkle, y hubiera despertado para comprobar que todo el mundo me había adelantado por la noche! ¿Parecería Luke también tan desarrollado y maduro?

Drake llevaba un traje azul claro cruzado, un traje idéntico a los que se ponía Tony. Llevaba el pelo más corto y peinado hacia atrás; el mismo peinado que Tony. Si le hubiese encontrado por la calle de una ciudad, pensé, podría no haberle reconocido.

—Estoy bien. Drake, pareces un... banquero...

Se echó a reír.

—Sólo un hombre de negocios. Hay que representar muy bien el papel, Annie. La gente lo respeta. Es algo que he aprendido con rapidez. Y ahora, cuéntame cómo ha sido tu llegada aquí, mientras comes, como es natural.

Colocó la mesa encima de la cama y me ayudó a ajustar las almohadas para que pudiera sentarme.

Lancé una mirada hacia el umbral de la puerta, que él interceptó.

—Oh, le he concedido un poco de tiempo libre a la enfermera, le he dicho que yo te serviría la comida.

—¿Dónde está Tony?

—Está en su despacho, tratando de poner en orden las montañas de papeles que hay esparcidas por allí. Me ha dicho que tratará de adecentarlo todo lo suficiente para

que puedas visitarlo algún día, para que le veas trabajar. Me ha contado que es algo que tu abuela solía hacer.

—Drake —susurré, haciendo una pausa entre las cucharadas de sopa caliente—, todo es exactamente como lo describiste en tu carta y en tu llamada telefónica..., todo tiene el aspecto de no haber sido tocado durante años y años.

—Y no lo ha sido...

—Pero, Drake, Tony no parece verlo de esa forma. ¿No te has dado cuenta?

Apartó la mirada y se concentró durante unos momentos.

—No puedo obligarle a verlo como es en estos momentos. Supongo que le resulta demasiado penoso. Se acuerda de cómo era antes..., una finca magnífica.

—Pero...

—Dale tiempo, Annie. Es como si se tratase de un hombre que hubiese permanecido durante muchos años en coma y ahora acabase de salir de él.

—Es muy agradable, muy considerado y todo eso..., pero, a veces, me asusta.

Ya estaba, lo había dicho en voz alta.

—Oh, ¿por qué, Annie? Es un anciano inofensivo que ha perdido todo aquello que poseía un significado auténtico en su vida: la familia. En todo caso, deberías apiadarte de él.

—Y lo hago. Sólo que...

—¿Qué? Conseguirás cuanto desees. Los médicos vendrán a verte, en vez de tener que desplazarte para visitarte. Tony ha pedido a los médicos que encarguen cualquier máquina, cualquier artilugio terapéutico, cualquier cosa que pueda acelerar tu recuperación, sin tener en cuenta el costo. Serás atendida por una enfermera profesional y tendrás siempre a mano un ejército de criados. Tony ya ha contratado una doncella adicional y dos amas de llaves más. Está haciendo muchísimo por ti.

—Lo sé...

Contemplé las fotografías en sus marcos de plata.

—Supongo que se trata, ante todo, de que echo mucho de menos a mamá y a papá.

—Oh, naturalmente.

Se sentó a mi lado y me tomó una mano entre las suyas.

—Pobre, Annie. Yo también los añoro. A veces, cuando tengo una hora libre, más o menos, pienso que me gustaría llamar a Heaven, y entonces me acuerdo de todo cuanto ha sucedido.

—Sigo creyendo que se trata sólo de un sueño, Drake, y que me despertaré y que tú regresarás de la Universidad para venir a verme.

Asintió. Luego se inclinó y me besó cálidamente en la mejilla, pero tan cerca de mis labios que las comisuras de nuestras bocas se tocaron. Pareció azorado. Me percaté de que se había puesto un agua de Colonia diferente, un aroma que reconocí como el de Tony.

—Eh —se apresuró a decirme—, si no comes me echarán la culpa y ya nunca

más me permitirán servirte el almuerzo.

Tomé varias cucharadas de sopa más y di un mordisco al bocadillo.

—¿Has visto o hablado con Luke? Te habrás enterado de su maravilloso discurso de graduación, ¿verdad?

—Sí. Mark Downing me lo contó. Estaba en Boston y fue a verme. Me dijo que todo el mundo quedó conmocionado cuando aludió a Logan como a su padre, aunque todos supiesen que aquello era cierto.

—Estoy muy orgullosa de él. ¿Y tú?

Drake hizo un ademán de asentimiento.

—Pero, Drake, ¿has hablado con él desde entonces? Le habrás llamado para felicitarle, ¿no es verdad?

—Francamente, Annie, no estaba de humor para felicitar a nadie por nada. He estado tan atareado que nada más he podido pensar en las cosas que tenía entre manos.

Asentí con poca fuerza, comprendiendo qué quería decir.

—¿Así que no le has hablado en absoluto?

—Hablé con él brevemente ayer, después de su llegada a Harvard.

—¡Ya está en Harvard! Oh, en ese caso está cerca y vendrá de visita o telefonará a Tony. Tal vez incluso ya haya llamado.

Los ojos de Drake se oscurecieron y las comisuras de su boca se endurecieron.

—Debes darle tiempo para que se instale. Constituye una cosa terrible llegar a la Universidad. Hay montañas de cosas que hacer, formularios que rellenar, preparativos que hacer. Está entusiasmado con todo eso, y está haciendo ya muchos amigos en los pabellones. Ya sabes que en ellos reina la coeducación. Algunos de sus nuevos amigos serán chicas. Y cabe esperar que algún día llegue a tener una auténtica novia.

Mi corazón se quebró. ¿Una auténtica novia? Alguien que me reemplazaría como persona en la que confiar sus más íntimos y secretos pensamientos, alguien con quien compartiría sus sueños..., y ese alguien ya no sería yo. En lo más hondo de mi corazón sabía que esto sucedería algún día, pero no había escuchado las voces que me hacían aquellas advertencias, y ahora Drake me estaba contando con sus modales desenfadados habituales que Luke se enamoraría de alguien y que algún día viviría feliz con otra persona.

Y lo que es más, tal vez mi estado lo aceleraría aún más puesto que yo no me encontraría disponible para él. Me quedaría recluida aquí, tullida y sola.

Aparté la mirada con rapidez para que Drake no pudiese leer mis pensamientos.

—Oh, naturalmente, pero estoy segura de que, en cuanto tenga un momento libre...

—Claro... —replicó Drake.

Se le veía tan ansioso de cambiar de tema que logró ponerme nerviosa.

—Ahora que ya no podrás viajar por Europa deberías también pensar en tu educación. Creo que deberíamos arreglarlo para que tuvieses un tutor y así mantener

las expectativas abiertas con una o dos Universidades mientras acabas de recuperarte. Siempre y cuando los médicos lo aprueben, como es natural.

Lanzó una mirada circular a la habitación.

—De otro modo te vas a aburrir bastante.

—Se trata de una buena idea.

—Hablaré con Tony al respecto.

—Tendrías que ocuparte de todo esto por mí, Drake. Habla con los de Harvard. Búscame una tutoría en alguno de los cursos que Luke adopte. De esa manera, cuando venga a verme podríamos hacer juntos los deberes.

Pensé que, de esa manera, también sería menos molesto para Luke el venir aquí.

—Ya veré lo que puedo hacer. No debes subestimar el poder e influencia de un hombre como Tony. Es cierto que lleva mucho tiempo apartado de las cosas, y ha permitido que los gerentes dirigiesen su imperio por él, pero, vaya donde vaya por Boston —añadió, sonriendo y enderezando la espalda y los hombros con orgullo—, en todas partes han oído hablar de los Tatterton. Simplemente, el mencionar ese apellido abre todas las puertas y pone a tu disposición a un montón de personas, que me tratan como si yo mismo fuese también millonario.

»Y también hay muchas cosas que me puede enseñar un hombre como Tony —continuó, tomando desenfrenadamente carrerilla—. Su conocimiento procede de la experiencia y no de los libros. Sabe a quién hay que ver, cómo tratar a la gente, qué decir, especialmente cuando se trata de negocios. —Se echó a reír—. Apuesto a que es un buen jugador de póquer.

—Eso es maravilloso, Drake. Me alegra que te encuentres tan a gusto con él. De todos modos, dime una cosa —dije, dejando a un lado lo que quedaba de mi bocadillo—: ¿habla alguna vez de mi madre y de las cosas que ocurrieron entre ellos?

—Oh, no. Y yo tampoco se lo pregunto. Si sale a colación el nombre de Heaven, su rostro se ilumina y sólo menciona cosas estupendas y felices. Tal vez sea mejor dejar tranquilas estas cosas. ¿Por qué sacar a la luz cosas desagradables? Piénsalo de este modo, Annie. —Se apresuró a añadir—: ¿Qué bien puede hacer ahora todo eso?

—No estoy insistiendo en una cosa así ahora mismo, Drake, pero no puedo permanecer aquí sin conocer todas esas cosas. A veces —proseguí, con la mirada fija en la cama—, siento como si hubiese traicionado a mamá al permitir que Tony haga todo lo que está haciendo por mí.

—Oh, Annie, eso no es cierto. De todos modos, Heaven hubiera deseado que tuvieses la mejor recuperación posible. No se hubiera mostrado en contra de ninguna cosa que fuera buena para ti. Te amaba demasiado.

—Confío en que tengas razón, Drake.

—Sé que tengo razón. ¿No crees que si hubiera sido al revés, si Tony hubiera necesitado la ayuda de Heaven, ella no se la habría negado?

—No lo sé. Hace ya mucho tiempo que lo había arrancado de su corazón. Y tengo que saber por qué. ¿No comprendes que mamá...?

—Vaya, vaya —atronó la voz de Tony—, ¿qué está haciendo nuestra paciente?

Se había acercado con tanta rapidez, que me pregunté si se encontraría de pie fuera de la habitación escuchando nuestra conversación. Drake no pareció preocuparse lo más mínimo. Se puso en seguida de pie y sonrió. Se veía con bastante claridad cuánto respetaba y admiraba a Tony.

—Se encuentra bien, Tony —se apresuró a replicar—. No podría existir un lugar mejor que éste para su recuperación.

—Eso es maravilloso. ¿Has descabezado un buen sueñecito, Annie?

—Sí. Gracias, Tony.

—Por favor, no me des las gracias. Soy yo el que debería estar dándote las gracias a ti. No sabes lo que tu presencia en Farthy, incluso en tan poco tiempo, ha obrado ya. Se percibe en este lugar una nueva claridad. Todo se siente de nuevo fresco y renovado. Incluso mis viejos criados..., Curtis, el mayordomo; Ryse Williams, el cocinero, todos se mueven por ahí como si hubiesen rejuvenecido años y años, sólo porque saben que tú te encuentras aquí.

—Me gustaría conocer a Rye Whiskey...

Me acordé que era una de las pocas personas de Farthy de las que mamá hablaba con gusto.

—Te lo enviaré lo antes posible.

—Y también me gustaría conocer la casa, tal vez Drake me podría acompañar en la silla de ruedas.

—Oh, a mí también me gustaría, Annie, pero debo regresar a Boston antes de que cierre hoy la Bolsa.

—De todos modos, hoy es aún un poco pronto para realizar esfuerzos —intervino Tony—. Concédete un día o dos para ponerte más fuerte y entonces yo mismo te llevaré por ahí y te contaré toda la historia y romance asociados con cada uno de sus rincones y escondrijos.

—Pero estoy cansada de estar aquí sentada en la cama —gemí.

—Mrs. Broadfield ha planeado unas cuantas cosas para ti, Annie. Tienes alguna terapia física que hacer, tomarte un baño caliente y...

Puse mala cara.

—Si Tony ha prometido que te llevará por ahí, estate segura que lo hará —musitó Drake.

Mantuve baja la cabeza, pero alcé los ojos hacia él. Vi que la sonrisa serpenteaba en sus labios, de la misma forma en que solía hacerlo cuando le descubría observándome a través de una habitación, allá en Winnerrow. Aquella expresión familiar caldeó un poco mi corazón.

—Me estoy portando muy mal, ya lo sé. Todo el mundo intenta ayudarme y yo me muestro sólo como una mocosa.

—Pero como una mocosa adorable —dijo Tony—. Por lo tanto, quedas perdonada.

—Ya ves el hombre encantador que es —observó Drake.

—Comprendo... Tony, ¿te llamó Luke ayer? Drake me ha contado que ya se encuentra en Harvard desde ayer.

—Aún no. Pero en el mismo instante en que lo haga, te haré llegar su mensaje.

—Por favor, dile que venga cuando le sea posible.

—Está bien...

Tony dio una palmada para alejar aquel tema de la conversación.

—Y ahora lo mejor será que dejemos a Mrs. Broadfield que empiece a hacer sus cosas. No queremos poner obstáculos en el camino de tus avances.

—Perdone, señor —dijo Millie Thomas, apareciendo con timidez en el umbral—. He venido para comprobar si Miss Annie ha terminado con la bandeja.

—Ya he acabado...

Se apresuró a entrar para cogerla.

—Gracias, Millie.

Me sonrió.

—Cuando tengas un rato libre, ven a verme.

—Oh...

Sus arrugas se acentuaron un poco, como si el tener una señora tolerante y amistosa la desconcertase; pero nuestros criados en Hasbrouck House habían sido siempre tratados como si constituyesen parte de la familia. Millie se apresuró a mirar hacia Tony.

—Sí, Miss Annie.

—Y, por favor, Millie, llámame Annie.

Salió apresuradamente de la habitación con sus tímidos pasos.

—Espero que se desenvolverá bien —musitó Tony en cuanto se fue la mujer—. La contraté de prisa y corriendo en una nueva agencia.

—Parece muy agradable, Tony.

—Ya veremos...

—Será mejor que me vaya —declaró Drake—. Volveré dentro de uno o dos días, Annie. ¿Quieres que te traiga algo?

—Hay unas cuantas cosas en Winnerrow que deseo, Drake. ¿Cuándo harás un viaje allí?

—Tardaré algún tiempo, Annie, pero supongo que podemos enviar a buscarlas.

Miró hacia Tony en busca de su confirmación.

—Naturalmente...

—También puedo llamar a tía Fanny. Estoy segura que deseará venir a verte.

—Creo que Drake podrá disponer de un día —decidió Tony—. Es lo bastante importante.

—Haz una lista, Annie, y la recogeré a mi regreso.

—Gracias, Drake.

—Hasta pronto.

Me dio un rápido beso en la mejilla y salió de prisa de la habitación.

Tony se quedó un momento contemplándome. De repente, la expresión de su rostro cambió. Sus ojos azules se iluminaron y su rostro se irguió como si hubiese dado con algo que creía haber perdido. Hubo una extraña expresión en sus ojos mientras se volvía hacia las ventanas.

—Y ahora descorreremos esas cortinas. El cielo se ha aclarado y hace un día magnífico.

Apartó las cortinas y miró hacia abajo.

—Las flores salen por todas partes. Haré que llenen mañana la piscina. Sé que te gusta mucho nadar.

—¿Nadar?

Me pregunté quién le habría contado que me gustaba la natación, y cómo sería capaz de llenar al día siguiente la piscina. Tenía todo el aspecto de que necesitaba un montón de trabajos de preparación.

—Tengo que preparar también a *Scuttles*. Sé que cuando los días sean más cálidos te apetecerá montar a ese pony.

—¿*Scuttles*? ¡Qué nombre más divertido para un caballo! ¿Crees que los médicos me permitirán que tenga un caballo, Tony?

No replicó. Continuó contemplando lo de abajo.

—¿Tony?

Se dio la vuelta como si se hubiese percatado entonces de que yo me encontraba allí.

—Oh, estaba soñando despierto. Le diré a Mrs. Broadfield que ya puede empezar —me dijo.

Dio otra palmada y luego salió de la habitación.

Poco después se presentó Mrs. Broadfield y me hizo practicar algunos ejercicios de rehabilitación y me masajeó las piernas. Aunque me alzaron y movieron las piernas de un lado y del otro, no sentí nada, ni dolor, ni malestar, tal y como había predicho el doctor Malisoff. Sólo noté una leve sensación en los tobillos, pero tal vez incluso eso no fuese otra cosa que mi imaginación.

—Veo sus dedos en mis piernas, pero no los siento, Mrs. Broadfield.

Ella asintió y siguió trabajando como si yo fuese una pieza de arcilla que estuviese moldeando.

Después de eso me ayudó a introducirme en la silla de ruedas, para que pudiera sentarme y recorrer con ella el cuarto mientras me preparaba un baño caliente. En cuanto entró en el cuarto de baño, hice girar las ruedas para acercarme a la ventana y mirar hacia abajo, tal como lo había hecho Tony.

¿Flores en floración? Los macizos de flores estaban tan llenos de malas hierbas, que allí no podía crecer ninguna cosa exquisita. Tal vez se refiriera a que haría algo para que hubiera flores en el jardín. Tal y como había manifestado, habría estado soñando despierto, pensé. *Scuttles...*, montar a caballo. Sacudí la cabeza. Resultaba

extraño, casi como si Tony viviera en otro tiempo y pensara en mí como en otra persona.

—Déjame prepararte para el baño ahora, Annie —me dijo Mrs. Broadfield, apareciendo detrás de mí.

Estaba tan concentrada en mis pensamientos que su voz me sobresaltó. Me puso la mano con tanta suavidad en los hombros que enseguida me relajé.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, sólo estaba pensando. Mrs. Broadfield, ¿cree usted que podré montar a caballo en un futuro próximo?

—Montar a caballo...

Se echó a reír. Creo que era la primera vez que la oía hacerlo.

—Sólo confío en que seas capaz de poder gobernar tu silla de un lado a otro en un futuro próximo. ¿Quién te ha metido en la cabeza una cosa así?

Me la quedé mirando.

—Nadie —repliqué.

—Bueno, de todos modos me alegra que pienses de una forma positiva. Ayuda mucho.

Me empujó en la silla hasta el cuarto de baño y me ayudó a sacarme el camisón. Luego me guió hasta la caliente bañera. En el hospital, los médicos, las enfermeras y Mrs. Broadfield habían manipulado y explorado mi cuerpo, y yo sólo había sido consciente a medias de ello. El pudor parecía ridículo y fuera de lugar. ¿Por qué iba a preocuparme de quién me viese desnuda? Yo era algo parecido a un cadáver.

Pero ahora, ya más fuerte y más consciente de mí misma, me ruboricé. Desde que era muy pequeñita nadie me había ayudado a bañarme. Mrs. Broadfield me sujetó por debajo de los brazos mientras me sumergía en el agua caliente.

—Está muy caliente.

—Tiene que estar así, Annie.

Cuando me acomodé con seguridad, liberó su presión, pero siguió apoyando las manos encima de mis hombros. Bajo aquel agua caliente y burbujeante, mis piernas parecieron de plomo. Seguía sin tener en ellas la menor sensación. Sus gruesos dedos, fortalecidos después de horas y horas de masajear y alzar pacientes, friccionaron mis pequeños hombros y la parte posterior de mi cuello.

—Limítate a relajarte —me dijo—. Cierra los ojos y relájate.

Hice lo que decía y me eché hacia atrás. El vapor del agua llenó mis pulmones y empañó el ambiente, por lo que Mrs. Broadfield y yo parecíamos encontrarnos a kilómetros y kilómetros de distancia. Derivé hacia una tierra de sueños en que tocaban una música suave. Me sentí borracha de falta de energía. Oí cómo hundía una toallita en la burbujeante agua y noté que la llevaba hacia mis brazos.

—Eso lo podría hacer yo.

—Relájate simplemente. Eso es para lo que me contrató Mr. Tatterton.

Me resultaba difícil relajarme mientras otra persona frotaba mi cuerpo. Movié

con lentitud la suave toalla por encima y por debajo de mis brazos. Me lavó el pescuezo y los hombros, y me hizo inclinarme hacia adelante para poderme lavar la mayor parte de la espalda.

—¿No te sientes bien, Annie?

Me limité a asentir, manteniendo los ojos cerrados. Para mí era más fácil de aquella manera. En los instantes en que los abría, veía a Mrs. Broadfield inclinada encima de la bañera, con rostro rígido y tenso, como algún hábil técnico preocupado por algún detalle.

—Tienes un cuerpo muy bonito y firme, Annie. Fuerte. Conseguirás recuperarte, siempre y cuando cooperes y sigas la terapia.

El caliente vapor cubrió su rostro de gotas de agua, que corrían a través de las arrugas de su frente y en sus rollizas mejillas. Tenían el aspecto de pequeñas perlas. Tenía el rostro encendido, casi tan rojo como alguien que se hubiese quedado dormido bajo un fuerte sol de verano.

Hundió los brazos en el agua profundamente para que le fuese posible alcanzar mis piernas y muslos, lavándolos y masajeándolos. Finalmente se enderezó, al parecer escasa de aliento. Vio cómo yo la contemplaba perpleja y se puso rápidamente en pie para enjugarse los antebrazos.

—Limitate a estar sentada y remojándote durante un rato más —me dijo, y se dirigió al dormitorio.

Hice cuanto pude para ayudarla a sacarme de la bañera. Me sequé la parte superior del cuerpo mientras ella lo hacía con mis pies y piernas. Luego me ayudó a ponerme un camisón nuevo y me llevó de nuevo a la cama. Deseé seguir en la silla de ruedas, aunque el baño caliente me había cansado mucho.

—Sólo un ratito —me explicó—. Volveré y te ayudaré a meterte en la cama para que descabeces un sueñecito antes de la cena.

Aguardé hasta que salió de la habitación, y entonces hice rodar la silla hasta la ventana. El sol vespertino estaba ya bastante bajo y provocaba que el edificio arrojara una larga y profunda sombra sobre los alrededores y el laberinto. De todos modos, afuera parecía hacer aún mucho calor.

Me había aproximado a la ventana porque deseaba mirar otra vez hacia el cementerio familiar de los Tatterton. Aún no había estado allí, pero sólo ver el monumento de mis padres me hacía sentir más cerca de ellos.

De repente, vi aparecer a un hombre como del aire. Debía haberse encontrado dentro de una sombra. Me incliné todo lo que pude en la ventana y observé aquella figura empequeñecida por la distancia. Al principio, pensé que debía tratarse de Luke, pero, en cuanto mis ojos lo observaron con mayor precisión, me percaté de que era un hombre más delgado y más alto.

Entró en el monumento y se quedó mirándolo durante un gran espacio de tiempo. Luego se dejó caer de rodillas. Vi cómo bajaba la cabeza y, aunque se hallaba demasiado alejado para ver con claridad, observé que su cuerpo se estremecía a causa

de los sollozos.

¿Quién era? No se trataba de Tony, aunque había algo en la estructura de su cuerpo que me recordaba a Tony.

¿Sería alguien del servicio que se acordaba muy bien de mi madre?

Parpadeé. Mis ojos empezaron a cansarse y a lagrimear por mirar con tanta intensidad; luego me eché hacia atrás y me los enjuagué con el dorso de la mano.

Cuando me incliné de nuevo hacia adelante para mirar el cementerio y el monumento, el hombre se había ido. Era como si se hubiese introducido en aquel ligero aire y desaparecido como una burbuja.

Me eché de nuevo hacia atrás porque algo que había imaginado me produjo un estremecimiento y un escalofrío.

¿Me lo había imaginado?

Frustrada y agotada, me apresuré a alejarme de aquella ventana.

Fantasmas en la casa

Tony me encontró dormida en mi silla de ruedas junto a la ventana. Desperté al sentir que me conducía hacia la cama.

—Oh, no pretendía despertarte. Estabas muy hermosa, como una princesa durmiente. He estado a punto de ser el príncipe que te besara para despertarte —me dijo cariñosamente, con los ojos brillándole.

—No creí que pudiese quedarme dormida con tanta rapidez. ¿Qué hora es?

Unas nubes oscuras y amenazadoras se habían deslizado por el cielo, bloqueando el sol, y hacían muy difícil adivinar qué hora del día era.

—No te preocupes. Estoy seguro de que tu fatiga es el resultado de la terapia y el baño caliente que te ha administrado Mrs. Broadfield —me explicó con el tono reconfortante de un padre—. Al principio te dejarán agotada. Límitate a recordar que no tienes aún muchas fuerzas. Ésa es la razón de que los médicos insistan tanto en que disfrutes de un tiempo apacible y de descanso, mientras tratan de curarte. Por lo menos al principio.

Por la forma en que apretaba los labios, me percaté de que aquello constituía un recordatorio y un castigo poco severo por la rabieta que había tenido cuando descubrí que carecía de teléfono.

—Lo sé. Me siento tan impaciente, tan frustrada —ofrecí como excusa.

Su rostro se iluminó al instante.

—Claro que te sientes así. ¿Y cómo no ibas a hacerlo? Todo el mundo lo comprende. Debes volver a tu anterior estado lentamente, con pequeñas mejoras, consiguiendo un poco más cada día. Mrs. Broadfield afirma que cuando los pacientes tratan de precipitar las cosas retrasan de ese modo su recuperación.

—La cosa más extraña consiste en que no me encuentro tan débil —exclamé—. Siento como si pudiera volver a andar inmediatamente si me viese forzada a hacerlo. Por lo menos, ésa es la sensación que tengo de vez en cuando.

Asintió, comprensivo.

—Esas sensaciones te engañan. El doctor Malisoff me dijo que sucede a menudo. Es algo relativamente normal. Al parecer, la mente no desea enfrentarse con las limitaciones del cuerpo.

Deseaba mostrarle que tanto él como Mrs. Broadfield y los médicos se equivocaban, así que intenté levantarme y salir de la silla por mí misma. Mis manos se aferraron a los brazos de la silla y traté de incorporarme sin ayuda. Pero, incluso poniendo todo mi peso sólo sobre la parte superior de mi cuerpo y dejando mis piernas sueltas, me vi incapaz de alzarme lo suficiente y volví a caer encima de la silla, con el corazón latiéndome con fuerza a causa del esfuerzo. Sentí un fuerte dolor

que me cruzaba por en medio de la frente y gemí.

—Como te he dicho, parece como si pudieses hacer todo lo que solías por ti misma, pero no te es posible. Es la forma que tiene tu mente de intentar negar lo que ha sucedido.

Me contempló durante un momento.

—Y a veces, muchas veces, incluso las mejores mentes, las mentes más fuertes, se niegan a creer que lo que sus cuerpos..., que lo que realmente les dicen sea cierto. Inventan, fingen, fantasean, hacen cualquier cosa con tal de evitar las palabras que temen —explicó, mientras su voz acababa convirtiéndose en un susurro.

Le contemplé. Había hablado con tanto apasionamiento, de una forma tan vehemente, que me sentí abrumada. Todo cuanto pude hacer fue asentir. Luego, cuando se volvió de nuevo hacia mí, su rostro había adoptado una expresión de amorosa compasión en sus ojos. Se inclinó sobre mí, con su rostro tan cerca del mío que nuestros labios casi se tocaron, hundió sus manos debajo de mis brazos para levantar mi cuerpo desde la silla de ruedas y colocarlo en la cama. Durante un largo momento me sostuvo, abrazándome, con su mejilla apretada contra la mía. Creí que susurraba el nombre de mamá. Luego me hizo oscilar con cuidado hacia la cama y caí contra la almohada.

—Supongo que no soy demasiado tosco —me dijo, aún inclinado encima de mí, con su cara muy cerca de la mía.

—No, Tony.

Sabía que era injusto, e incluso tonto, pensar en ello, pero odié mi cuerpo por hacerme tan dependiente de los cuidados y amabilidad de los demás.

—Tal vez deberías descabezar un sueñecito antes de la cena —dijo.

No necesité aquella sugerencia. Sentía tan pesados los párpados que me resultaba muy difícil mantenerlos abiertos, y cada vez que lo hacía, me daba la sensación de que Tony se acercaba más y más a mí. Se suponía que no me era posible sentir si alguien me tocaba de cintura hacia abajo, pero pensé que sus manos estaban encima de mis piernas, acariciándolas. Forcejeé por mantenerme despierta a fin de confirmar o negar lo que estaba viendo, pero me quedé dormida con rapidez, como si me encontrase bajo el efecto de unos sedantes, y mi último pensamiento fue que los labios de Tony avanzaban por mi mejilla, en busca de mis labios.

Me desperté al oír los ruidos que hacía Millie Thomas al colocar la bandeja de la cena en la mesa al lado de mi cama. Al parecer, mientras dormía, se presentó una tormenta veraniega, porque podía ahora oler los frescos y húmedos aromas de la lluvia, aunque el cielo se encontraba en este momento sólo parcialmente nuboso.

Cuando me acordé de Tony ayudándome a meterme en la cama y pensé en la imagen de sus manos encima de mis piernas y sus labios cercanos a los míos, pensé que todo había sido una especie de sueño. Parecía, de todos modos, un recuerdo demasiado etéreo y demasiado confuso.

—No quería despertarla, Miss Annie —me dijo con timidez.

Parpadeé hasta que logré enfocarla. Con los brazos firmemente oprimidos contra su cuerpo, y las manos colgando junto a su cintura, parecía una penitente, una persona de los Willies a la que el viejo reverendo Wise acabase de dar un sermón. Siempre se mostraba más duro con ellos que con las personas acomodadas de Winnerrow.

—No importa, Millie. Tenía que despertarme. Ha llovido, ¿verdad?

—¡Oh, a raudales, Miss Annie!

—Por favor, no me llames Miss Annie. Llámame sólo Annie.

Asintió débilmente.

—¿De dónde eres, Millie?

—Oh, de Boston...

—¿Sabes dónde está Harvard?

—Naturalmente, Miss... Claro que sí, Annie.

—Mi tío Drake estudia allí, y tengo un... primo que también está ahora allí. Se llama Luke.

La mujer sonrió con mayor calidez y acomodó detrás de mí las almohadas para sentarme. Me retrepé sobre los almohadones para comer y ella acercó la mesa a la cama.

—No conozco a nadie que vaya a Harvard.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando como doncella, Millie?

—Cinco años. Antes trabajé como dependienta en Filene's, pero no me gustó tanto el trabajo como cuando sirvo de doncella.

—¿Y por qué te gusta trabajar de criada?

—Porque vas a trabajar en casas muy bonitas. Naturalmente, la mayoría no son tan grandes como ésta, pero son hermosas. Y conoces gente de muy buena cuna. Ésa es la forma en que lo define mi madre. Ella también fue doncella, durante años y años. Ahora está en un asilo de ancianas.

—Oh, lo siento.

—Está muy bien y es muy feliz. Más lo siento por ti, Annie. Conozco tu tragedia. Todos los criados hablaban esta mañana de tu madre, los que la conocían, como es natural.

—¿Te refieres a alguien como Rye Whiskey?

Se echó a reír.

—Cuando el vigilante le llamó así creí que estaba pidiendo un bourbon.

—Mi madre solía llamarle también así. Pero eso me recuerda una cosa. Cuando vuelvas a la cocina, dile a Rye Whiskey que deseo que venga a visitarme. En seguida. Se supone que me lo iba a enviar Tony, pero se debe haber olvidado. ¿Lo harás, por favor?

—Oh, claro que sí. Lo haré. Iré ahora mismo. ¿Quieres alguna otra cosa para la cena?

—No, todo esto me parece muy bien.

—En ese caso será mejor que te lo comas antes de que se enfríe —atronó Mrs. Broadfield mientras entraba en el dormitorio y cruzaba hasta el cuarto de baño, llevando una brazada de toallas blancas limpias—. ¿No te había dicho que subieses estas toallas? —dijo, volviéndose al llegar a la puerta del cuarto de baño.

Millie enrojeció.

—Estaba a punto de hacerlo, señora, en cuanto hubiera servido la cena a Annie.

Mrs. Broadfield gruñó y se metió en el cuarto de baño. Millie se apresuró a retirarse.

—No te olvides de Rye Whiskey —le dije en voz baja.

—No me olvidaré...

Mrs. Broadfield salió y se detuvo al lado de mi cama para inspeccionar la comida. Frunció el ceño al ver la pequeña porción de pastel de chocolate.

—Ya he dicho bien claro que el cocinero no debe poner en tu bandeja postres ricos en calorías. De momento sólo membrillo.

—Está bien. No comeré pastel.

—No, claro que no —respondió y alargó la mano para sacarlo de la bandeja—. Ya me ocuparé de que te traigan el membrillo.

—No es importante, puedo pasar sin postre hoy.

—Seguir mis órdenes sí que es importante —musitó, y luego alzó los hombros, como si se tratara de un general, y salió desfilando del cuarto.

«¡Pobre Rye Whiskey!», pensé. Aún no me había visto y por mi causa iba a tener problemas. Terminé los alimentos, comiendo más por necesidad que por placer, masticando y tragando de una forma mecánica. Cada trozo de pollo asado sabía como si fuese de piedra. No era culpa de aquella comida preparada con sumo cuidado. Era que estaba demasiado cansada y deprimida para preocuparme por ello.

En cuanto acabé, escuché cómo llamaban a la puerta exterior. Alcé la mirada y vi al anciano negro, y supe que debía tratarse de Rye Whiskey. Aún iba con su delantal de cocina y llevaba un platito de membrillo.

—Entra —le llamé, y él se acercó con lentitud.

Mientras iba estando más y más cerca vi sus ojos grandes, con el blanco, en torno a sus pupilas, muy brillante, como si una luz brillase detrás de ellas, como las velas en las calabazas de la Víspera de Todos los Santos. Lo que vio en mí obviamente le quitó la respiración.

—Tú debes ser Rye Whiskey.

—Y usted, seguramente, Annie, la hija de Heaven. Cuando vi sus ojos desde el umbral, pensé que estaba mirando un fantasma. De todos modos, tampoco es la primera vez que veía algo así en esta casa.

Inclinó la cabeza y susurró algunas palabras en son de plegaria; luego alzó la mirada y su rostro pareció un retrato de tristeza y preocupación. Sabía que había estado aquí durante todo el tiempo: la fuga de mi abuela de su hogar, la locura de mi bisabuela Jillian y su subsiguiente muerte, la llegada de mi madre y su posterior e

infeliz separación de Tony Tatterton, y ahora mi trágica llegada.

Su grueso cabello era ahora tan blanco como la nieve, pero tenía un rostro notablemente suave y sin arrugas y parecía muy vivo para ser un hombre que, pensé, estaría cerca, o sobrepasaría, los ochenta años.

—Mi madre hablaba a menudo muy orgullosa de ti, Rye.

—Me alegra mucho oír eso, Miss Annie, porque yo también estuve muy orgulloso de su mamá.

Su sonrisa se ensanchó y, cuando asintió su cabeza se movió como si su cuello fuese un resorte. Echó un vistazo a la bandeja de mi cena.

—¿Estaba bien la comida?

—Oh, muy apetitosa, Rye. Lo que pasa es que ahora mismo no me apetece demasiado comer.

—Bueno, pues el viejo Rye Whiskey arreglará eso.

Sus ojos se ondularon en una sonrisa y luego asintió de nuevo con la cabeza.

—¿Y cómo van las cosas, Miss Annie?

—Resulta todo muy duro, Rye...

«Resultaba divertido», pensé, pero me sentí cómoda al ser honesta con él exactamente desde el principio. Tal vez era a causa de la manera que mi madre había hablado acerca de él.

—Oh, ya esperaba que sería así —dije.

Se inclinó hacia atrás sobre sus talones.

—Recuerdo la primera vez que su mamá se presentó en la cocina para verme. Me acuerdo como si fuese ayer. Igual que usted, se parecía mucho a su propia mamá. Se presentaba allí y me observaba durante horas cocinar, sentada en un taburete, descansando la cabeza entre las manos y haciéndome toda clase de preguntas acerca de los Tatterton. Era tan curiosa como un gatito que se mete en una cesta de la ropa.

—¿Y qué es lo que deseaba saber?

—Oh, lo quería conocer todo, todo lo que yo pudiera recordar acerca de su familia: sus tíos, tías, el papá y el abuelo de Mr. Tatterton. Y de quiénes eran los cuadros que había en la pared... Naturalmente, como en cualquier familia, había tipos decentes de los que no había habladurías.

Ansiaba preguntarle muchísimas cosas, pero contuve mis palabras, esperando el momento oportuno. Rye se golpeó las manos contra los muslos y suspiró.

—¿Hay algo especial que pueda yo hacer? —me preguntó, apresurándose a cambiar de tema.

—Me gustaría comer pollo frito. En Winnerrow, el cocinero me lo hacía muy a menudo.

—Oh, lo hacía... Pues aún no ha probado el mío, con chile. Lo haré esta misma semana. A menos que la enfermera diga otra cosa.

Miró hacia atrás para asegurarse de que Mrs. Broadfield no estuviese por allí.

—Se presenta en la cocina con una lista de lo que se debe o no cocinar. Mi

ayudante, Roger, se pone tan nervioso como el diablo los domingos...

—No veo qué daño puede hacerme el pollo frito a la sureña, Rye —le dije, desviando los ojos hacia la ventana—. Farthy era un lugar mucho más bonito cuando mi madre vivía aquí, ¿verdad?

—Oh, por supuesto... Cuando las flores estaban brotando parecía las Puertas del Paraíso.

—¿Y por qué Mr. Tatterton dejó que todo se arruinase?

Apartó en seguida la vista de mí. Observé que mi pregunta le ponía nervioso, pero eso sólo aumentó mi curiosidad por su respuesta.

—Mr. Tatterton ha pasado una mala temporada, Miss Annie, pero todo ha cambiado muchísimo desde que usted ha aparecido por aquí. Casi es otra vez como solía ser, y habla de lo que hay que arreglar y construir. Las cosas vuelven a ser como antaño, lo cual es bueno para nosotros y malo para los fantasmas —susurró.

—¿Fantasmas?

—Bueno, como todas las casas grandes en ésta han vivido muchas personas y sus espíritus aún permanecen, Miss Annie.

Hizo un ademán de asentimiento para dar más énfasis a la cosa.

—Pero yo no voy a ser quien los desafíe, y tampoco Mr. Tatterton. Vivimos junto a ellos, ellos no nos molestan y tampoco nosotros les molestamos.

Comprobé que se había puesto muy serio.

—¿Quedan ahora muchos criados que estuviesen también cuando mi madre vivía aquí, Rye?

—Oh, no, Miss Annie. Sólo quedamos yo, Curtis y Miles. Y en lo que se refiere a las criadas y jardineros la mayoría se han ido o se han muerto.

—¿Hay un hombre alto y delgado que trabaja también aquí, un hombre mucho más joven que Curtis?

Pensó durante un momento y luego meneó la cabeza.

—Hay varios que cuidan los jardines y campos, pero todos son bajitos y fornidos.

«¿Quién era aquel hombre que visitó la tumba de mis padres?», me pregunté. Rye continuó mirándome, con una sonrisa de orgullo en el rostro.

—¿Han sido muy duros para ti todos estos últimos años, a causa de la forma de ser de Mr. Tatterton, Rye?

—No, señora, no muy duros. Tristes pero no duros. Naturalmente, me quedo en mi cuarto después de la cena y dejo la casa a los espíritus. Y ahora —sonrió— se retirarán y casi todos permanecerán en sus tumbas, a causa de que de nuevo brillará aquí la luz y la vida. Los espíritus odian que haya gente joven. Les produce pánico porque las personas jóvenes lanzan sobre ellos mucha energía y mucha luz.

—¿Realmente has escuchado en la casa a esos espíritus, Rye?

Incliné la cabeza y sonreí, pero él no me devolvió la sonrisa.

—Oh, sí, señora. Casi siempre por la noche. Hay sobre todo un espíritu muy infeliz, que vaga por los pasillos y va de habitación en habitación, buscando algo.

—¿Y qué es?

—No lo sé, Miss Annie. Yo no le hablo a él y él no me habla a mí. Pero le he oído caminar por ahí y he escuchado también la música.

—¿Música?

—Una música de piano. Una música muy dulce.

—¿Y no le has preguntado nunca a Mr. Tatterton acerca de esto?

—No, Miss Annie. Y tampoco hay que hacerlo. Se ve en sus ojos.

—¿Y qué se ve?

—Pues que él ve y oye las mismas cosas que yo. Pero debe olvidarlo todo al respecto, Miss Annie. De esa forma se pondrá antes fuerte y mejor. El viejo Rye se lucirá ahora que hay alguien para quien cocinar.

Pensé durante un momento.

—Rye, ¿hay por aquí un caballo llamado *Scuttles*?

—¿*Scuttles*, Miss Annie? Ya no tenemos caballos. Hace ya bastante tiempo que no queda ninguno. ¿*Scuttles*?

Sus ojos oscilaron de un lado a otro mientras pensaba, escudriñando en su memoria. Observé que dejaba de pensar, al haber dado con algo.

—*Scuttles*... Ése era el nombre que daba Miss Jillian al pony que montaba. Vivió en un rancho de caballos de muchacha. Me acuerdo que hablaba siempre de aquel pony. Pero nosotros no tuvimos nunca aquí uno que se llamase *Scuttles*. Su caballo tenía por nombre *Abdulla Bar*. Un animal diabólico —añadió, mientras sus ojos se iluminaban de miedo.

—¿Y por qué dices eso, Rye?

—No permitía que nadie lo montase, excepto Miss Jillian; por lo tanto, Mr. Tatterton mantenía a todo el mundo avisado, menos aquella terrible vez. Pero no fue culpa suya —se apresuró a añadir.

—¿Qué terrible vez, Rye?

—Oh, no es el momento de hablar de cosas tristes, Miss Annie. Bastantes cosas duras tiene ya que soportar.

—Por favor, Rye. No quiero preguntárselo a Mr. Tatterton, pero deseo saberlo.

Lanzó un vistazo hacia atrás y se acercó aún más a la cama. Sacudió la cabeza y bajó los ojos.

—Fue su hermano, Mr. Troy, Miss Annie. Un día montó aquel semental y se fue con él al mar. Sólo un caballo maldito podía haber hecho una cosa así. Cualquier otro caballo se hubiera negado.

—Eso es lo que Drake quiere decir cuando afirma que Troy se suicidó. Montó el caballo de mi bisabuela, entró con él en el océano y...

—Y se ahogó, Miss Annie. Al parecer, esta casa ha pasado ya por más momentos difíciles de los que puede soportar, ¿no cree, Miss Annie?

Meneó la cabeza.

—A veces resulta duro vivir hasta una edad avanzada. Uno está obsesionado con

los numerosos malos recuerdos y con los espíritus solitarios que escucha.

—Pero, ¿por qué hizo una cosa así, Rye?

—Oh, nunca lo he sabido —dijo con rapidez, con demasiada rapidez, según pensé—. Troy era el hombre joven más guapo que jamás hubiera visto, y también poseía mucho talento. Ya sabe que él creó la mayoría de los juguetes. Pero no les llamaba juguetes. Se parecían más a objetos artísticos.

Movió de nuevo la cabeza y sonrió, mientras recordaba todo aquello.

—Casitas y personas, algunos metidos en cajas de música.

—¿Cajas de música?

—Unas preciosas melodías..., como suave música de piano.

—Chopin —musité.

El recuerdo de la casita musical de mi madre alteró los latidos de mi corazón, y me abrumó con una oleada de tristeza.

—¿Qué pasa, Miss Annie?

Aparté con rapidez los ojos, pues no deseaba que viese mis lágrimas.

—Estaba sólo pensando en un compositor.

—Oh, será mejor que este viejo se vuelva a la cocina para vigilar qué está haciendo Roger. Es mi, ¿cómo lo llama usted...?, mi aprendiz. No se puede esperar que el viejo Rye siga trabajando en aquella cocina para siempre, y Mr. Tatterton necesita un buen cocinero para cuando yo reciba la llamada de mi Hacedor. Naturalmente, ahora mismo hago oídos sordos a eso, Miss Annie —concluyó, sonriendo ampliamente.

Ambos nos echamos a reír.

—Oh, casi me olvidaba del membrillo.

Dejó el platito encima de mi bandeja.

—Siento no haber podido comer tu pastelillo de chocolate, Rye. Parecía de lo más delicioso.

—Oh, sí, lo devolvió inmediatamente.

Miró hacia atrás y luego se inclinó hacia mí.

—Pero trataré de escamotear un trozo, cuente con ello.

—Gracias, Rye. Y vuelve otra vez a visitarme, por favor.

—Lo haré...

—¿Qué pasa por aquí? —dijo Tony, apareciendo de repente por la puerta—. ¿El cocinero viene a comprobar qué han hecho con su comida?

—Alguien tenía que traer un poco de membrillo y pensé que era una buena oportunidad para presentar mis respetos a la señorita, Mr. Tatterton.

Se volvió hacia mí y me hizo un guiño.

—Ahora será mejor que vuelva otra vez a mi cocina.

—Gracias, Rye —le respondí mientras se alejaba a toda prisa.

Tony miró cómo se iba y luego se volvió hacia mí.

—¿Por qué no te trajo Millie el membrillo? —inquirió en voz alta.

—Pedí a Millie que lo trajera él.

—Oh...

Sus azules ojos se entrecerraron.

—Confío en no haber hecho nada mal —dije con rapidez.

Él pareció un poco alterado.

—Le iba a decir que viniese a verte después de la cena. Pero está bien —añadió, mientras sus ojos se suavizaban—. Sigue siendo uno de los mejores *chefs* de cocina de la Costa Este. Su budín Yorkshire no tiene igual.

—He podido comprobar que es como contaba mi madre. Debe de tener más de ochenta años, ¿verdad?

—¿Quién sabe? En realidad no recuerda el día de su nacimiento, o miente acerca de su edad. Bien, ¿y cómo estás tú? ¿Te sientes un poco más fuerte?

—Cansada de la terapia y frustrada. Quiero salir y ver la mansión y la finca.

—Tal vez Mrs. Broadfield apruebe un corto viaje por los pasillos a última hora de mañana por la mañana. El médico se presentará pasado mañana.

—¿Ha telefoneado Luke? —pregunté esperanzada.

—Aún no.

—No comprendo por qué no lo hace.

Mi corazón se me hundió. ¿Se habrían hecho ya ciertas las predicciones de Drake?

—Tienes que darle la oportunidad de que primero se instale bien, estoy seguro de ello.

Acercó una silla al lado de la cama. Cuando se sentó, cruzó las piernas y, de forma meticulosa, pasó los dedos por la bien marcada raya de las perneras de sus pantalones grises.

—No es propio de él. Éramos muy íntimos —le expliqué—. ¿Sabes que nacimos el mismo día?

—¿De veras? ¡Qué cosa más extraordinaria!

El cumpleaños de Luke y mío constituía una piedra miliar en mi vida, era tan importante para mí que me resultaba increíble que Tony no supiera nada acerca de esta coincidencia. Pensé hasta qué punto le habían apartado de sus vidas tanto mi padre como mi madre. Me pregunté si sabría que Luke y yo éramos en realidad hermanastros.

—Sí —dije—. Y desde entonces nuestras relaciones han sido parecidas a las que mi madre mantenía con su hermano Tom, el que murió tan trágicamente en aquel accidente de circo.

—Oh, sí...

Se me quedó mirando de nuevo con la misma intensidad, una mirada tan dura que casi sentí como sus ojos taladraban mi alma.

—Tu madre lo pasó muy mal cuando él murió, pero era una mujer muy fuerte, como, estoy seguro, también lo eres tú. «Lo que no me destruye me hace más fuerte»,

solía decirme mi padre. Había adoptado esta expresión de algún filósofo alemán, cuyo nombre no puedo recordar.

Tony se puso a recordar y adoptó una postura muy rígida, que debía de ser la que recordaba de su padre.

—«Anthony —me decía—, debes aprender algo de cada derrota en la vida o la vida te acabará derrotando.»

Se relajó un poco y sonrió.

—Naturalmente, yo apenas tenía cinco o seis años cuando me daba estos consejos, pero, cosa rara, se me quedaron grabados.

—Los Tatterton son una familia fascinante, Tony.

—Oh, estoy seguro de que alguno de mis parientes son bastante corrientes. Jamás me he hablado con la mitad de mis primos. Una gente muy aburrida. Y parte de la familia de Jillian tampoco era mucho mejor. Tanto sus dos hermanas como su hermano murieron hace ya mucho tiempo. En realidad, me enteré de su muerte al leer las esquelas. En cuanto Jillian murió...

Sus ojos se empañaron un poco al perderse en sus recuerdos.

—Cuéntame cosas de tu hermano, Tony. Por favor... —me apresuré a añadir, al ver que su rostro comenzaba a endurecerse de nuevo y decía que no con los ojos.

—En realidad, debería dejarte descansar.

—Sólo un poco. Cuéntame un poquito.

Tal vez a causa de que ya no estaba aquí, o quizá porque sólo me había enterado de unas cosas por aquí y otras por allí, Troy permanecía en mi mente como alguien misterioso.

—Por favor...

Sus ojos se caldearon un poco y le tembló una sonrisa en los labios. Luego se inclinó y me sorprendió al acariciarme el cabello de la misma forma en que solía hacerlo mi madre.

—Cuando imploras de esa manera, me recuerdas muchísimo a Leigh cuando era una jovencita, y me rogaba que la llevara a un sitio u otro o le mostrase esto o aquello. Irrumpía en mi despacho, interrumpía cualquier cosa que estuviese haciendo, sin tener en cuenta lo importante que pudiese ser, y me pedía que la llevase a navegar en el velero o a montar a caballo. Y sin importar lo atareado que estuviese, como me sucede ahora mismo, acababa por ceder. Los hombres Tatterton siempre han mimado a sus mujeres —añadió, mientras los ojos le centelleaban—, pero han disfrutado mucho haciéndolo.

—¿Y qué pasó con Troy?

¿Divagaba a propósito o simplemente no era realmente consciente de ello?

—¿Troy...? Verás, como te dije, era mucho más joven que yo. Cuando era un muchachito, estaba enfermo la mayor parte del tiempo. No está bien decirlo, pero él llegó a ser como una piedra de molino atada a mi cuello. Compréndelo, nuestra madre murió cuando era muy pequeño y, poco después, murió también nuestro padre.

Troy creció pensando en mí como en su padre y no sólo como su hermano mayor. No obstante, era un joven muy brillante y se graduó en la Universidad cuando sólo tenía dieciocho años.

—¡Sólo dieciocho! —exclamé, asombrada—. ¿Y qué hizo después?

—Se dedicó a los negocios. Era un artesano de mucho talento y diseñó la mayoría de nuestros juguetes más famosos. Así que ya ves cómo fueron las cosas —dijo, tratando de dar por concluido su relato acerca de Troy.

—Pero, ¿por qué se suicidó, Tony?

Sus suaves ojos azules se endurecieron, como si de repente se hubiesen convertido en hielo.

—No se suicidó; fue un accidente, un trágico accidente. ¿Quién dice que se trató de un suicidio? ¿Te contó eso tu madre?

—No. Nunca lo mencionó —repliqué, tragando saliva con dificultad.

Pareció muy furioso. Sus labios se apretaron tanto y se hicieron tan delgados que pareció trazarse una línea a su alrededor. Este cambio en su rostro me asustó, y me pareció que él se dio cuenta, porque, rápidamente, se suavizó su expresión. En realidad, parecía muy triste, muy turbado.

—Troy era un hombre melancólico, muy sensible, hondamente convencido de que no iba a vivir mucho. Era muy fatalista acerca de la vida. Hiciese lo que hiciese, no me fue posible cambiarlo. No me gustaba hablar con él..., porque me sentía en parte responsable, compréndelo... No podía ayudarle por mucho que me esforzara.

—Lo siento, Tony. No he pretendido que te sintieses mal por eso.

Comprendí que no podía enfrentarse a la idea de que su hermano se hubiese suicidado. Resultaba cruel por mi parte tratar de hacerle sentir así.

—Ya sé que no harías nada para herirme; eres demasiado dulce, demasiado pura.

Exhibió al fin una amplia y cálida sonrisa.

—Pero no hablemos de cosas tristes. Por favor. Durante algún tiempo, por lo menos, concentrémonos sólo en las cosas bellas, placenteras, esperanzadoras, milagrosas. ¿De acuerdo?

—Muy bien —repliqué.

—Y ahora, si te sientes animada, he confeccionado una lista de libros que deberías leer, y te los haré traer a tu habitación. También ordenaré que mañana te traigan un televisor. En la guía de televisión te subrayaré los mejores programas para ti —añadió.

«Qué raro», pensé. ¿Cómo pensaría que había sido educada? Yo sabía qué libros debía leer y qué programas ver. A menudo, mi madre elogiaba mi buen gusto. Tony se comportaba como si yo fuese una patana que necesitara dirección e instrucción. Pero no quise quejarme y herir sus sentimientos. Parecía tan feliz haciendo estas cosas...

—Y yo tengo que hacer la lista de cosas que Drake debe traer de Winnerrow —le recordé.

—Estupendo. Estará aquí por la tarde. Veamos..., ¿hay alguna cosa más?

Meneé la cabeza.

—Pues muy bien entonces. Tengo que hacer unas cuantas cosas. Ya te veré por la mañana. Que descanses esta noche, Heaven.

—¿Heaven?

—Oh, lo siento... Me haces pensar tanto en tu madre que, a veces, yo...

—No pasa nada, Tony. No me molesta que en ocasiones puedas equivocarte y me llares Heaven... Amaba muchísimo a mi madre.

Mis lágrimas se derramaron con tanta rapidez, que era como si hubieran sólo aguardado una oportunidad para poder revelarse.

—Vaya, qué torpe soy, ya te he puesto triste de nuevo.

—No, no es culpa tuya.

—Pobre Annie...

Se inclinó y me besó suavemente en la mejilla, aunque sus labios se demoraron. Inspiró hondo, como si deseara sorber el aroma de mi cabello. Luego se incorporó de repente, percatándose de cuánto tiempo estaba invirtiendo en aquel beso de buenas noches.

—Buenas noches —dijo y salió de la habitación.

Descansé la cabeza encima de la almohada y pensé acerca de algunas de las cosas de las que me había enterado. Qué razón tenía Rye. Esta familia había tenido algo más que una pequeña tragedia. ¿Era ésta la manera en que sucedía con todas las grandes, ricas y poderosas familias, las cuales tenían mucho pero también habían sufrido mucho?

¿Existía una maldición sobre los Tatterton y sobre todos aquellos que llegasen a tener un íntimo contacto con ellos? Tal vez Rye Whiskey no estuviese tan equivocado con respecto a los espíritus que erraban por aquí. Quizás aquel hombre que había visto, a la distancia, visitando la tumba de mis padres no fuese otra cosa que uno de ellos.

Tal vez Drake tuviese razón; era probable que tuviese que dejar de lado las cosas tristes. Pero sabía que no me era posible hacerlo. Había muchas cosas que debía conocer. Picaban y, al igual que con una persistente comezón, no podía dejar de rascarme.

Una de las cosas que me habían molestado más hasta aquel momento era el silencio de Luke. No era propio de él mantenerse apartado durante tanto tiempo. Resultaba en extremo frustrante el no poder llamarle, ni siquiera saber en qué dependencia universitaria estaba.

Millie entró para llevarse la bandeja de la cena, y en aquel momento me acordé de algo.

—Millie, haz el favor de mirar en el cajón del escritorio para ver si hay una pluma, papel de cartas y un sobre...

—Sí, Annie.

Lo hizo y encontró el papel de cartas y una pluma.

—Es un papel de cartas perfumado —me explicó, acercándose la hoja a la nariz e inhalando—. Todavía huele muy bien.

—No me importa. Sólo deseo escribir una carta rápida. Por favor, regresa dentro de quince minutos a recogerla y a ver si la puedes echar por mí al correo.

—Así lo haré.

Se fue con la bandeja y usé la mesa de la cama para escribir mi carta a Luke:

Querido Luke:

Sé que ya has hablado con Tony acerca de la graduación, y me alegró mucho el enterarme de la acogida que tuvo tu discurso. Te lo merecías. Lo único que deseé es haber podido estar allí, y que también hubiesen estado presentes mi madre y nuestro padre.

Drake me ha visitado en Farthy y me ha contado tu llegada a Harvard. Los doctores desean que continúe mi reposo y mi recuperación, por lo que aún no tengo teléfono, pues, de otro modo, habría tratado de llamarte en vez de enviarte esta carta. Solicitaré la entrega urgente, para que te llegue en seguida.

No soporto estar sin oírte ni verte. Ya estoy planeando cómo empezar nuestras exploraciones de Farthy.

Por favor, llámame o ven lo antes que te sea posible.

*Besos,
Annie*

Dirigí la carta a Luke Toby Casteel, Pabellones, Universidad de Harvard y escribí «Entrega urgente» al pie del sobre. Cuando Millie regresó, la hice acercarse al lado de mi cama para darle unas instrucciones especiales.

—Llévasela a Mr. Tatterton, por favor, y pídele si le es posible poner el resto de la dirección de Harvard aquí para mí, y luego echa la carta al correo a primera hora mañana por la mañana.

—En seguida, Annie —me contestó.

La observé marcharse, y pensé que, seguramente, Luke me respondería de inmediato en cuanto recibiese aquella carta. Confiada en que estuviese conmigo dentro de un día o dos, apoyé la cabeza contra la almohada y cerré los ojos. Los abrí levemente cuando oí que Mrs. Broadfield entraba. Me tomó la presión sanguínea, me comprobó el pulso, me colocó mejor los cobertores y luego apagó la luz.

Con el sol puesto y el firmamento de nuevo nublado, la oscuridad se extendió a mí alrededor como un pesado telón. Era mi segunda noche en Farthy, pero, a diferencia de la primera, tenía ya algo que escuchar: los espíritus de Rye Whiskey.

Tal vez lo soñé, a causa de lo dramáticamente que había hablado acerca de ello, pero hubo un momento en lo más profundo de la noche en que me pareció oír el suave teclear de un piano que tocaba un vals de Chopin.

¿Se trató de mi desesperada necesidad de recordar la contemplación de la suave sonrisa de mi madre mientras me miraba, mientras me cepillaba el cabello? ¿O se trataba de que Rye Whiskey tenía razón? ¿O era que un espíritu vagaba por la casa buscando y buscando?

Tal vez me buscara a mí. Resultaba posible que siempre me hubieran esperado.

El hombre misterioso

Mrs. Broadfield corrió con tanta fuerza las cortinas, que la luz de la mañana irrumpió sobre mí como el estallido de una bomba. Tenía el aspecto de llevar levantada ya varias horas, pero pensé que siempre parecía igual.

—Deberías levantarte más temprano, Annie —me dijo, sin apenas mirarme.

Siguió hablando mientras se movía por la habitación haciendo cosas: abriendo mi silla de ruedas, sacando una bata del armario, buscando mis zapatillas.

—Ahora te cuesta más hacer las cosas y necesitas tiempo extra. Dentro de poco podrás ya meterte y salir de la cama e instalarte en la silla de ruedas, para ir al cuarto de baño y hacer tus necesidades, y prepararte para el desayuno, pero tendrás que conseguir todo esto por ti misma, como un atleta que se prepara para una prueba. ¿Lo comprendes? —me preguntó, deteniéndose al fin y mirándome directamente.

Me enderecé, me senté apoyada en las almohadas y asentí.

—Muy bien, pues a levantarse de la cama, a lavarse y a ponerse un camisón limpio.

Aún atontada, por lo que había resultado ser un pesado sueño nocturno, me limité a hacer un ademán con la cabeza. En silencio, casi como si las dos estuviésemos efectuando un número de mímica, me ayudó a salir de la cama e instalarme en la silla de ruedas. Me llevó hasta el cuarto de baño y me quitó el camisón. Me lavé la cara y me puse el nuevo camisón. Luego me transportó otra vez hasta la habitación y me dejó al lado de la ventana.

—Ahora te traeré el desayuno —me dijo, mientras se dirigía hacia la puerta.

—¿Cómo es que no lo ha traído Millie?

Estaba ansiosa por averiguar si había dado la carta a Tony para que la echase al correo. Mrs. Broadfield se detuvo en el umbral y se dio la vuelta.

—Millie fue despedida anoche —contestó y se fue antes de que yo pudiese responder.

¿Despedida? Pero, ¿por qué? Aquella mujer me había gustado e incluso pensé que constituiría una buena compañía. Era tan agradable y amable... ¿Qué habría hecho para verse despedida tan pronto? En cuanto Tony se presentó a verme, le pregunté qué había pasado.

—Tony, Mrs. Broadfield me acaba de decir que has despedido a Millie. ¿Por qué? Meneó la cabeza y apretó el labio inferior debajo del superior.

—Por incompetente. Desde el día que llegó se metió en muchos líos. Confiaba en que mejorase, pero las cosas fueron de mal en peor. Jillian no la hubiese soportado más de un día. Tenías que haber visto los buenos criados que solíamos tener por aquí, su profesionalismo, su...

—Pero, Tony, era tan agradable —le dije.

—Oh, era muy agradable, pero el ser agradable no es suficiente. Averigüé, además, que sus referencias no eran muy buenas. No podía conservar sus empleos durante demasiado tiempo, y había trabajado como camarera, no como doncella. Pero no te preocupes, un empleado mío ya está buscando a alguien nuevo.

Mrs. Broadfield se presentó con mi bandeja y la instaló.

—Bien, me voy —manifestó Tony—. Dejaré que desayunes.

—¡Tony, espera! Le di una carta para que te la diese anoche y se la mandases por correo a Luke.

Sonrió perplejo.

—¿Una carta? No me dio ninguna carta.

—Pero, Tony...

—La llamé a eso de las siete y media y le entregué una indemnización equivalente a quince días, pero no me mencionó ninguna carta.

—No lo comprendo.

—¿Y por qué no? Es lo que te he dicho: era una incompetente. Probablemente la llevaba en su delantal y se olvidó de ella. La verdad, no sé cómo son estos jóvenes de hoy; parecen distraídos durante todo el tiempo. No hay que asombrarse de que resulte tan duro conseguir un servicio decente.

—¡Era una carta para Luke! —exclamé.

—Se te están enfriando los huevos —me señaló Mrs. Broadfield.

—Lo siento —repuso Tony—. Escribe hoy otra carta, y esta vez me cuidaré personalmente de ello, ¿te parece? Volveré esta tarde para darte un corto paseo por la casa. Eso, siempre y cuando Mrs. Broadfield lo apruebe —añadió, mirando hacia ella.

La enfermera no contestó.

Tony se fue antes de que yo pudiese decir nada más acerca del tema de mi carta. Cuando miré hacia Mrs. Broadfield, ya se había puesto su máscara de enfado.

—Debemos llevar a cabo tu terapia de las mañanas, Annie, y luego deberás descansar, o no creo que puedas dar tu paseo. Y ahora, por favor, tómate tu desayuno.

—No tengo hambre.

—Pues debes comer para conseguir fuerzas. Tu terapia es para ti lo que los entrenamientos son para un atleta, y lo mismo que ellos no podrían hacerlo bien sin alimentos energéticos, lo mismo ocurre contigo. Aunque —añadió, alzando los hombros y enderezando su postura para poner más énfasis en lo que afirmaba—, en vez de perder un partido de tenis o de fútbol americano, tú seguirás siendo una inválida.

Cogí el tenedor y comencé a comer. Gracias a Dios por Rye Whiskey, pensé, mientras masticaba y tragaba. Tenía la virtud de conseguir que los alimentos más sencillos tuviesen un sabor extra.

Mi sesión de terapia matinal comenzó igual que la recibida el día anterior, pero pasados unos minutos hubo algo diferente. Estuve segura de notar los dedos de Mrs.

Broadfield sobre mis muslos. Se produjo una sensación de agujoneo, como si me clavasen alfileres en la piel, e incluso grité.

—¿Qué pasa? —me preguntó, alzando la mirada con impaciencia.

—He sentido algo..., como picotazos...

—Es sólo tu imaginación —respondió, y comenzó de nuevo.

De nuevo sentí las picaduras.

—Siento algo... ¡Es verdad! —protesté.

Hizo una pausa y se enderezó.

—Es lo que llamamos dolor histérico. Tu estado mental es aún peor de lo que había creído. Incluso esto te sucede de nuevo.

—Pero el médico dijo...

—Ya sé lo que dijo el doctor. ¿No crees que durante todo este tiempo he trabajado con más de uno o dos médicos?

—Sí, pero...

—Intenta únicamente relajarte mientras trabajo con tus piernas y, cuando creas percibir algo, domínate un poco.

—Pero...

Empezó otra vez. El dolor estaba allí pero, simplemente, hice una mueca y reprimí mis gemidos. El esfuerzo me agotó, por lo que eché un sueñecito antes del almuerzo. Mrs. Broadfield me trajo luego la comida y me contó que Tony había telefoneado y que regresaría poco después para llevarme a dar un pequeño paseo por las habitaciones. Pensé lo divertido que resultaba el que algo tan sencillo tuviese que anhelarlo por adelantado, lo mismo que habría previsto con anticipación una fecha especial, una fiesta o un baile. Ahora mismo, el que me sacasen con la silla de ruedas de esta habitación resultaba tan excitante como un viaje a través del país. ¡Cómo había cambiado mi vida! ¡Cuántas cosas tenía que dar por supuestas!

Uno de los que cuidaban la finca vino a instalar para mí un televisor. Tenía mando a distancia y pude manejarlo desde la cama. Se trataba de un hombre fornido con un rostro que se parecía al cuero viejo y seco. Horas y horas de trabajar bajo el sol le habían agrietado la piel y llenado de arrugas la frente, e incluso también el mentón. Dijo que se llamaba Parson.

—¿Hace mucho tiempo que trabajas aquí, Parson?

—Oh, no, sólo poco más de una semana.

—¿Y te gusta esto?

Al principio, pensé que no había oído mi pregunta; luego me percaté que estaba pensando cómo debía responderme.

—Supongo que tendrás muchas cosas que hacer —añadí, para alentarle a responder.

Hizo una pausa mientras trabajaba conectando los cables del televisor y miró hacia mí.

—Sí, hay mucho trabajo, pero cada vez que empiezo a hacer algo Mr. Tatterton

cambia de idea y me ordena otra cosa.

—¿Que cambia de idea?

Parson meneó la cabeza.

—Sí, bueno... Me contrataron para reparar la piscina, por lo que comencé a mezclar el cemento, pero, en cuanto hube empezado, Mr. Tatterton se presentó y me preguntó qué estaba haciendo. Se lo dije y él miró hacia la piscina y luego hacia mí, como si yo estuviese loco. Luego afirmó que su padre le había contado que nunca reparase algo, «a menos que estuviese roto». No supe qué contestar. «Los setos necesitan un podado a lo largo de los pasadizos del laberinto», me dijo, y me ordenó que me dedicase a realizar aquello. Mientras tanto, el cemento que había mezclado se puso duro y se echó a perder.

»Pero paga bien... —dijo.

Parson se encogió de hombros y se dedicó de nuevo al televisor.

—¿Pero, qué pasa con la piscina? —insistí.

—No lo he preguntado. Sólo hago lo que me dicen. Ahora funcionará muy bien.

Manipuló en el televisor con los canales y los controles.

—¿Lo dejo encendido?

—Ahora no, gracias, Parson.

—No hay ningún problema.

—Parson, ¿qué impresión da el laberinto?

—¿Impresión?

Se encogió de nuevo de hombros.

—Apacible, supongo. Cuando te adentras en él, claro. Entonces ya no oyes nada ni por un lado ni por otro. Y luego..., supongo que porque se halla tan silencioso, te imaginas que escuchas cosas.

Se echó a reír de sí mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Un par de veces creí oír a alguien andar por alguno de los corredores cercanos, y lancé un grito. Pero no había nadie. Ayer a última hora estuve seguro de escuchar unos pasos, así que me puse en pie y caminé por una senda y luego por otra y otra. Y ¿qué le parece que sucedió, señora?

—¿Qué?

—Que me perdí, eso fue lo que pasó.

Se rió de nuevo con más fuerza.

—Me costó más de media hora regresar adonde había estado trabajando.

—¿Y qué me dices de los pasos?

—A partir de entonces ya no los escuché más. Bueno, supongo que he de irme.

—Muchas gracias —le dije.

En cuanto se fue, miré por la ventana. El cielo estaba tan azul como los ojos de mamá cuando se encontraba radiante y feliz. Mis ojos deberían ser ahora grises, pensé, tan apagados como una desteñida blusa vieja. Pero afuera el mundo brillaba

con vida y luz; la hierba era de un verde intenso y parecía fría y fresca, los árboles se hallaban en plena floración, y las pequeñas y algodonosas nubes tenían un aspecto limpio y suave como unas almohadas recién mullidas.

Petirrojos y gorriones saltaban de rama en rama, entusiasmados ante la perspectiva de una tarde maravillosa y cálida. Me hubiera cambiado a gusto por uno de ellos, pensé, para convertirme en un simple pajarillo, pero, que al menos, podría moverse por sí mismo y disfrutar de la vida que le rodeaba.

Mamá y papá se habían ido. Luke, al parecer, estaba fuera de mi alcance, y yo me veía encerrada en aquella vieja casa, sólo con terapia, baños calientes y medicinas y doctores como única perspectiva. Por cuánto tiempo, era algo que yo no sabía ni nadie era tampoco capaz de decirme.

Alejé aquella autocompasión cuando vi que se aproximaba el Rolls-Royce de Tony. Cuando el coche se detuvo cerca del cementerio, me acerqué con la silla todo lo posible a la ventana. Le vi salir del vehículo y acercarse al monumento funerario de mis padres. Se arrodilló ante él y bajó la cabeza. Se mantuvo de aquella forma durante mucho tiempo y luego, de repente, apareció de nuevo el hombre misterioso, acechándole desde la zona boscosa. Tony no pareció oírle ni verle aproximarse.

La figura se colocó al lado de él y luego apoyó la mano en los hombros de Tony. Observé y aguardé, con el corazón empezando a latirme con fuerza, pero Tony no alzó la vista. Al cabo de unos momentos más, el hombre se apartó de él y regresó a la oscuridad de los bosques. A continuación, Tony se incorporó y regresó a su coche.

Fue como si solo yo supiera que aquel hombre había estado al lado de él. No pude esperar a que se presentase Tony y empujé yo misma la silla hasta la parte delantera de mi dormitorio, colocándome ante la puerta.

Pasaron dos horas antes de que Tony acudiese a mi cuarto. Me moría de ganas por preguntarle acerca del hombre del cementerio. Deseaba llamarle, pero pensé que mi curiosidad resultaba demasiado trivial para justificar el hacerle presentarse en seguida. «En cualquier momento se presentaría por aquí», no hacía más que decirme a mí misma, pero el reloj seguía inexorable su tictac y él no llegaba nunca. ¿Qué es lo que Roland solía decirme cuando yo estaba impaciente?: «Una olla que se mira mucho nunca acaba de hervir».

Intenté pensar en otras cosas y hojeé los libros que Tony había enviado a mi habitación. Todos eran novelas de autores de los que nunca había oído hablar. Escritos del siglo XIX, como William Dean Howells. Algunos eran descritos como «piezas de época». Otros «novelas costumbristas». Era como si Tony deseara hacerme vivir en una época ya pasada.

Por fin apareció. Inmediatamente, casi frenética de curiosidad en esta ocasión, le pregunté acerca del hombre del cementerio.

—¿Qué hombre?

La sonrisa de Tony quedó helada en su rostro, pero la calidez que había en ella desapareció momentáneamente.

—Le vi a tu lado mientras estabas en el monumento funerario de mis padres.

Se quedó allí en el umbral, parpadeando como si intentara devolver de nuevo su mirada al mundo real. Luego dejó escapar un fuerte suspiro y avanzó, mientras su sonrisa le afloraba de nuevo.

—Oh, había olvidado que puedes contemplar el cementerio familiar desde tu ventana.

Se encogió de hombros.

—Era uno de los peones de la finca. Si quieres que te diga la verdad, me encontraba tan inmerso en aquel momento en mi pesar, que no puedo recordar de quién se trataba o qué deseaba.

—¿Uno de los peones de la finca? Pero Rye Whiskey dijo...

—De todos modos —chirrió Tony, dando una palmada—, ha llegado el momento de tu primera vuelta por Farthy. Mrs. Broadfield dice que ya has aprendido a hacerlo. ¿Estás preparada?

Miré de nuevo por la ventana, observando en dirección al cementerio y a los bosques. Las nubes, largas y delgadas como dedos de bruja, tapaban el sol y arrojaban sombras sobre el túmulo donde descansaban mis padres.

—Me gustaría ir al cementerio, Tony.

—En cuanto el médico se muestre de acuerdo. Esperemos que mañana. Mientras tanto, te mostraré algo especial, algo que se encuentra más cerca.

Rodeó la silla de ruedas y agarró los mangos. ¿Por qué no me contaba la verdad acerca de aquel hombre? ¿Qué temía que pudiese perturbarme? ¿Cómo conseguir que me dijese la verdad? Tal vez Rye lo sabría. Tendría que disponerlo de forma que Tony no supiese que se lo había preguntado.

Sentí su cálido aliento sobre mi frente, y plantó un suave beso en mi cabello. La gentileza de aquella caricia me tomó un poco por sorpresa. Debió verlo reflejado en mis ojos.

—Es tan bueno, tan maravilloso el tenerte aquí y poder hacerte volver en el tiempo conmigo.

—Pero soy una inválida, Tony, una persona enferma y tullida.

No supe si me oyó.

—Conseguir esos maravillosos recuerdos, apoderarse de nuevo de la felicidad. Pocos hombres consiguen una oportunidad así, una vez que la han perdido.

Empezó a sacarme con la silla fuera de la habitación.

—¿Adónde vamos?

—Lo primero que deseo que veas es la serie de habitaciones que preparé para tus padres cuando vinieron a Farthy para su recepción nupcial. Eran encantadoras, como correspondía a unos recién casados.

A menudo había tratado de imaginarme a papá y a mamá como personas jóvenes, empezando a descubrir el uno al otro. Sabía que se habían conocido cuando papá se trasladó a Winnerrow. Mamá me explicó que se enamoraron desde el momento en

que se encontraron sus ojos.

Pero ella nunca me describió sus buenos recuerdos en Farthy. Estaba segura de que debía de haber alguno. Por lo tanto, escuché con atención mientras Tony seguía parlotando, describiendo cómo se reían y abrazaban, cuán sorprendido estaba mi padre al ver Farthinggale y cuánto había disfrutado Tony enseñandoselo todo.

—La primera vez que fijé los ojos en tu madre, no pude acabar de darme cuenta de lo mucho que se parecía a su propia madre —añadió, mientras salíamos de las habitaciones y avanzábamos por el largo pasillo—. Exactamente lo mismo que tú, querida. A veces, cuando cierro los ojos y te oigo hablar, creo que he vuelto atrás en el tiempo y que estoy escuchando a Heaven, y cuando abro los ojos existe un momento en que no estoy seguro de que así sea. ¿Han sido, simplemente, una pesadilla todos los años transcurridos desde que se fue? ¿Podré volver a aquellos tiempos más felices?

»Si quieres algo lo suficiente, y ruegas por ello lo bastante, ¿no puede suceder?

»Todas vosotras pasáis a veces por mi mente..., como si no fueseis tres sino una sola mujer, Leigh, Heaven y ahora tú, tan parecidas en la voz, en la forma de ser, en vuestro aspecto. Sois como hermanas, trillizas, en vez de madres e hijas —concluyó en una voz baja y esperanzada.

No me gustaba la forma en que nos había unido. Era como si yo no fuese un individuo, mi propia persona, con mis pensamientos y sensaciones particulares. Como es natural, deseaba ser como mamá, incluso parecerme a ella, pero deseaba también ser yo misma, ser Annie y no Leigh; Annie, la hija de Heaven y no un ser clónico. ¿Por qué Tony se mostraba tan reacio a aceptar esto? ¿No sabía lo importante que resultaba para cualquiera el sentirse una persona individual? ¿Qué le parecería si la gente le llamase «sólo otro Tatterton, igual que todos los demás»? Me propuse suscitar más tarde este tópico. No quería ser la única a la que se le enseñasen nuevas cosas.

Dirigí de nuevo la atención al recorrido por la casa. No me había fijado gran cosa en la parte de la vivienda del piso de arriba la primera vez que pasé por aquí para ir a mi habitación; pero ahora vi lo desgastada y raída que estaba la alfombra del pasillo. Muchas de las lámparas que colgaban del techo tenían bombillas fundidas y también colgaban telarañas de las instalaciones. Las cortinas que colgaban de las pocas ventanas que había, estaban corridas, por lo que el pasillo resultaba oscuro, especialmente la sección a la que Tony me estaba conduciendo.

—Toda esta parte de la casa ha permanecido sin tocar durante muchos años. Originariamente, las habitaciones eran las de mis bisabuelos, pero, en honor de tus padres, las hice redecorar y amueblar de nuevo. Conocía los gustos de tu madre y lo tuve todo dispuesto cuando ella llegó. Deberías haber visto la sorpresa que reveló su rostro cuando le abrí esas dobles puertas.

Se echó a reír, pero se trató de una risa delgada, extraña, la risa de alguien que se ríe de cosas que nadie puede compartir, la carcajada de alguien encerrado en su

propio y muy privado mundo. Cuando me incliné hacia atrás y volví la cabeza para contemplarle, vi que tenía la mirada perdida en sus propios recuerdos.

¿Podía ver lo desgastado y devorado por el tiempo que estaba aquel pasillo? ¿No percibía el olor a humedad?

—Ya nadie atraviesa estos corredores. No permito a nadie entrar en estas habitaciones —añadió, como si me hubiese leído la mente y supiese que me preguntaba el porqué no había mandado a las criadas a limpiar el polvo y a encerar.

Después de cruzar el área que, según dijo, había sido preservada, avanzamos hacia unos recintos aún más oscuros. Grandes telarañas mezcladas con polvo colgaban entre los techos del pasillo y las paredes. Me pregunté si ni siquiera él habría vuelto allí. Se detuvo delante de las dos grandes puertas dobles de madera de nogal americano. A cada lado se veían grandes manchas de humedad, y algunas de estas manchas parecían recientes.

Tony sacó un llavero del bolsillo de su chaqueta. Cuando abrió las puertas y se volvió hacia mí, su rostro adoptó un brillo extraño y sus ojos reflejaron emoción. Aquél debía haber sido su aspecto el día en que mostró la *suite* a mis padres, pensé. ¿Eran sus recuerdos tan vividos como para haberse abandonado a aquel tiempo y comportarse como si todo estuviese sucediendo hoy por primera vez?

—Las habitaciones de Mr. y Mrs. Logan Stonewall —anunció, como si estuviesen vivos y de pie a mi lado.

Abrió del todo las puertas, que gimieron sobre sus goznes, musitando advertencias. Incapaz de aguardar a que diese la vuelta y se colocase de nuevo detrás de mí para empujarme, sujeté con fuerza las ruedas yo misma lanzando la silla hacia adelante. Entonces, ante mi profundo asombro y total sorpresa, aparecieron unas habitaciones impecablemente cuidadas: limpias, enceradas, sin polvo, brillando tras las ruinosas dobles puertas en aquella, al parecer, desierta sección de la casona. Era como si, realmente, hubiésemos traspasado alguna invisible barrera del tiempo y hubiésemos entrado en el pasado.

Tony se rió de nuevo, esta vez ante la expresión reflejada en mi rostro.

—Es hermoso, ¿verdad?

Por todas partes vi el color favorito de mi madre: el rojo vino. Los muebles de la Provenza francesa estaban tapizados con tejido de aquel color, colores que también se reflejaban en la gran alfombra persa. Las paredes estaban forradas con un papel de diseño floreado, que también contenía los rojos y los blancos del tapizado y de la alfombra. Por encima de los dos grandes ventanales había antiguas cortinas de seda, detrás de las cuales aparecían unos visillos transparentes. ¡Y todo parecía totalmente nuevo!

Tony confirmó mis pensamientos.

—Todo ha sido reemplazado y restaurado fielmente. Éste es el aspecto que tenía la salita de estar el día en que tu madre y tu padre entraron aquí por primera vez.

—¿Que todo es nuevo? —inquirí, pasmada.

Él asintió.

—Pero..., ¿por... qué...?

—¿Por qué? ¿Por qué?

Miró a su alrededor como si la respuesta fuese obvia.

—¿Por qué? Pues porque algún día tal vez tú y tu marido vengáis a vivir aquí. Además —se apresuró a añadir—, me hace sentir mejor el que las cosas vuelvan a ser como eran cuando todos vivíamos más felices. Y como puedo permitirlo, ¿por qué no hacerlo? Ya te dije que conseguiría que Farthinggale Manor recuperase el aspecto de sus días más gloriosos.

Meneé la cabeza. Alguien diría que ésta era la forma en que un hombre anciano y muy rico se mimaba a sí mismo. Pero, ¿por qué resucitar unos recuerdos tan penosos? Mamá se había negado a tener algo que ver con él durante los últimos años, y durante todos esos años él había conservado sus recuerdos de ella y papá, negándose a permitir que el tiempo los hiciese desaparecer. ¿Por qué?

—Me temo que aún no lo comprendo, Tony. ¿Por qué era tan importante conservarlo... como era? —proseguí.

Su rostro se endureció.

—Ya te lo he dicho. Tengo los medios para hacerlo.

—Pero tienes los medios para hacer muchas cosas, cosas nuevas... ¿Por qué darle vueltas al pasado?

—El pasado es más importante para mí que el futuro —replicó, casi mordiéndome—. Cuando tengas mi edad, apreciarás lo preciosos que son los buenos recuerdos.

—Pero tras la separación que hubo entre mamá y tú, pensaba que todo esto sería penoso para ti. Se fue de tu vida; ella...

—¡No!

Pareció furioso.

—No —repitió, más calmado.

Luego sonrió.

—Debes comprender que, al hacer todo esto —y extendió los brazos— he conservado a Heaven tal y como fue para mí... siempre. He engañado al destino.

Se rió, con una risa lúgubre y tenue.

—Éste, querida mía, es el poder de una gran fortuna.

Me lo quedé mirando. Él hizo lo mismo y borró la expresión salvaje que había en su rostro.

—Ahora, ven a ver el dormitorio. Contempla todo lo que he hecho aquí.

Tony avanzó y abrió las puertas del dormitorio. Con precaución y desgana, me impulsé con la silla más allá de la entrada y miré hacia el interior. Incluso aquella gran cama de matrimonio parecía como perdida en esta enorme habitación, cuyos suelos estaban cubiertos con una alfombra beige tan suave y gruesa, que tuve problemas para hacer pasar por encima de ella la silla de ruedas. Era algo parecido a

hacerlo a través de un barrizal. Resultaba obvio que también se trataba de una alfombra flamante.

Toda la ropa de cama era nueva. La colcha hacía juego con el dosel de color melocotón, y también con unos almohadones de color ocre. Encendí la luz y miré el tocador de mármol blanco, que se encontraba en medio de un antepecho también de mármol que recorría casi toda la extensión del cuarto. Bajo ese mostrador había cajones enmarcados en madera, con el mismo tono que las piezas de mármol. Y por encima había una pared de espejo, cuyos rebordes tenían adornos dorados.

Algo que vi encima del tocador captó mi atención, y me acerqué con la silla. Se trataba de un cepillo para el cabello, en el que aún se veían enganchadas algunas hebras de pelo de color rubio plateado. Cogí el cepillo en la mano y lo estudié.

—Era de Heaven —susurró Tony—. Cuando su cabello era igual que el de Leigh. Se lo había coloreado así, como si Leigh hubiese vuelto a través de ella, ¿no lo ves? —me preguntó con unos ojos muy grandes, salvajes y brillantes.

El corazón me empezó a latir con fuerza.

—El cabello es..., son pelos de Leigh. No se trata del cabello teñido de Heaven. Leigh había regresado. Yo...

Captó la expresión de asombro que había en mi rostro y se encogió de hombros, tomándome el cepillo de las manos y pasando con cuidado la punta de su dedo por las hebras de cabello.

—Tenía un aspecto tan hermoso con aquel cabello; aquel color resultaba de lo más adecuado para ella —dijo Tony.

—Me gustaba más con el pelo oscuro —declaré, pero él no pareció escucharme.

Se quedó mirando el cepillo del cabello durante un rato más, y luego lo dejó encima de la mesa como si formase parte de alguna valiosa colección de museo. En cuanto alcé la mirada por encima del mostrador y del tocador localicé algunos objetos personales: horquillas, pasadores, peines, incluso pañuelos de papel arrugados, amarillos ya del tiempo. Algunas de las cosas que vi eran de lo más personal.

¿Por qué querría mi madre dejar todas esas cosas aquí?

Me volví hacia él al no responderme de inmediato y vi que me estaba mirando, con su boca curvada en una media sonrisa.

—Tony...

Él siguió mirándome.

—Tony, ¿qué ocurre?

Di vuelta a la silla para tenerle frente a frente. Aquello le hizo salir de su ensimismamiento.

—Oh, lo siento. Al verte sentada ahí en tu silla... Vi a Heaven sentada ante su tocador, vestida con su camisón, cepillándose el cabello momentos antes de irse a dormir.

«¡Qué raro! —pensé—. ¿Por qué se imaginaba a sí mismo en el cuarto de mamá observándola prepararse para meterse en la cama?» Esta situación era más propia de

un marido con su mujer que de un abuelastro con su nietastra. Hablaba de mamá como si fuese Jillian, la esposa que había perdido. Resultaba tétrico. Tal vez se estuviese volviendo loco y yo hubiese tenido la mala suerte de encontrarme aquí, precisamente cuando todo estaba comenzando.

—¿La mirabas mientras se preparaba para meterse en la cama? —No pude dejar de preguntarle.

—Oh, no. Me presentaba por aquí y llamaba a la puerta y, mientras permanecía en el umbral, ella respondía a mis preguntas o conversaba mientras continuaba cepillándose el pelo —se apresuró a contestar; con demasiada rapidez, pensé.

Tenía el tono propio de un hombre culpable de algo.

—Oh... Pero, Tony..., ¿por qué mi madre dejó tantas cosas cuando se fue de Farthy?

Aquella tabla de mármol estaba aún ocupada con sus polveras, sus frasquitos de perfume y de agua de Colonia, y sus pulverizadores.

—Lo tenía casi todo por duplicado, por lo que no tuvo que empaquetar demasiadas cosas cuando se fue a Winnerrow —replicó, también con tal rapidez que me hizo preguntarme si me estaba diciendo la verdad.

—Parece más bien como si hubiera salido huyendo de aquí, Tony —repuse, pensando que aquello le daría a entender que yo no aceptaba su explicación.

Acerqué aún más a él la silla de ruedas.

—¿Por qué se fue tan de improviso, Tony? ¿No podrías contármelo ahora?

—Pero, Annie, por favor...

—No, Tony, debo decirte cuánto aprecio lo que has hecho por mí y por Drake, pero no deja de preocuparme saber cómo estaban las cosas entre tú y mi madre. A veces, siento que hay algo que se me está ocultando, cosas malas, cosas que me harían alejarme asustada.

—Pero no debes jamás creer que...

—No sé cuánto tiempo podré permanecer aquí sin conocer la verdad, por horrible o penosa que pueda ser la verdad —insistí.

Su dura y penetrante mirada siguió posada en mí, mientras se hundía en profundas consideraciones. Sus ojos parpadearon cuando tomó una rápida decisión, y luego asintió.

—Muy bien. Tal vez tengas razón; quizá haya llegado el momento. Hoy ya pareces muchísimo más fuerte, y yo me siento muy mal a causa de los tristes acontecimientos entre tu madre y yo. Asimismo, tampoco quiero que exista un muro de secretos entre tú y yo, Annie. Haré lo que sea con tal de evitarlo.

—En este caso, cuéntamelo todo.

—Lo haré.

Cogió la sillita de enfrente del tocador y se sentó delante de mí. Durante lo que pareció una eternidad, permaneció allí sentado con sus elegantes y bien manicuradas manos colocadas debajo de su mentón, sin decir nada. Luego, bajó las manos y miró

en torno a la habitación.

—Éste es el lugar exacto para confesarlo..., en sus habitaciones.

Bajó la mirada y luego la dirigió hacia mí, con unos ojos tan tristes como los de un cachorrillo sin mamá, un cachorrillo que anhelase amor y calor humano.

Suspiré hondo y aguardé a que comenzase.

La confesión de Tony

—Annie —comenzó, con unos ojos que parecían dos mármoles de hielo azul—, no te voy a pedir que me disculpes o perdones por lo que hice. Todo cuanto te pido es que intentes comprender por qué lo hice y lo mal que me sentí después por lo sucedido, especialmente después de que Heaven lo averiguara y me odiase por ello.

Hizo una pausa, aguardando a que le replicase, pero yo no dije nada. Tal vez confiase en recibir algunos alientos antes de comenzar, pero todo lo que pude pensar fue que estaba a punto de escuchar algo tan terrible, que, inmediatamente, solicitaría —no, exigiría— que me sacasen de Farthinggale Manor.

Me percaté de que Tony tenía razón en una cosa: éste era un lugar perfecto para mí para escuchar su relato. Algunas de las prendas de mi madre aún colgaban de los armarios y, por el aspecto que presentaban, no tenía la menor duda de que Tony las había mandado limpiar y planchar, formando todo aquello parte de su obsesión de mantener vivo el pasado, de conservar sus recuerdos, sus recuerdos felices. Estaba segura de oler el familiar aroma de jazmín y, aunque sabía que sólo me lo imaginaba, creí incluso oír el tintineo de una melodía de Chopin tocada en una caja de música.

—Annie, no te puedes imaginar lo que supuso para mí la muerte de mi hermano. Confié siempre en que él llegaría a vencer su fatalismo y depresión y encontraría a alguien a quien amar. Se casaría y tendría hijos. Unos pequeños Tatterton reirían y correrían de nuevo por estos grandes vestíbulos. Habría herederos y la línea familiar seguiría adelante más y más.

—¿Por qué tú y Jillian no tuvisteis hijos propios, Tony?

La pregunta parecía natural y obvia, pero, por la reacción de sus ojos, y por la forma en que se oprimían sus labios, pude observar que le produjo una gran angustia mental. Movi6 la cabeza con lentitud.

—Jillian ya no era una mujer joven cuando me casé con ella, y era una mujer muy coqueta que creía que, tras haber tenido a Leigh, había perdido parte de su hermosura. Siempre decía que debía esforzarse mucho para volver a tener su buen tipo. En resumen, Jillian no deseaba tener otro hijo. Naturalmente, se lo rogué. Le imploré que considerase la herencia de los Tatterton y mi deseo de tener un heredero.

—¿Y cuál fue su respuesta?

—Jillian era como una niña, Annie. No podía ni siquiera concebir su propia muerte; ni siquiera se enfrentaba con el hecho de hacerse vieja. Ese problema, simplemente, no existía para ella.

»Durante los primeros tiempos, me rechazaba diciéndome que Troy sería el que tuviese herederos. Y después de morir él..., bueno, para entonces era ya demasiado tarde para Jillian.

—Pero, ¿eso qué tiene que ver con que mi madre se negase a tener nada más que ver contigo?

—Todo eso ha servido un poco de prólogo, Annie, para que comprendas los motivos de lo ocurrido. Para cuando Troy desapareció, Jillian estaba..., estaba demasiado perdida consigo misma, estaba en camino hacia el mundo de la locura en que habitaría hasta el día en que murió.

»Cuando Heaven vino aquí por primera vez, no te puedes imaginar cómo se alegró mi corazón al verla: la nieta de Jillian. Troy estaba ya para entonces sumido en su gran depresión, vivía solo y convencido de que moriría pronto. Jillian sólo se cuidaba de sí misma, de su régimen de belleza.

»Heaven era algo brillante y vivo, ansiosa por aprender y por convertirse en alguien. Como sabes, la matriculé en una carísima escuela privada, la proveía de lujosos vestidos, le aseguré que podría tener siempre lo que deseara. Cuando deseó regresar a Winnerrow y reunir de nuevo a su familia Casteel, se lo financié todo.

Se inclinó hacia mí y bajó la voz como si no deseara que ninguno de sus antepasados le oyese.

—Incluso le hubiese permitido que trajese aquí a todo el clan, mientras ella se quedase y se convirtiese en mi heredera.

»No te puedes imaginar cómo me destrozó el corazón cuando decidió regresar a Winnerrow, para ejercer de maestra de escuela. No me llegaba a creer que renunciase a todo esto para ganarse una posición de maestra en una pequeña ciudad, donde la gente no la apreciaba, ni siquiera la miraba y donde la llamaban «escoria de Casteel».

—Constituía el sueño de toda su vida el quedarse allí con los niños, de la misma forma que su maestra lo había hecho con ella —le interrumpí—. Recuerdo que estaba más orgullosa de cuanto había podido realizar como maestra.

—Sí, sí, lo sé. Y me equivoqué al minimizar todo eso. Me percaté ya demasiado tarde. De todos modos, cuando me enteré que se iba a casar con tu padre, me asaltó el pánico, pensé que la alejaría para siempre de Farthinggale. Se casaría y establecería un modesto hogar en Winnerrow y...

Tragó saliva.

—Querría reunirse con su padre Luke Casteel y enraizarse de nuevo sólidamente con aquel mundo.

»¿Puedes comprender cómo me sentí? —rogó—. Era como si todo fuese a concluir para mí... Juguetes Tatterton, Farthy, todo ello. ¿Para quién sería? Por las noches, paseaba a través de esos oscuros corredores sintiendo que me miraban desde sus retratos los enfurecidos ojos de mis antepasados. Comencé a menospreciar el eco de mis propias pisadas, odiar aquel rostro que me devolvía la mirada desde los espejos, y deseé no haber nacido jamás como un Tatterton.

»Y luego, un día, pensé: ¿No habría un medio de conseguir traer a Heaven y a su mundo a Farthy?

»Cuando supe el compromiso de Heaven con Logan, me puse en contacto con él

y discutimos su futuro. Vi que era un hombre muy brillante y perceptivo, ambicioso y ávido. Le ofrecí un cargo importante en mi empresa y le pedí que él y Heaven me permitiesen hacerles aquí una recepción nupcial.

—Lo sé. He visto las fotos. Debió ser algo maravilloso.

—Hacía mucho tiempo que no se había celebrado una fiesta así. Fue aquel día, poco antes de la fiesta, cuando les planteé a Logan y Heaven la idea de asociarse a mi empresa y construir la fábrica en Winnerrow. Tu madre consintió, y luego les mostré esta serie de habitaciones.

Se calló y miró al vacío inmerso en aquel recuerdo de victoria.

—Y ella quedó abrumada. La había doblegado. Había empleado todos mis recursos, usado todo cuanto era, todo lo que tenía, para lograr una cosa así.

—Pero, Tony..., ¿por qué te odiaba?

Bajó la mirada y dio la vuelta a las manos en su regazo, como si las inspeccionara en busca de cicatrices.

—Me odiaba por una cosa adicional que tuve que hacer para asegurar el plan.

Alzó la mirada.

—¿Y de qué se trataba, Tony?

Mi voz era muy débil y sin aliento.

—Tenía miedo de cómo pudiesen ir sus relaciones con Luke Casteel. Sabía lo mucho que le quería y cómo deseaba que él también la quisiese a ella. Después de tantos años separados, iba a perdonarle por haberla vendido a ella y a sus hermanos y hermanas; iba a invitarle, a él y a su nueva esposa Stacie, a su boda en Winnerrow. Y yo sabía que Luke acudiría. Y estaba seguro de que, una vez se encontrara con él, ya no tendría necesidad de mí, ni de mi dinero, ni de la fábrica, nada significaría ya nada. Y sentía que tenía que evitarlo.

—¿Y qué hiciste? —Me anticipé a preguntarle.

—A través de mis discusiones con Heaven, sabía que Luke había soñado siempre con poseer su propio circo. En aquella época trabajaba para un hombre llamado Winderbarron, le compré el circo a Winderbarron y se lo ofrecí a Luke por un dólar.

—¡Un dólar!

—Un dólar y una condición... Que no acudiría a la boda y que no mantendría ningún contacto con Heaven. Si lo hiciera, perdería el circo...

Le miré; aunque yo era incapaz de hablar en aquel momento, no pude evitar que los pensamientos inundasen mi mente. ¡Un dólar! Tony se había comportado igual que el diablo al comprar el alma de un hombre, tentándole con lo que había deseado y soñado tener, pero haciéndole también entregar las cosas que hubieran sido más preciosas para él. Me sentí mal, disgustada, tan débil como si acabara de enterarme de que mi propio padre me había vendido por un circo, y sólo por un dólar...

El silencio entre nosotros pareció eterno. ¡Cómo deseé el poder levantarme y salir corriendo de aquella habitación, huir de aquellas terribles revelaciones! ¿Qué clase de hombre era Luke Casteel? «Que su nieto Luke no haya heredado esos rasgos»,

imploré. Mi querido Luke no era así. Le conocía y le amaba.

—¿Y Luke se mostró de acuerdo? —pregunté al fin, conociendo ya muy bien de antemano la respuesta.

—Sí y cumplió ese acuerdo hasta el día en que él y su esposa fueron asesinados. Fue sólo entonces cuando..., cuando Heaven averiguó lo que yo había hecho. Traté de explicárselo, exactamente como te lo estoy explicando a ti. Le rogué que me perdonase, pero se mostró tan enfurecida que se fue inmediatamente de Farthinggale y jamás regresó.

Bajó la cabeza.

—Me dejó convertido en un hombre destrozado y corroído por la culpa, errando solo por esta enorme casa y reflexionando acerca de mis egoístas actos. Tras lo que pensé que sería un tiempo suficiente para que hubiesen cicatrizado las heridas, intenté conseguir que Heaven hablase conmigo, que respondiese a mis llamadas y cartas, pero ella no quiso tener nada que ver conmigo y no pude hacer nada para remediarlo.

»Me retiré a las sombras y he estado allí desde entonces.

Humilló de nuevo la mirada, pero la levantó en seguida.

—Pero lo que me mantuvo vivo fue saber de ti y de la vida de Heaven y Logan en Winnerrow. Mi gente me aportaba informes acerca de tus progresos, de cómo te habías desarrollado hasta ser esa preciosa joven dama en que te has convertido, así como de los éxitos de la Factoría de juguetes Willies y de la maravillosa vida de Heaven y Logan en Winnerrow, donde llegaron a ser tan respetados y envidiados. Yo..., yo no podía dejar de suspirar por verte, de saber cosas acerca de ti...

»Numerosas veces acaricié la idea de, simplemente, aparecer por allí, arriesgarme a que me echasen de la casa. Incluso planeé ir a Winnerrow disfrazado y observarte desde cerca —prosiguió, hablando de una forma que me hizo preguntarme si realmente habría hecho una cosa así—. No puedes imaginarte lo mucho que significó para mí, durante aquellos secos y solitarios años, el vivir contigo y Heaven, incluso por delegación, a través de relatos —añadió.

Vi lágrimas en sus ojos y me percaté de lo profundamente sincero que era. Había estado aguardando todos aquellos años a que mamá o yo apareciésemos por Farthinggale. ¡Cuánto lo había anhelado! Me fue imposible no sentir piedad por él a causa de sus desesperados deseos.

—Oh, Annie, no creas ni por un momento que no lo hubiera dado todo por retroceder en el tiempo y cambiar lo que había hecho, pero no me era posible. Por favor..., por favor, no me odies por ello. Dame la oportunidad de enmendar mi equivocación ayudándote, consiguiendo que vuelvas a estar de nuevo entera, bien y feliz...

Cogió mis manos entre las suyas, con sus ojos pidiéndome, rogándome, implorándome que lo aceptara. Aparté la mirada y respiré hondo. El corazón me latía desacompañadamente, y pensé que me desmayaría de nuevo si no regresaba a la cama.

—Deseo regresar a mi cuarto, Tony. Necesito descansar y pensar.

Asintió triste y resignadamente.

—No te echo la culpa por odiarme también.

—Yo no te odio, Tony. Creo que estás arrepentido por lo que hiciste, pero también ahora comprendo por qué mi madre estaba tan triste las veces en que hablaba de su padre y por qué le alteraba tanto si hablábamos de Farthinggale y te mencionábamos. Él murió antes de tener una posibilidad de reconciliarse con ella después de tantos años de separación. A diferencia de ti, Tony, mi abuelo nunca tuvo una oportunidad de pedir que le perdonaran.

—Lo sé y ese conocimiento me acompañará hasta los infiernos.

Se enjugó una lágrima de la mejilla.

«Perdóname, mamá —pensé—, pero en este momento no puedo dejar de sentirme triste también por él.»

—Permíteme descansar un poco, Tony. Drake llegará esta tarde para que le entregue la lista de cosas que deseo de Winnerrow, ¿no es verdad?

—Sí.

Se levantó y dio la vuelta a mi silla de ruedas. Escuché cómo respiraba hondo y suspiraba. Luego comenzó a sacarme de las habitaciones renovadas, del pasado, de nuevo de regreso al presente.

Tony envió a Mrs. Broadfield inmediatamente después de dejarme en mi cuarto y ella me ayudó a meterme en la cama.

—Volveré luego —me dijo, una vez estuve acomodada— y comenzaremos tu terapia.

—Hoy no quiero hacer terapia —reliqué.

—Claro que la harás. No puedes saltarte ni un día. Tenemos que desarrollar un ritmo que tu cuerpo aprenderá y del que después dependerá —me explicó—. Ahora descansa unos momentos y volveré para nuestros ejercicios. Hay que masajearte las piernas, para que la sangre circule por tus músculos. No querrás que las piernas se te pudran y se te caigan, ¿verdad? —me preguntó, sonriendo de nuevo, esta vez como una malvada bruja.

Giró sobre sí misma y salió antes de que pudiese responder, pero aquella grotesca imagen siguió fija en mí.

Cuando regresó, fui como masilla en sus manos. Durante todo el tiempo que estuve esperándola, pensé acerca del descubrimiento de mi madre, de cómo supo que Tony sobornó a su padre para que no acudiese a su boda y se mantuviese luego alejado de ella. Recordé cómo sus ojos se volvían tristes y distantes si hablaba acerca de Luke. ¡Qué triste resultaba que le hubieran negado la oportunidad de tener una conversación más con él, para poder perdonarse el uno al otro!

Sin embargo, aquella falta no era sólo de Tony, pensé. Luke había convenido en las condiciones. Se había mostrado bien dispuesto a rechazar a mi madre para poseer su precioso circo. Cuando mi madre descubrió la verdad, debió ocurrírsele también

aquel hecho, con lo cual todo le resultó mucho más penoso de soportar. Ahora comprendí por qué se ponía furiosa con aquel tema. Puesto que Luke ya no vivía, había volcado toda aquella furia sólo sobre Tony.

Sin embargo, cuando imaginé a Tony de la manera en que él se había descrito a sí mismo —solo en aquella casona, lamentado lo que había hecho e incapaz de conseguir el perdón de mi madre—, no pude dejar de tener también piedad de él. Tal vez si mi madre le hubiese visto ahora, se habría ablandado. También era compasiva y amable como persona, y ello le impediría volverle la espalda a un alma tan atormentada.

No, decidí, no solicitaría que me sacasen de Farthinggale Manor. Estaba proporcionando a Tony una manera de superar su sentimiento de culpa. Dejarle, sería como castigarle aún más, tal vez incluso impulsarle a la misma clase de elección fatídica que había adoptado su hermano Troy.

Todos aquellos pensamientos corrieron por mi mente mientras Mrs. Broadfield friccionaba mis muslos y masajeaba mis pantorrillas. Volvieron de nuevo las sensaciones de agujoneo, incluso con mayor intensidad, pero no se lo confesé. Pensé que debería aguardar a ver al doctor.

Me alzó y me volvió de un lado y del otro. Al mirar hacia abajo, veía sus fuertes manos apretar y frotar mi carne hasta que la pálida piel se volvía de color carmesí y, cuando sus dedos alcanzaron mis nalgas, después de depositarme sobre el estómago, las sentí..., aunque no como algo acompañado de dolor. Simplemente, las sentí.

La presión resultaba sólo fastidiosa.

—Siento sus dedos, aunque sin dolor, Mrs. Broadfield.

—¿De veras?

Y continuó presionando, cada vez con mayor fuerza.

—Sí, ¿no es eso importante?

—Pudiera ser. Lo pondré en mi informe.

Y siguió y siguió frotando.

—¿No es ya suficiente? —le pregunté al fin.

Retrocedió como si la hubiese abofeteado, e inmediatamente me colocó mi camisón, que me cubría hasta el principio de los tobillos. Su cara estaba enrojecida del esfuerzo que había ejercitado y sus ojos eran tan pequeños como los de un roedor. Exactamente en aquel momento oímos voces en el pasillo.

Drake y Tony se aproximaban. Me apresuré a taparme y a tumbarme para recibirles. Drake sonrió cuando fijó sus ojos en mí. Tony se hubiera percatado de que algo me preocupaba, pensé. Drake pasó por alto toda clase de pistas.

—Hola, Annie.

Me besó en la mejilla. Tony se quedó atrás, a los pies de mi cama.

—He venido a por tu lista. ¿Debo contratar un camión?

Se echó a reír y se volvió hacia Tony, que volvía a estar impecable como de costumbre.

—No quiero demasiadas cosas, Drake. No voy a permanecer aquí para siempre —dije.

Vi que Tony hacía una mueca, pero Drake asintió enfáticamente.

—Naturalmente... Buenos pensamientos, pensamientos positivos.

—Estaré abajo —dijo de repente Tony—. Así tendréis una visita más tranquila.

—No me quedaré mucho rato —respondió Drake—. Tengo que hacer algunas cosas.

—Aquí está la lista, Drake —dije, mientras la sacaba de debajo de una de mis almohadas.

La había guardado allí porque, de vez en cuando, se me ocurría alguna cosa más, y no deseaba tener que molestar a Mrs. Broadfield con interminables peticiones de lápiz y papel.

—Mrs. Avery te ayudará a encontrarlo todo —le dije.

Él asintió, mientras estudiaba la lista.

—¿Dos brazaletes de la buena suerte? ¿Éstas son todas las joyas que quieres?

—No creo que vaya a usar nada más, Drake. ¿Adónde crees que voy a ir?

—Oh, a lo mejor llega el momento en que tengas que vestirme para algo. No lo sé. Cualquier cosa. Si veo algo que me parezca que podrías desear, lo cogeré también —me explicó, doblando el papel e introduciéndolo en el bolsillo interior de la chaqueta de su traje.

Finalmente, percibió la expresión preocupada de mis ojos.

—Algo no va bien, ¿verdad, Annie?

—Oh, Drake...

Y me puse a llorar.

—Annie, oh, Annie...

Se sentó en el borde de la cama y me abrazó lo mejor que pudo.

—¿De qué se trata? ¿Has averiguado algo acerca de Luke?

—¿Luke?

Se me puso un nudo en la garganta.

—¿Qué pasa con Luke? Drake..., dímelo.

Mi corazón empezó también a retumbar.

—Pues te lo iba a contar, para que no te preocuparas por no haberte llamado o no haberse puesto en contacto contigo, pero...

—¿Qué?

Ahora era en el estómago donde se me había puesto un nudo de terror.

—Cálmate, Annie. No le ha sucedido nada. Ayer, después de verte, pensé que iría a Harvard para ver qué estaba haciendo. Me costó bastante localizarle. Lo encontré en el salón del dormitorio..., flirteando con una alumna.

Apartó los ojos para que no pudiese leer el resto de sus pensamientos.

—¿Qué quieres decir con eso, Drake? No lo comprendo...

No pude luchar con la debilidad que se había apoderado de mí. Me resultaba

difícil hablar, pero no quería que Drake viese lo duro que aquello resultaba para mí.

—Ha encontrado a una novia, me parece que bastante de prisa, y estaba muy atareado con ella.

—¿Una novia? ¿Pero no preguntó por mí? —inquirí, esperanzada.

Casi era como una plegaria.

—Oh, sí, y luego prometió que hoy llamaría a Tony. He preguntado por él mientras subíamos por las escaleras camino de aquí, pero... Luke aún no ha telefoneado. Supongo que lo hará después. Por un momento —añadió, mirando hacia el umbral de la puerta—, creí que Tony mandaría a alguien a Harvard para localizar a Luke por ti, y que alguien habría conseguido la misma información, que Luke te habría hecho llegar.

—No...

Me di la vuelta. Mi corazón parecía un trozo de cemento. ¿Luke distraído con una nueva chica, olvidado por completo de mí? Había perdido a papá y a mamá y ahora..., ¿ahora también a punto de perder a Luke? No podía suceder algo así, era imposible que resultara cierto. «Si Luke estaba distraído, sería únicamente porque yo estaba enferma y lejos de él», pensé. Una vez me recuperara, y tuviera de nuevo todas mis fuerzas, y regresase, perdería el interés por aquella compañera. Nadie a quien pudiese conocer podría compartir con él las cosas de la manera en que yo lo hacía. En cuanto yo entrara andando en una habitación y volviera de nuevo a poner los ojos en mí, nuestras vidas serían de nuevo igual que antes. Recé porque así fuese. Estaba decidida a que fuese de esta manera.

—Sé lo que estás pensando, Annie, pero no comprendes lo excitante que puede ser para una persona como Luke, que ha estado toda su vida enclaustrado en una ciudad provinciana, encontrarse de repente en un lugar como Harvard y conocer a unas personas diferentes y mucho más sofisticadas. Perdió su equilibrio habitual, como le pasaría a cualquiera. No puedes echarle la culpa por ello —terminó Drake.

Asentí.

—Lo sé. Pero..., le echo de menos...

No podía contarle a Drake cuánto sentía aquello, y tampoco deseaba que lo averiguase en mis ojos.

—Pues si no llama o aparece pronto le traeré yo mismo a rastras.

—Oh, no, Drake. Debe venir por su propia voluntad, porque lo desee, no porque tenga que hacerlo. No puede considerarlo como una especie de obligación.

Pensé que aquélla sería la cosa más terrible de todas. Me sentiría como una carga para él, en vez de alguien a quien amase y con quien deseara estar.

—Naturalmente. Lo siento —dijo Drake.

Y apartó la mirada.

—Pobre Drake. No quería gritarte de esa forma. Lo siento.

Al parecer, ahora Drake era todo cuanto me quedaba de mi familia..., Drake y Tony Tatterton.

—Oh, está bien, no pasa nada. Pero dime una cosa, Annie. ¿Por qué parecías tan trastornada antes, si no se trataba de Luke?

—Ayúdame a sentarme, Drake —le pedí.

Me trajo mi asiento de almohadones y lo colocó bien para que pudiese estar cómoda. Luego se sentó de nuevo a mi lado en el reborde de la cama.

—Drake, he forzado a Tony a que me contara por qué se habían separado él y mamá.

Drake asintió, con ojos inmóviles y una leve sonrisa en los labios.

—Sé que lo harías..., de alguna manera. No puedes soportarlo, Annie. Te pareces mucho a tu madre. ¿Y bien? ¿Qué terrible esqueleto has conseguido sacar de los armarios de Farthy?

Se lo conté todo, tratando de ser justa con Tony, al explicar sus razones tal y como me las había explicado a mí. El rostro de Drake se fue poniendo cada vez más gris. En torno de sus ojos se fueron depositando unas sombras, profundas y oscuras. Cuando hube finalizado, apartó la vista y permaneció silencioso durante un largo rato.

—Como es natural —empezó—, no recuerdo muy bien a mi padre. Sólo tenía cinco años cuando le asesinaron a él junto con mi madre, pero sí recuerdo que tenía un maravilloso juguete de coche de bomberos, uno de Juguetes Tatterton, que Heaven me había regalado, y cada vez que mi padre me veía jugando con él siempre se ponía triste.

»—¿Sabes quién te ha regalado esto? —me preguntaba.

»—Heaven —respondía yo.

Naturalmente, había olvidado quién era o qué aspecto tenía, pero el nombre me quedó grabado porque él siempre me respondía: «Sí, Heaven, tu hermana». Y luego sonreía. No hay la menor duda respecto de que Tony hizo una cosa terrible, pero tienes razón al señalar que a mi padre corresponde la mitad de la culpa por sacrificar a su hija para poder poseer su circo propio. Creo que el tiempo ha ayudado a perdonar a Tony, Annie. Yo amaba a Heaven casi tanto como tú, pero no creo que nos odiase por esto.

Unas cálidas lágrimas rodaron por mis mejillas. Todo cuanto pude hacer fue asentir. Él enjugó mis lágrimas y me abrazó.

—Y ahora —prosiguió, poniéndose inmediatamente en pie—, será mejor que me vaya. Estaré de vuelta a última hora de mañana. Haré que te lo traigan todo directamente a ti.

—Por favor, dale mis recuerdos a Mrs. Avery, a Roland y a Gerald. Y, Drake..., prométeme que no tendrás ninguna discusión con tía Fanny. Prométemelo, Drake.

—Muy bien. Te lo prometo. Fingiré que no está allí, si es que está...

—Y dile que por mi parte sería estupendo que realizase una visita a Farthy.

—Claro que sí...

Hizo una mueca de burla.

—Y tampoco le digas nada desagradable a Luke.

—A sus órdenes, mi comandante.

Y saludó en plan de mofa.

—Por favor, ten cuidado, Drake.

—Lo tendré, Annie. Aún no hemos logrado mucho más que cualquier otro.

—Oh, Drake.

Me abrazó y luego se fue. Aunque las puertas estaban abiertas, era como si las hubiera cerrado y me hubiese quedado completamente encerrada. El silencio que siguió a sus pisadas resultó pesado y opresivo. Helada, me subí hasta el cuello las mantas y me quedé mirando hacia el alto techo.

«Luke con otra chica», pensé, y aunque había tratado de dejar de lado cualquier tipo de imágenes, no me era posible hacerlo. Le veía con alguna preciosa universitaria, sentados en la cafetería, hablando. Le veía andando, cogidos de la mano, por el campus, le veía besarla y abrazarla de la forma en que siempre soñé que me abrazaría a mí.

Todo se estaba alejando, todo cuanto amaba. Todo el mundo que había conocido y amado, parecía consumirse en hogueras de dolor y tragedia. Todo, incluso mis preciosos magnolios, se calcinaba. Yo era como un pajarillo, agotado tras un prolongado vuelo, que buscase desesperadamente un lugar seguro en el que posarse. Pero todas las ramas aparecían quemadas.

Cerré los ojos y soñé con papá, con los brazos extendidos, aguardando recibirme entre ellos. Pero, cuando me abrazaba, sus brazos estaban constituidos por aire.

—¡No! ¡No! —exclamé.

Me desperté gritando. Tony se encontraba a mi lado.

—He tenido una terrible pesadilla —le expliqué, esperando que deseara que se la describiera.

—Es comprensible, Annie.

Se sentó en el borde de la cama y se inclinó para acariciarme el pelo.

—Después de todo por lo que has pasado... Pero, cuando te has despertado, estabas aquí, a salvo conmigo.

Y prosiguió, mientras continuaba acariciándome amorosamente el cabello.

—De todos modos, pronto tu mundo será más brillante y más feliz. He forjado grandes planes para ti. Existen muchas cosas maravillosas que deseo hacer, cambios que quiero llevar a cabo. Este lugar volverá a la vida y tú serás el centro de todo. Como una princesa —añadió.

Y no pude evitar el pensar en Luke y en nuestras fantasías. Este recuerdo aportó una sonrisa a mi rostro, una sonrisa que Tony dio por supuesto que se debía a él.

—Ves, ya te sientes mucho mejor. Y ahora —prosiguió, inclinándose encima de la mesilla de noche para tomar uno de mis sedantes—, Mrs. Broadfield me ha dicho que debes tomarte una de éstas.

Me tendió la píldora y me sirvió un poco de agua. Yo me la tomé obedientemente.

Una vez dejó el vaso encima de la mesilla, se inclinó para besarme en la frente.

—Limítate a cerrar de nuevo los ojos y trata de recuperar la calma hasta que se presente el sueño.

Se puso en pie.

—El dormir es una especie de medicina por sí mismo, ya lo sabes —me explicó, hablando obviamente por experiencia personal—. Ya hablaré luego contigo. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, Tony.

—Estupendo.

Observé cómo se iba. Tal vez muy poco tiempo después, o quizás ocurrió en mitad de la noche —no puedo asegurarlo porque el sedante me dejó confusa y había alterado mi conciencia del tiempo y del lugar—, pero sucedió en algún momento, pensé que abría los ojos y veía en el umbral de mi puerta una figura oscura y delgada.

Se aproximó a mi cama pero, por alguna razón yo no tenía miedo. Le sentía acariciarme con suavidad el cabello y luego inclinarse para besarme en la frente. Aquello me hizo sentirme segura y cerré los ojos. No los abrí de nuevo hasta que me despertó el sonido de la voz del doctor Malisoff.

Como mamá

—Buenos días, Annie. ¿Cómo te encuentras?

El doctor Malisoff estaba sentado en la cama y Tony se encontraba unos cuantos pasos detrás de él, con el aspecto de un padre que espera un nacimiento, balanceándose nerviosamente sobre los pies y con las manos unidas a la espalda. Mrs. Broadfield salió corriendo de la salita de estar para traerle al doctor un medidor de presión sanguínea. Yo forcejeé por enderezarme. Había dormido profundamente, pero no me sentía descansada y la parte inferior de la espalda la notaba rígida.

En realidad, me sentía agotada, deshecha, pero también deseaba que el doctor me permitiese un teléfono y recibir visitas.

—Vaya, vaya...

Me colocó alrededor del brazo la faja del medidor de presión sanguínea.

—¿Ha estado comiendo bien, Mrs. Broadfield? —preguntó sin apartar de mí sus ojos profesionales.

Parecían unos microscopios dirigidos a mi cara.

—No tan bien como hubiese deseado que comiese, doctor —replicó Mrs. Broadfield como una colegiala que se chivase de otra.

El médico adoptó una expresión de reprimenda y meneó la cabeza.

—No tengo aún demasiado apetito —ofrecí en mi defensa.

—Lo sé, pero debes conseguir fuerzas y energías para el combate... ¿Estás relajada, Annie? No pareces muy relajada.

Lancé una rápida mirada a Tony, que desvió los ojos como señal de culpabilidad.

—Lo hago lo mejor que puedo.

—No ha tenido visitantes y demás, ¿verdad? —le preguntó el doctor Malisoff a Mrs. Broadfield.

—He tratado de que estuviese tranquila —contestó, sin responder en realidad.

«¿Por qué se lo tomaba todo de una manera tan personal? —me pregunté—. ¿Temería ser despedida con tanta rapidez como Millie?»

—Comprendo...

El doctor me examinó las piernas con un pequeño instrumento dotado de luz, y luego meneó la cabeza.

—Deseo ver más progresos la próxima vez que te visite, Annie. Quiero que te concentres más en tu recuperación.

—¡Pero si ya lo hago! —protesté—. ¿Qué más puedo hacer? No tengo teléfono. Todo cuanto puedo hacer es ver la tele y leer. Sólo Tony, Drake y Rye Whiskey, el cocinero, han venido a verme.

No pude eliminar de mi voz un sonido estridente.

—Veo que te encuentras en un estado intensamente emocional —dijo el doctor en voz baja, tratando obviamente de mantenerme calmada—, pero la razón de que te trajeran a esta casa fue que gozaras de un ambiente sereno, que ayudara a tu mejoramiento.

—Pero, ¿qué he hecho que no debiera hacer?

—Es la actitud mental la que necesitamos ahora, Annie. La terapia, los medicamentos, nada de eso funcionará a menos que tú desees que funcione. Piensa en la salud, piensa en andar de nuevo, concéntrate sólo en eso y coopera con Mrs. Broadfield al cien por cien. ¿De acuerdo?

Yo dije que sí con la cabeza y él me sonrió, con su bigote de un rojizo oscuro curvado hacia arriba en los extremos. No le conté lo del dolor y la sensación que había experimentado en las piernas porque había algo muy importante que hacer antes. Quería pensar aquello por mí misma.

—Doctor...

Alcé la parte superior de mi cuerpo, apretando las manos contra la cama.

—Quiero que me lleven al lugar de la tumba de mis padres. Tengo ya las fuerzas suficientes para ir, y no me podré concentrar en querer estar mejor hasta que lo haya llevado a cabo.

No quería parecer tozuda y petulante, pero creo que así le pareció.

Me miró pensativamente durante unos instantes y luego dirigió la mirada a Tony. Observé la forma en que sus ojos se leían mutuamente y percibí una leve señal de asentimiento en la cabeza del doctor.

—Muy bien —dijo—. Un día más de descanso y luego Mr. Tatterton realizará las disposiciones necesarias, pero quiero que te traigan en seguida de vuelta aquí y te den un sedante —añadió, tras lanzar de nuevo una ojeada a Tony.

—Gracias, doctor.

—Y trata de comer. Te sorprendería saber la cantidad de energía que necesita un cuerpo en proceso de curación.

—Lo intentaré.

—Dentro de una semana, Annie, deseo ver moverse esos dedos gordos de los pies y confío en que tengas cosquillas cuando te acaricie la planta de los pies. ¿Entendido?

Hizo oscilar ante mí su largo dedo índice de la mano derecha, como un padre que amonesta a un chiquillo.

—Sí.

Sonreí y me acosté sobre la espalda. Asintió y empezó a irse, con Mrs. Broadfield y Tony flanqueándole al salir. Les oí a los tres cuchichear acerca de mí, fuera de la puerta del dormitorio. Estuvieron tanto tiempo conversando, que pensé que hablaban de hacerme regresar al hospital. Tony fue el primero en volver. Se dirigió directamente al lado de la cama y me cogió la mano entre las suyas. Luego sacudió la cabeza.

—Estoy enfadado conmigo mismo —explicó—. Me siento más bien culpable por

tu pobre mejoría. No debiera haber accedido a contarte hoy, en aquellas viejas habitaciones, todas aquellas tristes y trágicas historias de tus padres.

—No te eches la culpa —insistí.

Tenía miedo de que los tres hubiesen cambiado de opinión acerca del servicio cuando estuvieron discutiendo sobre mi estado en la salita de estar.

—Tony, ¿me llevarás mañana a visitar el panteón?

—El doctor lo ha aprobado. Claro que sí... Dispondré ahora mismo las cosas con los miembros del servicio.

—¿Invitarás a Drake y a Luke? Quiero que estén allí conmigo.

—Haré todo lo que pueda. Esta noche, a la hora de la cena, Drake estará de regreso de Winnerrow —me dijo, sonriente.

—Pero, Tony, no deberías tener ningún problema para encontrar a Luke —exclamé.

¿Cómo me atrevía a sugerir esto? ¿Y si Luke estaba muy atareado con..., con alguna nueva amiga? Se podría perder la llamada, o el mensaje podría llegar a sus manos demasiado tarde. Le quería..., le necesitaba...

—Drake le encontró sin mayores problemas —insistí.

—No creo que exista el menor problema —prosiguió—. Pondré a mi secretaria ahora mismo a trabajar en ello.

—Gracias, Tony. Muchas gracias.

Continué sujetando mi mano, a pesar de que ya me había recostado contra la almohada. Cerré los ojos. Incluso esta pequeña inquietud me hacía sentirme débil y cansada. Supuse que tenían razón en su afán de protegerme. Estaba pensando que descansaría un poco más, pero Mrs. Broadfield no estaba dispuesta a dejarme dormir.

—Ya es hora de levantarse y desayunar —le dijo a Tony.

Éste asintió y me soltó la mano.

—Volveré a primera hora de la tarde. Que tengas un buen día...

Aquel día fue lo mismo que siempre, a excepción de mis nuevos esfuerzos por comer hasta el último trocito del desayuno. No quería que Mrs. Broadfield, o cualquier otro, me pusiese dificultades para poder visitar al día siguiente la tumba de mis padres. ¿Qué pasaría si Tony se ponía en contacto con Luke, éste acudía y se encontraba con que todo se había cancelado? Se cancelaría también su viaje aquí. Seguramente le prohibirían verme si yo no podía asistir al funeral de mis padres. El solo pensamiento de perderla oportunidad de ver al fin a Luke, me produjo una especie de pánico. Tenía que calmarme antes de que Mrs. Broadfield se percatase de ello.

Tras el desayuno, Mrs. Broadfield llevó a cabo mi terapia matinal. Sentí sus dedos por toda la extensión de mis piernas, pero no dije ni una sola palabra por miedo a que anulasen el funeral. Fuese cual fuese el dolor que me produjera, me limitaba a tragar saliva y poner en mi rostro una expresión lo más indiferente posible. Luego me pasé el resto de la mañana tumbada en la cama y viendo televisión.

Poco después del almuerzo, cuya comida me terminé de nuevo por completo, regresó Tony.

—¿Has conseguido hablar con Luke? —le pregunté en cuanto entró por la puerta.

—No, pero le he dejado un mensaje en su pabellón. Estoy seguro de que telefonará a última hora de hoy, o tal vez se presente en el servicio fúnebre. Un viejo amigo mío, el reverendo Carter, nos rezará una oración. Lo he planeado todo para las dos de la tarde.

—Pero, Tony, ¿no deberías dejarlo hasta conseguir dar con él...? Tal vez puedas intentarlo de nuevo. ¡Por favor, Tony! —le imploré.

—Ya haré que alguien pruebe otra vez, si yo no puedo hacerlo. Por favor, no te alteres por este asunto...

—No lo haré —le prometí.

Tony parecía estar más bien de buen ánimo, probablemente al ver que yo no había decidido irme de la casa después de su confesión.

—A lo mejor te preocupa lo que debes ponerte mañana, ¿verdad? —me preguntó, interpretando equivocadamente mi expresión preocupada.

—¿Lo que he de ponerme?

—No podrías tener una colección mejor donde escoger —continuó, y se acercó al armario.

Deslizó la puerta para mostrar prenda tras prenda.

—Aquí hay muchos vestidos. Heaven no perdía nunca la oportunidad de ponerse la mayoría de ellos. ¡Y lo más maravilloso es que todos te van bien! Claro que —prosiguió, sacando un vestido del colgador— algunos eran sus favoritos. Recuerdo que una vez llevó éste en un funeral.

Alzó un vestido negro de algodón, con mangas largas y falda también larga; luego se puso a acariciarlo, como si la viese a ella en él.

A continuación se dio la vuelta hacia mí, con aquella expresión lejana en los ojos, mientras le acometían los recuerdos.

—Todo el mundo se quedó mirándola, hipnotizados, cuando entró en la iglesia y anduvo por el pasillo central. Incluso el reverendo Carter parecía descentrado. Hasta me pareció verle preguntándose si habría entrado un ángel en su iglesia para asistir a los servicios...

Tony se echó a reír y meneó la cabeza.

—Exactamente igual que su madre, con el color negro resaltando lo rubia que era. —Me sonrió—. Estoy seguro que lo mismo sucederá contigo.

—No me preocupa el aspecto que pueda tener, Tony. No hago esto para exhibirme.

—Oh, ya lo sé, pero honrará la memoria de tu madre y de tu abuela el que te pongas una cosa así.

Dejó el vestido encima de mi cama y retrocedió unos pasos, con la mirada hipnóticamente fija en la prenda. Luego se me quedó mirando a mí.

—Annie, si te riñeses el cabello de un rubio platino, serías la viva imagen de tu abuela.

Miró rápidamente a su alrededor y se fijó en una de las fotos enmarcadas en plata que se encontraban encima del largo tocador.

—Espera, te enseñaré qué quiero decir.

Cogió el retrato y me lo entregó.

—¿Lo ves?

Era una fotografía de mi abuela Leigh cuando tenía, más o menos, mi edad, y tuve que admitir que el parecido era muy grande, y que aún sería mayor si yo también me aclarase el cabello.

—¿No crees que deberías hacerlo? Tal vez sólo por diversión, para divertirte un poco mientras permanezcas tan confinada. Conseguiré que te visite el mejor peluquero del contorno. ¿Qué me dices?

—¿Teñirme el cabello de rubio platino? Tony..., ¿estás hablando en serio?

—Por completo. No podría hacerlo más en serio. Imagínate la sorpresa de todos cuando acudiesen a visitarte.

—No sé.

Casi me eché a reír, pero luego miré la fotografía de mi abuela. Había algo fascinante en su rostro..., en sus ojos, en su nariz, en su mentón, muy parecido al de mi mamá y el mío. «¿Sería ésta la razón de que mamá se hubiese teñido el pelo?», me pregunté.

—Hay muchas fotos de tu madre, cuando también tenía claro el cabello —me dijo Tony, como si supiera lo que estaba pensando.

Me trajo otra foto en un marco de plata. Era una de mamá cuando ella y papá llegaron aquí por primera vez después de su matrimonio. Se encontraban en la playa privada. Coloqué las dos fotos, una al lado de la otra.

—Interesante, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuándo quieres que te envíe al peluquero?

—Tony, no he dicho que deseara hacerlo. En realidad, no lo sé.

—Ya ves lo guapa que estaba tu abuela con su pelo rubio claro, lo mismo que tu madre. ¿Qué opinas?

Los ojos le ardían de excitación.

—No sé. Tal vez.

—Toda esta terapia, medicamentos y atenciones pueden ser algo aburrido.

Miró a su alrededor.

—¡Oh, déjame hacerlo! —rogó—. Permíteme contratar un peluquero. Te sentirás guapa, como una hermosa joven de nuevo y no como una inválida.

Sonreía ante su exuberancia. Sería agradable sentirme de nuevo bonita. Me dediqué a mirar las fotografías. Me imaginé que, el tener el color del cabello de mi madre cuando ésta tenía más o menos mi edad, me haría sentirme de nuevo más cerca

de ella. Parecía tan feliz aquí, en la playa. Y mi abuela Leigh..., había algo en ella excitadamente bello. Su rubio cabello se adecuaba al color de su tez... ¿No pasaría lo mismo con la mía?

—¿Y bien...? ¿Qué te parece? —me urgió, planeando sobre mí, como si sintiese hormigueos.

—Oh, Tony, realmente no lo sé. Nunca he pensado teñirme el cabello de otro color. Podría ser algo horrible.

—Si no te va bien, haré regresar en seguida al peluquero para que te vuelva a teñir el cabello exactamente como está ahora.

—Quizá después de los servicios, Tony. Ahora mismo no quiero pensar sólo en mí. Gracias...

Le devolví las fotografías. Quedó decepcionado, pero asintió comprensivo.

—¿Y qué me dices del vestido?

—Drake tiene que traerme algo apropiado. He incluido en la lista uno de mis vestidos negros.

—¿Y no te lo probarás por lo menos?

Vi lo mucho que aquello significaba para él y comencé a preguntarme qué aspecto tendría con aquel vestido.

—Lo probaré.

—Te mandaré en seguida a Mrs. Broadfield para que te ayude. En cuanto lo tengas puesto, haz el favor de hacerme llamar —añadió, precipitándose hacia fuera antes de que pudiese añadir una palabra más.

No había querido decir que me lo probaría en este mismo instante, pero pareció tan entusiasmado como un chiquillo la mañana de Navidad. No pude negarme. Un momento después apareció Mrs. Broadfield. No parecía muy contenta.

—No es necesario hacerlo ahora mismo si está atareada con otras cosas, Mrs. Broadfield.

—Si lo estuviera, no me encontraría aquí.

Cogió el vestido de la cama y se lo quedó mirando durante unos momentos. Luego se encogió de hombros, como para sí misma, y dio la vuelta para ayudarme a incorporarme y despojarme de mi camisón. En cuanto lo hubo hecho y me puse el vestido, me ayudó a colocarme en la silla de ruedas, para que pudiese contemplarme en el gran espejo de la pared.

Como estaba sentada, resultaba difícil apreciar el aspecto que tenía con aquel vestido, pero me pareció que me hacía mayor. No me había ocupado mucho de mi cabello desde el accidente, y ahora que me había puesto algo distinto a un camisón, fui más consciente del terrible aspecto que tenía. Mi pelo parecía sucio, correoso, grasiento. El vestido negro acentuó la palidez de mi rostro y la fatiga de mis ojos. Casi rompí en lágrimas al verme.

Mrs. Broadfield se colocó a mi lado, con los brazos cruzados, observándome como una aburrida vendedora en una sastrería. Resultaba obvio que ayudarme a

ponerme un vestido no lo consideraba uno de sus deberes como enfermera. No oí cómo Tony volvía a entrar. Se quedó en el umbral, mirándonos. Al cabo de unos instantes, sentí sus ojos fijos en mí, por lo que me di la vuelta hacia él. Su rostro estaba arrobado, retorcido en aquella extraña sonrisa que, últimamente, le había visto más a menudo. Mrs. Broadfield no dijo nada. Simplemente salió de la habitación.

—¡Oh, qué aspecto tan espantoso tengo! Hasta ahora no me había dado cuenta. Mi pelo está horrible. Nadie me había dicho nada, ni Drake, ni tú, ni ninguno de los criados.

—Estás hermosa. Posees una belleza que no puede palidecer ni el tiempo ni la enfermedad. Es inmortal, sabía que este vestido te iría muy bien; lo sabía. Te lo pondrás, ¿verdad?

—No lo sé, Tony. No me gusta a mí misma de ninguna manera, aunque quizás eso tampoco importe mucho.

—Claro que importa. Estoy seguro de que tu madre sonreirá y pensará lo hermosa que se ha vuelto su hija.

—Pero el pelo —repetí, alzando un mechón fuera de sitio y dejándolo caer luego, disgustada.

—Ya verás..., déjame que haga venir a un peluquero ahora mismo. Fíjate lo horrible que te sientes a causa de tu aspecto. No soy médico, pero sé que, si no nos sentimos a gusto con nosotros mismos, tampoco mejoramos. En realidad, incluso nos ponemos cada vez más y más enfermos.

Qué insistente era, pero, no obstante, lo que estaba diciendo tenía sentido. ¿Estaba mal que, en un momento como éste, pensase en mi propia apariencia? Luego, Tony dijo algo que acabó de convencerme.

—Luke no te ha visto desde que te encontrabas en el hospital. Estoy seguro de que espera verte un poco más mejorada.

«Luke —pensé—, rodeado de sus bonitas compañeras de clase, unas chicas saludables y felices, que podían andar y reír, y hacer con él toda clase de cosas divertidas.» Tal vez hubiera retrasado su visita porque no podía soportar verme en la forma en que me encontraba. Le sorprendería, le parecería más fuerte, mejorada, y también yo me sentiría mejor.

—Muy bien, Tony, mándame el peluquero, pero no te digo con esto que le vaya a permitir que me tiña el pelo. Sólo le dejaré lavar y marcar.

—Lo que te parezca mejor.

Dio un paso atrás.

—¡Qué bien te sienta el vestido! Te lo pondrás, ¿verdad? Lo harás —añadió, asintiendo y con un gran brillo en su mirada—, y así serás igual que tu madre.

Una vez más dijo unas palabras mágicas.

—Lo llevaré, Tony.

—Estupendo. Y ahora tengo muchas cosas que hacer. Vendrá el peluquero aunque tenga que traerle yo mismo.

Se acercó más a mí.

—Gracias, Annie, por darme una oportunidad después de las cosas que te dije. Eres verdaderamente una persona dulce y maravillosa.

Me besó con suavidad en la mejilla.

—Volveré muy pronto —me dijo y salió precipitadamente.

Durante un largo rato, me quedé simplemente sentada allí, contemplándome en el espejo de la pared. Allá en Winnerrow, mamá tenía unos cuantos vestidos negros, y me pareció que también uno muy parecido a éste. Tal vez ésa fuese la causa, pensé mientras me seguía mirando en el espejo, de que sintiese como si su espíritu emergiese junto al mío. Vi sus ojos en mis ojos, la sonrisa en torno de sus labios se convirtió en una sonrisa alrededor de los míos. Era como enfocar con una cámara, juntando las líneas de la imagen para que la foto resultase nítida y contrastada.

Mi corazón empezó a latir de dolor al comprobar que ella jamás volvería a estar a mi lado. Mientras yo me preparaba para acudir a una fiesta o al colegio, mamá apoyaba la mano en mis hombros, me acariciaba el cabello, me daba algún consejo o me besaba en la mejilla. El llevar aquel vestido y hacerme parecer más a ella sólo conseguía que aquella penosa verdad fuese aún más vívida.

Me alejé con la silla del espejo y me acerqué al tocador a coger un pañuelo de papel. Mientras me enjugaba los ojos, miré alguna de las otras fotografías. Hubo una en particular que captó mi atención. En ella, mamá tenía una pose bastante boba, al lado de los establos. Tal vez fuera papá el que hizo la foto, pero lo que me había llamado la atención fue divisar a Tony al fondo. La estaba mirando de la misma manera en que acababa de contemplarme a mí, con aquella misma retorcida sonrisa.

Las estudié durante unos instantes y luego miré las otras fotos. Resaltaba una de mi abuela Leigh. La coloqué junto a una de mi madre y comprobé lo que hacía tan significativas aquellas dos fotos. Mi abuela se encontraba también junto a los establos y su pose era similarmente boba y llevaba también el mismo atuendo de montar. Cuando coloqué las dos fotos una junto a la otra, mi madre y su madre parecían más bien hermanas.

Tal vez fuese esto lo que hiciera sonreír a Tony. Quizá debería haberme hecho sonreír a mí, pero no fue así.

—¿Quieres que te quite ese vestido o lo vas a llevar todo el día? —Me sobresaltó Mrs. Broadfield.

Me di la vuelta y la vi de pie en el umbral, con las manos en las caderas. Si estaba enfadada a causa de las órdenes de Tony, no iba a pagarlo conmigo, pensé. De una forma agresiva, sin querer desempeñar más el papel de humilde, de desvalida, con la cabeza muy alta y orgullosa le respondí contraatacando.

—Claro que no. Me lo quitaré y lo guardaré para mañana.

Sus ojos se abrieron mucho de sorpresa ante el tono de mi voz, y dejó caer las manos de las caderas.

—Está bien. Pues en ese caso es ya la hora de tu hidroterapia.

Se dirigió al cuarto de baño para preparar el agua caliente. Esta vez, cuando me metió en la bañera, me pareció que el agua abrasaba. Grité de dolor, pero a ella no pareció preocuparle. Vi cómo la piel se me ponía rojiza debajo del agua. Aquello me dejó sin respiración y traté de alzar el cuerpo para sacarlo, pero ella me empujó por lo hombros, manteniéndome sumergida en aquel agua achicharrante.

—Debes lograr una tolerancia al calor —me explicó, después de que me quejara de nuevo.

Después comenzó a lanzar chorros, que hicieron burbujear el agua y verterse. Las calientes gotas rebotaron sobre mis pechos y cuello, y algunas me alcanzaron las mejillas y me escocieron mucho. Me dejó allí, agarrándome a los bordes de la bañera mientras se iba a preparar las cremas para mi masaje.

Bajé la vista a mis traicioneras piernas e hice lo que el doctor me ordenó que hiciera: pensar en recuperación..., recuperación..., recuperación. Tenía que lograr salirme de aquella situación lo más rápidamente posible. Me quedé mirando los dedos gordos de los pies y pensé en moverlos. De repente, vi que se estremecían.

—*¡Mrs. Broadfield!*

No se presentó, pensando que sólo deseaba que me sacase de la bañera con agua caliente.

—*¡Mrs. Broadfield, venga y mire!* —Le pedí.

Cuando la llamé por segunda vez, apareció.

—Ya te lo he dicho... Tienes que...

—No, no, se trata del dedo gordo del pie. El del pie derecho ha sido el primero en moverse.

Ella se quedó mirando dentro del agua.

—Muévelo otra vez.

Lo intenté, pero no sucedió nada.

—Se movió. Yo lo vi. Lo hizo...

La enfermera movió la cabeza.

—Lo que has visto es sólo una onda en el agua. Y te pareció que el dedo del pie se movía.

—No, se movió. Lo juro.

—Vaya, vaya... Muy bonito.

Giró sobre sus talones y se fue a preparar el masaje.

Sintiéndome descorazonada, agotada por el calor y el esfuerzo, eché hacia atrás la cabeza, cerré los ojos y aguardé a que a ella le pareciese que yo tenía bastante. Al fin regresó y me ayudó a salir de la bañera. Mi piel estaba tan roja como si me hubiese quedado dormida en la playa de Virginia en el mes de julio, y me sentía tan lacia como unos espaguetis cocidos más de la cuenta. Me tumbó boca abajo, encima de las toallas que había en mi cama. Cerré los ojos mientras masajeaba mi cuerpo con sus fuertes manos, empezando en el cogote, moviéndose en lentos círculos por mi espalda y nalgas.

Abrí de repente los ojos al escuchar la voz de Tony. «¡Dios mío —pensé—, estoy desnuda por completo encima de la cama...!» Traté de darme la vuelta y ponerme encima alguna toalla, pero no pude mover lo suficiente mi cuerpo, ni tampoco Mrs. Broadfield sirvió de gran ayuda.

—Lo siento —dijo.

Sólo pude verle por el rabillo del ojo derecho.

—Me he detenido sólo un momento para decirte que el peluquero estará aquí a las tres. Lo siento —repitió, y se fue.

—Mrs. Broadfield, ¿por qué no cerró la puerta del cuarto cuando empezó a hacer esto? —le pregunté.

—Ésa constituye la menor de mis preocupaciones.

—Pues no es la última de las mías. Como puede suponer aún tengo cierto pudor. Y Tony es un hombre...

—Ya sé lo que es Mr. Tatterton, gracias. Lo siento. —Se suavizó al cabo de un momento—. La próxima vez me aseguraré de cerrar la puerta.

—Hágalo, por favor.

Incluso después de frotarme con la crema suavizante y ponerme un camisón nuevo, mi piel me siguió punzando a causa de aquel baño tan caliente. Más tarde, cuando desperté de una pequeña siesta, noté algún alivio. Mrs. Broadfield me trajo un poco de zumo y al cabo de un ratito regresó para contarme que había llegado el peluquero. Me ayudó a volver a la silla de ruedas a tiempo para la irrupción de Tony con el empleado de un salón de belleza, un hombre delgado con el pelo rubio rizado y las cejas tan rubias que resultaban prácticamente invisibles. Tenía también la piel muy clara, pero unos labios de un rosa brillante. Pensé que cualquier mujer vendería su alma por aquellos suaves ojos verdes.

Tony me lo presentó como René e, inmediatamente, añadió que era francés. Sin embargo, tuve la impresión de que sólo sus antepasados serían franceses y que había nacido aquí, en Estados Unidos. Su acento parecía un poco artificial, deliberado, algo a lo que le habrían acostumbrado sus clientas. Después del trabajo, seguramente hablaría como cualquier norteamericano nativo.

—Ah, Mademoiselle...

Dio un paso atrás e inclinó la cabeza, primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda, asintiendo mientras consideraba lo que había que hacer con mi cabello. Alargó la mano y me tocó los mechones, haciéndolos saltar en la palma de la mano y sin parar de mover la cabeza.

—Rico y *trés* espeso —manifestó—, pero por desgracia, descuidado, *n'est-ce pas?*

Se volvió hacia Tony como para recibir confirmación. Tony afirmó con la cabeza.

—No se preocupe, Mademoiselle. René obrará su magia. En poco tiempo, haré milagros, ¿eh?

—Sólo deseo lavar y marcar —respondí.

—*Pardonnez-moi?*

Se quedó mirando a Tony.

—Yo pensaba que..., el color...

—René es un experto, Annie. Tendrás primero que pedirle su opinión.

—Se le iluminaría *beaucoup* la cara, Mademoiselle —me dijo, retrocediendo un paso para volver a observarme—. No hay dificultades.

Asintió, como convenciéndose a sí mismo.

—Lo único que tiene que hacer es ponerse en mis manos, Mademoiselle.

Alzó las palmas de las manos como si yo pudiese ver algo fuera de lo corriente en sus suaves y finos dedos.

Me miré en el espejo de pared a la derecha. Tal vez pudiese confiar en aquel autoproclamado experto en belleza, pensé.

—Está bien, haga lo que crea que se debe hacer.

—*Trés bien.*

Se frotó las manos. Tony sonreía. Cerré los ojos y me recliné hacia atrás en la silla, mientras Tony me empujaba hacia el lavabo y su experto en belleza se ponía manos a la obra.

Al mirarme en el espejo vi el rostro de mamá en vez del mío. El cambio en el color del cabello había hecho algo mágico, me había convertido en el rostro que me miraba desde aquellas fotos antiguas. Era como si el peluquero hubiese sido una especie de echador de conjuros, haciéndome retroceder en el tiempo, consiguiendo lo que Tony deseaba que sucediese: hacer rodar hacia atrás los años, hasta aquellos días que fueron los más felices, aquí en Farthy. En mi rostro había una nueva expresión. René había convertido mi cabello en un rubio platino y lo había arreglado y dispuesto de tal forma, que mi parecido con mamá, en aquella foto en que estaba junto a los establos, era asombroso. En realidad, Tony le había facilitado la foto para que le sirviera de modelo, justo en el momento de dejarnos.

Me pregunté cómo reaccionaría Luke. Había visto las fotos antiguas de mamá y siempre me dijo que pensaba que era de una deslumbrante belleza. ¿Sentiría lo mismo cuando fijase sus ojos en mí? Después, cuando estuviésemos a solas, tomaría mi mano entre las suyas y susurraría sus verdaderos sentimientos. En mi cálida y amorosa imaginación, me pareció oír sus palabras: «Annie, en el primer momento en que te vi con el color de pelo de tu madre, supe que no importaba ya que estuviese prohibido, y que tenía que expresarte mis verdaderos sentimientos, hacerte saber lo profundamente enamorado que estoy de ti. Oh, Annie, no puedo negarlo. No puedo...».

Jugueteé con aquellas deseadas palabras una y otra vez en mi mente, y luego abrí los ojos y me miré de nuevo en el espejo. «Si sólo cambiar el color del cabello es capaz de conseguir todo esto...»

—¿Annie, eres tú?

Drake entró en el dormitorio trayendo dos maletas llenas con mis vestidos y

zapatos. Los depositó al pie de la cama y se me quedó mirando, con una media sonrisa en el rostro. Dejé el espejo de mano y estudié con atención su rostro en busca de su auténtica reacción.

—¿Tengo aspecto de boba?

—No, de boba no, sólo diferente. Me recuerdas a alguien.

—A mi madre. Cuando te fue a buscar por primera vez.

—Sí.

Sus ojos se iluminaron al darse cuenta de ello.

—Sí —repitió excitado—. Exactamente. Eh, tienes muy buen aspecto.

Como si finalmente se convenciese a sí mismo de que aún era yo, echó a andar y se acercó a mí para darme un beso de salutación.

—De veras que me gusta.

—No lo sé. Me siento..., tan diferente... Aún no puedo creerme que mamá se sintiese a gusto con este color de pelo. Es como si estuviese fingiendo ser alguien que no soy. Seguramente debía sentirse de la misma manera.

Drake se encogió de hombros.

—Se lo volvió a cambiar en cuanto ella y Logan regresaron a Winnerrow y compró Hasbrouck House. Tal vez tengas razón.

—Tony me convenció de que con esto me sentiría de nuevo una mujer joven. Me estaba deprimiendo cada vez más. Pero basta de hablar sólo de mí. Cuéntame tu viaje a Winnerrow. ¿A quién viste? ¿Qué dice el servicio? ¿Cómo está la casa y tía Fanny?

—Eh..., poco a poco...

Se echó a reír. Me mordí los labios para mantenerme tranquila y me incliné impaciente hacia atrás.

—Bueno, veamos... Winnerrow.

Hizo ver que trataba de recordar.

—Oh, no te burles de mí, Drake. No sabes lo que es estar encerrada de esta manera.

Su pícara sonrisa se evaporó al instante y sus ojos se suavizaron y se mostraron cariñosos.

—Pobre Annie. He sido cruel. Te prometo que vendré mucho más a menudo a llevarte de un lado a otro. Bueno, en lo que se refiere a Winnerrow... En cuanto entré en la casa, los criados casi corrieron a mi encuentro para averiguar cosas acerca de ti. Mrs. Avery estalló en seguida en lágrimas, naturalmente; incluso Roland parecía a punto de ponerse a sollozar, Gerald fue el único que conservó una expresión altiva, pero eso fue a causa...

—Una expresión altiva —recité junto a él.

Se trataba de una broma que hacíamos a espaldas de Gerald.

—¡Oh, cuánto los echo de menos..., a todos ellos...!

—Vi a algunos amigos tuyos del instituto en el Drugstore. Todos se mostraron ansiosos de saber de ti, y todos me encargaron que te hiciese llegar su cariño.

—¿Y tía Fanny? ¿Qué me dices de tía Fanny?

—Pues...

Meneó la cabeza.

—Estuvo muy rara. La encontré sentada en la parte de atrás, leyendo. Sí, leyendo. Y estaba vestida de una forma más bien conservadora, con una blusa blanca de algodón, con mangas largas, y una larga y flotante falda. Tenía el cabello bien cepillado y se había hecho un moño atrás. En realidad no la reconocí y pregunté a Gerald quién estaba sentado en el belvedere.

—¿En el belvedere?

—Sí.

—¿Y leyendo? ¿Qué?

—Pues, imagínate... A Emily Post... Cuando me aproximé, alzó la vista y dijo: «Oh, Drake, qué maravilloso es volver a verte». Me alargó la mano y no quiso soltar la mía hasta que la saludé con un beso en la mejilla. Creo que es la primera vez que la he besado. En realidad, incluso tuve con ella una conversación semi inteligente. La muerte de tu madre y de tu padre han producido sobre ella un efecto dramático. Afirma que está decidida a mejorarse, y esto... ¿cómo lo dijo?, como algo en memoria de Heaven... ¿Te lo imaginas? Incluso tuve que darle algunos consejos. La casa estaba inmaculada y, por lo que me contó el servicio, no ha estado tonteando por allí con sus jóvenes amigos. En realidad, ahora vive como una monja.

—¿Preguntó por mí?

—Naturalmente...

—¿Y vendrá a verme?

—Desea hacerlo, pero temí decir nada hasta que Tony me cuente que el doctor lo aprueba.

—Pero es mi tía... No puedo estar como una prisionera, en total confinamiento... —imploré, tal vez con demasiado énfasis.

El pobre Drake pareció por completo devastado ante mi salida de tono.

—Lo siento, Drake. No es culpa tuya. Sólo hiciste lo que pensaste que resultaba correcto, estoy segura de ello.

—De todos modos, esto ya no puede prolongarse mucho, Annie. Pareces encontrarte mucho mejor. Ahora que lo pienso un poco, me parece que ese estilo de peinado te sienta muy bien. Cuando atravesé aquella puerta, pensé que Tony había instalado a alguna estrella de cine en este cuarto mientras yo estaba ausente.

—Oh, Drake...

—No, realmente te encuentro mucho mejor que cuando me fui. Lo digo de veras.

—Confío en que tengas razón, Drake.

Bajé la mirada y luego me acordé del funeral del día siguiente.

—¿Has hablado con Tony antes de subir aquí? ¿Te ha contado lo del servicio funerario?

—Sí, claro. Yo estaré a tu lado.

—¿Y Luke? ¿Ha llamado Luke ya? —le pregunté, esperanzada.

—¿Quieres decir que aún no ha telefoneado?

Drake meneó la cabeza.

—Le dije a Fanny que iba a llamar. Ese pequeño egoísta...

—Oh, Drake. No puedo creer eso de Luke. Por favor, llámale tú mismo. Tony telefoneó al pabellón y dejó un recado e instrucciones respecto del funeral de mañana, pero hay que asegurarse de que Luke recibe el mensaje. ¿Lo harás? Tal vez en su pabellón alguien le está gastando una broma y le oculta los mensajes —añadí, desesperadamente.

«¿Y qué pasaría si lo que Drake sugería fuese verdad? La gente cambia cuando se va de casa —pensé—. Tal vez todas las presiones y su vida difícil en Winnerrow habían, finalmente, cobrado su tributo y había decidido romper todos los lazos con aquella vida, incluyéndome a mí...»

«¡Oh, Dios mío, no! —imploré—. El mundo no podía ser tan cruel...»

—Claro, trataré luego de ponerme en contacto con él. Y ahora —prosiguió, poniéndose en pie y acercándose a las maletas—, aquí tienes las cosas que pediste.

—Ya no tengo una doncella para ayudarme a ponerlo todo en su sitio. Tony despidió a Millie.

—Ya me he enterado. No hay ningún problema. Yo lo colgaré todo.

Despejé una sección del armario para mis cosas.

—Mira todo esto. ¿Se trata de cosas de Heaven?

—Y de mi abuela Leigh. Tony no ha tirado ni lo más insignificante.

—Algunas prendas parecen aún nuevas.

—Lo sé. Mañana me pondré uno de los vestidos de mi madre, ese negro que Florence Farthinggale ha dejado colgado en un extremo.

—¿Florence Farthinggale? —Se echó a reír—. ¡Qué divertido! ¿Así llamas ahora a Mrs. Broadfield? ¿Debo entender que vosotras dos no constituís lo que podríamos llamar una cálida relación paciente-enfermera?

—Mientras me comporte como un trozo de arcilla, las cosas van bien entre nosotras —repliqué sarcásticamente.

Él se echó a reír de nuevo.

—De todos modos, se trata del vestido que eligió Tony.

—¿De veras?

Le echó un rápido vistazo y luego acabó de colgar mis prendas. En cuanto hubo finalizado, se acercó de nuevo al lecho y se sentó a mi lado. Hurgó en los bolsillos y sacó dos bonitos brazaletes.

—Aquí están...

—Oh, gracias, Drake...

—¿Y cómo los vas a llevar? ¿Los dos en una muñeca?

—Los alternaré según los días. Los días en que venga Luke, me pondré el suyo —respondí y pasé los dedos por encima, suave, cariñosamente, como si lo estuviera

haciendo en la mejilla de Luke.

—Siempre la pequeña diplomática —me sonrió Drake—. Está bien. No me importa —prosiguió y luego fijó sus ojos en mí con mayor intensidad que nunca—. Cuando te miro, creo ver a Heaven. Veo aquel rostro cálido y amoroso, que se apretaba contra el mío cuando era pequeño y tenía miedo, y me encontraba solo y perdido. Veo el amor en aquellos ojos azules que me consolaban en el momento exacto en que necesitaba el consuelo más que cualquier otra cosa en mi vida. Nunca te he contado lo a gusto que me siento cuando estoy contigo, Annie.

—Siempre seré tu amiga, Drake. A fin de cuentas soy tu sobrina.

El recordarle nuestra relación le obligó a hacer una mueca.

—Lo sé.

Se inclinó hacia adelante y me besó en la mejilla, demorándose un poco, igual que lo hacía Tony a menudo. A continuación, se enderezó.

—Bueno, ahora será mejor que me vaya. Tengo que poner en orden muchas cosas del despacho; así que mañana estaré fuera la mayor parte del día.

Se puso en pie.

—Drake, no te olvides de lo de Luke —le grité.

—Vale... Oh, hay una cosa más que también he traído —me dijo, metiendo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta—. Pensé que..., de alguna manera, por alguna razón, algún día querrías vestirme aquí de gala. No sé..., quizá Tony organice alguna fiesta en tu honor, una vez te hayas recuperado lo suficiente como para asistir... Algo así... Sea como sea he traído esto.

Sacó el joyero negro que contenía el collar de diamantes y los pendientes a juego que habían pertenecido a mi bisabuela Jillian.

—Oh, Drake, no deberías haber traído eso. Es demasiado valioso.

—¿Tú crees? Este lugar no está lo que se dice abierto a los ladrones y sabía también cuánto significa esto para ti. Tal vez te proporcione algún consuelo, ¿no te parece? —me preguntó esperanzado.

Le sonreí y asentí.

—Sí, supongo que sí. Lo siento. Gracias por acordarte de mí, Drake. Sé que a veces debo parecer egoísta y que no aprecio las cosas en lo que valen.

—Oh, no, Annie, eres la persona menos egoísta que conozco. Cuando pienso en ti, pienso en alguien... puro y bello, tan brillante como la luz de una vela.

Una vez más me miró con gran intensidad. No pude decir nada. Sus palabras me pusieron un nudo en la garganta y consiguieron que mi corazón empezara a latir con fuerza.

—Bueno —dijo al fin, dejando el joyero a mi lado en la cama—, será mejor que me ponga en marcha. Ya nos veremos mañana, después del almuerzo.

—Buenas noches, Drake. Y gracias por todo cuanto has hecho.

—Bromeas, Annie. Lo haría todo por ti. Acuérdate siempre de eso.

Me lanzó un beso y se fue, rápidamente, adoptando el aspecto de un atareado

ejecutivo, con una preocupación tras otra en la mente. Me recosté contra la silla de almohadas y me quedé mirando el joyero negro. Luego lo abrí y saqué el collar de diamantes. ¡Cómo brillaba! El recuerdo de mi cumpleaños surgió en mi interior y recordé el rostro de mamá cuando me entregó este collar. Sus ojos estaban tan llenos de orgullo y amor...

Apreté el collar contra mi pecho y creí sentir su calidez, una calidez que le había pasado su abuela a ella y luego ella a mí. No me percaté de que estaba llorando hasta que las lágrimas rodaron por mis mejillas y se aplastaron como calientes gotas de una lluvia veraniega sobre mis pechos. Tragué con dificultad, dejé otra vez el collar en la caja y la cerré. Drake tenía razón. Resultaba reconfortante tenerla cerca.

Me enjuagué la cara con el dorso de la mano y me quedé mirando los dos brazaletes de la suerte que estaban en la cama. Luego cogí el más pequeño pero más precioso para mí y me lo puse en la muñeca. Su simple visión me hizo sonreír.

¿Qué había dicho Drake...? ¿Qué tía Fanny estaba en el belvedere? ¿El lugar mágico de Luke y mío? Ahora, los días de la fantasía parecían a milenios de distancia. Tal vez si volviese allí, si me llevasen al belvedere, me apoyaría en el brazo de Luke y, de repente, podría andar de nuevo. Cómo se reiría el doctor si le sugiriese una cosa así, pero sabía que, a veces, la sugestión puede llegar a ser verdaderamente mágica. Luke así lo creía y, cuando dos personas creen tan firmemente en algo, puede llegar a hacerse verdadero.

Luke. ¡Cómo necesitaba su consuelo, su optimista tranquilidad! Y más que eso, anhelaba sentir sus labios contra mi mejilla y recordaba cada vez que nos habíamos besado, aunque sólo fuésemos niños pequeños.

Mientras pensaba en él, me abracé a mí misma, me lo imaginé a mi lado, con sus dedos entrelazados en mi cabello y sus ojos tan cerca de los míos mientras nos mirábamos anhelantes, atormentados, a un mismo tiempo, por nuestro deseo y por nuestro prohibido amor.

Pensar en él de esa manera templó mi cuerpo y me hizo sentir viva de nuevo. Razoné que no podía tratarse de nada malo, si aquellas visiones de Luke amándome me producían aquellos efectos tan maravillosos. Con Luke a mi lado, me sobrepondría a cualquier tragedia. El destino había situado unas omnipresentes altas montañas en mi camino, pero yo —tal y como Luke me había aconsejado— me dirigiría, de una manera deliberada, hacia las más altas.

—Porque, Annie —le oí susurrar—, la vista es siempre mejor. Debes dirigirte a las más altas.

Pero ahora Luke parecía ser la montaña más elevada de todas.

Me quedé mirando mi vacía habitación. Oí a gente hablando y paseando por el piso de abajo. Drake se despedía de alguien. Se cerró una puerta. Una ráfaga de viento resonó en alguna persiana. Y luego se produjo de nuevo el silencio.

«Oh, Luke —pensé—, ¿cuáles son tus razones para no remover cielo y tierra con tal de verme?»

¡Inválida!

—Tengo una maravillosa sorpresa para ti —anunció Tony.

Por la forma en que se encontraba en el umbral, hacia un lado, deduje que la sorpresa sería, seguramente, la aparición de Luke, pero se trataba de otra cosa.

—Tendrás que salir de tu cuarto para verlo. De todos modos, ya es la hora de acudir al cementerio.

Me volví hacia Mrs. Broadfield, que estaba doblando las toallas que empleaba durante mis masajes. Su rostro estaba en blanco y tan inmóvil como una máscara. Sin embargo, presentí que sabía de qué sorpresa se trataba.

—¿Sales?

Hizo una señal y yo comencé a impulsarme con la silla de ruedas hacia la puerta. Llevaba el vestido negro de mi madre y el brazaletе de la buena suerte que Luke me había regalado. René, el peluquero, había vuelto a últimas horas de aquella mañana para peinarme el cabello. Mrs. Broadfield no había reducido mi terapia matinal a causa del oficio que se celebraría delante de la tumba de mis padres, pero, o ella estaba en lo cierto respecto de mi creciente tolerancia y fuerzas, o bien yo estaba por completo decidida a no cansarme a causa de la misma.

Tony se hizo hacia atrás, indicándome que podía seguir adelante. Lancé una ojeada a Mrs. Broadfield para ver si ella también vendría, pero continuó con su tarea en mi habitación, al parecer no interesada en nada más. Tony me ayudó a girar hacia la izquierda y a empezar a recorrer el largo pasillo. Muy pronto vi a Parson, el peón de la finca que me había colocado el televisor, y otro hombre, también vestido con un mono, de pie al inicio de la escalera. Miré intrigada a Tony, que ahora me estaba empujando con una sonrisita de conejo en el rostro.

Y luego vi su sorpresa.

Había instalado un ascensor para la silla de ruedas, de forma que yo pudiera llegar por mis medios a lo alto de la escalera, meterme en la silla, apretar un botón y conseguir un lento descenso hasta donde terminaba la escalera del primer piso.

—Ahora te será muy fácil subir y bajar las escaleras —me explicó Tony—. Y muy pronto, estoy seguro de ello, podrás desplazarte de piso en piso. Abajo te aguarda una segunda silla de ruedas.

Me quedé mirando durante un momento aquel mecanismo mecánico. Sabía que Tony estaba decepcionado ante mi reacción, pero no pude evitarlo. Una cosa así sólo me confirmaba mi estado de invalidez y me sugería que mi recuperación iba para largo.

—Pero, Tony —le dije—, pronto podré andar por mí misma. Y habrás asumido para nada unos gastos tan enormes...

—Oh, ¿es eso lo que te preocupa? No hay ningún problema. Sólo está alquilado. Lo emplearemos el tiempo que nos haga falta y no más. En cuanto a la segunda silla, te aseguro que no constituye un gran gasto para mí. Y ahora —prosiguió dando una palmada— ya ha llegado el momento de nuestra primera prueba de vuelo, ¿eh? Es decir, contigo como pasajera. Ya lo he probado y soportó muy bien mi peso, por lo que no habrá el menor problema para que pueda contigo.

Miré hacia atrás para ver si Mrs. Broadfield iba a asistir a esto, pero aún no había salido de mi habitación. Desde mi posición de sentada en la silla de ruedas, la escalera parecía horrorosamente empinada y muy larga.

—Colócate, simplemente, al lado de la silla mecánica —me instruyó Tony—, alza el brazo izquierdo de tu silla y deslízate en la otra silla. La idea es que seas capaz de hacerlo por ti misma.

El miedo empezó a desarrollarse en mí como una gran y oscura sinfonía que atronase a través de mi sangre. Sentí que se me desencadenaba un sudor frío en la nuca. Y me sentí como cayendo, precipitándome por aquella gran escalera de mármol, y quedando, finalmente, aplastada en el fondo.

Parson y el otro hombre que se encontraban a mi lado me observaban con ojos simpáticos aunque preocupados. Sonreí tan valientemente como me fue posible y comencé a impulsarme sobre la silla de ruedas. Forcejeé por soltar el brazo de mi silla. Pareció resistirse un poco, pero nadie me ofreció la menor ayuda. Me imaginé que aquello formaría parte de la prueba, para ver si podía desarrollarla por mí misma. Finalmente, alcé el brazo y comencé a impulsarme hacia la silla mecánica.

—Una vez se encuentre segura dentro —me dijo el hombre que estaba al lado de Parson—, debe colocarse ese cinturón de seguridad, de la misma forma que lo haría en un coche.

Sólo la mención de la palabra «coche» hizo latir con fuerza mi corazón. Mi pecho se oprimió también, por lo que creí que me resultaría imposible respirar. ¿Dónde estaba Mrs. Broadfield? ¿No era esto lo suficientemente importante para ella como para encontrarse a mi lado?

—Oh, Tony, no sé si podré hacer todo eso —me quejé.

—Claro que puedes. ¿No querías bajar al piso de abajo e ir tú sola en la silla de ruedas hasta mi despacho? Llegado el momento irás hasta la mesa del comedor para las cenas y te sentarás en el mismo sitio donde solía hacerlo tu madre. Y también desearás visitar los campos.

—Cuando esté preparada, señorita —dijo el hombre— oprima ese botón rojo del brazo derecho y comenzará a bajar. El negro sirve para la subida.

—Adelante —me alentó Tony.

Casi temblando, apreté el botón rojo y cerré los ojos.

«Ve hacia las más altas —me estaba diciendo en mi mente Luke—. Puedes hacerlo, Annie. Tú y yo somos especiales. Nos impondremos a los obstáculos más difíciles y mayores. El destino nos lo pone por delante. Lo haremos. Inténtalo con

fuerza. Hazlo funcionar.»

Cómo deseaba que fuese él quien me diese aliento y me sostuviera la mano. Con Luke a mi lado, no tendría miedo e intentaría cualquier cosa que significase un regreso a la plena salud y fortaleza.

La silla se movió hacia adelante y comenzó a descender por la escalera. Los tres hombres me siguieron de cerca mientras yo viajaba hacia abajo, mientras el mecanismo zumbaba suavemente.

—¿No es algo grande? —me preguntó Tony.

Abrí los ojos y asentí. La silla se meneó un poco, pero, aparte de eso, me sentí muy segura, y hasta fue divertido desplazarse por aquellas escaleras sin ser ya una carga para nadie.

—¿Cómo sabe cuándo debe parar?

—Oh, ya ha sido ajustada para eso, señorita —me explicó el hombre.

Y como para confirmarlo, cuando llegó al pie de la escalera se detuvo con suavidad. Parson había traído mi silla de ruedas y la colocó al lado de la silla mecánica.

Precisamente en aquel momento, Drake asomó por la entrada, donde había estado observando todo el acontecimiento, aplaudiendo y jaleando.

—¡Hurra por la nave espacial Annie!

—Drake Ormand Casteel, ¿cómo has podido estar ahí escondido en vez de encontrarte conmigo cuando necesitaba ayuda? —me quejé.

—Tenía que hacerlo así —me explicó Drake—. Tony deseaba que lo hicieras tú, sin ayuda de nadie, para que te hicieras más rápidamente independiente.

—Sois dos conspiradores —les amonesté jovialmente.

En secreto, estaba muy orgullosa de mí misma y feliz porque Tony me hubiera hecho realizar la mayoría de las cosas por mí misma. Miré detrás de Drake.

—Pero, ¿dónde está Luke? ¿Está también escondido?

El rostro de Drake se ensombreció. Miró a Tony, cuya cara era tan pétrea como el granito, con unos ojos de un frío y oscuro azul, como dos piedras de zafiro.

—Ha salido a un picnic de orientación organizado por los nuevos alumnos.

—¿Un picnic?

Miré hacia Tony.

—Pero creí que le habías dejado un mensaje acerca del funeral, Tony.

—Y lo hice. Dejé el mensaje al que me respondió al teléfono de aquel pabellón. Por lo menos, mi secretaria lo hizo. Ella explicó que se oía mucho ruido de fondo, y todo le hizo pensar que se estaba celebrando una gran fiesta.

—¿Y no le llamaste ayer, Drake? ¿Después de que te fueses de aquí?

Sentí que se me hundía el corazón, con una vacía, hueca y fría caverna, sustituyendo aquella cálida bolsa. ¿Cómo podía Luke no estar aquí? ¿Cómo podía no haber respondido?

—Le llamé a primeras horas de esta mañana, pero ya se habían ido.

—No lo comprendo.

—Probablemente se trata de una confusión —siguió Drake—. No le llegó el mensaje original y se fue sin saber nada acerca del servicio fúnebre.

—¿Pero cómo ha podido producirse una confusión? No se trata de un baile para los estudiantes recién llegados de primer curso. El que recibió el mensaje debería haberse dado cuenta de lo serio que era. No podía ser tan descuidado como para olvidarlo o extraviarlo. Nadie puede ser tan insensible.

—No está aquí —dijo Drake en voz baja.

—¡Pero él desearía estar aquí! —grité—. ¡Es también... el funeral de su padre...!

Sentí que perdía el dominio de mí misma. Todas las cosas se me precipitaban a la vez: el accidente, la muerte de mis padres, mis lesiones, la ausencia de Luke. Sentí una acuciante urgencia de gritar, gritar, gritar.

—¡No lo comprendo! —repetí con voz taladrante.

Tanto Tony como Drake parecieron turbados. Las expresiones de sus rostros me forzaron a conservar el control. No deseaba convertirme en una histérica y originar un aplazamiento de los servicios fúnebres. Era algo demasiado importante para mí. Parson y el técnico responsable de la silla mecánica se excusaron y se fueron.

Me situé muy rígida en la silla de ruedas.

—Estoy bien.

Me enjugué los ojos con el dorso de la mano.

—Estoy muy bien —mentí—. Luke tendrá que efectuar un viaje especial.

—Drake, Drake ¿por qué no me empujas a Annie hasta la entrada y esperas allí mientras dispongo que Miles traiga la limusina?

Tony me dio unos golpecitos en la mano y se fue a toda prisa. Drake me llevó hasta la puerta principal. En el instante en que la abría, Mrs. Broadfield se presentó y se colocó a mi lado, apareciendo tan rápida y silenciosamente cual un fantasma.

Drake me sacó a la claridad que la luz solar vertía sobre el porche y los escalones. El día parecía no reflejar mi triste y trágico estado de ánimo. Era como si la Naturaleza se negara a prestar atención a mis sentimientos. En vez de unas nubes grises y lúgubres, por el claro cielo se esparcían unas nubes blancas y algodonosas. La brisa que me daba en el rostro y hacía bailotear por encima de la frente algunos mechones de mi cabello, era gentil y cálida. A todos los lados a los que mirase, los pájaros revoloteaban y cantaban. El fuerte y fresco aroma del césped recién segado perfumaba el aire.

A mí alrededor todo era vida y felicidad, en vez de muerte y tristeza. La visión de un día tan brillante y maravilloso me hizo sentir aún más sola. Nadie podía comprender el porqué, nadie menos Luke. Si estuviese aquí ahora, sosteniendo mi mano... Nos miraríamos el uno al otro y asentiríamos en señal de conocimiento. Sus dedos se entrelazarían con los míos, y yo no me sentiría como si el mundo conspirase para hacer aún más agudo mi dolor. Me sentiría capaz de contraatacar. La necesidad y el deseo de convertirme de nuevo en una parte de todo llegaría a ser abrumadora. Más

que cualquier otra cosa, desearía andar.

Tratando desesperadamente de alcanzar aquel estado de ánimo y fortaleza, incluso sin la presencia de Luke, apreté las manos contra los brazos de la silla y deseé que mis pies se apretasen contra los estribos, pero los músculos de mis piernas no se mostraron cooperativos. Sólo una leve sensación pareció desplazarse a través de mis pantorrillas y muslos. Decepcionada, me eché hacia atrás.

Miles acercó la limusina todo lo que pudo a los escalones. Tony y él se apearon en el momento en que aparecía el reverendo Carter. Era un hombre alto y delgado con rasgos pronunciados y un pelo rubio que empezaba a ser gris. Tony le estrechó la mano, habló con él un momento y luego los dos, con Miles siguiéndoles, subieron los escalones.

—Esta es mi bisnieta Annie.

—Dios te bendiga, querida —dijo el reverendo, después de cogerme la mano entre las suyas—. Eres una chiquilla fuerte y valerosa.

—Gracias.

Tony indicó a Miles y a Drake que me llevasen, con silla incluida, por las escaleras hasta el coche. Vi a Rye Whiskey, vestido con un viejo traje negro, allí cerca. Su recio cabello gris aparecía bien cepillado y echado hacia atrás de la frente.

Sus ojos consoladores, cariñosos y suaves caldearon mi helado corazón.

Atravesamos la gran puerta y giramos a la derecha, hacia el panteón de la familia Tatterton. Cuanto más nos acercábamos al gran monumento de mármol, el corazón empezó a dolerme, sintiéndolo como un pequeño puño que apretase y apretase hasta que ya no pudo apretar más. Un leve grito se me escapó de la garganta. Drake me cogió de la mano y me la apretó con fuerza. Cuando el coche se detuvo, Drake abrió la puerta y alargó luego la mano hacia atrás para guiarme hasta la silla que me aguardaba. Él y Miles me alzaron y me depositaron delicadamente en ella. Luego Drake dio la vuelta a la silla y me enfrenté con aquella alta piedra en la que se leía:

Stonewall

Logan Robert - Heaven Leigh
Amante esposo - Amante esposa

La contemplé con temor, incrédula, con la realidad de la muerte de mis padres nunca tan vívida como en aquel momento, pero mi cuerpo no se deshizo ni se marchitó como una frágil flor. Yo era en aquel momento tan dura y tan fría como la misma piedra ante la que me encontraba.

El reverendo se acercó al monumento, abrió su Biblia y dio comienzo el oficio. Cuando sus palabras llegaron a mis oídos, mi cerebro las canalizó para archivarlas en la biblioteca de mi memoria. Vi cómo se movía su boca y le vi doblar las páginas, pero no escuché ni una sola palabra.

En su lugar, oí las palabras que sabía que musitaría mi madre si ahora pudiera encontrarse a mi lado: «Annie —me diría—, debes ser de nuevo fuerte. Debes conseguir ser otra vez fuerte. No debes convertirte en una criatura débil y dependiente agitada en las sombras de Farthy. Si lo haces, palidecerás y morirás como una flor a la que se aparta de la luz del sol».

«Mi querida Annie —continuaría mi padre—, me gustaría que pudiésemos estar a tu lado para darte el amor y el apoyo que te hemos concedido durante toda nuestra vida, pero no nos es posible. Sé que ese amor debe estar dentro de ti para que puedas de nuevo ponerte sobre tus dos pies, y una vez más realizar la obra que tu madre y yo comenzamos en Winnerrow. Estamos contigo, Annie, somos una parte de ti.»

—Mamá... Papá... —musité.

Pero no pude negar la realidad de lo que todo aquello significaba. Significaba el fin del mundo tal y como yo lo había conocido. Había acudido aquí para despedirme de mamá y de papá, pero en realidad estaba diciéndome adiós a mí misma, también como una niña.

Adiós al tintinear de las cajas de música y a las risas de una familia reunida, íntima, anhelante de verse unos a otros cada día. Adiós a los abrazos y besos y a las palabras de aliento. Adiós a las risas de papá resonando a través de la casa y barriendo las preocupaciones que a veces se presentaban en nuestras vidas. Adiós a las cenas de los sábados cuando todos hablábamos alrededor de la mesa. Adiós a todas las fiestas, a las reuniones en torno del árbol de Navidad para abrir los regalos, a la deliciosa cena navideña. Adiós a las cenas del Día de Acción de Gracias, con parientes e invitados contentos y atiborrados. Adiós a los cánticos alrededor del piano y a los juegos de charadas. Adiós a la búsqueda de los huevos de pascua y a mordisquear conejitos de chocolate. Adiós a los paseos dominicales y a las vacaciones a lo largo de la orilla del mar. Adiós a permanecer levantada en Nochevieja sólo para besar a mamá y papá, y desearnos mutuamente un feliz Año Nuevo. Adiós a todas las razones para todas las fiestas. Adiós a todos los regalos y bonitos papeles de envolver, cintas y sorpresas. Adiós a todo aquello que había hecho la vida tan deliciosa, divertida y cálida.

Meneé la cabeza incrédula. Yo era como un fantasma de mí misma, vacía, carente de sensaciones, flotando a la deriva. Incluso las palabras finales del reverendo parecieron huecas, perdidas en el viento:

—Uníos conmigo en el salmo: «El Señor es mi pastor y nunca querré...».

Oculté el rostro entre las manos y sentí la mano de Drake encima de mis hombros. En cuanto acabó el salmo y el reverendo cerró su Biblia, Drake dio la vuelta a mi silla y la encaminó hacia la limusina. Me eché hacia atrás y cerré los ojos.

—Llevala al piso de arriba y metedla en la cama en seguida —murmuró Tony.

Empujaron más de prisa la silla. Miles abrió la puerta y él y Drake me alzaron hasta el asiento de atrás. Me sentía tan flácida como un pañuelo mojado. Sentí cómo Tony se deslizaba a mi otro lado y cómo la limusina daba la vuelta.

Abrí los ojos, tratando de mirar atrás hacia el panteón, una vez más, mientras salíamos del cementerio, pero alguien en el cercano bosque captó mi atención. Fue un movimiento rápido, una figura en la sombra volvía a la vida, que entraba en la luz del sol mientras se precipitaba de regreso a la protectora oscuridad de los bosques.

Era él, aquella delgada y alta figura que yo había visto desde mi ventana...

Como un fantasma al que todos se hubieran olvidado de invitar, había aparecido en la parte de atrás, para compartir la ceremonia de duelo, en silencio, inadvertido, y luego había desaparecido con suma rapidez. Al parecer, sólo yo parecía haberme percatado de su presencia.

Tomé un calmante y descansé. Desperté a últimas horas de la tarde. La enorme casa estaba tan silenciosa, y el sedante me había hecho dormir tan profundamente que me costó un buen rato percatarme de dónde estaba y qué había sucedido. Al principio, todo pareció como un sueño, como una prolongada pesadilla; pero la visión de la silla de ruedas que me aguardaba, y de las medicinas, toallas y lociones alineadas en la larga tabla del tocador, constituían pruebas suficientes para saber que, desgraciadamente, no se trataba de un sueño.

Cuando miré a través de las ventanas vi que las algodonosas nubes se habían aplastado hasta formar una especie de manta de un gris oscuro, y convertir la tarde en deprimente y lúgubre, una apropiada secuela de la ceremonia de la mañana. Me coloqué sentada sobre la cama y me serví un poco de agua de la jarra de plástico azul que estaba encima de la mesilla de noche, al lado de la cama. Aquella quietud a mi alrededor resultaba intrigante. ¿Dónde se encontraba Mrs. Broadfield? ¿Y Tony? ¿Habría regresado Drake a Boston?

Toqué la campanilla que colgaba de uno de los postes del lecho y aguardé. No se presentó nadie. Toqué de nuevo, esta vez un poco más prolongadamente y más fuerte. Siguió sin comparecer nadie. ¿Habían esperado que durmiese más tiempo? Pensé que aquello era lo más probable, pero me sentía hambrienta. Había dormido desde el almuerzo y se acercaba ya la hora de la cena.

—¿Mrs. Broadfield? —grité.

Resultaba extraño que no se encontrase al otro lado de la puerta. Siempre llegaba corriendo al poco tiempo. Aquel continuado silencio me resultó frustrante. Confinada en una cama, siempre dependiente de los demás..., aquello me puso furiosa. Llevada por esta frustración y cólera, me incliné y estiré hasta que pude agarrar el brazo de mi silla de ruedas. Me mostraría ante ellos. De todos modos, me pregunté por qué estaba la silla de ruedas tan alejada del lecho. Era casi como si Mrs. Broadfield deseara verme atada.

Acerqué la silla más a la cama y levanté el brazo derecho. No había realizado todo esto hasta ahora, pero sentí que podía hacerlo. Me deslicé por el borde de la cama, y coloqué las piernas a un lado como si se tratase de dos pesos muertos. Trabé

la silla para que no se moviera, respiré hondo y me empujé fuera de la cama.

Al principio me encontraba con mi lado izquierdo al lado de la silla, pero luego giré el cuerpo y me coloqué sobre el respaldo. Después de eso me apoyé en los brazos de la silla, alzando levemente la cooperadora parte inferior de mi cuerpo hasta quedarme sentada. Animada por este éxito, comprobé que podía alzar las piernas agarrándolas debajo de los muslos. Mis pies colgaban estúpidamente por debajo. Los coloqué en los estribos y finalmente me quedé allí sentada, y agotada. ¡Pero lo había conseguido! No era tan desvalida como me habían hecho creer... Cerré los ojos y esperé a que se calmase mi impetuoso corazón.

Una vez más escuché por si percibía sonidos en alguna parte, pero sólo percibía un profundo silencio. Respiré profundamente y liberé las ruedas para poder avanzar hacia el umbral. Una vez allí, me detuve y miré por la salita de estar. No había el menor indicio de Mrs. Broadfield, ni revistas abiertas, ni libros, nada.

Me impulsé por la sala de estar hasta el pasillo. El aire era aquí más frío; las luces estaban aún apagadas y las sombras eran largas y densas. Empecé a girar hacia la izquierda, para encaminarme a la escalera donde esperaba que podría detenerme y llamar, pero me vi tentada de explorar por mí misma, de emplear la movilidad que había adquirido de nuevo para la aventura. ¿Dónde estaba el dormitorio de Tony?, me pregunté. ¿No estaría por aquí? Tal vez estuviese en él. A lo mejor las actividades de la mañana le habían también cansado. Empleando esto como una excusa para tranquilizar mi asustado corazón, seguí impulsándome con la silla de ruedas. De vez en cuando me detenía para escuchar, pero continué sin oír nada.

Me deslicé hasta llegar al umbral de una puerta doble abierta. Comprobé que el diseño de sus habitaciones se parecía mucho a aquellas en que yo me encontraba. Sólo una lámpara estaba encendida, pero cuando me impulsé hacia adelante y entré no vi a nadie.

—¿Tony? ¿No hay nadie?

«¿Qué *suite* sería ésta?», me pregunté. No tenía el aspecto de ser la de Tony. Pero había algo familiar en ella. Luego percibí el fuerte aroma a jazmín. Mi curiosidad era como un imán, más fuerte que la prudencia, y me impulsaba a seguir adelante, y me arrastraba hacia la segunda entrada, el umbral del dormitorio.

Me empujé un poco más y me detuve. En la silla delante de la tabla de mármol blanco del tocador había un adorno de una carroza de marfil orlada con un lazo de color melocotón. La tabla estaba atestada de polvos y cremas para la piel, lociones y frasquitos de perfume. Sin embargo, lo que atrajo en seguida mi atención fue un limpio cerco oval en la pared. El espejo que en un tiempo estuviese colgado encima de este tocador había sido quitado. ¿Por qué?

Cuando me volví hacia la izquierda, vi que lo mismo habían hecho con el espejo de pared y con el espejo que había estado en los armarios. Sólo se veían los marcos. Picada ahora por la curiosidad, me acerqué más allá con la silla y vi las zapatillas rojas de satén al lado de la gran cama de matrimonio con dosel, una cama que casi era

un duplicado de la mía. Sobre el lecho habían arrojado un vestido de fiesta de linón rojo cereza con mangas ampulosas y un cuello con volantes. La colcha estaba vuelta encima de la cama, como si alguien se lo acabase de quitar de encima.

Más a la derecha vi que los cajones del vestidor habían quedado abiertos. Tenía el aspecto de alguien que hubiese entrado en el cuarto y hubiese revuelto aquellos cajones, de forma salvaje, en busca de cosas valiosas ocultas. Prendas interiores y medias colgaban por los lados.

Encima de los vestidores y mesas aparecían joyeros abiertos. Vi brillar collares, pendientes con alhajas, pulseras de diamantes y esmeraldas esparcidos al azar por todas partes. Me percaté de que estaba siendo una intrusa para alguien y comencé a retroceder para salir. De repente, tropecé contra una pared. Pero, cuando me di la vuelta, me encontré con los enrojecidos ojos de Mrs. Broadfield.

Su cara estaba por completo enrojecida. Tenía el aspecto de haber estado corriendo a toda velocidad. Su cabello, por lo general perfectamente peinado hacia atrás, tenía mechones rebeldes que le salían por algunas partes como las cuerdas de un piano roto. Como me encontraba sentada y la miraba hacia arriba, las ventanillas de su nariz parecían más grandes, como las de un toro. Su pecho resaltaba con la pesada respiración, alzándose y cayendo contra su apretado y aséptico uniforme blanco de enfermera. Los botones parecían palpitar como si fuesen a reventar directamente ante mis ojos. Ahora había comenzado a alejarme con la silla, pero ella alargó una mano y se apoderó del brazo de la silla de ruedas, impidiendo cualquier posterior movimiento.

—¿Qué crees que estás haciendo? —me preguntó con una voz dura y amenazadora.

—¿Haciendo?

—Entré en tu habitación y descubrí que no estabas en la cama y que había desaparecido la silla de ruedas.

Respiró hondo y se apretó la mano contra la parte inferior de la garganta.

—Te llamé, sabiendo que no te encontrabas en el piso de abajo, y luego comencé a buscar por el pasillo, sin jamás esperar que te hubieras ido de esta manera. No podía imaginar... Pensé que te habría sucedido alguna cosa en una de las habitaciones.

—Me encuentro bien.

—No deberías estar aquí —me dijo, poniéndose detrás de mi silla de ruedas y comenzando a sacarme con rapidez de allí—. Mr. Tatterton me pidió de forma específica que nadie entrase aquí. Me va a echar la culpa, creyendo que soy yo la que te he traído aquí —prosiguió, saliendo de la *suite* y mirando con cuidado arriba y abajo del pasillo antes de seguir más adelante.

Pensé que se estaba portando de una forma ridícula, llevándome a escondidas a mis habitaciones de esa forma.

—A Tony seguramente no le importará que haya venido por este lado del pasillo —exclamé, pero ella no aflojó la marcha.

Resultaba obvio que había quedado espantada ante la posibilidad de perder su empleo.

—Si aparece, le diré que lo he hecho todo yo sola, Mrs. Broadfield.

—Eso no importa. Yo soy la responsable de ti. Te dejé únicamente unos momentos para dar un corto paseo, tomar un poco de aire fresco y ver cómo andan las cosas. Tú te despertaste, te arrastraste hasta la silla de ruedas y luego comenzaste a ir de un lado a otro de la casa.

—¿Pero eso qué le puede importar a Tony?

—Tal vez existan lugares en esta casa que no sean seguros..., con tablas del suelo sueltas o algo parecido. ¿Cómo voy yo a saberlo? Me explicó lo que deseaba. Y era una cosa la mar de sencilla. ¿Quién habría pensado que harías algo así? Oh, querida...

Dio la vuelta con rapidez hacia mis habitaciones.

—Se lo preguntaré cuando venga —dije.

—Ni te atrevas a mencionarlo. Tal vez no lo averigüe y entonces no ocurra nada...

Se detuvo junto a mi cama y retrocedió un paso, mirándome y meneando la cabeza.

—Hay alguien más que vive aquí, ¿no es verdad? ¿Quién es?

—¿Alguien más?

—Además de Tony y de los criados, de usted y de mí. Alguien está usando esa habitación.

—Por lo que yo he visto no hay nadie. Creo que comienzas a imaginarte cosas, a fabular. Mr. Tatterton se pondrá furioso. No le digas nada acerca de esto —me previno, con ojos acuciados y fríos— o tendré problemas por ello..., ambas sufriremos... —añadió, con un tono de amenaza claramente perceptible—. No voy a perder esta colocación por culpa de una chica inválida que viola las reglas.

¡Chica inválida! Nadie me había puesto nunca aquella etiqueta. La rabia se apoderó de mí hasta que mis ojos estallaron en lágrimas. La forma en que había pronunciado aquello de «inválida», lo había hecho parecer algo infrahumano.

¡Yo no era una muchacha inválida!

—Estuve llamándola —le aseguré—. Estaba hambrienta, pero por aquí no había nadie. Incluso cuando me senté en la silla de ruedas seguí llamando.

—Sólo me tomé un poco de tiempo libre. Iba a regresar en seguida. Si hubieras sido un poco más paciente...

—¡Paciente! —exclamé.

Aquella vez, cuando mis ojos se encontraron con los suyos, no los desvié. Mi rebelión se alzó como un fuego gigante. Pegué mi mirada a la de ella, mientras se me desbordaba la ira. Dio un paso atrás como si la hubiese abofeteado. Su cara se volvió horriblemente animada, su boca se movió como si buscara la forma más apropiada para frasear unas palabras, sus ojos se agrandaron y luego se empequeñecieron. Las

venas de sus sienes se hicieron prominentes a la luz, el contorno de sus formas parecía una tela de araña presionando contra su escamosa y delgada piel. Dio unos cuantos pasos hacia mí.

—Sí, paciente —repitió con desdén—. Te han echado a perder. Ya antes he tenido pacientes como tú, jóvenes ricas mimadas que recibían todo lo que deseaban siempre que les apetecía. No saben lo que es sacrificarse y esforzarse, estar necesitada, vivir en medio del dolor y de los pesares.

»Pero te diré algo —continuó, con su rostro distorsionado por una sonrisa de loca—, las personas ricas, consentidas y echadas a perder son débiles y no tienen la fuerza necesaria para luchar contra la adversidad, cuando ésta se presenta, por lo que siempre serán unas inválidas, unas tullidas, atrapadas en su propia riqueza y lujo, unos estúpidos ceros a la izquierda.

Se apretó las manos y se las frotó vigorosamente, como si quisiese sacarse de encima el frío.

—Arcilla que moldear, incapaces de moldearse a sí mismas de ninguna manera. Oh, aún son dulces y bonitas, pero son como...

Miró hacia el vestidor.

—Como lencería de seda, deliciosa de tocar y llevar, pero que luego una se quita.

—Yo no soy así. ¡No lo soy! —grité.

Me sonrió de nuevo, esta vez como si estuviese hablándole a una idiota integral.

—¿Que no lo eres? ¿Entonces por qué no escuchas mis órdenes y haces lo que yo te diga cuando te diga que lo hagas, en vez de combatirme de todos los modos imaginables?

—Yo escucho. Sólo que...

Las palabras se me atravesaron en la garganta. Pensé que me iba a ahogar con ellas.

—Y...

—Estoy sola. He perdido a mis padres. He perdido a mis amigos y soy..., soy...

Asintió, alentándome a que lo dijera. Yo no quería decirlo. No podía.

—¿Inválida?

—¡NO!

—¡Sí, lo eres! Y seguirás inválida a menos que escuches lo que te diga. ¿Es eso lo que quieres?

—Usted no es Dios... —le grité.

No pude contener mi frustración.

—No, nunca he dicho que fuera Dios.

Su tono calmado y profesional aún me encolerizaron más.

—Pero soy una enfermera bien formada. Adiestrada para tratar a personas como tú... Pero, ¿de qué sirve toda esa buena voluntad y ese entrenamiento si la paciente es tozuda y echada a perder y se niega a seguir las órdenes?

»¿Crees que soy cruel? Tal vez lo parezca, pero, si lo soy, es sólo para ser amable.

No escuchas lo que te digo..., las chicas ricas, mimadas y consentidas como tú son débiles; carecen de ánimos cuando comienzan las dificultades. Debes ser fuerte, enfrentarte con tu soledad, formar una costra a tu alrededor..., una postilla encima de tus heridas para poder luchar; en caso contrario, seguirás siendo débil y esa cosa espantosa que ha hecho de ti una inválida mantendrá su presión sobre ti. ¿Es eso lo que quieres que suceda? —me preguntó.

Mi corazón me latía con fuerza porque todo aquello que decía parecía correcto. Estaba atrapada en mis problemas físicos y también estaba atrapada en sus palabras.

—Ya le dije —contesté, bajando la cabeza derrotada— que tenía hambre y que me sentí abandonada. No oía a nadie y nadie respondía a mis llamadas..., ni Tony, ni Drake y tampoco usted.

—Muy bien. Iré al piso de abajo a ver si tu comida ya está preparada.

—Si Drake aún está por aquí, haga el favor de decirle que suba —rogué.

—No está; ha regresado a Boston.

—¿Y entonces, dónde está Tony?

—No lo sé. Ya he tenido bastantes problemas buscándote —musitó y salió de la habitación.

Me quedé sentada allí durante unos momentos con la vista perdida en el espacio, en la estela de la fría presencia de la enfermera. Era posible que fuese una buena enfermera, incluso una gran enfermera, pensé, pero no me agradaba. A pesar de todo lo que Tony había hecho por mí —los doctores, la maquinaria y las atenciones particulares—, deseaba irme de aquí. Tal vez mi tía Fanny tenía razón; tal vez me recuperaría mejor entre personas a las que amase, personas que también me amasen a mí.

Tenía que admitir que había aprovechado la oportunidad de venir a Farthy, no sólo porque siempre había albergado un deseo secreto de hacerlo, sino por el mismo temor, que también había sentido Drake, de regresar a Hasbrouck House y a Winnerrow. No tenía el valor de regresar allí y mirar el cuarto de mis padres, contemplar sus ropas y sus pertenencias, despertar cada mañana esperando escuchar los pasos de papá y su cálido «Buenos días, princesa». Sabía que siempre estaría pensando en que mamá acudiría a verme para hablar de esto y de lo otro.

No, el venir a Farthy había pospuesto la inevitable realidad con la que debería enfrentarme. Pero ahora me pregunté si había adoptado la decisión correcta. Tal vez con tía Fanny allí, cuidándome y divirtiéndome con su inigualable carácter —con sus chismorreos acerca de las personas ricas de Winnerrow, y riéndose por la forma en que la trataban—, podría estar mejor, incluso sin todo aquel equipo especial y atenciones médicas privadas.

Deseé que Luke acudiese para verme, y que él y yo pudiésemos haber discutido acerca de todo esto. No servía de nada hablar con Drake de ello. Se hallaba tan encaprichado con Tony y los negocios, que estaba ciego a cualquiera de los inconvenientes y problemas de Farthy. Ahora estaba casi tan ciego como Tony

cuando éste visitaba las secciones arruinadas de Farthinggale.

«No había tenido el menor contacto con Luke», pensé. Debía verle. ¡Tenía que hacerlo!

Me acerqué con mi silla al escritorio y encontré más papel de cartas. Entonces escribí a Luke otra carta, y esta vez me permití que se me percibiera desesperada:

Querido Luke:

Al parecer se ha producido un equívoco tras otro, lo cual ha impedido que me visitases aquí, en Farthy. Tal vez no te dieron el recado o hubo cualquier confusión.

Necesito verte inmediatamente. Han sucedido muchas cosas desde mi llegada a Farthy. Creo que estoy bastante más fuerte, pero aún no se ha producido ningún progreso importante con mis piernas, a pesar de la terapia.

La verdad es que no estoy segura de si debo quedarme aquí mucho más tiempo y deseo hablar contigo al respecto... Por favor, ven ya. No necesitas de ningún permiso especial. Ven el mismo día en que recibas esta carta.

Metí la carta en un sobre y lo cerré inmediatamente. Luego puse la misma dirección de la primera carta que le había escrito, la que Millie Thomas no llegó a entregar a Tony.

—¿Te vas a quedar en tu silla de ruedas para comer o volverás a la cama? —me preguntó Mrs. Broadfield en cuanto llegó con la bandeja de mi comida.

—Me quedaré en la silla de ruedas.

Dejó la bandeja para acercar la mesita que se colocaba encima de los brazos, luego la encajó y me trajo la bandeja. Levanté la tapa de plata y vi una pechuga de pollo simplemente hervida, una ración de guisantes y zanahorias y una rebanada de pan blanco con mantequilla. Parecía más bien una comida de hospital.

—¿Rye Whiskey ha preparado esto?

—He ordenado a su ayudante que lo preparara siguiendo mis específicas instrucciones.

—Parece algo...

—Creí que estabas hambrienta.

—Lo estoy, pero esperaba algo diferente..., algo como lo que hace Rye. Cualquier cosa la convierte en muy especial...

—Emplea demasiadas especias y convierte tus alimentos en algo demasiado exótico.

—Pero me gustan; ahora me lo como todo, y eso era lo que el doctor Malisoff deseaba, ¿no es verdad? —protesté.

—También desea que comas cosas que sean fáciles de digerir. Teniendo en cuenta tu estado...

Dejé caer con fuerza la tapa encima del plato. Algo parecía deslizarse por mi espina dorsal. Pensé que yo también podía destilar hielo en mis palabras. Me eché hacia atrás y crucé los brazos encima del pecho.

—Quiero algo que prepare Rye. No me comeré esto...

Se me quedó mirando. Sabía que ardía de ira, pero mantuvo sus ojos claros, calmados e impenetrables. Incluso apareció en sus labios una pequeña y rígida sonrisa.

—Muy bien —dijo, cogiendo la bandeja—. Tal vez no estés tan hambrienta como pensabas.

—Tengo hambre. Dile a Rye que me prepare algo.

—Ya te han hecho una cosa y no la has querido —me dijo, declarando un hecho obvio y simple.

—Seré una inválida, pero aún puedo disfrutar de la comida. Dígale a Tony que venga por aquí, por favor —le ordené.

—No te das cuenta de cómo te estás portando, Annie. Sólo trato de hacer lo que es mejor para ti.

—No he tenido problemas para digerir nada de lo que Rye ha preparado hasta este momento.

—Muy bien —dijo, con desgana—. Si has de comer algo que prepare él, le pediré que mejore el pollo.

—Y también que aderece la verdura y las patatas. Y también quiero un poco de su pan casero.

—No te quejes después cuando tengas problemas con tu estómago —me espetó antes de marcharse.

Siempre tenía que decir la última palabra. Pero yo ya sabía qué debía hacer para conseguir que llevara a cabo todo lo que desease: solicitar la presencia de Tony.

Tony llegó antes de que Mrs. Broadfield regresase con mi nueva comida.

—Y qué, ¿cómo te encuentras?

—Cansada, pero hambrienta. Estoy aguardando a que Mrs. Broadfield vuelva con algo que haya preparado Rye Whiskey. No quiero causar problemas, pero no me gustaba lo que me había traído —le dije, pensando que se quejaría ante él más tarde y le daría sólo su versión del asunto.

—No te preocupes por eso —me apaciguó—. No eres ningún problema. Estoy seguro que a Rye no le importará cocinar todo el día para ti.

—No, ya sé que no le importa.

—Pareces irritada.

Durante unos momentos no le respondí, pero luego me di de repente la vuelta hacia él.

—Tony, sé que Mrs. Broadfield es una profesional y me alegra tener una

enfermera tan experimentada para hacerse cargo de mis problemas, y que también es una terapeuta, pero a veces no es muy considerada.

—Hablaré con ella —me contestó.

Sus ojos parecían suaves y reflejaban simpatía, por lo que confié que supiera lo que yo quería decir.

—Mi principal preocupación es que seas feliz, Annie. Todo lo demás viene en segundo lugar. Esto ya lo sabes, ¿verdad?

—Sí, Tony. Aprecio mucho todo cuanto has estado haciendo...

Ahora me sentía más calmada. Luego me acordé de la carta que tenía en el regazo.

—Tony, he escrito otra carta a Luke. Me gustaría, por favor, que te cuidases de que se la manden..., una entrega... especial, para que esté en su poder inmediatamente.

—Claro que sí... —Me tomó la misiva y se la metió con rapidez en un bolsillo de la chaqueta de su traje—. Permíteme que vaya abajo y vigile el asunto de tu comida. No voy a permitir que pases hambre en mi casa.

—No pasa nada. Puedo esperar.

—De todos modos iré a echar un vistazo. Y hablaré con Mrs. Broadfield.

—No quiero tener por esto problemas extras...

—Tonterías. Ya te lo he dicho. Tú eres lo primero. Así es como lo quiero —me tranquilizó y giró sobre sus talones.

—Oh, Tony...

—Sí...

Se dio la vuelta al llegar a la puerta.

—¿Vive alguien más aquí? ¿Una mujer?

—¿Una mujer? ¿Quieres decir además de Mrs. Broadfield?

Sus azules ojos se estrecharon.

—Sí. Antes salí yo sola con la silla y entré en otras habitaciones, exactamente iguales a éstas, y...

—Oh...

Retrocedió unos pasos.

—Te refieres que has entrado en las habitaciones de Jillian.

—¿De Jillian?

«Jillian llevaba tanto tiempo muerta», pensé. Aquella habitación tenía el aspecto de que la hubiesen usado hoy.

—Sí. He debido dejar la puerta abierta. Por lo general, no me gusta que nadie vaya por allí —me contestó con el tono más duro y severo que jamás le hubiera oído.

—Lo siento. Yo...

—Está bien —se apresuró a añadir—, no ha ocurrido nada. He conservado aquellas habitaciones de igual modo que el día en que murió. Siempre es difícil enfrentarse al hecho de que ya no se encuentra entre nosotros.

—¿Por qué están quitados todos los espejos?

—Eso constituyó una parte de su locura hacia el final... De todos modos aquí no hay nadie más —siguió hablando de prisa, y después forzó una risa—. No me digas que tú también estás viendo los fantasmas de Rye...

Meneó la cabeza y se fue pavoneándose.

¿Otra habitación conservada como un museo? ¿Avanzaría Tony de un momento del pasado al otro, conservando sus recuerdos tan vividos al mantener la ilusión de que Jillian aún seguía allí? Yo podía comprender que un hombre solitario se aferrase a sus recuerdos, fotos, cartas, cosas que tuviesen un significado especial y amoroso para él, pero conservar la habitación del mismo modo en que estaba el día de la muerte de Jillian..., aquello era misterioso. Un escalofrío me atravesó y, por primera vez, me pregunté si no habría llegado el momento de pedir el regreso a Winnerrow.

Muy poco después, Mrs. Broadfield regresó con una nueva bandeja de comida. Esta vez me había traído un poco de los famosos pollos fritos de Rye, sus patatas especiales batidas y verduras al vapor, que olían frescas y deliciosas. Estaba tan hambrienta y todo parecía tan bueno que lo engullí en seguida. Mrs. Broadfield se quedó allí, con el rostro inexpresivo, y los ojos fríos. Era como si se hubiese puesto una máscara y sólo sus ojos parecían sobresalir a través de su cara de granito. Se fue a la sala de estar y regresó poco después de que hubiese concluido la comida.

—Estaba deliciosa —comenté.

—¿Quieres que te ayude a volver a la cama?

—No, me parece que seguiré en la silla y veré la tele.

Tomó la bandeja y se fue. Usé el mando a distancia y encendí el televisor. Sintonicé un canal en que daban una película que no había visto, me retrepé en la silla pero, en lo que parecieron pocos minutos después, sentí un dolor punzante en el abdomen. Gemí y me oprimí con las manos el vientre. El dolor se aplacó y me incliné de nuevo hacia atrás, respirando hondo de forma repetida; pero el dolor se presentó de nuevo y esta vez con una ferocidad mucho mayor, pareciendo taladrarme el estómago y lanzando oleadas de dolor hacia el pecho. Oí cómo el estómago me hervía. Sabía que iba a darme un ataque de un momento a otro.

—¡Mrs Broadfield! —grité— ¡Mrs. Broadfield! —casi aullé.

Pero no me respondió. Comencé a impulsarme con la silla hacia la puerta.

—¡Mrs. Broadfield!

Estaba sucediendo. Mi cuerpo se rebelaba.

—Oh, no... ¡Mrs. Broadfield!

Cuando llegé, ya estaba doblada encima de la silla de ruedas hecha un revoltijo.

Se quedó de pie en el umbral, con las manos en las caderas y una dura y fría sonrisa de autosatisfacción tallada en su cara de piedra.

—Ya te lo dije antes —manifestó, moviendo la cabeza.

Inclinada sobre la silla de ruedas, sólo pude gemir y rogar que me ayudase.

La venganza de Mrs. Broadfield

Mrs. Broadfield me llevó con la silla en seguida al cuarto de baño. Comenzó a llenar la bañera y luego me desnudó, arrancándome desconsideradamente la ropa. Me sentí como un plátano maduro en las manos de un mono hambriento. Si hubiera podido arrancarme la piel, estoy segura de que lo hubiese hecho. Durante todo este rato no dijo nada, pero podía leer en sus furiosos ojos que me repetía: «Ya te lo dije». Gemí, oprimiéndome aún el estómago.

—Es como si alguien estuviese encendiendo cerillas ahí dentro —grité, pero hizo oídos sordos a mis quejas.

Me enjugó con algunas toallas y luego, enderezándome y sacándome de la silla de ruedas, literalmente me arrojó en el agua caliente. Tenía mucha fuerza para una mujer de su tamaño.

En cuanto me sumergí, cerró el grifo y yo me hundí más y más hasta que el agua me llegó al cuello. Aunque estaba tan caliente como siempre, me pareció que me proporcionaba algún alivio. Cerré los ojos y me apoyé hacia atrás, aún gimiendo en voz baja.

Volví a abrir los ojos en cuanto oí a Tony. Había escuchado toda aquella conmoción y se había presentado a la carrera en mi ayuda.

—¿Qué sucede? —gritó desde la sala de estar.

—¡Cierre la puerta del cuarto de baño! —rogué.

Mrs. Broadfield hizo una mueca de burla.

—Limítate a estar aquí y remójate —me ordenó y salió del cuarto de baño, cerrando con fuerza la puerta detrás de sí. Incluso de este modo, entreoí la conversación.

—¿Le ha sucedido algo a Annie, Mrs. Broadfield?

—Le rogué que no comiese esos exóticos platos especiados que confecciona su chef. Incluso logré que el otro cocinero le hiciese algo apropiado y nutritivo, pero se puso tozuda e insistió en que quería la comida del cocinero, por lo que tuve que volver y que me lo preparase el chef.

—Lo sé, pero...

—Su estómago es muy sensible, como la mayor parte de su cuerpo. Traté de explicárselo, pero quiere precipitar su recuperación y, como la mayoría de las adolescentes, no le gusta escuchar a las personas mayores que poseen más experiencia.

—¿Debo hacer venir al doctor? —preguntó ansioso.

—No, yo puedo hacerme cargo de esto. Estará incómoda durante un rato, pero no hay necesidad de avisar al médico.

—¿Hay algo que pueda hacer?

«Dios bendiga a Tony», pensé. Parecía tan preocupado, con una voz grávida de inquietud y simpatía, en contraste con los tonos severos y correctos de Mrs. Broadfield.

—No, la limpiaré, le daré alguna medicina y la pondré cómoda. Mañana ya se encontrará mucho mejor, aunque su estómago se mostrará aún más delicado. Lo que puede hacer es hablar con el chef y que prepare la comida, a partir de ahora, siguiendo exactamente mis instrucciones.

—De acuerdo.

Oí cómo Tony se marchaba y, momentos después, Mrs. Broadfield regresó al cuarto de baño. Ella se irguió encima de mí. Mis lágrimas, mezcladas con gotas de vapor, rodaron por mis enrojecidas mejillas. De repente, su pétreo rostro se suavizó y, como un busto de cera que se acerca al calor, sus labios se hundieron, las comisuras de su boca se ensancharon y sus ojos se humedecieron de simpatía.

—Pobre chiquilla... Si me hubieses escuchado... te hubieses ahorrado ese innecesario dolor encima de la agonía que ya asolaba tu atormentado cuerpo.

Se arrodilló a mi lado y cogió un paño para enjugar las lágrimas de mi rostro.

—Será mejor que cierres los ojos y te relajes un poco más. Te sacaré de aquí dentro de unos momentos. Luego te secaremos, te pondré un limpio y suave camisón y te daré algo para que te alivie esos calambres abdominales. Luego te quedarás dormida como un bebé.

—No comprendo..., nada de lo que había comido antes me causó una cosa igual.

Pasó la esponja por mi pescuezo y hombros, restregándome la piel en pequeños y suaves círculos con tanta delicadeza como si yo fuese de porcelana.

—Ahora estás en mis manos. Déjame trabajar y te recuperarás cuando quieras y como quieras, Annie. ¿Me dejarás hacer aquello para lo que me pagan?

Asentí, ahora con los ojos cerrados. El dolor se había aliviado algo, aunque mi estómago aún me ardía y me amenazaba. Mrs. Broadfield pasó los dedos entre mis pechos y apretó la palma de la mano contra el abdomen. Cuando abrí los ojos, vi su rostro tan cerca del mío que percibí los poros de su piel y los pelitos de las ventanillas de su nariz, así como las grietas de sus labios.

—Aún está muy activo aquí —susurró.

Posó sus ojos en los míos pero tenía una expresión remota.

—¿Puedo ya salir del agua?

—¿Qué? Oh..., sí, sí.

Se incorporó con rapidez y alargó la mano hacia las toallas. Luego me ayudó a salir de la bañera y enjugó mi cuerpo hasta dejarlo seco. En cuanto me puse el nuevo camisón, me ayudó a volver a la cama y me dio dos cucharadas de un líquido gris y gredoso. Momentos después cesaron mis ardores de estómago y me administró una píldora para dormir.

Hice todo lo que me decían..., cerré los ojos y me quedé dormida, ansiosa del

alivio que me brindaría el sueño. Antes de adormecerme, abrí los ojos una vez más y la vi de pie a mi lado, mirándome como un gato que ha atrapado a un ratón en un rincón y ronda encima de su presa, disfrutando de los tormentos que le aguardan a su más débil y patético rival.

Mañana me sentiré mejor, pensé, y mañana Luke recibiría mi carta y vendría a verme. Tuve un sueño acerca de él. Él era un caballero sobre un blanco caballo. Llegaba al galope a través de las altas puertas de Farthy y entraba a la carga en la mansión, precipitándose por las escaleras hasta mi habitación. Abría las puertas y se acercaba a mi cama, donde en seguida me abrazaba. Estaba tan feliz de verle que dejé a un lado cualquier consideración y le besé en plenos labios. Mi camisón se me deslizó de los hombros y él apretó los labios contra mis desnudos pechos, cerrando los ojos y aspirando como si yo fuese una rosa.

—Oh, Luke —gemí—, cuánto tiempo te he esperado, cómo te he anhelado.

—Annie mía.

Me acarició amorosamente, consiguiendo que mi cuerpo se estremeciera con cada beso, hasta que aquella comezón alcanzó mis piernas y las llenó de renovadas energías y vida.

—Te sacaré de aquí para que podamos amarnos para siempre...

Me deslizó entre sus brazos, me sacó de allí y bajamos las escaleras. Yo estaba aún medio desnuda, pero aquello no me importaba. Me colocó sobre su caballo y salimos al galope de Farthy. Sólo una vez miré hacia atrás en el sueño y, cuando lo hice, vi a Tony en una ventana observando, con su rostro desgarrado por la tristeza. Pero ahora había también a su lado una figura en sombras. No podía ver su rostro, pero me sentí triste por dejarle. Alargué las manos hacia atrás como para llamarle y en aquel momento me desperté.

Al día siguiente, me quedé en la cama toda la mañana y parte de la tarde. Mrs. Broadfield decidió que, por un día, tendríamos que saltarnos la terapia. Ella y Rye Whiskey prepararon harina de avena para el desayuno y me permitieron tomar un té muy dulce y tostadas con jalea durante el resto del día. Hacia media tarde, me sentí lo suficientemente fuerte como para sentarme en mi silla de ruedas. Un poco después de las dos apareció Rye, aún vestido con su delantal. Mrs. Broadfield se había ido a dar un paseo.

Entró con aspecto tímido, de remordimiento. Supe inmediatamente que se sentía responsable de lo que me había sucedido.

—¿Cómo se encuentra, Miss Annie?

—Mucho mejor, Rye. Pero no te eches la culpa. No había forma de saber qué perturbaría o no mi digestión. Hasta ahora no lo había hecho nada de lo que me preparabas.

Hice un ademán, abriendo los ojos, para dar mayor énfasis a mi frase. Asintió

pensativo. Pude ver que estaba pensando en algo.

—¿Sabe qué estoy pensando, Miss Annie? No puse nada en aquella comida que no hubiera puesto antes...

—No fue culpa tuya —repetí—. No debería haber obligado a Mrs. Broadfield a devolver la comida que tu ayudante había preparado.

—Verá. Entró como una furia en la cocina, con llamas en los cabellos. Dejó caer la bandeja y yo di un salto de un kilómetro. «Dice que le prepares tu pollo especial, con verduras y patatas.»

»Yo ya lo había preparado para Mr. Tatterton, por lo que le contesté que ya estaba dispuesto. Gruñó y le puse el plato en la bandeja.

—¿Y entonces qué sucedió?

—Nada. Se lo di para que se lo llevara, puesto que no tenemos doncella, y ella se llevó la bandeja. Pero me olvidé el pan y corrí detrás de ella. La alcancé porque se había detenido en el comedor para añadir la medicina y...

—¿Medicina? ¿Qué medicina?

Rye se encogió de hombros.

—Me dijo que era una medicina. Para ayudarte a digerir la comida.

Nunca había tomado algo así.

—Le entregué el pan y ella se fue a su habitación; lo siguiente que vi fue a Mr. Tatterton que corría por allí frenético porque la comida le había puesto a usted enferma. Entró a verme y le dije: «Sí, señor, haré todo lo que la enfermera me diga». Eso es todo. ¿Se encuentra ya bien?

—Sí, Rye. ¿Estás seguro que puso la medicina en mi alimento?

—En las patatas. Lo estaba mezclando cuando salí de la cocina. Confié en que no estropease el sabor, pero estaba demasiado asustado como para decirle nada. Debe ser una buena enfermera y cura así las enfermedades.

—Y si ella quiere... —musité pensativa.

No se trataba de ningún medicamento. Se había vengado de mí ante mi insistencia acerca de la comida, por desafiarla. «Dios mío —pensé—, estoy en manos de una persona sádica, vengativa y odiosa...» ¡Todo este dolor e incomodidad había sido obra suya!

—O tal vez puso también la enfermedad en ti —añadí, asintiendo comprensiva.

Rye me entendió.

—Miss Annie...

Se dio la vuelta y miró hacia el vacío umbral para asegurarse de que no entraba nadie.

—Tal vez ya esté mejor. Tal vez será mejor que se vaya ahora a su casa.

—¿Qué? —Le sonreí confusa—. ¿Quieres que me vaya a casa?

—Será mejor que regrese a mi cocina. Me alegro de que ya se encuentre mejor, Miss Annie.

Se apresuró a marcharse antes de que pudiese hacerle más preguntas, pero no

había ya en mi mente la menor duda de que sabía más, mucho más, respecto a cómo iban las cosas en Farthy.

Tony no apareció hasta la hora de la cena. Me habían dado la comida que, originariamente, había devuelto a la cocina: una pechuga de pollo hervida, guisantes y zanahorias y patatas cocidas trituradas. Mrs. Broadfield sonrió de oreja a oreja cuando trajo la bandeja y la colocó en la tabla de mi silla. Se quedó de pie cerca para observar cómo me lo comía, sólo para asegurarse, según dijo, de que podría volver a comer normal.

—¿Ha puesto algo aquí para facilitarme la digestión? —le pregunté.

Su sonrisa se evaporó.

—¿Qué? ¿Como qué?

—No sé..., como lo que puso en la comida cuando me trajo por segunda vez anoche la cena —le dije, con los ojos fijos en los de ella.

—¿Qué? ¿Quién te ha dicho una cosa así?

No parecía enfadada, más bien divertida, como si la tomasen por una idiota integral. Aquella rígida y cínica sonrisa alrededor de sus ojos aún me puso más furiosa.

—Rye me lo contó —le escupí las palabras—. Vino a ver cómo me encontraba y me contó que la vio poniendo lo que usted le dijo que era un medicamento, después de que usted se llevó la bandeja de la cocina.

—Qué cuento...

Se echó a reír, una risa tenue y amenazadora.

—¿Por qué iba a hacer algo así? Es hasta ridículo sugerirlo.

—Usted lo hizo —respondí con tono acusador.

—Mi querida niña, él sólo trata de justificar su propia culpa por lo que te sucedió. El primer día que llegamos aquí, fui a verle y le dije, de forma específica, que debía eliminar de tu dieta todos los alimentos que llevasen especias. Recordarás que le expliqué que tampoco te diese cosas dulces y pesadas, pero, de todos modos, te puso un pastel de chocolate. O es un cabezón o un estúpido. Estoy segura de que Mr. Tatterton está muy enfadado con él e incluso tal vez hasta le haya despedido.

—¿Despedir a Rye?

Aquélla fue mi vez para reírme y hacerla sentir en ridículo.

—No se percata del tiempo que han estado juntos. Rye es aquí como de la familia y aquí se quedará hasta el día que se muera. Y en lo que se refiere a sentirse culpable, eso es aún más ridículo. Rye es un cocinero maravilloso. La gente no se pone enferma con la comida que prepara —continué, desafiándola, con los ojos ardiendo a través de ella.

Sacudió la cabeza y apartó la mirada. Aquello me confirmó en mis sospechas.

—De todos modos, Mr. Tatterton estaba muy enfadado con él. Y ahora acábate la comida antes de que se enfríe. Prefiero que esté caliente cuando te llegue al estómago.

Giró en redondo y se marchó de la habitación. Poco después se presentó Tony.

—¿Cómo va eso, Annie? He llamado hoy dos veces a Mrs. Broadfield y me ha dicho que ya te estabas poniendo bien.

—Te ha mentado —le grité.

Estaba decidida a que todo esto acabase o me marcharía de inmediato.

—¿Qué? ¿Mintiendo?

—No me puse enferma porque la comida estuviese especiada, Tony. Además, la comida tampoco tenía demasiadas especias, sino que estaba envenenada... —declaré.

Se me quedó mirando durante un momento, con los ojos abiertos.

—¿Envenenada? ¿Te das cuenta de lo que dices? Tal vez sólo estás...

—No, Tony, escúchame. Si realmente te preocupas por mí, escúchame —le dije.

Aquello le llegó al alma. Se acercó más a mí.

—Mrs. Broadfield es una enfermera muy competente, técnicamente competente, pero no es una persona agradable y odia a la gente rica, especialmente a la gente rica joven, mimada y echada a perder. Deberías verle la cara cuando habla acerca de esto: se pone aún más fea, fantasmal, horrible, como un monstruo.

—No tenía la menor idea —replicó, asombrado.

—Sí, y tampoco aguanta que la desafíen. En cuanto le hago la menor pregunta acerca de lo que hace se pone furiosa. Cuando pedí una comida sabrosa a Rye y contravine sus órdenes, se hizo el propósito de darme una lección. Rye ha estado aquí para disculparse, y me dijo que ella le había cogido la comida y que le había puesto algo en ella, alegando que se trataba de una medicina, pero a mí no me dan ningún medicamento con la comida, Tony. Y tú lo sabes. Concibió toda esa penosa y embarazosa escena sólo para darme una lección —repetí, con la ira y la furia brillando en mi rostro, rojo de cólera.

Asintió.

—Comprendo. En ese caso creo que ha llegado el momento en que prescindamos de sus servicios, ¿no te parece?

—Sí, Tony. No puedo soportar un día más al lado de esa mujer.

—No te preocupes por eso. No tienes por qué hacerlo. La despediré esta misma noche. Emplearemos algún tiempo buscando una sustituta adecuada, pero estoy seguro de que lo conseguiremos pronto —añadió con confianza.

—Gracias, Tony. No quería causarte problemas, pero...

—Qué disparate... Si no eres feliz y estás a disgusto con tu enfermera, no mejorarás. Y yo tampoco quiero a alguien tan sádico como parece ser esa mujer. De todos modos —prosiguió—, olvídate de todo eso. Yo me haré cargo de todo. Y ahora, volvamos nuestra atención a otras cosas más brillantes y alegres.

Miró a su alrededor.

—Ya sé qué va mal. Estás aquí sentada o tumbada dándole demasiadas vueltas a tu enfermedad. Mira esta habitación... Parece un duplicado de una habitación de hospital..., sillas de ruedas, andadores, medicinas, bandejas especiales y orinales...,

todo deprimente —concluyó, meneando la cabeza—. Pero yo tengo la medicina mágica para ti.

Sus azules ojos relucieron de júbilo como los ojos de un niño maquiavélico.

—¡Una medicina mágica! ¿Y cuál es?

Alzó una mano como para indicar que no debía mostrarme impaciente. Luego salió del cuarto. Momentos después apareció Parson, trayendo una larga caja de cartón. La dejó junto a la ventana y luego se volvió hacia Tony.

—¿Lo quiere aquí, Mr. Tatterton?

—Exactamente.

—¿Y qué es?

—Ya lo verás —me dijo, mientras me quitaba la bandeja vacía de encima de la silla de ruedas.

La depositó en el tocador y empujó mi silla de ruedas otra vez hasta la cama para que ambos pudiésemos observar cómo Parson desempaquetaba lo que hubiese en la caja. Momentos después me percaté de qué era: un caballete de pintor. Parson lo montó en seguida y lo ajustó para que pudiese pintar sentada.

—¡Oh, Tony, un caballete! ¡Qué maravilloso! —grité.

—Es el mejor que se puede encontrar —anunció orgulloso Tony.

—Oh, Tony, gracias, pero...

—Nada de gracias. Has de volver a ponerte al corriente de todas las cosas. Eso es lo que me han dicho todos aquellos a los que he hablado de ti.

Hizo un ademán a Parson, que se fue y regresó con dos cajas más, una llena de suministros para los artistas y otra con papel. Tony colocó una hoja en el caballete inmediatamente.

—No sé mucho acerca del resto de estas cosas. Simplemente, di órdenes a mi agente de compras para que fuera a adquirir todo aquello que necesitara un artista joven en ciernes. Por alguna parte incluso hay una boina.

Trasteó en la caja hasta encontrar una boina negra y me la dio. Me eché a reír.

—¿Ves? Ya he conseguido que sonrías y te rías.

Luego se acercó a mí y me puso la boina.

—El negro es tu color, Annie.

Me hizo girar hacia un espejo para que pudiera verme.

—¿Te sientes ya inspirada?

Lo estaba. Sólo la visión de mí misma con aquella boina me aportó unos sueños que casi había olvidado. El arte llenaba mi vida de alegría interior y de significado, como ninguna otra cosa podía hacerlo. No me había percatado de lo mucho que lo echaba de menos. El accidente y sus secuelas me habían separado de todas aquellas personas y cosas que yo amaba, especialmente mis obras de arte. Tal vez aquélla era otra pero más significativa razón de por qué me había sentido hasta ahora sólo una persona a medias. Temí mucho que toda aquella triste tragedia me hubiera vuelto incapaz de apelar a los sentimientos y la inspiración más profundos que podían

transformarse en una cosa bella. ¿Qué ocurriría si alzaba el pincel ante el lienzo y veía por siempre sólo un campo en blanco y desnudo?

—No lo sé, Tony.

—Bueno, pero lo intentarás, ¿verdad? Por lo menos lo intentarás. ¿Me lo prometes?

Titubeé y le miré esperanzada.

—Lo intentaré, Tony. Te lo prometo.

—Y ahora —dijo, dando una palmada— te dejaré con tu trabajo. Dentro de uno o dos días espero ver algo magnífico.

—No esperes demasiado, Tony. De todos modos nunca he sido muy buena y...

—Eres demasiado modesta. Drake me lo dijo. Incluso me trajo uno de tus cuadros.

—¡Lo hizo! —exclamé.

—Lo he colgado en mi despacho del piso de abajo.

—No me contó que lo hiciera. ¿Y qué cuadro es?

—El del gorrioncillo en el magnolio. Me gusta mucho. Confío que no te importe que me lo trajera.

—Eso no es lo que me importa..., pero debería habérmelo contado. Debería habérmelo pedido —dije, amonestándole un poco, aunque me sentía lisonjeada y feliz por el aprecio que Drake había demostrado hacia mis obras artísticas.

—Verás, le pedí que me trajera uno y trató de complacerme. No seas demasiado dura con él —me rogó Tony.

—Está bien, Tony. No lo seré.

Me sonrió y echó a andar para salir de la habitación.

—Tony —le llamé.

—Dime...

—Si Luke no llama para las siete, deseo que me acerques a un teléfono para llamarle. No puedo comprender cómo no viene o responde a nuestras cartas y llamadas. Algo debe andar mal.

—Si pasa algo malo, Annie, deberías quedar protegida durante algún tiempo. Te diré lo que haremos... Le llamaré yo mismo si él no telefonea.

—Pero en realidad me acabas de decir que si algo va mal no me lo dirás...

—Te lo diré. Te lo prometo.

—Tony, deseo que instalen un teléfono aquí. No puedo resistir este aislamiento. Pídele al doctor que dé su permiso.

Tony pareció dolorido porque yo empleara la palabra «aislamiento», pero yo no pude evitarlo. Así era cómo me sentía. Hizo una mueca.

—No se trata de que no estés haciéndolo todo por mí, Tony. Y te lo aprecio, de veras, pero echo de menos a mis amigos y la vida que llevaba antes. Soy una mujer joven que estaba a punto de comenzar la parte más excitante de su vida. No puedo evitar el sentirme sola, aunque tú y Drake me prestéis toda la atención posible. Por

favor, habla con el médico —le rogué.

Su rostro se suavizó.

—Claro que sí. Estoy seguro de que se mostrará de acuerdo. Estás en camino de una recuperación total. Estoy seguro de ello. Pinta, come bien, descansa y estarás de pie más de prisa de lo que te imaginas.

—Vuelve en cuanto hayas llamado a Luke.

Asintió y se fue.

Me senté en silencio durante unos momentos, pensando en todo lo que había sucedido. Tal vez Tony estuviese en lo cierto... No debería reflexionar acerca de mi dolencia y evitar para siempre todos aquellos tristes pensamientos. Me había prometido librarme de Mrs. Broadfield inmediatamente. Pero incluso con una enfermera compasiva y atenta, me seguiría sintiendo atrapada.

Tony podía rodearme del equipo más costoso y traerme, uno tras otro, toda clase de televisores, equipos estéreo, lo que fuese, y seguiría sin estar satisfecha. Echaba de menos mi propia habitación, el olor de mi ropa de cama y de mi almohada, la esponjosa sensación de mis edredones de plumas. Añoraba mis propios vestidos y zapatos y peines.

Echaba de menos el reírme por nada con mis amigas, escuchar música a solas o con amigos en la cafetería. Sentía nostalgia de las fiestas, y bailar y reírme con gente de mi edad. Echaba de menos las cosas más simples y las cosas más complicadas. Añoraba el ver crecer las flores en nuestro césped y observar cómo mamá hacía punto tranquila en la sala de estar. Echaba de menos a papá leyendo el periódico, volviendo pensativamente aquellas grandes páginas y, de vez en cuando, mirando por encima de ellas o guiñándome un ojo.

Y, por encima de todo, añoraba a Luke. Echaba de menos el verle acercarse por la calle u observarle, sin que fuese consciente de ello, mientras se sentaba afuera del belvedere esperándome. Y echaba de menos nuestras charlas telefónicas nocturnas.

Hacía poco, difícilmente pasaba un día sin que nos viéramos o habláramos, y ahora parecía encontrarse a miles de kilómetros de distancia, alejado toda una vida, distraído tal vez por su propio mundo privado. Reducía a pedazos mi corazón, simplemente el pensar en ello. Pero Tony tenía razón. No debería reflexionar meditabunda acerca de mi estado. La única forma de estar con Luke era coger fuerzas y ponerme bien de nuevo.

Debería regresar en cuanto fuera posible a mi antigua manera de ser, y una forma de empezar ese regreso lo constituía el pintar de nuevo. Me acerqué con la silla de ruedas al caballete y miré en la caja de suministros de pintura. Lentamente, desempaqueté las cosas que necesitaría para empezar.

«Pero ¿qué pintaría?», me pregunté. Como si se tratase de una respuesta, la ventana atrajo mi atención y miré hacia el cementerio familiar de los Tatterton. Cogí el lapicero y comencé a bosquejar, trabajando como si uno de los espíritus de Rye Whiskey se hubiese apoderado de mi brazo y guiado mis dedos a través del lienzo en

blanco. Y mientras dibujaba, me empezaron a asomar las lágrimas.

Exactamente igual que las otras veces en que comenzaba un cuadro, pronto me absorbí en mi tarea. Era como si me hubiese encogido y me hubiese convertido en una pequeña figura en el bosquejo, moviéndose por el paisaje, dirigiendo mi ser mayor para dibujar esto o arreglar aquello. El mundo a mi alrededor se decoloró; perdí la noción del tiempo e incluso del lugar. Ni siquiera oí el regreso de Tony y no tuve la menor idea de cuánto tiempo llevaba de pie detrás mío, observándome trabajar. Tuve un sobresalto cuando me percaté de que estaba allí.

—Lo siento. No quería asustarte, ni tampoco molestarte y arruinar tu inspiración. Sé lo mucho que los artistas necesitan la concentración. A Jillian le pasaba exactamente igual. Me refiero a que permanecía de una forma parecida a ti, cuando dibujaba o pintaba algo. Podía estar allí de pie durante horas y horas y no se daría la menor cuenta de ello. Era algo que siempre me asombraba, me fascinaba diríamos mejor, y he comprobado que es igual de fascinante cuando tú trabajas, Annie —añadió.

Lo dijo con tanto apasionamiento que no pude dejar de ruborizarme.

Me sonrió y luego recordó por qué había venido.

—Oh, me preguntaba si necesitarías los somníferos. Antes de que se marchara a toda prisa, Mrs. Broadfield me dejó unas instrucciones. De no haberlo hecho, hubiera dado parte de ella y ya no podría conseguir ningún otro trabajo.

—No, creo que me quedaré dormida esta noche sin ninguna clase de ayudas, Tony. Gracias.

—Muy bien. Pues te dejaré trabajar un poco más y luego me asomaré por aquí para ver si necesitas de mi ayuda para meterte en la cama.

Me brindó una sonrisa y echó a andar hacia la puerta.

—Oh, Tony... —le llamé. Él se dio la vuelta—. ¿Qué ha sucedido cuando telefoneaste a Luke?

—Aún no he podido hacerlo, Annie. He tenido primero que habérmelas con Mrs. Broadfield. Estoy seguro de que lo entiendes. Trataré ahora mismo de dar con él —me contestó, y se fue.

Volví a enfrascarme en mi tarea.

Horas después, me retrepé en mi silla, mentalmente agotada. Realmente todo había sido una especie de aturdimiento porque, cuando ahora miraba mi trabajo, era como si alguien lo hubiese realizado y dejado así antes que yo.

Había dibujado el marco de una ventana para servirme como cuadro de la pintura. El monumento se alzaba enorme en el centro del cuadro, con las otras tumbas apenas bosquejadas a su alrededor. Había una figura arrodillada ante la gran piedra. No era Tony y tampoco se trataba de mí; era aquel oscuro y misterioso hombre que había visto antes. Su rostro estaba en blanco, pero él era alto y delgado.

Me quedé mirando la paleta y pensé en los colores que emplearía. Me pareció que el cuadro debería recurrir a los colores grises y negros, para adecuarse mejor con el estado de ánimo. Decidí dejar de pintar hasta el día siguiente por la mañana, cuando me encontrase con unos ánimos más ligeros y felices. Cuando regresé desde la ventana, vi el brazalete de la buena suerte que me había regalado Luke. Mrs. Broadfield se había apresurado a quitármelo cuando me desnudó después de mis problemas estomacales. Ahora estaba encima de la mesilla de noche, junto a la cama. Eran ya más de las ocho de la tarde, por lo que Tony debería ya haberle llamado. Por qué no había subido a informarme de la llamada como me prometió que haría. Significaba esto que Luke seguía inalcanzable o había respondido con otras excusas con tal de no presentarse para visitarme.

Me apoyé hacia atrás en mi silla e inspiré hondo varias veces para calmar mi desbocado corazón, que se parecía mucho más a un tambor militar atronando en mitad de una batalla. Cómo me hubiera gustado averiguar las cosas por mí misma.

Ya no me sentía triste por mí, sino cada vez más furiosa, y algo me dijo que aquello era bueno, que era el principio de una lucha por recuperar la salud y las fuerzas. La frustración convirtió mis manos en puños y se aferró a mi espina dorsal como si se tratase de una soga que hubiesen atado firmemente en ambos extremos. Nada de todo esto variaría cuando llegase la sustituta de Mrs. Broadfield, sin importar lo agradable que pudiese ser. Aún debería incorporarme cuando otros deseasen que me incorporase, comer cuando otros quisiesen que comiera, y lo que dijeran que tenía que comer, aplicarme la terapia cuando alguien dijera que era la hora, hacer la siesta cuando mandara, vestirme, lavarme, ir al cuarto de baño cuando ella decidiese que debía hacerlo, y hablar con la gente cuando ella quisiese que hablara con la gente. Me había convertido en un títere, y mis enfermeras, mis médicos, e incluso Tony, pensé que se habían convertido en los titiriteros.

—¡No! —grité en la vacía habitación.

Sentí que mi ira y mi frustración me recorrían el cuerpo, me caldeaban la sangre y atravesaban mis rebeldes piernas. De repente, se produjo una punzada; una especie de descarga eléctrica recorrió mi columna vertebral. Al principio fue algo parecido a un alfilerazo en la parte posterior de mis muslos, luego se convirtió en un hormigueo a lo largo de mis pantorrillas y en las puntas de los dedos gordos de los pies. Deseé que los pies se apretaran contra los estribos de la silla de ruedas.

Sentí una presión contra las plantas de los pies. Sentí una presión en las piernas, tenue y leve, pero, sin embargo, una tensión. Esta vez, cuando realicé un esfuerzo para salir de la silla, ya no dependí sólo de la fuerza de mi brazo. Mis piernas también ayudaban. Estaba recibiendo una respuesta a mis órdenes mentales. ¡La cosa funcionaba! ¡Lo estaba haciendo! ¡Lo conseguía! Podía lograr por mí misma una inestable posición de pie. Estaba logrando que sucediera, consiguiendo lo que había dado por sentado durante la mayor parte de mi vida, pero realizando lo que en este momento era toda una hazaña... Mi corazón latió de ansia y de felicidad. ¡Mi cuerpo

respondía!

Parecieron pasar horas en vez de unos instantes, pero estaba saliendo de la silla, guiándome por mi sujeción de los brazos cuando comenzaba a incorporarme. Tony entró exactamente cuando conseguía una total posición erguida, pero mis piernas se sacudían como unos palillos de dientes a los que se pedía que sostuviesen un objeto demasiado pesado para ellos. Se detuvo y me miró asombrado.

—Tony... ¡Lo acabo de intentar y ha sucedido! Mis piernas funcionan. ¡Tony! ¡Realmente empiezan a funcionar! Pero parece tan raro, como si estuviese de pie en el aire —me tambaleé cuando me reía.

—Tranquila —me dijo, avanzando con lentitud y sujetándose las manos como si le estuviese hablando a un suicida potencial, en el alféizar de una ventana—. No intentes aún andar. No creo que desees romperte los huesos.

No parecía tan feliz y excitado por todo esto como yo había esperado que sucedería. En todo caso, más parecía enojado. ¿Por qué no estaba tan feliz como yo? Estaba sucediendo, lo que habíamos confiado que sucedería estaba teniendo lugar...

—¡Me voy a encontrar mejor! ¡Ya lo estoy! —Enfaticé, tratando de evocar en él alguna excitación.

Pero su expresión no cambió.

—Claro que lo estás —contestó Tony con voz calmada—. Pero no precipites las cosas. Tómatelo con calma. Será mejor que te sientes de nuevo —me dijo.

—Pero aún no me encuentro cansada, y me encuentro muy bien erguida sobre mis propios pies... Oh, Tony, es una sensación tan estupenda, tan maravillosa, una cosa tan simple como estar de pie... Me gustaría que Drake estuviese aquí para verlo; deseo que Luke... ¿Qué pasa con Luke? Le has llamado ya, ¿verdad?

—Sí, le he telefoneado —me respondió Tony.

—Oh, me pondré en pie para él... Dime exactamente cuándo va a venir y me pondré en pie exactamente cuando entre por esa puerta y...

—No podrá venir mañana —declaró tajantemente Tony—. Al parecer tiene algún examen de ingreso.

La excitación que había estallado en mí se evaporó como un globo pinchado. Percibí que mis nuevamente encontradas fuerzas se debilitaban, mi corazón más fuerte y de poderosos latidos se calmaba y aquellas odiosas sombras caían de nuevo sobre mí.

—¿Qué...? Pero eso no va a llevarle todo el día...

—No parece conveniente. Tal vez pasado mañana o durante el fin de semana. No estaba muy seguro...

—¿Que no estaba seguro? ¿Luke dijo que no estaba seguro?

De repente, mis piernas parecieron convertirse en jalea. Sin el menor aviso perdieron toda su firmeza. Grité. Tony se lanzó hacia adelante pero, por desgracia, no me alcanzó a tiempo de impedir que me derrumbase en el suelo.

Rebelión

La primera cosa en que pensé después de haber recuperado la conciencia fue que llevaba puesto un camisón diferente, uno de los de seda que Tony me había llevado al hospital. Aquello significaba que me había cambiado de ropa antes de la llegada del doctor. Pero, ¿por qué? ¿Me lo habría desgarrado al caerme desmayada? Me resultaba incómodo el percatarme de que me había quitado el camisón y me había vestido mientras permanecía inconsciente. Era muy mayor, un bisabuelo, pero, de todos modos..., seguía siendo un hombre...

Antes de que pudiera preguntarle todas estas cosas, él y el doctor Malisoff irrumpieron en mi cuarto. Mis pensamientos se aclararon y recordé mis logros físicos. Había sucedido... ¡Me estaba recuperando realmente! A pesar de mi colapso, sabía que era verdad, había a la vista un final para mi existencia como inválida. Mi corazón se alegró. Muy pronto volvería a andar sin ayudas, nunca más dependería ya de enfermeras y doctores, medicamentos y equipos...

Aguardé pacientemente, aunque excitada, mientras el doctor Malisoff completaba su examen sobre mí y comprobaba mis reflejos. Tony aguardaba cerca de la puerta.

Mientras permanecía tumbada en la cama, sentí de nuevo un despertar en mis miembros inferiores y supe que algo significativo había tenido lugar. Y aunque el médico exhibía su rostro habitual, analítico e inexpresivo, pude ver algo nuevo en sus ojos cuando me miró.

—¿Y bien...? —pregunté ansiosa.

Tony dio un paso adelante para escuchar lo que el médico diría.

—¿Estoy mejorando?

—Sí —repuso—, tus piernas comienzan a responder y tus reflejos son más fuertes.

—¡Oh, gracias a Dios! ¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios! —canturreé.

Miré hacia Tony, pero éste parecía preocupado. El médico decidió llevar a cabo una rápida consulta con él. Aguardé de nuevo mientras hablaban en la salita de estar. No podía comprender por qué tenían que hacerlo todo sin que yo lo oyera. La única cosa en que pude pensar fue en que él no deseaba que me alterase demasiado.

—Annie —me dijo el médico—, te encuentras de una forma clara en camino de una completa recuperación; sin embargo, resulta muy importante, especialmente ahora, que no aceleres las cosas ni des paso a ningún contratiempo.

—Oh, no lo haré...

—Lo que debes hacer es seguir mis órdenes al pie de la letra, ¿de acuerdo?

Yo asentí. Me podía haber dicho que cortase todo el césped de Farthy con un par de tijeras, y también me hubiese mostrado de acuerdo.

—La razón de que te cayeras después de ponerte en pie es que, físicamente, aún sigues agotada. Queremos ir formándote las fuerzas para la batalla que tienes por delante, ahora que tus piernas ya están respondiendo. Realizaré algunos ajustes en tu terapia. Ya he dado a Mr. Tatterton algunas instrucciones sencillas que hay que seguir. En todo caso, regresaré pasado mañana y te examinaré de nuevo.

—¿Puedo comenzar a usar el andador por las mañanas? Deseo tratar de ponerme en pie y andar en cuanto me levante.

El doctor Malisoff se quedó mirando a Tony y luego se apretó el mentón con los dedos pulgar e índice, mientras me observaba.

—Annie, ya le he descrito los estadios de tu recuperación a Mr. Tatterton, con gran detalle. No hagas nada sin pedir primero permiso. ¿De acuerdo?

—Sí, pero...

—Nada de peros... Esos peros pueden originar complicaciones —añadió sonriente—. ¿Me puedo fiar de ti?

Desvié la mirada, incapaz de ocultar la expresión de tristeza de mi rostro.

—Vamos, vamos, deberías estar contenta. Todo ya está en marcha.

Me dio unos golpecitos en la mano y echó a andar. Tony le estrechó la mano y luego se quedó detrás. Dirigió la vista hacia mí con sus tristes ojos azules.

—Después de que te desmayases, estaba seguro que debería llevarte otra vez al hospital. Ahora tenemos buenas noticias, pero no pareces muy feliz.

—Sólo me encuentro ansiosa por volver a la normalidad, Tony.

—Naturalmente...

Permaneció pensativo un momento y luego, de repente, se le iluminó el rostro como si se le hubiese ocurrido algo.

—Pero tengo otra sorpresa para ti y ahora, que parece existir un grado definido de mejora, incluso estoy más excitado al respecto.

—¿Qué has hecho?

Parecía muy excitado, con sus ojos azules de nuevo juveniles y suaves y el rostro enrojecido.

—Desde que instalamos la silla-ascensor para que pudieras subir y bajar las escaleras, decidí que habría construido una rampa delante de la entrada principal para esta tarde. Así podrás ir tú misma hasta las escaleras, bajar y subir por la puerta delantera. Luego seguirías por la rampa hasta alcanzar los paseos y sendas y disfrutar así de los alrededores de Farthy. Como es natural, las primeras veces sería yo quien te llevaría, pero con el tiempo...

—Con el tiempo andaré por mí misma, Tony.

Sentí decir aquello con tanta rapidez y dureza.

Pareció abatido, como un niño que se viese rechazado, pero no pude hacer nada por evitarlo. Mis progresos me habían llenado de muchas esperanzas, y ahora Tony y el doctor me estaban diciendo que debería esperar mucho más de cuanto había previsto. Debería seguir confinada en una silla de ruedas.

—Claro que sí. Yo no quería decir...

—Aprecio lo que has hecho Tony. Anhele mucho salir y ver los alrededores de Farthy. Gracias Tony. Gracias por todo, estoy segura de que, sin ti, no me estaría recuperando tan de prisa.

Su rostro se iluminó de nuevo.

—Me alegra que te sientas así, Annie. Oh —prosiguió, mirando hacia el caballete—, ya veo que has hecho también progresos en tu cuadro. Qué maravilloso...

Estudié su rostro cuando dirigió una dura y penetrante mirada hacia mi obra. Su sonrisa se disolvió lentamente, y con ella desapareció también todo aquello que había convertido su expresión en brillante y joven. Luego, miró a través de la ventana como si pudiera ver en medio de la oscuridad. Continuó mirando como si viera algo en la impenetrable noche. Yo no sabía qué decir.

—Ahora es sólo un dibujo.

—Sí.

Cuando se volvió de nuevo hacia mí, sus azules ojos parecieron turbados. Frunció las cejas y plegó hacia dentro los labios como alguien que se encuentra bajo una gran presión mental.

—Está bien, pero confiaba en que pintases los jardines y los setos, las pequeñas avenidas y los centelleantes surtidores.

—Pero, Tony, los surtidores no funcionan. Están atascados de hojas otoñales. Y los jardines necesitan una buena poda. Todas las flores de por aquí están ahogadas por las malas hierbas. Algunos de los setos están bien, pero se necesita trabajarlos más.

Miró hacia la lejanía, con unos ojos que no le parpadearon. No me pareció que escuchase ni una de las palabras de lo que dije.

—Cuando el sol se ha puesto, los alrededores centellean. —Sonrió—. Jillian dice que es como si un gigante estuviese de pie en el tejado y arrojase joyas por encima del césped. Es una artista, por lo que tiene ojos e imaginación de artista. Pinta sólo cosas bonitas y placenteras, cosas felices, cosas que la hacen sentirse joven y viva. Ésa es la razón de que comenzase con ilustraciones para libros infantiles.

—¿Jillian..., te refieres... a mi bisabuela? Pero está muerta. Tony...

Me estaba mirando de nuevo, con aquella expresión de lejanía en los ojos. Me sentí temblar. ¿Le estaría sucediendo alguna cosa más? ¿Se estaban haciendo cada vez más frecuentes sus viajes hacia el pasado, hasta el extremo de que tuviese problemas para regresar al presente?

—¿Qué? Oh, me refiero a lo que Jillian solía decir...

Forzó una risa, una risa breve, árida, y miró de nuevo hacia mi caballete.

—Lo que pasa es que, cuando miro obras de arte, útiles artísticos, pienso en ella y recuerdo vívidamente aquellos años lejanos. Bueno, verás, cuando vayas de acá para allá te instalarás en los jardines y pintarás y pintarás, hasta que gastes por completo los pinceles...

»No me sorprende que hayas elegido un paisaje triste, encerrada en este cuarto de la manera en que estás. Un artista necesita espacio para vagar por ahí, para respirar. Sólo Troy podía encerrarse en sí mismo y crear una cosa hermosa tras otra. Realmente estaban vivas en su mente. Supongo...

—Me gustaría ver más trabajos de Troy.

—Oh, claro que sí... Cuando bajas al primer piso, te llevaré a mi despacho y podrás contemplar todos aquellos modelos en los estantes. Creó todos y cada uno de ellos, hasta en los más nimios detalles.

—Tal vez baje mañana —respondí esperanzada.

—Sí. Prepararemos tu primera salida. ¿No es maravilloso? Me refiero a que puedas moverte una vez más por los corredores de Farthinggale Manor...

—¿Una vez más?

Dio una palmada. Todo lo que estaba diciendo parecía muy confuso. Tal vez se tratase sólo de la excitación por mi recuperación inminente, pensé. Debía recordarme a mí misma que Tony no era ningún jovenzuelo. Toda aquella presión sobre él, después de tantos años en relativa soledad, le habían desquiciado la mente.

—Y ahora te dejaré descansar...

—Estoy demasiado excitada para poder dormir.

Me acordé en aquel momento del asunto del camisón.

—Pero, Tony, ¿por qué llevo un camisón diferente del que llevaba puesto antes de caerme?

—¿Un camisón diferente?

Su sonrisa se convirtió en una sonrisa de confusión.

—No comprendo...

—Antes no llevaba éste. Me lo cambiaste, ¿verdad?

Meneó la cabeza.

—Probablemente te confundes. Siempre has llevado este camisón. Es tu camisón favorito. A menudo me lo has dicho.

—¿Te... lo he dicho?

Ahora era él quien me hacía preguntarme cosas. Meneé la cabeza. De todos modos, aquello no parecía tan importante.

—Tal vez pueda administrarte algo que te ayude a dormir. El doctor dejó instrucciones para que sigas con tus sedantes.

—Odio los somníferos. Me producen pesadillas —exclamé.

—Y ahora, Annie, has de seguir haciendo todas las cosas que te han ayudado a alcanzar este punto de recuperación... ¿Vale? —me dijo con una voz más calmada—. El médico cree que deberías hacerlo y, a fin de cuentas, para eso le pagamos..., por sus conocimientos médicos. Volveré en seguida.

Momentos después regresó con la píldora y un vaso de agua. Con desgana, la cogí y me la tragué. Luego me apoyé contra la almohada. Me puso bien los cobertores y apagó las luces. Luego regresó junto a mi cama y me cogió una mano.

—¿Estás cómoda? —me preguntó.

—Sí...

Mi voz sonó muy tenue. Deseé muchísimo que la que sujetaba fuese la mano de papá.

—Estupendo; así es como serán las cosas a partir de ahora —dijo Tony—. Siempre estaré a tu lado. No tienes más que llamar. Oiré tu llamada, Annie, y acudiré todo lo de prisa que pueda.

—Pero no debes dedicarme todo tu tiempo, Tony. Tienes un negocio que dirigir —declaré.

—Oh, no me preocupan mis negocios. Funcionan por sí solos y tengo también al mando a muchas personas competentes, incluyendo ahora a Drake. No pienses ni por un momento en que eres una carga para mí —añadió, acariciándome la mano.

—¿Conseguirás mañana una nueva enfermera?

—El llamar a la agencia será lo primero que haga mañana por la mañana —me aseguró—. Que duermas bien.

Se inclinó y me besó en la mejilla, y esta vez sus labios se demoraron mucho más encima de mi piel, mientras su mano se apoyaba con fuerza contra mi hombro como si nunca desease soltarlo.

—Buenas noches...

—Buenas noches, Tony —le dije, y observé cómo salía despacio de la habitación, moviéndose como uno de aquellos fantasmas de Rye Whiskey, apagando las luces mientras avanzaba y dejando caer la oscuridad detrás de él.

Incluso con la píldora para dormir, estaba demasiado excitada como para quedarme dormida en seguida. De vez en cuando durante un rato intenté mover los dedos gordos de los pies para sentir aquel hormigueo en los pies y la sensación que daban moviéndose contra la manta. Me imaginé que no era demasiado diferente de un recién nacido que descubriese sus miembros, que descubriese su propio cuerpo. Cada pequeño movimiento, cada sensación, me aportaba nuevas maravillas. Oh, cómo deseaba tener a alguien que estuviese muy cerca y con quien compartir aquel regreso físico... Qué maravilloso sería si Luke estuviera aquí cuando, de nuevo, me pusiese en pie, me abrazaría y me sostendría contra él, me besaría y me acariciaría el pelo. Me sonreí a mí misma al imaginarlo, escuchándole susurrarme al oído mientras hacía correr los dedos por mis hombros. Sólo imaginarlo me hizo temblar. Oh, Luke, exclamé, ¿soy una horrible pecadora al pensar en todas estas cosas?

Finalmente, el somnífero que me administrara Tony hizo efecto. Me sentí cada vez más insensible, con los párpados pesándome más y más, hasta que resultó muy difícil mantenerlos abiertos. Los cerré y la siguiente cosa que supe fue que la luz del sol se proyectaba sobre mi rostro y que Tony estaba corriendo las cortinas. Iba todavía con bata y zapatillas, pero ya se había afeitado. La habitación empezó a oler a su loción para después del afeitado.

Mi primer pensamiento de temor fue que lo había soñado todo: la sensación en las

piernas y en los pies, mi esfuerzo por ponerme en pie y el haberlo conseguido. Me concentré en mover los pies, y allí estaba, esta vez la pierna se dobló hacia dentro.

—¡Tony! —grité.

Se dio la vuelta como si le hubiese atizado en el pescuezo.

—Mis piernas..., son más fáciles de mover y me encuentro mucho mejor.

Asintió con rapidez y siguió corriendo las cortinas y moviéndose por el cuarto, dejando las cosas preparadas para que me ayudaran a salir de la cama, lavarme y vestirme.

—Hoy deberías ponerte esto, Annie —me dijo, cogiendo del armario uno de los antiguos vestidos de mamá. Lo sostuvo admirándolo—. Te quedará muy bien.

—Nunca me pondré eso, Tony.

—Pues deberías hacerlo. Te sentaría formidablemente. Sigue mis consejos.

Se trataba de un vestido de algodón de un azul claro con mangas con chorreras, un cuello ancho y bordado y un dobladillo que llegaba a la altura de los tobillos. Pensé que aquello era del todo inapropiado. Era más bien un vestido para llevarlo en una reunión de té, por la tarde, que un vestido que ponerse para permanecer encerrada en una habitación.

—Me puedo poner mis propias ropas, Tony. No te preocupes... —le dije.

Estaba segura de que aquella mañana no necesitaría tanta ayuda como de costumbre. Para demostrarlo, me senté y, con cuidado, saqué las piernas de debajo del cobertor, dejándolas colgar luego por el borde.

—¿Qué estás haciendo? —gritó excitado.

—Levantarme. ¡Ves como ahora puedo hacerlo sola!

—¿No te acuerdas de todas las cosas que te dijo el doctor anoche? Espérame —me ordenó—. Si tratas de ponerte en pie y luego te caes, podrías romperte un hueso. ¿Te apetece estar tirada enyesada por ahí durante seis semanas, además de todo lo que ya tienes?

Sus palabras me llenaron de horror.

—Muy bien, Tony. Te espero.

Dejó el vestido a los pies de la cama y dio la vuelta hacia mí con la silla de ruedas. Me bajé yo sola hasta que los pies tocaron en el suelo, pero cuando comenzaba a ejercer una auténtica presión con las piernas, me cogió por las axilas y me depositó en la silla.

—Creo que podía haberlo hecho yo sola, Tony.

—No puedo dejar nada al azar contigo, Annie. El médico me echaría la culpa si te sucediese algo y empeorases.

—Creo que debo ser yo quien me fortalezca y obre para estar preparada.

—A su tiempo —me aconsejó—. Todo a su tiempo. No hay que precipitar las cosas —me previno—. Y ahora, en lo que se refiere a ese vestido...

—Ya elegiré algo yo misma, Tony, una vez que me haya lavado.

—Yo te ayudaré —me dijo, haciéndose cargo de la silla de ruedas y dirigiéndola

hacia el cuarto de baño antes de que la moviera por mí misma.

—Pero, Tony...

—Recuerda lo que el médico dijo acerca de los peros... —replicó.

Volvió la silla hacia la bañera y me dejó enfrente de ella. Luego comenzó a abrir los grifos.

—Tony, no puedo permitir que hagas esto —protesté.

—Qué disparate... Me siento terriblemente responsable por lo que te sucedió con Mrs. Broadfield. Fui yo quien la contraté. Lo menos que puedo hacer, hasta que la sustituyamos, es prestarte los servicios que necesitas y te mereces. Piensa sólo en mí como si fuese un enfermero... —añadió jovialmente—, ¿qué me dices de un baño de burbujas?

Vertió unos polvos rosados en el agua y luego salió en busca de una toallita y de algunas toallas.

—Tony —le dije cuando regresó, con tanta delicadeza como me fue posible—. Soy ya una mujer hecha y derecha. Y necesito tener intimidad.

—Ahora no debes preocuparte por esas cosas —replicó—. Y, de todos modos, todo esto son instrucciones del doctor.

No supe cómo replicarle, cerró el grifo de la bañera y me dedicó una sonrisa.

—Ha llegado el momento —prosiguió.

Me quedé mirando el agua y luego a él. Llevaba su gris cabello muy bien peinado hacia atrás y sus ojos eran suaves y cariñosos.

—En cuanto entres en el agua dejaré que te laves tú misma —me ofreció—. Sólo deseo asegurarme de que no te deslizarás o te darás un golpe contra el borde de la bañera.

Con auténtica reluctancia, me alcé el camisón por encima de la cabeza. Me lo cogió de las manos y me pasó los brazos debajo de las axilas. Inevitablemente, sus dedos tocaron los lados de mis desnudos pechos. Jadeé. Nadie, excepto mis padres, los médicos y las enfermeras me habían visto desnuda hasta ahora y mucho menos me habían tocado. Pero Tony no parecía darse cuenta de lo que hacía. Luego me pasó el brazo por debajo de las piernas y me levantó hasta el agua, bajándome despacio, hasta que las burbujas ocultaron mi desnudez. Me sentí terriblemente desvalida, más como una niña que como una inválida.

—Vale... —me dijo—. ¿Ves lo fácil que ha sido? Toma... —añadió y me ofreció la toallita—. Ahora me voy y te haré la cama mientras te bañas.

Diez minutos después regresó.

—¿Cómo te encuentras?

—Muy bien.

—¿Quieres que te frote la espalda? Soy un experto en eso. Solía hacerlo a tu abuela y a tu madre.

—¿De veras?

No me podía imaginar a mamá permitiéndole una cosa así.

—Un completo experto —siguió y me cogió la toallita de las manos, colocándose en la parte posterior de la bañera. Me incliné hacia adelante cuando me acercó el paño al cogote—. Tienes un cuello igual de suave y grácil, Annie —me dijo, al tiempo que movía con cuidado la toallita hombros abajo—. Y los mismos hombros delicados y femeninos, unos hombros que pueden enloquecer y atormentar a los hombres más fuertes.

Sentí la forma en que empleaba la toallita para trazar líneas en mis hombros en torno y por encima de mis clavículas y otra vez detrás de la nuca. Momentos después sentí también su respiración cerca de mí y, cuando miré al espejo que estaba al otro lado de nosotros, vi que mantenía cerrados los ojos y que se sujetaba la cabeza como si me estuviese inhalando. Me recorrió todo el cuerpo un escalofrío de terror.

—Tony —le dije, colocando la mano sobre la suya y la toallita—, ahora lo terminaré yo. Gracias.

—¿Qué? Ah, sí, sí.

Se incorporó con rapidez.

—Te dejaré una toalla encima de la silla de ruedas —me dijo, y lo hizo—. ¿Has acabado?

—Sí, pero te vas a empapar.

—No te preocupes por mí. Ya me he mojado otras veces —bromeó.

Y alargó las manos hacia el agua para poner sus brazos otra vez debajo de mí. Luego me alzó con cautela de la bañera y me colocó en la silla de ruedas. Rápidamente me coloqué las toallas por encima. Tony cogió otra toalla y empezó a enjugarme las piernas.

—Puedo hacerlo yo, Tony.

—Tonterías... ¿Por qué cansarte cuando estoy aquí para ayudarte?

Prosiguió haciéndolo, masajeándome las pantorrillas y siguiendo así por encima de las rodillas, secando mi piel con el cuidado de un artista. Se agachó y alzó lentamente los ojos para enfrentarse con los míos.

—Cuando te veo aquí de esta manera, no puedo dejar de pensar en tu abuela Leigh.

—¿Por qué dices eso, Tony?

—Por tu aspecto: joven, inocente, tan dulce y tu cabello...

Estaba comenzando a lamentar el haberme mostrado de acuerdo con el cambio en el color. Tal vez a causa de eso, Tony no me veía *a mí* cuando me miraba.

—Será mejor que me vista, Tony —le dije.

—Sí, naturalmente.

Se incorporó y me sacó con la silla de ruedas del cuarto de baño hasta la cama, donde había dejado colocado el vestido azul de algodón.

—Yo te ayudaré —me dijo, y se movió con rapidez para darme unas braguitas y un sujetador.

Se agachó de nuevo ante mí.

—Eso también puedo hacerlo yo, Tony.

Alargué la mano hacia las braguitas, pero él se limitó a levantarme los pies y deslizó la ropa interior por los tobillos, subiéndola por mis piernas con lentitud, con la mirada ida y sin que sus dedos llegasen en realidad a tocarme la piel. Cuando llegó a los muslos se detuvo, se dio la vuelta y se colocó detrás de mí. No había manera de que lo dejara. Con los antebrazos me levantó lo suficiente para acabar de ponerme las braguitas. Cerré los ojos como en señal de negativa de lo que estaba sucediendo. Empezó a quitarme la toalla.

—Tony, por favor, déjame hacer eso.

—Sólo te ayudaré —insistió, y me trajo los sostenes.

Me apresuré a meter los brazos, pero cuando me los empezaba a abrochar, sus manos se movieron por encima de las mías y en seguida lo hizo él.

—Y ahora nos falta el final —anunció, y se presentó delante de mí con el vestido.

—Tony, no creo que ese vestido...

—Sólo levanta los brazos. Será muy fácil.

Con desgana, percatándome de que aquello era la forma más sencilla de que terminara todo, levanté los brazos. Levantó y ajustó mi cuerpo, de forma que pudiese meterme por completo el vestido. Luego se incorporó y retrocedió un paso.

—¿Lo ves? Ya está todo. Me presentaré todas las mañanas para ayudarte, Annie.

—¿Todas las mañanas? Pero seguramente mañana ya tendremos otra enfermera.

—Confío que sí, pero esta vez voy a tener más cuidado con quién contrato. No queremos otra Mrs. Broadfield, ¿verdad?

Me sonrió y dio una palmada.

—Y ahora me ocuparé de tu desayuno —añadió y salió a escape del cuarto, con las energías que le habían suministrado lo que había hecho y todo lo que tenía que hacer.

Reapareció al cabo de unos minutos con la bandeja de mi desayuno.

—Confío en que esta mañana tengas hambre —me dijo, retrocediendo un paso.

—Sí, estoy muerta de hambre.

Confíe en que aquello fuese otra señal de mi recuperación.

—Iré a vestirme mientras desayunas —me dijo al fin, y se fue.

Cuando regresó, parecía por completo descuidado, como aparecía en la carta de Drake: con el cabello despeinado, la corbata torcida y el nudo con manchas. La chaqueta de su traje y sus pantalones estaban llenos de arrugas. Parecía como si se hubiese puesto una serie de prendas viejas.

—Buenos días —dijo, como si fuese la primera vez que nos viésemos aquella mañana.

Me lo quedé mirando asombrada, pero él no pareció darse cuenta de ello. No me miró mucho rato. En vez de ello comenzó a bailar sobre sus pies, avizorando por la ventana, con las manos a la espalda. Se pasó la lengua por los labios, infló y desinfló las mejillas y movió la cabeza. Una vez más tuve la sensación de que salía y entraba

en la realidad, viajando hacia atrás y hacia adelante entre el pasado y el presente. Verdaderamente, comenzaba a alarmarme.

—Me siento mucho más fuerte esta mañana, Tony —le dije, ansiosa de poner las cosas en claro, para poder entrar en contacto con Luke—. A lo mejor me podrás llevar a dar un paseo por fuera.

Me habló, pero no fue como respuesta a lo que yo acababa de decir. Se portaba como un hombre que escuchase otra conversación.

—Te lo prometo —comenzó—. Te daré un hogar y todo lo que lleva aparejado...

—¿Un hogar? No te comprendo, Tony. Ya tengo un hogar...

—Por lo que sé de ti, te adaptarás en seguida. Sospecho que, a la larga, te harás más bostoniana que yo mismo, y eso que he nacido aquí.

Empezó a reírse pero se interrumpió, mientras su rostro se endurecía y sus labios se curvaban.

—Pero no quiero que tus parientes montañeses se muestren por aquí, ni siquiera...

—¿Parientes montañeses?

Confié que no se refiriera a Luke.

—¿Qué estás diciendo, Tony? Me asustas...

Parpadeó varias veces, como si despertara de un sueño allí delante de mis ojos. Luego sacudió la cabeza.

—¿Tony? ¿Estás bien?

—¿Qué? Oh, sí... Lo siento... Estaba ensimismado. Bueno, tengo que volver abajo y atender algunas cosas de negocios —me explicó—. Rye subirá a hacerse cargo de tu bandeja —añadió y salió a escape del cuarto.

El corazón me latía con fuerza. ¿Qué le pasaba esta mañana? ¿Estaría experimentando alguna clase de reacción a lo que había hecho, cuando me ayudó a bañarme y a vestirme? Me alegré cuando apareció Rye Whiskey, aunque él no parecía muy contento.

—¿Cómo se encuentra esta mañana, Miss Annie?

—Me estoy sintiendo cada vez más fuerte, Rye, gracias.

Cogió la bandeja y pareció como si él también fuese a salir corriendo de la habitación.

—¿Va todo bien con Mr. Tatterton, Rye?

—Tiene buen aspecto. Está trabajando en su despacho.

—Me ha dicho las cosas más extrañas hace un rato, y durante unos momentos se comportó como si ni siquiera me conociese.

—Tal vez estaría teniendo un sueño —me explicó—. Cuando la gente llega a su edad, a menudo están confundidos después de levantarse por la mañana.

—Ya hacía bastante tiempo que se había levantado. Y, en lo que se refiere a su edad, tú eres más viejo que Tony, Rye. ¿Y tú no estás confuso esta mañana, verdad?

—Sí, señora, a veces también a mí me ocurre. Especialmente después de anoche.

Me lo quedé mirando.

—¿Anoche? ¿Por qué?

Pareció reacio a hablar.

—¿Qué anda mal, Rye? Cuéntamelo, por favor.

—El viejo Rye ya no volverá a hablar. Miss Annie, ¿se va a quedar aquí mucho más tiempo?

—No demasiado. Estoy mejorando con rapidez.

—Eso es bueno. Los viejos fantasmas están terriblemente irritados. Les oí vagar durante toda la última noche.

—¡Oh...! ¿Los viejos fantasmas?

Sonreí.

—Sí, los mismos, Miss Annie. Confío en que se ponga mejor y regrese lo antes posible a su propia casa. Y no es que el viejo Rye no quiera verla aquí. Me hace recordar mis mejores recuerdos. Pero no quiero que haya más encantamientos.

—Bueno, mantendré los ojos abiertos, Rye.

Asintió. No pude hacerle reír con esto. Fantasmas y espíritus constituían cosas que se tomaba muy en serio. Asintió de nuevo con la cabeza y se marchó con la bandeja.

Para mantener la mente alejada de todas esas cosas, me dediqué de nuevo a la pintura. Tal vez debido a mi recuperada fuerza y a las esperanzadas perspectivas respecto de mí misma, me dediqué a añadirle color a mi obra. Me concentré en los árboles y en el follaje del fondo del monumento, y luego busqué los verdes más brillantes para el césped. Y pinté el cielo de un profundo azul en vez de un gris tormentoso. Trabajé con todas las cosas del cuadro, a excepción del hombre ante el túmulo.

Después del almuerzo se presentó Drake. Entró a la carga en la habitación, como un hombre que se precipita para atrapar un tren, y se apresuró a besarme en la mejilla. Desde el momento en que empezara a trabajar para Tony, había adoptado esta frenética forma de andar. Era como si ahora toda su vida estuviese sometida a un horario. Tuve la sensación de que ya había planificado el tiempo que invertiría conmigo y que, cuando el reloj de oro que Tony le había regalado recientemente, anunciara que había llegado el momento, se iría sin tener en cuenta ninguna otra circunstancia. Drake parecía tan cambiado, que cada vez parecía más un extraño. Confié únicamente que aquello no se aplicara también a Luke y que, cuando al fin se presentara, no le encontrase radicalmente diferente; aquél era el mayor temor de mi vida.

Al parecer, nadie le había contado a Drake mi mejora.

—¿Quieres decir que nadie te ha contado lo sucedido? ¿Que Mrs. Broadfield prácticamente me envenenó para salirse con la suya, que Tony la despidió, mi recuperación? —exclamé asombrada.

—En realidad aún no he visto a Tony. Acabo de llegar y he subido aquí a verte.

Pero, cuéntame. ¿Qué es lo que hizo la enfermera?

Se lo describí todo con rapidez. Drake se echó hacia atrás y meneó la cabeza.

—Nunca me produjo demasiada buena impresión, pero sus recomendaciones eran de lo mejorcito. Eso es una demostración más de lo difícil que resulta encontrar gente buena y competente. Me están pasando las mismas cosas en los negocios. Ya sabrás que también contrato a gente.

Hizo una pausa y se me quedó mirando durante unos momentos. Luego, sonrió.

—Tienes un aspecto muy diferente; te veo contenta y más fuerte. ¿Y qué es eso de tu recuperación?

—Me puse en pie... ¡Yo sola! —grité, impaciente ante su complacencia.

—¿Cuándo?

Parecía más bien escéptico.

—Anoche. En realidad lo podría hacer ahora mismo, pero el médico y Tony me han aconsejado que me tome las cosas con más calma. Oh, Drake, yo no quiero hacer las cosas despacio. Estoy ansiosa por salir andando de aquí.

Asintió pensativo, mirándome con aquellos ojos estrechos y agudos, de la misma manera en que a veces lo hacía Tony.

—Estoy seguro de que, cuanto te dicen, te lo dicen por tu bienestar, Annie.

—Pero eso no parece lo correcto —insistí—. Sé que puedo ponerme de pie. Y lo debería hacer más a menudo, haciendo que mis piernas se acostumbren de nuevo, que vayan ganando fuerzas. Y debería emplear aquel andador —le dije, señalando el que había en una esquina—. ¿De qué sirve tenerlo si no se usa?

Se encogió de hombros.

—Probablemente es algo que deberá hacerse en determinado momento o... haría más daño que bien. No lo sé, Annie. No me voy a convertir en médico.

—Luke sí... —le dije. Hizo una mueca como si acabara de abofetearlo, pero no pude reprimir mis sentimientos—. Deseo que estuviera aquí. No comprendo por qué no viene —concluí, al tiempo que me cruzaba los brazos encima del pecho.

—Ya le he dejado mensajes.

—Pues no han llegado hasta él —señalé.

—¿Ninguno de ellos?

—Eso no es propio de él —añadí.

—La gente cambia, especialmente cuando se va a la Universidad. Me parece que ya te expliqué eso.

—Pero Luke, no —insistí—. Drake, ¿tú te preocupas por mí? ¿De veras te preocupas por mí?

—Naturalmente... ¿Cómo puedes ni siquiera hacer una pregunta así?

—Lo que deseo de ti es que me saques de aquí en la silla de ruedas. Iré al piso de abajo en el ascensor-silla y luego puedes llevarme al teléfono más cercano. Quiero telefonar a Luke yo misma. Tony me prometió que instalaría un teléfono en esta habitación, pero aún no lo ha hecho, y albergo serias dudas de que haya efectuado un

intento real para ponerse en contacto con Luke por mí.

—¿Por qué? Si ha dicho que lo ha intentado... y si te ha prometido instalarte un teléfono...

—No, no, olvida lo que dice y lo que promete. Tú no le ves como le veo yo, Drake. Creo que Tony está algo senil y que se está poniendo cada vez peor a medida que transcurren los días.

—¿Qué? Verás, trabajo con él y...

—Escúchame, Drake. A veces, cuando me habla, lo confunde todo, y en realidad se refiere a mi madre, a mi abuela y a mi bisabuela. Olvida quién está muerto y quién no lo está. Lamento ahora haberle permitido a él y a su peluquero el teñirme el pelo de este color. Aún añade más cosas a su confusión.

Ahora que se lo había contado a Drake todo, me pareció que estaba más serio que al principio.

Me sonrió y meneó la cabeza.

—Annie, ahora eres tú la que empieza a parecer senil...

—No, Drake. Pasan muchas cosas raras: la forma en que conserva las antiguas habitaciones de mamá y papá, y las de mi bisabuela Jillian..., como si todos siguiesen todavía vivos. Incluso Rye Whiskey cree que las cosas son muy extrañas. Naturalmente, él habla de fantasmas que recorren los pasillos, pero él sabe también muchas cosas. ¡Quiere que me marche a mi casa! —grité.

Me percaté de que, durante todo este tiempo, me sentía triste sobre todo por Luke. Trataba de entender por qué se portaba de aquella forma, y en realidad no hacía más que excusarle. Pero ahora que lo había escuchado todo, me di cuenta de que debería sentirme triste sólo por mí misma. Podía hallarme atrapada en la casa de un loco, no sólo de alguien que, de vez en cuando, experimentase fallos en la memoria.

—¿Que Rye desea que te vayas?

Drake meneó de nuevo la cabeza.

—Y Tony conserva la habitación de Jillian como un museo —continué, mostrándome desesperada para que Drake comprendiese mis preocupaciones—. No deja a nadie entrar allí. Es algo... raro... Deberías haberle visto un rato antes, musitando cosas absurdas; decía que no permitiría que mis parientes montañeses viniesen a vivir aquí...

Moví la cabeza.

—¿Sabes que han quitado del marco todos los espejos que hay en el cuarto de Jillian y que...?

—Aguarda un momento, que la cabeza me da vueltas... Quieres ir abajo a telefonar a Luke, Tony ha convertido una serie de habitaciones en un museo, Tony está confuso, tú desearías no haberte teñido el cabello... ¿Todo esto puede ser efecto de alguna medicina que estés tomando?

—Drake..., ¿es que no me estás escuchando?

Se limitó a mirarme.

—Comienzo a sentir temor. Deseo cooperar y hacer aquello que todo el mundo cree que debería hacer, pero no puedo dejar de preguntarme qué va a hacer Tony la próxima vez...

—¿Tony? —me dijo, aún incrédulo—. Nunca he conocido a una persona más amable, tan cariñosa, tan dedicada a nosotros como Tony.

—Sácame de aquí en la silla de ruedas —ordené—. Ahora mismo.

—Deja que primero hable con tu médico.

—No —me apresuré a responderle, mientras me acudía a la mente una nueva posibilidad—. En realidad es un empleado de Tony. Y hace lo que le gusta más a Tony.

Aquella posibilidad hizo que una especie de espada de frío terror me atravesase el corazón.

—Dios mío..., y si...

Miré en torno de la habitación, ya víctima del frenesí.

—¿Que incluso el médico no es bueno? Annie, deberías oír lo que dices... Estás agotada por todas esas cosas por las que has pasado: el accidente, tu estado de invalidez, el funeral ante la tumba... Comprendo cómo te sientes, pero realmente tienes a uno de los mejores médicos y estás recibiendo aquí la mejor atención posible. Estoy seguro de que antes de que acabe el día tendrás una nueva enfermera y...

—Oh... ¿Y eso de qué valdrá? —le dije, bajando la cabeza. No podía ver lo que ocurría aquí o...

Alcé la cabeza y me lo quedé mirando. O tal vez no quisiese verlo a causa de que estaba muy contento por su nueva posición de ejecutivo que Tony le había otorgado. Estaba enamorado de su propio poder y autoridad. En cierto sentido, Tony había hecho algo que ya había realizado antes: había comprado a Drake.

—No me escuchas. Creía que podría confiar en ti. Una vez desaparecidos mis padres, tú, Luke y tía Fanny.

Me sentí enferma por dentro, enferma y sola. Mi corazón parecía hueco, una cámara de resonancia llena de vacíos gritos, gritos que no podían ser oídos por nadie porque la gente que en un tiempo me amaba, ahora estaba muerta. Incluso Luke me parecía muerto.

—Mira —me dijo, alargando la mano para apoderarse con rapidez de la mía—, tengo que ir a Nueva York. Tengo que conseguir un proyecto importante que dirigiré yo mismo. Estaré fuera unos días y luego volveré aquí y, si aún te sientes igual respecto de todo esto, te llevaré yo mismo de regreso a Winnerrow.

—¿Lo harás? ¿Me lo prometes?

Pero, de algún modo, no sentí muchas esperanzas al respecto.

—Claro que sí. Me haré cargo yo mismo de tu recuperación, conseguiré para ti tus propios médicos, tus propias enfermeras...

—Oh, Drake. Desearía que pudieses hacerlo ahora.

—Aguarda unos días más, Annie. No debes adelantar las cosas, tal vez te

hagamos recaer si lo empezamos todo de nuevo. Debes asegurarte de que se trata de la decisión correcta... Pero..., si estás segura, te prometo que te ayudaré.

Me besó tiernamente en la mejilla y me atrajo hacia él. Luego dio un salto, como si hubiese sonado un zumbador en su cabeza de hombre de negocios.

—Tengo que coger un avión.

—Pero, Drake, creí que por lo menos me ayudarías a ir abajo para telefonar a Luke.

—Carece de utilidad el llamarle una y otra vez. Vendrá cuando desee hacerlo.

—Drake, por favor... —le imploré, le imploré realmente para hacerle comprender lo importante que aquello era para mí.

Me miró durante un momento y luego asintió.

—Hablaré con Tony cuando me vaya. Seguro que él lo hará.

—Pero, Drake...

—Ten ánimos, Annie. Todo volverá a estar bien. Ya lo verás. Por lo menos has vuelto ya a tu pintura —me dijo, señalándome el caballete.

Ni siquiera se había acercado para mirar mi trabajo. Me sonrió con rapidez, como un funcionario autómatas y me hizo un ademán de despedida mientras salía a toda prisa de la habitación, obviamente temeroso de que siguiese insistiendo sobre algo que pudiera ponerle en conflictos con Tony. Estaba muy decepcionada con él, con Drake, con aquel tío que para mí siempre había sido una especie de hermano mayor, y que ahora se comportaba como un auténtico desconocido.

En un momento se había ido y yo me quedé entre aquel silencio que me hacía aún más consciente de mi impotencia. Una vez más estaba sola, atrapada como un animal herido en una jaula dorada.

Más determinada que nunca, me acerqué en la silla a la puerta y la abrí. Luego me impulsé con la silla de ruedas a través de la salita de estar y abrí la puerta exterior. Seguí por el pasillo hacia la escalera. Miré hacia abajo y vi que no había nadie, pero mi segunda silla de ruedas se encontraba allí, tal y como Tony me había prometido que estaría: cerca del final de la escalera. Quité el pestillo y alcé el brazo de la silla, para poder introducirme en la silla-ascensor, de la manera en que me habían enseñado Tony y el operario. Una vez bien asegurada allí, con el cinturón abrochado, oprimí el botón y comencé el descenso. Mi corazón me latía fuerte, pero estaba determinada a ser una rebelde, determinada a acabar con aquel estado de encarcelamiento.

La silla se detuvo al pie de la escalera, me abrí camino hasta la otra silla de ruedas y aguardé. Alentada por mi éxito hasta aquel momento, comencé a impulsarme por el corredor alfombrado, en dirección al despacho de Tony.

La puerta del despacho se encontraba algo entornada. Me detuve, no escuché nada adentro y seguí. Una sola lámpara para leer estaba encendida en el escritorio, pero, aparte de esto, la estancia se hallaba relativamente a oscuras, con las cortinas corridas impidiendo que penetrase la luz de la tarde. Miré a mi alrededor. Allí no había nadie. ¿Dónde se habría metido Tony? Me retrepé en la silla, frustrada. Luego

mis ojos se fijaron en el teléfono de encima del escritorio de Tony.

Al fin existía una oportunidad para que pudiese hablar con Luke por mí misma. Me acerqué a la mesa de despacho. No fue hasta que descolgué el auricular cuando me percaté de que no tenía la menor idea de cómo dar con él. Carecía de su número telefónico. ¿Cuál sería el nombre del pabellón donde vivía? Drake no me lo había dicho nunca.

Marqué el número de informaciones y pedí por Harvard. La telefonista, algo fastidiada ante mi carencia de especificación, comenzó a leerme una lista de posibles despachos. Cuando mencionó el edificio de la administración, la detuve. Al llamar me respondió un teléfono automático que recitó un número. La secretaria fue muy amable, me contó que la mayoría de los estudiantes aún no tenían teléfono en sus habitaciones, pero me facilitó el número de teléfono de la planta del pabellón de Luke, le di las gracias y marqué de nuevo.

Respondió un hombre joven, tenía un acento bostoniano y parecía una versión en joven de Tony.

—Necesito hablar con Luke Casteel. De parte de su prima Annie. Es muy urgente.

—Espere un momento, por favor...

Aguardé, mirando hacia la puerta del despacho, temiendo que Tony apareciera de un momento a otro. No podía dejar de sentir que estaba realizando algo que Tony desaprobaba. Aborrecía la idea de que una simple llamada telefónica pareciera toda una aventura.

—¿Señorita...?

—¿Sí...?

—Luke Casteel está ahora en clase. Su compañero de cuarto me ha dicho que le contará que ha llamado usted.

—Oh, pero... Por favor, dígame algo más. Por favor —le rogué.

—Naturalmente... ¿Qué más desea que le diga?

—Dígame... dígame que le necesito desesperadamente y que, sin tener en cuenta lo que nadie pueda decir, que se presente de inmediato en Farthy.

—¿Farthy?

—Sí, él lo comprenderá. Asegúrese de decir «inmediatamente». Es una cosa importante, muy importante...

—¿Y usted es Annie?

—Sí.

—Muy bien. Transmitiré el mensaje a su compañero de cuarto, que, seguramente, se lo hará llegar.

—Gracias.

—Encantado de servirla...

Colgué el teléfono. Mi corazón había comenzado a latir con fuerza, atronando tanto que pensé que me estallaría en el pecho. La excitación me produjo un rubor frío.

Sentí las gotas de sudor correrme por el cuello.

Me enderecé en la silla y contuve la respiración, forzándome a mí misma a calmarme. ¿Dónde estaba Tony? Me había contado que bajaba al despacho a trabajar un poco. Tal vez hubiese salido para conseguir una nueva enfermera. Me impulsé con la silla de ruedas otra vez por el pasillo y escuché. La casa se encontraba en un silencio total.

Me dirigí a la puerta principal y la abrí. La luz solar irrumpió sobre mí como una ola de agua caliente. Parpadeé, cerré los ojos y me retrepé en la silla como si me encontrase en una playa. Qué maravilloso resultaba sentir el aire fresco y el calor después de llevar tanto tiempo encerrada en mi habitación... Me llenó de fuerza y de esperanza. Mi corazón se fortaleció, como si ahora la sangre pulsase con mayor rapidez por mi cuerpo y mis miembros parecieron sentirse enteros y bien de nuevo.

Me enderecé e hice rodar la silla hacia adelante y luego hacia el porche. Allí había exactamente lo que Tony había descrito: una rampa de madera. Pero parecía muy empinada. ¿Me atrevería a emprender el descenso? ¿Y qué ocurriría cuando deseara impulsarme yo misma de regreso?, no pude dejar de preguntarme.

El miedo se apoderó de mí, me pareció que había ido demasiado lejos. Ahora estaba haciendo demasiado. Pero, mientras seguí allí, ante la puerta abierta y mirando la rampa, pensé en Luke. Le podía oír diciéndome: «Ve hacia las más altas». ¿Qué iba a hacer ahora..., dar la vuelta y retirarme vencida a mi habitación?

Me dije a mí misma que ya tenía fuerzas suficientes. Mi cuerpo no me decepcionaría. Lentamente, me impulsé hacia la rampa. ¡Cómo me latía el corazón! Me negué a sentirme derrotada. Tenía que hacerlo.

Las ruedas se movieron. Me tambaleé hasta el principio de la rampa y luego... Comencé a descender. Mis brazos fueron apenas lo bastante fuertes para impedir que las ruedas girasen por sí mismas. Me costó un esfuerzo superior a lo que había previsto el mantener la silla recta y controlada, pero conseguí llegar al final de la rampa y deslizarme hasta el paseo. ¡Lo había logrado!

Había realizado todo aquello y aún me sentía capaz de seguir adelante.

Miré hacia mi derecha, pero el sonido de la conversación de alguien me hizo girarme hacia la izquierda. Pensé que era lo más probable que Tony se encontrase allí, vigilando la realización de algún trabajo. Comencé a impulsarme en la silla de ruedas por el paseo y hacia mi izquierda. Los desniveles del piso de piedra resultaban difíciles a veces, pero me fijé un ritmo suave y me alejé unos ciento cincuenta metros de la fachada de Farthy antes de realizar una pausa.

Vi a un peón cerca de la piscina. Llevaba al edificio de almacenamiento algo que parecía un sofá. No había nadie más alrededor. Durante unos momentos, me quedé mirando el enorme belvedere y pensé en Luke. Por lo menos, ahora estaba segura de que recibiría el mensaje. Comprendería lo importante que era para él venir aquí, lo desesperada que me encontraba, tal vez le pareciera que le había abandonado a causa de no haber tenido noticias más directas desde hacía muchísimo tiempo. Tal vez

había estado equivocada, terriblemente equivocada al pensar cosas tan espantosas de él, al aceptar la afirmación de Drake de que Luke había cambiado, por estar en la Universidad y por haber conocido a nuevas personas, y en especial nuevas chicas. Se presentaría aquí inmediatamente, sabía que lo haría así.

Cómo deseaba ahora estar mirando mi propio belvedere de Winnerrow. Cuánto anhelaba también que Luke estuviese ya aquí, aguardándome.

Detrás del belvedere, y más lejos a la izquierda, se encontraba el laberinto. Al mirarlo desde mi posición sentada en la silla de ruedas, me acordé de lo que Drake había dicho acerca de que parecía tan grande porque él era muy pequeño la primera vez que lo vio. Tenía un aspecto enorme, formidable, misterioso; sin embargo, no pude dejar de sentirme atraída por él, deseando vagar a través de él, exactamente como imaginaba que habían hecho mi madre y su madre.

—¿Le gustaría ir allí? —me preguntó una voz.

Casi di un salto en mi silla de ruedas, me esforcé por girar a la derecha para ver quién se había puesto de repente detrás de mí. Me costó unos momentos, puesto que él no me ayudó. Pero, al fin, retrocediendo, girando y retrocediendo otra vez, logré darme la vuelta. Al principio no vi a nadie y pensé que había imaginado que alguien me hablaba.

Luego salió de detrás de un alto seto.

Las sombras aún recubrían su rostro, pero supe de inmediato que estaba mirando a aquel hombre misterioso que se había arrodillado a solas ante el monumento funerario de mis padres. Era como si hubiese salido de mis pinturas y dibujos, surgido de mi imaginación, y ahora se encontrase ante mí y en el mundo real.

El otro lado del laberinto

—¿Quién es usted?

Alcé la vista hacia él fascinada. Había salido de la sombra y se colocó delante de mí, con las manos en los bolsillos del pantalón. Aunque era alto y delgado, sus hombros resultaban anchos. Tenía el cabello despeinado, de un color cobrizo oscuro y que le griseaba en las sienes, un pelo largo que se rizaba en los extremos, casi rozando el cuello blanco de su guardapolvo de artista, de anchas mangas.

Me pareció que tenía unos rasgos faciales muy finos, no como los de un chico guapo, sino más bien los rasgos tallados en la cara de una estatua griega. Ladeó un poco la cabeza y una de sus pobladas y negras cejas se alzó como si me evaluase. Me miraba con tal intensidad que no pude evitar sobrecogerme. Algo que vio en mí le afectó, le conmovió. Sus ojos se redujeron de tamaño, como los ojos de Tony cuando adoptaba aquella expresión de lejanía poco antes de balbucir algo y empezar a confundir el pasado y el presente. ¿Por qué no hablaba? Comencé a temblar, sintiéndome claramente amenazada ante su desgana incluso a saludar. Miré hacia la casa, pero nadie había salido para seguirme; nadie sabía que me encontraba aquí.

Cuando me volví de nuevo hacia él, vi que sus labios se curvaban en una sonrisa, y había algo en esa sonrisa y en aquellos ojos castaños oscuro que me hicieron sentirme a gusto y segura.

—Tú no tienes que decirme quién eres —dijo, con una voz suave, acariciadora, casi amorosa—. Eres la hija de Heaven. Aunque te pareces más a Leigh a causa del color del cabello. Dime..., ¿se trata de tu color natural o te lo has teñido como tu madre hizo una vez?

—¿Quién es usted? —pregunté ahora de una manera más enfática.

Vi en sus ojos que estaba pensando, decidiendo si iba a seguir hablándome o huiría a la carrera. Algo que no pudo vencer le mantuvo a mi lado.

—¿Yo...? Yo soy... Brothers. Timothy Brothers.

—Pero, ¿quién es? Me refiero a cómo conoce a mi madre y a su madre. ¿Y cómo sabe que en una ocasión se tiñó el pelo?

—Trabajo para Mr. Tatterton.

Me retrepé en la silla. Ciertamente no tenía el aspecto de uno de los peones, y Rye me había contado que nadie con la descripción de aquel hombre trabajaba en la finca. Naturalmente, pensé que Rye podía ser también muy olvidadizo, pero no me parecía que aquel hombre se dedicase a trabajos duros, había en él una suavidad, una gentileza, que sugería una naturaleza contemplativa.

—¿Oh...? ¿Y qué hace para Mr. Tatterton?

—Creo... juguetes...

—¿Que crea juguetes?

—No parezcas tan sorprendida, Annie. Alguien ha de hacerlo.

—¿Y cómo sabe mi nombre? —le pregunté sorprendida.

—Oh, todo el mundo conoce tu nombre. Mr. Tatterton habla mucho sobre ti.

Continué mirándole a los ojos. Percibí que había muchísimo más misterio en aquel hombre de lo que él estaba dispuesto a revelar.

—¿Y qué hace aquí en los setos? ¿O es aquí donde crea los juguetes?

Inclinó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

—Claro que no. Estaba dando un paseo cuando te vi que venías por el camino.

—¿Y dónde vive? ¿También en Farthy?

—No, vivo al otro lado del laberinto. Allí es donde creo los juguetes.

—¿Al otro lado del laberinto? Pero allí no es..., ¿no es allí donde hay una casa de campo?, ¿un *cottage*? —me apresuré a preguntarle.

—Oh... ¿Así que sabes lo de la casita de campo?

Asentí.

—¿Te habló acerca de ella tu madre?

—No. No me contó muchas cosas acerca de Farthy, no le gustaba hablar de esto.

Asintió lentamente, mientras su rostro se entristecía. Apartó los ojos y se quedó mirando el cementerio de la familia Tatterton. Había algo en la forma en que encogía los hombros que me recordaba a mí misma cuando me sentía melancólica. Al cabo de un momento sacó la mano derecha del bolsillo y se la pasó por el cabello. Sus dedos parecían largos, sensibles, fuertes, los dedos de un artista. Eran muy parecidos a los míos. Tal vez ciertas personas nacían para ser artistas, se me ocurrió.

—Siento mucho lo que les sucedió a tus padres —me dijo, casi sin aliento.

No me miró al hablar.

—Gracias.

—Sí...

Alzó con rapidez la vista.

—He dado también por supuesto que conocías la existencia del laberinto. No pude evitar el percatarme de cómo lo estabas mirando.

—Tiene un aspecto tan misterioso...

—Como tantas cosas, es misterioso sólo para quienes no lo conocen. ¿Te gustaría atravesarlo?

—¿Atravesarlo? ¿Quieres decir ir hasta el otro lado?

—¿Y por qué no?

Alzó la mirada a un cielo azul rayado acá y allá por trazos de largas y delgadas nubes.

—Hace un día muy bonito para dar un paseo. Me gustará mucho empujarte la silla de ruedas.

Vacilé antes de decir que sí, aunque estaba ansiosa de tener la experiencia del laberinto y, asimismo, deseaba ver el *cottage*, puesto que, a pesar de los modales

agradables y amistosos de Mr. Brothers, éste no dejaba de ser un completo desconocido. ¿Qué dirían si me viesen salir con él de esta manera?, no dejé de preguntarme. Por otra parte, trabajaba para Tony, y Tony, de todos modos, se asustaría al comprobar que había salido de la casa. Pero ahora debía añadir una excursión más, especialmente esta parte de mi excursión.

—Muy bien —contesté.

Él se percató de la forma en que miraba furtivamente a mí alrededor.

—¿Mr. Tatterton no sabe que te encuentras aquí?

—No, pero no me importa —respondí desafiante.

—Ya veo que has heredado el espíritu de tu madre.

Dio la vuelta a la silla y se hizo cargo de los mangos.

—¿La conocía muy bien?

—Sí. La conocí muy bien. Tenía más o menos tu edad también cuando la conocí.

—¿Quiere decir que ha estado trabajando para Mr. Tatterton durante todo este tiempo? ¿Haciendo juguetes?

—Sí...

Ahora estaba detrás de mí, empujando la silla, por lo que no podía verle el rostro, pero su voz aún se había suavizado más.

—Yo creía que era su hermano Troy el único que diseñaba en aquel tiempo los muñecos.

—Oh, sí lo hacía. Yo sólo realizaba copias de sus diseños. Me enseñó todo cuanto sé.

—Comprendo...

Me percaté de que no se había mostrado sincero del todo.

—¿Trabaja también en el *cottage*? ¿O trabaja en una fábrica?

—Ambas cosas.

—¿Dónde conoció a mi madre?

Cada vez nos estábamos acercando más a la entrada del laberinto y pensé que debía hablar para ocultar mi miedo.

—Vamos a ver... —dijo, y cesó de empujarme.

Pareció notar la ansiedad que había en mí.

—¿Estás segura de que deseas seguir?

No respondí inmediatamente. Los setos eran cada vez más altos y gruesos y las pistas a través del laberinto tenían un aspecto más lóbrego y profundo. ¿Y si aquel hombre no sabía el camino y nos perdíamos?

—¿Está seguro de que puede continuar y encontrar la salida?

Se echó a reír.

—Con los ojos vendados. Tal vez algún día lo haga para mostrarte que puedo. Pero si tienes miedo...

—No, no. Quiero seguir —respondí, forzándome a ser valiente.

—Muy bien... Pues adelante —me dijo y me impulsó en el interior del gran

laberinto inglés.

¡Al fin me encontraba en él! Algo que había sido una fantasía durante la mayor parte de mi vida estaba a punto de ocurrir... Una vez más anhelé que Luke estuviese conmigo. Me acomodé en la silla, contuve la respiración y muy pronto estuvimos emparedados en un castillo de brillante yedra verde.

El laberinto era muy bonito, con los setos cada vez más altos hasta alcanzar los diez metros y trazando ángulos rectos muy precisos. Naturalmente, como la mayoría de las extensiones ajardinadas de Farthy, necesitaba de podado y atenciones. Pero era oscuro, verde y tranquilizador, y sentí que la tensión del día, las preocupaciones, el miedo, los forcejeos, todo se iba aliviando en mí.

—¿Qué te parece hasta ahora? —me preguntó en cuanto hubimos dado nuestra primera vuelta y nos hubimos adentrado más.

—Es muy tranquilo. Apenas escucho el gorjeo de los pájaros del jardín.

—Sí, esta apacible serenidad es lo que más amo en el laberinto.

Alcé la mirada. Incluso los plañideros chillidos de las gaviotas marinas parecían apagados, lejanos. Hizo una pausa mientras dábamos otra vuelta.

—¿Estás sentada demasiado baja para ver los tejados de Farthy?

—No, los veo sobresalir por encima del seto. Parecen estar ya muy lejos.

—En el laberinto te puedes imaginar que te encuentras en un mundo diferente. A menudo yo lo hago —me confesó—. ¿Te gusta imaginarte cosas, vivir de vez en cuando en el reino de la fantasía?

—Sí, muchísimo. Luke y yo a menudo hacíamos algo así y si ahora estuviésemos juntos, probablemente aún lo haríamos, aunque pareciésemos ya mayores para ello.

—¿Luke?

—Mi... primo..., el hijo de mi tía Fanny...

—Oh, sí..., sí..., tu tía Fanny. Me había olvidado de ella.

—¡También la conoces!

—La conocí —replicó.

Estaba segura de que sabía más cosas de las que decía. ¿Quién era aquel hombre? ¿Me habría aventurado demasiado al aceptar su invitación con tanta rapidez? Ahora nos encontrábamos cada vez más y más dentro del laberinto verde. Me abracé a mí misma como para autoprotegerme. Parte de mí deseaba volver inmediatamente a la casa, pero una parte más fuerte de mí anhelaba ver la casita de campo, deseaba saber más acerca de aquel hombre misterioso y fascinante.

—¿Tienes frío? Aquí suele hacer bastante fresco...

—Estoy bien. ¿Falta aún mucho más?

—Sólo unos cuantos minutos. Daremos esa vuelta y luego otra y a continuación seguiremos rectos hasta otra vuelta y otra, y luego nos encontraremos ya al otro lado.

—Comprendo que aquí pueda uno perderse con facilidad.

—A la gente le ocurre... A tu madre le pasó una vez.

—¿De veras? Pues nunca me lo dijo...

Se echó a reír.

—La primera vez que la vi, en realidad no podía encontrar el camino de regreso.

—Por favor, cuénteme más acerca de eso —le imploré—. Se mostraba muy reacia a hablarme de su época en Farthy.

—Fue la primera vez que se había aventurado por el laberinto. Yo trabajaba en la casita de campo, me parece que haciendo una serie de pequeñas armaduras para los diminutos caballeros, cuando, de repente, apareció ante la puerta. Parecía muy inocente y perdida, casi como un ángel que hubiese salido de la neblina..., tan bella y llena de determinación... Era un día con mucha niebla y se había hecho en seguida de noche. Tenía miedo de no poder encontrar el camino de regreso.

—¿Estaba Troy también allí?

—Sí, estaba...

—¿Y qué sucedió luego? —pregunté, impaciente ante sus dramáticas pausas.

—Oh, la calmamos. Le dimos algo que comer y luego la acompañamos de regreso a través del laberinto.

—Resulta divertido pensar en mi madre como muchachita.

—Era una damita lindísima, muy parecida a ti.

—De todos modos, estos días no me siento particularmente bella.

—Lo serás, estoy seguro de ello. Bueno ya estamos, sólo nos queda otro recodo.

Dimos una vuelta más y salimos del laberinto.

Ante nosotros se encontraba una senda de pálidas losas, alineadas entre altos pinos. Directamente delante se hallaba el pequeño *cottage* de piedra, con un tejado de pizarra roja, agazapada entre los pinos. Intenté reprimir el grito que se me escapaba entre los labios: Era la casita de campo de juguete de mamá, la que me había regalado con motivo de mi decimoctavo cumpleaños.

La réplica Tatterton era exacta. Pensé que parecía mágica. Era como si hubiese entrado en un mundo de fantasía, un auténtico mundo de juguete donde la gente vivía sus sueños.

«Oh —pensé—, si Luke estuviese aquí... Vería cómo todos nuestros ensueños se habían convertido en realidad. Aquellas dos figuritas de juguete del *cottage* de juguete seríamos realmente nosotros.»

Había aquella valla de estacas que llegaba a la altura de las rodillas, que no pretendía separar de nada y que serpenteaba alrededor de la casita de campo, dando soporte a las rosas trepadoras exactamente de la forma en que aparecían en la copia.

A diferencia del resto de Farthy, los alrededores de la casita de campo estaban muy cuidados, arreglados con manos amorosas: un césped rico y cortado, la valla encalada, el camino limpio y liso, las ventanas que brillaban.

—Aquí... está la casita de campo...

—Pertenece más bien a un libro de pintura. ¡Cómo me gustaría venir aquí para pintarla! —exclamé.

—¿Pintas?

—Oh, sí... Pintar es mi pasión. Incluso lo hago ahora que me estoy recuperando. Quiero estudiar arte y trabajar por siempre sólo con mi talento —añadí esperanzada.

—Naturalmente. Naturalmente... —repitió, sonando una voz más distante, perdido en sus propios recuerdos—. Está bien, en ese caso tal vez la pintes algún día. ¿Por qué no?

—¿Podemos entrar? —pregunté.

—Claro que sí, ¿pero no te echarán de menos ya en Farthy?

—No me importa. Me siento prisionera allí. Por favor, déjame entrar en la casita...

Me empujó por la senda de losas hasta la puerta principal, la abrió y me hizo entrar. Había juguetes Tatterton por todas partes, en estantes y en la repisa de la chimenea y, por lo menos, se veían funcionando a la vez hasta media docena de relojes antiguos. Como para señalar este momento, el gran reloj del abuelo que se hallaba en un rincón empezó a dar la hora y la caja de música de color azul claro, que tenía la forma del *cottage*, abrió su puerta delantera. Salió de dentro la pequeña familia y luego se retiraron entre una melodía encantada, una melodía que me era familiar.

Se trataba de la misma melodía que tocaba la casita de campo de juguete cuando se le levantaba el tejado, allá en Winnerrow: un nocturno de Chopin. Nos miramos el uno al otro cuando terminó la música.

—Mi madre tenía una casita de campo de juguete que se parecía mucho a ésta, con los setos y los pinos, y también tocaba la misma tonada. Me la regaló el día que cumplí los dieciocho años. Tiene la misma edad que yo y todavía funciona. Alguien se la envió cuando yo nací.

—Sí —replicó.

Apenas pudo musitar la palabra. Pareció asustado, y sus ojos se agrandaron un poco. Luego su expresión cambió y pareció muy triste, con la cabeza inclinada mientras, durante un momento, le asaltaban unos profundos pensamientos. De repente, se percató de que le miraba y sonrió.

Aparté en seguida la mirada y continué inspeccionando la casita. Era pintoresca, agradable, cálida, tal como imaginé que sería la casita de un jardinero. Aunque los muebles eran viejos ninguno parecía estropeado. Los estantes, los suelos, las cortinas, todo tenía un aspecto ordenado y limpio, todo tenía el aspecto de ser parte del hogar de una persona meticulosa. En realidad sólo había dos habitaciones y en la salita de estar, delante de la chimenea, había una mesa larga, cubierta con piecitas de metal, herramientas y lo que parecía una aldea medieval de juguete sin acabar. La iglesia, con su tejado en espiral y sus ventanas de vidrios emplomados, estaba completa. Incluso había un sacerdote de pie en el umbral, dando la bienvenida a sus parroquianos que se aproximaban. Se veían tiendas y bonitas casas de piedra y las chozas de la gente más pobre. Algunos carritos tirados por caballos estaban sólo parcialmente acabados, así como algunos de los edificios y las calles.

—Tengo un poco de té helado si te apetece.

—Sí, por favor.

Yo misma me impulsé en la silla de ruedas hasta la sala de estar, a fin de ver más de cerca aquel pueblo de Juguetes Tatterton.

—Es el juguete que me está llevando más tiempo, porque continuamente añado alguna cosa aquí o allí —explicó.

—¡Es tan hermoso, tan semejante a la realidad! Me encanta. Mire cómo ha captado las expresiones en sus rostros. No hay dos personas iguales.

Alcé la mirada y le vi contemplándome intensamente, con una suave y maravillosa sonrisa en el rostro. Se dio cuenta de que le miraba.

—Oh..., el té. Un momento —añadió, y se dirigió a la cocina.

Me retrepé hacia atrás y miré en torno de la casita.

—Ya está —exclamó, acercándose de prisa para tenderme el té helado.

Se lo tomé, pero no lo bebí. Intentó evitar mis ojos, y se dio la vuelta para atarearse a continuación colocando otra vez las herramientas en sus pequeños nichos en la pared.

—Usted es el hombre que vi desde la ventana de mi habitación —declaré.

—¿Oh...?

—Le vi junto al panteón de mis padres, ¿verdad?

—Sí, una vez me detuve allí.

—Más de una vez —insistí.

—Quizá más de una vez.

Me brindó una sonrisa y se sentó en la mecedora de madera que estaba al lado de la chimenea. Se colocó las manos detrás de la cabeza, con sus largas y delgadas piernas estiradas y mirando el techo. Ahora que había estudiado su perfil, vi que era muy apuesto en cierto modo. Irradiaba una sensibilidad que me recordaba a Luke cuando éste exhibía su ser más cariñoso, intenso y poético.

—En estos días mis paseos son sólo una forma de ejercicio. Vago por los alrededores de la finca.

—Y también estuvo presente en los servicios, le vi... —le dije significativamente—. ¿Por qué no salió del bosque y se colocó junto a los demás deudos?

—Oh..., es que soy muy tímido. Y... —prosiguió ansioso de cambiar de tema—, ¿cómo va tu recuperación?

—Pero, ¿por qué no quería que le vieses allí? ¿Le tiene miedo a Tony?

—No.

Sonrió.

—De todos modos, no puedo entender cómo se mantiene tan... escondido...

—Es sólo mi manera de ser. Supongo que hay algo especial en todos nosotros si nos preocupamos en mirar de cerca. Soy del tipo de personas a las que les gusta ser tal y como son...

—Pero, ¿por qué? —insistí.

—¿Por qué?

Se echó a reír.

—Te muestras siempre tenaz cuando algo te preocupa, ¿verdad? Igual que tu madre.

—No comprendo cómo puede saber tanto acerca de ella si siempre está en segundo término.

Se echó de nuevo a reír.

—Pues me parece que ahora voy a tener que guardar muy bien los secretos de mi vida contigo alrededor. Me gusta estar en segundo plano —se apresuró a proseguir—, pero me gustaba estar con tu madre, y también hablo con la gente, como lo estoy haciendo ahora contigo. Y ahora háblame de tu recuperación.

—Ayer me puse de pie por mí misma por primera vez desde el accidente.

—¡Qué maravilloso!

—Pero el doctor y Tony creen que debería ir más despacio. Nadie ha tratado hoy de sacarme de la casa, y todavía no he empleado el andador. Insisten en que me tome siestecitas y píldoras para dormir y siga encerrada y apartada de la gente. Ésta es la primera vez que consigo salir de casa desde, por lo menos, una semana que llevo aquí. Ni siquiera puedo telefonar a nadie o hablar. ¡No tengo teléfono! —grité.

—Oh...

—No he visto a mi primo Luke desde que salí del hospital, hace ya seis días. Le he mandado mensajes por medio de Tony y Drake.

—¿Drake...?

—El hermanastro de mi madre.

—Oh, sí, el hijo de Luke Senior.

—Sí, se llamaba igual que mi primo. Para ser un trabajador o un ayudante conoce usted un montón de cosas acerca de mi familia... —comenté con suspicacia.

—Soy un buen oyente cuando la gente habla a mi alrededor...

—Con una notable memoria para los detalles...

Le dirigí una mirada inquisidora para indicarle que pensaba que había mucho más y que no me lo contaba.

Me sonrió, una sonrisa del todo juvenil.

—¿Y qué le ha pasado a tu primo Luke?

—Pues que no ha telefonado ni se ha presentado. Fui yo misma con mi silla de ruedas al despacho de Tony y llamé desde allí al pabellón de Luke en Harvard, y le dejé un mensaje por medio de su compañero de cuarto, todo esto antes de salir de la casa...

—Comprendo... Pues estoy seguro de que muy pronto te hará una visita.

—No lo sé. Todo es tan diferente... Drake... está enamorado de su nueva ocupación de hombre de negocios, de trabajar para Tony, y Luke jamás me hubiera ignorado antes. Hemos crecido juntos y siempre hemos permanecido muy unidos. Le he dicho cosas que otras chicas nunca se habrían atrevido a decirle a otro muchacho,

y él me contaba cosas que los chicos nunca se atreven a contarles a las muchachas. En realidad, somos especiales el uno con el otro —enfaticé.

Él asintió pensativamente.

—Somos algo más que primos —proseguí, pero en seguida hice una pausa.

Por alguna razón, supe que podía compartir los secretos familiares con aquel hombre. Percibía su sinceridad y me sentía muy a gusto en su presencia. Era como si le conociera de toda la vida. En Winnerrow, completos desconocidos sabían cosas de Luke... «¿Y por qué no él?», pensé.

—Luke y yo tenemos el mismo padre —declaré finalmente.

—Comprendo —replicó, pero no mostró ninguna sorpresa ante esta revelación.

—No lo comprende. Nadie sabe lo duro que es, lo duro que ha sido —exclamé—. Especialmente para Luke. Ha tenido muchos, muchísimos obstáculos que vencer, montañas a las que escalar. A veces, la gente puede ser muy cruel, especialmente en ciudades pequeñas como Winnerrow. No pueden llegar a olvidar los pecados de tus...

—¿Los pecados de tus padres? —Terminó la frase.

—Sí.

—Luke debe haberse convertido en un joven extraordinario para que te preocupes tanto por él.

—Oh, sí. Es muy brillante. Fue el que pronunció el discurso final del último curso. Y es muy considerado y educado. Todas las buenas personas quieren a Luke y le respetan. Mamá lo quería mucho. Resultaba muy duro para ella, pero se preocupaba tanto de él como lo hubiera hecho con su propio hijo —declaré con firmeza.

—Háblame de tu cabello. ¿Cuándo te lo teñiste? Porque te lo teñiste, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace unos días. Tony trajo a Farthy a un peluquero experto en belleza y me convenció para hacerlo. Creía que el mayor brillo del pelo me haría sentirme mejor respecto de mí misma.

—¿Tony te obligó a hacer eso?

Vi que la preocupación se reflejaba en su rostro.

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Cómo está Tony..., Mr. Tatterton estos días? Hace bastante tiempo que no le veo.

—Extraño. Es muy olvidadizo y confunde las cosas.

—¿Confunde las cosas? ¿Como cuáles?

—A menudo me confunde con mi madre, con mi abuela..., o incluso con mi bisabuela Jillian.

—¿Qué quieres decir?

Se inclinó hacia adelante en su silla, con sus gráciles manos unidas y los brazos descansando encima de las rodillas.

—Me habla como si le estuviese hablando a una de ellas, y menciona cosas que yo no podría saber o recordar.

Se me quedó mirando, con aquella expresión preocupada bien impresa en su rostro.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte en Farthy?

—La intención fue que me quedase hasta estar por completo recuperada, pero hoy le he dicho a Drake que deseo ir a mi casa y acabar de recuperarme allí.

Todas las sensaciones reprimidas de estar prisionera, de haberme visto atormentada por una enfermera cruel, y ahora el vivir con Tony, que se movía entre un mundo y otro, todo aquello me inundó.

—¡Lo haré!

—En ese caso deberías irte. Si no eres feliz aquí, si no te sientes a gusto, lo mejor será que te vayas —me dijo, pero con tal intensidad, con unos ojos tan determinados, que de repente me sentí muy asustada.

—¿Quién es usted realmente? Conoce demasiado de mi familia para ser un simple empleado...

Se enderezó de nuevo y me miró durante un prolongado momento. Mi corazón me estaba ya latiendo con fuerza, puesto que sabía que yo estaba en lo cierto.

—Si te lo digo, habrás de mantenerlo en secreto, puesto que es muy importante para mí que muy pocos, o ninguno, lo sepan. Soy feliz viviendo una existencia anónima, protegido por el laberinto. Esta soledad es muy preciosa e importante para mí. Soy feliz viviendo con mis recuerdos y con mi obra, la cual, como puedes ver, me lleva la mayor parte del tiempo.

Hizo una pausa y añadió, con mucha tristeza:

—Es la vida que he elegido para mí. De todos modos, no creo que viva demasiado.

—¿Por qué no? Usted no es muy viejo.

—No, no soy muy mayor, pero, cuando era más joven, estaba enfermizo y tenía sueños premonitorios de una muerte temprana..., de que no iba a vivir más allá de los treinta años. Pero los pasé. La muerte se negó a reclamarme. No me he preguntado por qué; he seguido adelante, haciendo las cosas que hago, viviendo ésta tranquila existencia, contento con lo que tengo. En cierto modo he hecho las paces conmigo mismo, con todos mis miedos y aflicciones. Mi pasado es como una antigua herida que ya se ha curado; no deseo hacer nada que la reabra otra vez.

Fijó sus ojos en mí, aquellos dulces y cálidos ojos, que me urgían a confiar en él.

—¿Podrías guardar un secreto tan importante... como este mío?

—Creo que sí. No sé por qué me siento así, pero confío en usted..., igual que confiaría en mi propia hija, si la tuviese. Mi madre siempre me enseñó a respetar lo que es precioso para las demás personas, aunque las mismas cosas no sean preciosas para una...

—Ella te hubiera dicho algo así... —susurró.

—Pues ya lo ve. Repito que la conocía demasiado bien para ser un simple empleado... —insistí.

Sonrió.

—Debería haberme quedado en la sombra, Annie. Debería haber sabido que tú adivinarías la verdad.

—¿Y cuál es la verdad?

Aguardé, conteniendo el aliento.

—No soy el ayudante de Troy Tatterton... Soy Troy Tatterton...

Resultaba extraño, pero la revelación de Troy no me afectó tanto como le había ocurrido a todos aquellos que me hablaron de su muerte y hablaban de él siempre como de una persona que ya no existía. Sin embargo, se trataba de algo que, de algún modo, siempre había sabido.

—Cuando Rye Whiskey te ve probablemente piensa que está viendo a uno de sus espíritus —le dije.

—Rye...

Se rió.

—No estoy seguro de lo que piensa, pero supongo que tienes razón.

—Pero, ahora que me has dicho la verdad respecto de quién eres, ¿me contarás por qué has dejado que todos crean que estás muerto de verdad? —le pregunté.

—¿Te han contado ya las circunstancias de mi supuesto fallecimiento?

Me miró con atención tras hacerme aquella pregunta.

—Me he enterado un poco aquí y allá. La mayoría lo he sabido a través de Rye Whiskey, pero no sé cuánto de lo que me ha dicho Rye es cierto y qué parte procede de su prodigiosa imaginación. Sé que montabas a caballo, el caballo de Jillian, y que te adentraste en el mar y que nunca más te vieron o supieron de ti.

—Sí, en parte fue así.

—¿Y cómo pudo ocurrir una cosa así?

Una vez más apareció una especie de sonrisa en torno de sus ojos.

—Cuando me preguntas una cosa así, con tanto apasionamiento, me recuerdas mucho a tu madre cuando tenía tu edad. Y creo que eres tan atenta como oyente. ¿Me escucharás? —me preguntó, retrepándose de nuevo en la mecedora.

Asentí, un poco asustada ante el tono nuevo de su voz, mucho más serio.

—Lo que te he dicho es verdad. De niño y de adolescente era enfermizo y melancólico. Durante toda mi vida juvenil me vi deprimido por unos pensamientos muy fuertes y tristes. Mi hermano Tony, que era más bien un padre para mí, trató de hacer todo lo posible para que cambiase, para que tuviese más esperanzas y fuese más optimista, pero era como si hubiesen plantado sobre mi cabeza una nube gris en el momento de mi nacimiento, y no hubiera hecho otra cosa que hacerse más y más grande. Hasta que un día, cuando miré hacia arriba, todo lo que podía ver era un cielo

nublado, sin importar lo brillante y azul que pudiese ser el día. ¿Entiendes una cosa así?

Meneé la cabeza porque no me era posible. No podía comprender que alguien pudiera vivir su vida, por siempre, bajo unos cielos nublados. La luz del sol era siempre muy importante; era importante para las flores, para los árboles, para la hierba y los pájaros y, en especial, para los niños pequeños que necesitaban bañarse en su amante calidez. ¿Cómo podían crecer de otro modo las cosas? Él se anticipó a mis pensamientos.

—No pude crecer hasta convertirme en un joven saludable, sin aquellos lúgubres pensamientos colgando todo el tiempo por encima de mi cabeza. Cuanto peor me ponía, más preocupado estaba Tony, y más tiempo y más energías tenía que dedicarme. Su mujer, Jillian, era una mujer muy centrada que sólo estaba enamorada de su propia imagen en el espejo y esperaba que cuantos la rodeaban también estuviesen igualmente enamorados de ella. No te puedes imaginar lo celosa que era de cualquiera o cualquier cosa que atrajera la atención de Tony, aunque fuese por un momento, apartándolo de ella.

»Por ello, llegado el momento me trasladé a vivir a este *cottage* y empecé a trabajar en Juguetes Tatterton. Era una existencia muy solitaria; la mayoría de la gente se habría vuelto loca, ya lo sé, pero yo no estaba tan solo como podrías pensar, porque hacía de los juguetes mi mundo, de aquellas diminutas personas, mi gente e imaginaba relatos acerca de sus vidas.

Paseó los ojos por la estancia, mirando algunos de los juguetes. Se echó a reír.

—Tal vez estaba loco. ¿Quién sabe? De todos modos era una buena locura. En realidad —prosiguió, inclinándose de nuevo hacia adelante—, me atormentaban los pensamientos de mi propia muerte. El invierno resultaba una época especialmente difícil porque las noches eran muy largas y me concedían demasiado tiempo para que nacieran excesivos pensamientos. En ocasiones intentaba poder dormir antes de que llegara el alba. A veces lo conseguía. Si veía que no me era posible, salía a dar una vuelta por afuera y dejaba que el aire fresco disipara mis terribles pensamientos. Recorría las sendas entre los pinos y, cuando mi cerebro se había aclarado, sólo entonces regresaba aquí y trataba de nuevo de dormirme.

—¿Y por qué te quedabas aquí durante el invierno? Eras lo bastante rico como para ir a cualquier otra parte que desearas, ¿no es verdad?

—Sí. Intenté escapar. Pasé inviernos en Florida, en Nápoles, en la Riviera, en varias partes del mundo. Viajé y viajé, buscando una vía de escape, pero mis pensamientos invernales eran como un exceso de equipaje, e iban siempre conmigo. No podía quitármelos de encima, sin importar lo que hiciese o adónde fuera, por lo que tuve que regresar derrotado, incapaz de hacer otra cosa que no fuese aceptar mi destino.

»Durante más o menos esa época fue cuando vino tu madre. Era una especie de flor plantada en el desierto..., una persona jovial, brillante y hermosa. Sabía que ya

había pasado por tiempos difíciles durante su vida más joven, pero, al parecer, era capaz de agarrarse al optimismo y a la inocencia que caracteriza a las personas jóvenes, algo que envidian tremendamente las personas mayores.

»Tú tienes la misma luz maravillosa en tus ojos, Annie. Lo veo. Aunque te hayan ocurrido unas cosas terribles, horribles, a ti y a los tuyos, ese brillo sigue ahí, brillando como una gran vela en un largo túnel. Alguien muy afortunado será guiado por tu luz hasta salir de la oscuridad de sus propios pensamientos tristes y vivirá felizmente en la calidez de tu resplandor. Lo sé...

No pude dejar de ruborizarme. Pocos hombres me habían hablado de aquella manera.

—Gracias —le dije—. Pero aún no me has contado lo que te llevó a adentrarte con aquel caballo en el mar.

Se retrepó de nuevo y se colocó otra vez las manos detrás de la cabeza. Al parecer, aquélla era su posición favorita. Durante un largo momento, se quedó pensando, con los ojos fijos en el techo. Fui paciente, puesto que sentía lo difícil que le resultaba explicar a alguien por qué había deseado terminar con su vida. Finalmente, se inclinó de nuevo hacia adelante.

—El ver a tu madre, el ver el brillo de su vida, me llenó de alguna esperanza para mí mismo durante aquellos días y, durante un tiempo, fui diferente. Incluso pensé..., creí que me sería posible encontrar a alguien como ella, casarme, tener hijos..., una hija que tal vez se parecería mucho a ti...

»Pero mi melancolía retornó cuando no pude encontrar ninguna como ella. Resultaba deprimente a la mayoría de las mujeres, como puedes comprender, porque casi todas carecían de la menor sensibilidad y paciencia para tratar con mi temperamento. Un día, durante una fiesta que Tony había preparado para alegrarme, decidí que haría frente a la partida con la Muerte... La Muerte que me había perseguido durante toda mi vida, la Muerte sentada en las sombras con una risa burlona, aguardando, encantándose con sus ojos de un gris oscuro, con su paciente postura..., esperando su oportunidad. Decidí aprovechar aquella oportunidad. En vez de gastar toda mi vida intentando huir de lo que sabía que constituiría su inevitable asimiento, cargué contra ella para que, al sorprenderla con mi acción, no supiera cómo reaccionar. Cabalgué con el caballo salvaje de Jillian en el interior del mar, esperando confiadamente concluir con mi arruinada existencia.

»Pero, como he dicho, la Muerte quedó sorprendida y no pudo llevarseme. Fui arrojado a la orilla, vivo. Había fracasado incluso en esto.

»Sin embargo, me percaté de que me había concedido una oportunidad para escapar de un modo diferente. Dejé que todo el mundo creyera que había muerto. Aquello me permitió convertirme en otra persona, el moverme como una sombra y no ser perturbado por las personas que deseaban alegrarme. No podía dejar de deprimirlas, porque, cuando fracasaban, tenían que luchar conmigo en mi gris y oscuro estado mental.

»De esta manera no me preocupé por nadie y nadie tuvo que preocuparse por mí. Pero un día mi hermano descubrió mi existencia. Le había afectado con tanta fuerza mi muerte, que tampoco pude mantener mi vida alejada de él. Hicimos un pacto... Yo viviría aquí, anónimamente, y él mantendría la ficción de mi muerte. Cuando pasaron unos años, cuando la mayoría de los que me habían conocido se habían ido o se habían muerto, le dijo a la gente que yo era un nuevo artesano, que creaba juguetes al estilo de Troy. Y de este modo nadie se preocupa de mí y puedo continuar como soy, como te dije: trabajando, viviendo de mis recuerdos y en una apacible soledad.

»Y ahora que conoces la verdad, dependeré de tu promesa de guardar todo esto escondido en tu corazón.

—No se lo diré a nadie, pero me gustaría que regresases al mundo del otro lado del laberinto. En cierta forma desearía poder hacerte volver.

—¡Qué bonita estás sentada ahí, en tu silla de ruedas, y deseando poder ayudar a otra persona...!

Nos miramos mutuamente. Se percibían unas lágrimas guardadas en los rabillos de los ojos, puesto que sabía que si las liberaba, aparecerían entonces mis propias lágrimas.

—Y ahora —dijo de repente, dando una palmada—, ¿me has dicho que ayer conseguiste ponerte en pie?

—Sí.

—Pues deberías estar de pie un poco más cada día, y deberías también dar unos pasos.

—Eso es lo que pensé, pero el médico dijo...

—Los médicos pueden saber algunas cosas acerca del cuerpo humano, pero a menudo no saben nada acerca del corazón humano...

Se incorporó y se puso de pie a medio metro de mí, lo suficientemente alejado de mí como para poder agarrarme a sus brazos.

—Quiero que te pongas de nuevo en pie, y esta vez quiero que trates de dar un paso hacia mí.

—Oh, no sé si...

—Tonterías, Annie Stonewall. Te pondrás de nuevo en pie. Eres la hija de Heaven, y Heaven no permanecería sentada ahí, apiadándose de sí misma, ni seguiría a merced de otras personas durante mucho tiempo.

Dijo unas palabras mágicas. Tragué saliva con dificultad y me mordí levemente el labio inferior. Luego me sujeté a los brazos de la silla y obligué a mis pies a moverse desde los estribos hasta el suelo. Lentamente, arrastrándose durante el trayecto, hicieron lo que deseaba. Troy asintió en señal de aliento. Cerré los ojos y ejercí toda la presión que pude a lo largo de mis piernas.

—Consigue que tus pies sean una sola cosa con el suelo de la casa —me susurró—. Las plantas de tus pies están pegadas a ese suelo. Pegadas...

Me sentí empujada. Existía una auténtica presión. Mis piernas se pusieron rígidas,

los temblorosos músculos se extendieron, y yo empujé sobre los brazos de la silla de ruedas. Lentamente, incluso mejor y más suavemente que el día anterior, mi cuerpo se alzó hasta una posición erguida. Abrí los ojos. Troy sonrió.

—Estupendo... Y ahora no tengas miedo. Mueve las piernas adelante. Suelta los brazos de la silla.

—No puedo dejar de tener miedo. Si me cayese...

—No te caerás. Yo no te lo permitiré, Annie, anda hacia mí, anda hacia mí —canturreó, manteniendo los brazos a la justa distancia para que pudiese dar uno o dos pasos para llegar a él.

—Anda hacia mí..., ven hacia mí, Annie...

Tal vez fue este ruego, algo en el sonido de su voz tan similar a la voz de mis propios sueños cuando me llamaban para que saliese de la oscuridad y me adentrase en la luz, todo aquello me dio la voluntad y la fuerza para intentarlo. Fuese lo que fuese, constituyó algo suficiente. Sentía cómo mi temblorosa pierna derecha se movía un poquito hacia adelante, con el pie apenas alzado del suelo. Mi pierna izquierda la siguió. ¡Había dado un paso! ¡Un paso!

Di un paso más y luego el cuerpo me falló. Se suavizó tras el esfuerzo y sentí que me caía. Pero sólo caí durante un instante, puesto que los brazos de Troy me rodearon y me abrazaron con seguridad contra él.

—¡Lo has conseguido! ¡Lo has hecho, Annie! Ya estás recuperándote. ¡Ya nada podrá detenerte!

No pude contener las lágrimas. Lloraba un arco iris de felicidad, de colores azul y amarillo, y un velo de tristeza, de color gris. A causa de mi éxito y también porque estaba en brazos de alguien que sabía que podía ser cálido y amoroso, pero que estaba atrapado en un mundo de días oscuros.

Me ayudó a volver a mi silla de ruedas y luego retrocedió un paso, mirándome con tanto orgullo como un padre que acaba de ver a su bebé dar los primeros pasos.

—Gracias.

—Soy yo el que debería darte las gracias a ti, Annie. Has conseguido que las nubes se apartasen lo suficiente para que hoy entrase en mi mundo un poco de luz del sol. Pero —añadió, mirando hacia el reloj del abuelo—, será mejor que te ayude a regresar. Si, como dices, no saben dónde estás se habrán ya vuelto frenéticos de desesperación.

Todo cuanto pude hacer fue asentir. Me notaba agotada, y la perspectiva de poder tumbarme en aquella gran y confortable cama del piso de arriba de Farthy, me parecía ahora sorprendentemente tentadora.

—¿Vendrás a verme? —le rogué.

De repente, mis días en Farthy parecieron más brillantes ante la perspectiva de que él me ayudase a pasar las horas.

—No. Serás tú la que venga a verme a mí..., por tus propios medios, muy pronto. Estoy seguro.

—Y después de que me vaya de Farthy y regrese a Winnerrow, ¿me visitarás alguna vez?

—No lo sé, Annie. En estos tiempos no salgo del *cottage* muy a menudo.

Comenzó a empujarme hacia la puerta de salida. El sol vespertino había menguado considerablemente desde que atravesásemos el laberinto y entrásemos en la casita. Ahora unas sombras alargadas se proyectaban sobre el pequeño césped y el jardín. El laberinto parecía mucho más lúgubre.

—Tienes frío —dijo Troy—. Espera.

Regresó adentro de la casita de campo y reapareció trayendo una ligera rebeca de color marfil.

Se apresuró a ponérmela.

—¿Estás mejor?

—Sí, gracias.

Cuando entramos esta vez en el laberinto, sentí como si estuviésemos moviéndonos a través de una oscura frontera entre un mundo feliz y otro triste. Anhelé dar la vuelta y regresar a la casita de campo. ¡Cuán rápidamente había llegado a confiar en él y a sentirme a gusto a su lado...!

—Tal vez algún día me permitas que te ayude a dar tus primeros pasos —le dije.

—Mis primeros pasos... ¿A qué te refieres con eso, Annie?

Doblamos una esquina.

—Tus primeros pasos hacia el mundo cálido y brillante al que perteneces, el mundo que te mereces.

—Oh... Pues realmente tal vez ya lo hayas hecho... Supongo que ambos somos una especie de inválidos.

—En el camino de la recuperación —le aseguré con una sonrisa.

—Sí, ya en el camino de la recuperación —convino.

—¿Los dos? —insistí, alzando las cejas.

—Sí, los dos. —Y se echó a reír—. No creo que pueda estar deprimido contigo cerca. Nunca tolerarías que durase mucho; tu madre era igual.

—¿Me contarás más cosas de lo que recuerdes de ella cuando era joven..., cada vez que hablemos?

—Lo haré.

—Entonces, tendremos que hablar a menudo —insistí—. ¿Me lo prometes?

—Haré todo lo que pueda.

No había nadie afuera de la casa cuando salimos del laberinto. Estaba segura de que me andarían buscando, pero pensé que quizá no imaginasen que me hallaba en el exterior. Naturalmente, habrían encontrado mi silla al lado del ascensor y sabrían que me habría ido al piso de abajo, pero no estarían seguros de que no hubiese visitado antes la planta baja.

—Te ayudaré a subir esa rampa —me dijo Troy.

Me empujó hasta que llegamos a la puerta principal.

—Ya estás de vuelta.

Dio la vuelta y se puso delante de mi silla.

—Que pases una buena noche, Annie, y muchas gracias. Esta noche no tendré pesadillas —añadió, sonriéndome con una cariñosa calidez en los ojos.

—Ni yo tampoco.

—¿Te puedo dar un beso de despedida?

—Sí, me gustaría mucho.

Se inclinó y me besó suavemente en la mejilla, y entonces se marchó. Casi antes de que pudiese girarme, ya se había ido, absorbido por las sombras, como si él no fuese otra cosa que el fantasma de un sueño que yo hubiese conjurado para hacer transcurrir las largas y solitarias horas en Farthinggale Manor.

Abrí la gran puerta y me impulsé con la silla de ruedas por la casa. Estaba ya a mitad del vestíbulo y camino del ascensor, cuando Tony, acompañado de Parson y de otro peón, apareció por allí.

—¡Aquí está! ¡Estoy listo! —gritó Parson.

—¿Dónde has estado? —preguntó Tony.

Estaba desgredado y con unos ojos salvajes.

—Afuera..., sólo afuera —respondí, tratando de hablar con normalidad, pero cuanto más normalidad pretendía reflejar más furioso se ponía Tony, con unos ojos brillando con sorprendente fuego y rabia.

—¿Afuera? ¿No te imaginas cómo nos has preocupado al vagar así? No hemos hecho más que buscarte y buscarte. Hemos puesto la casa patas arriba. No le dijiste a nadie dónde ibas. Ya te dije que yo te sacaría en tus primeras salidas. ¿Cómo has podido hacer esto después de todas las cosas que han sucedido? —me preguntó.

—No lo hubiera hecho de no haber podido, pero fui capaz de impulsar yo misma la silla. Pensaba contarle todo y esperaba que tú lo comprenderías —repliqué, apabullada ante su estallido de indignación.

Era una parte de él que había mantenido oculta hasta ahora, pensé, la parte de Tony Tatterton que hacía temblar a los empleados y dar un salto a los criados, el implacable ejecutivo que no puede tolerar que nadie se oponga a sus deseos y órdenes.

—¡Llevala al piso de arriba! —aulló, antes de que yo pudiera añadir nada más—. Y no empleéis el ascensor de la silla. ¡Quiero que la subáis enseguida! ¡Parece agotada!

Parson y el peón se precipitaron a cumplir sus órdenes, y tomaron las empuñaduras de mi silla, empujándola hasta el pie de las escaleras, alzándome para hacerme subir los escalones.

—Espera, Tony. No quiero subir todavía. Me siento atrapada en aquella habitación. Quiero cenar esta noche en el comedor, y deseo desplazarme con libertad por la casa. Ya he dado mis primeros pasos —anuncié, orgullosa.

—¿Los primeros pasos? ¿Dónde? Necesitas descansar, tus baños calientes, tus

masajes. No sabes lo que estás haciendo... El médico se pondrá furioso. Todos tus progresos quedarán arruinados.

—Pero, Tony...

—Subidla —repitió Tony—. Y rápido...

—Basta. Dejadme —ordené.

Parson y el peón se quedaron mirando de nuevo a Tony, pero lo que vieron en su rostro les impulsó a continuar.

—Lo siento, señorita, pero si Mr. Tatterton cree que es mejor para usted, haremos lo que nos diga.

—Oh, muy bien —dije, al percatarme de que no hacía otra cosa que poner en una situación delicada a los sirvientes—. Haré lo que él desee.

—Muy bien señorita.

Me levantaron con facilidad y me subieron.

—Podéis dejarme ya —les dije al llegar al piso de arriba—. Iré yo misma en la silla de ruedas hasta mi habitación.

Tras entrar por la puerta exterior, la cerré detrás de mí. Dio un buen portazo y luego me quedé sentada en silencio, enfrente de mi cama, del andador, de las instalaciones médicas. Todo era tan deprimente después de haber estado afuera... Estaba determinada ya a terminar con todo esto. Seguramente, Luke recibiría mi mensaje y me haría una visita.

Y cuando lo hiciera, le pediría que me llevase a casa.

Podría así dejar este lugar, esta casa llena de fantasmas, recuerdos encantados y tiempos penosos.

Luke y yo habríamos tal vez perdido nuestro mundo de fantasía, pero ya conseguiríamos otro. Fue aquel pensamiento, sólo ése, lo que me decidió a marcharme.

Huida de una prisionera

Agotada tras mi primera salida, mis esfuerzos por andar y la dramática bronca de Tony, me acerqué con la silla de ruedas a la cama. Mientras me alzaba de la silla y me inclinaba encima de la cama, Tony apareció por la puerta.

—Annie, nunca, pero que nunca, debes cerrar la puerta —me amonestó—. ¿Cómo podría saber si necesitas algo? Y mira qué forcejeo estás realizando para volver a la cama. Deberías haber pensado que me presentaría en un santiamén para ayudarte.

Apartó la silla de ruedas y luego me alzó las piernas hasta ponerlas encima de la cama.

—Puedo hacerlo yo sola —insistí.

—Oh, Annie. Eres como Heaven: una tozuda. Cualquiera de las dos sacaría de quicio a un santo...

—¿Cualquiera de las dos?

Me di la vuelta.

—Mamá está muerta... ¡Muerta! —grité.

Estaba tan cansada y mentalmente agotada que ya no toleraba más sus confusiones.

—Ya lo sé, Annie —respondió más aplacado, abriendo y cerrando los ojos—. Lo siento, siento haber sido tan rudo contigo en la planta baja, pero habías hecho una cosa muy mala y estaba completamente abrumado por tu culpa.

—Está bien, Tony. Muy bien... —repose, no deseando que la discusión se prolongara.

Sólo quería meterme yo sola en la cama, descansar, cenar, dormir y aguardar la llegada de Luke.

—No, no está bien, pero ya arreglaré las cosas. Te lo prometo, ya lo verás. Hay tantas cosas ahora que deseo llevar a cabo, cosas que habría podido hacer por Heaven si me hubiese dejado.

—Muy bien —contesté.

Cerré los ojos y luego sentí su mano encima de mi frente.

—Pobre Annie..., mi pobre, pobre Annie...

Me acarició cariñosamente el cabello y, cuando le miré a los ojos, vi de nuevo su cálida preocupación. Todo era tan complejo, tan confuso para mí. No podía tratar con él, además de hacer frente a todo lo otro. Lo único que deseaba era marcharme de aquí.

De repente, cambió la expresión de sus ojos.

—Esa rebeca que llevas... ¿De dónde la has cogido? —me preguntó.

No quería poner a Troy en problemas, pero tampoco podía mentir al respecto. Tony había hurgado en mi armario después de que Drake lo hubiese guardado todo y sabía las prendas que colgaban de los armarios y lo que se guardaba en los cajones.

—Alguien me la dio —repliqué.

—¿Alguien? ¿Quién?

—Un hombre muy agradable que vive en la casita de campo, al otro lado del laberinto —respondí, decidiendo fingir que no sabía realmente quién era Troy.

—¿Al otro lado del laberinto? ¿Has atravesado el laberinto?

—Estoy cansada, Tony. Muy cansada. Por favor... No quiero hablar más. Sólo deseo dormir.

—Sí, sí. Te ayudaré a desvestirte —añadió, alargando las manos para quitarme la rebeca.

—¡No! Puedo hacerlo sola. Deseo intimidad. ¡Déjame en paz! —le exigí.

Retrocedió como si le hubiese abofeteado en pleno rostro.

—Naturalmente —musitó—. Te dejaré descansar y luego te traeré la cena.

—Muchas gracias —le dije.

No me moví, para indicarle que no haría nada hasta que hubiese salido de la habitación. Lo comprendió. Asintió, pareciendo aún atontado. Luego se dio la vuelta y abandonó el cuarto.

Estaba un poco más cansada de lo que había imaginado, y el esfuerzo de desnudarme y ponerme el camisón resultó agotador. El proceso pareció no acabarse nunca. Para cuando me pude meter debajo de las colchas y reposar la cabeza en la almohada, me encontraba rendida. Me quedé dormida en un santiamén.

Desperté bruscamente. Me costó unos momentos aclimatarme de nuevo a mí misma, y cuando miré el reloj al lado de la cama, me percaté de que había dormido hasta medianoche. La casa estaba tan silenciosa como un salón funerario; las cortinas estaban echadas, en la salita de estar estaba encendida una lucecilla, que arrojaba unas largas y delgadas sombras amarillentas sobre las paredes.

El estómago se me removió y gruñó, quejándose porque me había quedado dormida, perdiéndome la cena. Me incorporé hasta quedar sentada. ¿Por qué Tony no me había despertado para la cena? Rye no se había presentado, ni tampoco habían dejado una bandeja con la comida.

No se produjo ninguna respuesta, ni tampoco oí a nadie que se moviera en la sala de estar.

—¿Tony? —llamé—. ¿Tony?

Alcé más la voz y aguardé de nuevo, pero continuó sin producirse una respuesta.

—¡Tony! —grité.

Esperaba que entrase aquí a la carga tras mis gritos, para amonestarme por haberme dormido a la hora de la cena, echando la culpa de todo a mi excursión por los alrededores de Farthy. Pero no se presentó nadie.

Todo permaneció silencioso, inmóvil.

Alargué la mano para encender la luz de la mesilla de noche, decidiendo que tendría que levantarme de la cama, impulsarme con la silla de ruedas por el pasillo y comprobar qué estaba sucediendo y por qué no respondía nadie. Pero, en cuanto encendí la luz y se iluminó la estancia, quedé petrificada al descubrir que mi silla de ruedas había desaparecido. ¡Y también mi andador! Estaba realmente atrapada en la cama...

—No puedes hacerme esto, Tony —musité—. No puedes mantenerme ya más aquí como una prisionera. Voy a marcharme. ¿Me oyes? ¡Me iré mañana por la mañana!

Pero no hubo respuesta. Me apoyé de nuevo contra la almohada, agotada y abrumada una vez más. Debí adormecerme de nuevo, porque un movimiento cerca de la cama me hizo abrir de repente los ojos, obligando también a mi corazón a latir deprisa. Pasándome los puños por encima de los ojos, intenté librarme del sueño. Tony debía haber regresado a mi cuarto en cuanto me quedé dormida y apagado la lamparilla. Incluso la luz de la sala de estar parecía estar más baja. Apenas pude percibir su silueta a los pies de la cama, pero reconocí su figura en las sombras.

—Tony... ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué te mueves entre las sombras y por qué me has quitado la silla de ruedas y el andador? —pregunté.

No me respondió. Simplemente se quedó allí de pie, mirando hacia mí a través de la oscuridad.

—¡Tony! —exclamé, con voz más alterada—. ¿Por qué no me respondes? ¿Por qué te quedas ahí de pie, mirándome de esa manera? ¡Me asustas!

Se produjo una gran pausa antes de que, finalmente, me respondiera:

—No temas, Leigh —me dijo en un susurro.

—¿Qué?

—No deberías tener miedo. No estoy aquí para lastimarte.

Habló como si lo hiciera a una niñita que se hubiera asustado ante su súbita aparición.

—Tony... ¿Qué dices?

—Digo que te amo; que te deseo. Te necesito, Leigh.

Su voz era un susurro ronco y gutural.

—¿Leigh? Yo no soy Leigh. Soy Annie, Tony..., ¿qué te pasa? Por favor..., mándame a Rye. Necesito hablar con Rye. Estoy hambrienta —le dije, nerviosa y asustada ya—. Me he perdido la cena y tengo apetito. Estoy segura de que a Rye le gustará levantarse a preparar algo para mí —balbucí, confiando en hacerle salir de aquel sueño.

Hablaba y tenía el aspecto de un sonámbulo.

—Despiértale. Por favor...

—Ella duerme. No sabrá nada —siguió, avanzando hacia el lado de mi cama.

—¿Ella? ¿Quién está dormida?

El corazón me latía cada vez con mayor fuerza. Me pareció que los pulmones me

iban a estallar. Me resultaba muy difícil respirar. El rostro se me enrojeció, mi cuello ardía y se me había puesto terriblemente seca la boca.

—Eso no importa. No sabe lo que hago por las noches o adonde voy. Ni tampoco le preocupa. Sólo le interesan sus cosas, sus propios amigos...

Se echó a reír.

—Es una egoísta. Siempre se ha ocupado sólo de ella y eso le ha bastado siempre, pero eso no es suficiente para mí, Leigh. Tenías razón...

Alargó una mano hacia mí. Me eché hacia atrás y me aparté lo más de prisa que pude hacia la otra parte de la cama, pero las nuevas fuerzas que descubriera durante el día en la parte inferior del cuerpo, parecían haber desaparecido. El miedo y la conmoción me habían quitado todas las energías. Estaba comenzando a sentirme entumecida por todo el cuerpo y no sólo en las piernas. Debía devolverle a sus sentidos. Tenía que hacerlo.

—Tony, no soy Leigh. ¡Soy Annie! ¡Annie!

Durante un prolongado momento no se movió ni dijo nada, por lo que pensé que había podido llegar adentro de él, pero luego se desabrochó la bata y la dejó caer al suelo. A la leve luz que procedía de la salita de estar, me percaté de que estaba completamente desnudo.

«¡Oh, no!», pensé. Sueña y se mueve a través de su fantasía. Aquí no había nadie para ayudarme, ni siquiera aquella horrible enfermera. Estaba a punto de gritar para que acudiese Rye, pero luego me pregunté si eso haría que Tony se pusiese violento o incluso enloqueciera más, y Rye dormía en la sección de la servidumbre, muy lejos, y no existía la menor probabilidad de que me oyera.

Mi única esperanza radicaba en hablar con Tony, conseguir que recuperara la cordura.

—Tony, yo no soy Leigh, ni tampoco Heaven. Soy Annie, Annie. Estás cometiendo un error, un terrible error.

—Creo que te amé desde el momento en que puse los ojos en ti —replicó—. Jillian es bella. Quiere siempre estar hermosa, pero hermosa como una mariposa. Si la tocas, ya no podrá volar, perderá el color y se morirá. Esa clase de belleza debe estar siempre encerrada en una caja de cristal para verla, apreciarla, pero nunca para amarla y experimentarla como le ocurre a tu belleza, Leigh. Jillian es un cuadro para colgarlo de una pared; tú eres una mujer, una mujer auténtica —añadió, con una voz grávida de significados sensuales.

Se sentó en el borde de la cama y alargó una mano hacia mí. Yo me encogí.

—¡TONY! Eres el marido de mi bisabuela. Yo soy Annie, la hija de Heaven. Annie... No te das cuenta de lo que haces. Por favor, sal de mi cama y vete. Por favor... —le rogué, pero mis súplicas cayeron sobre unos oídos sordos, unos oídos incapaces de escuchar otra cosa que no fuesen los sonidos y palabras que hablaba en su imaginación.

—Oh, Leigh... Leigh, mi querida Leigh...

Su mano se arrastró hasta encontrar mi muñeca izquierda, y comenzó a arrastrarme hacia él. Traté de resistirme, pero estaba tan debilitada y cansada que apenas pude forcejear. Estuve segura que mi falta de resistencia la tomaba como una señal de aliento.

—Haremos el amor toda la noche, como otras veces y si quieres, me puedes llamar papá...

¿Llamarle papá? ¿Qué cosa tan horrible estaba sugiriendo?

La mano de Tony estaba ya en mis hombros y bajaba el rostro hacia el mío, acercando sus labios a los míos. Eché hacia atrás la cabeza, pero su otra mano la tenía en mi cintura, aferrándola con fuerza. El carecer de plenas fuerzas en la parte inferior de mi cuerpo constituía una gran desventaja.

—¡TONY! ¡BASTA! ¡PARA!

Su mano se movió por mi cintura y mis pechos, y él empezó a gemir de placer.

—¡Oh, Leigh mía! Mi Leigh...

Me liberé de su garra sobre mi muñeca izquierda y me revolví hacia su mano izquierda, golpeándole en el antebrazo, haciéndolo apartar los dedos de mi pecho. El golpe le conmocionó.

—¡TONY! ¡BASTA! ¡SOY ANNIE! ¡ESTÁS HACIENDO ALGO TERRIBLE, UNA COSA QUE LAMENTARÁS DURANTE TODA TU VIDA!

Mis palabras alcanzaron al fin su objetivo. Se inmovilizó en su posición sentada. Para poner más dramatismo a mi resistencia, me incliné hacia adelante y le empujé el pecho con ambas manos, haciéndole retroceder. El esfuerzo se llevó mis últimas fuerzas y me derrumbé contra la almohada.

—¿Qué? —dijo, como si escuchase voces que yo no podía oír—. ¿Qué?

—Vete —le rogué con voz cansina—. Vete ya. Déjame sola.

—¿Qué?

Se dio la vuelta y se quedó mirando hacia las sombras más densas de la habitación. ¿Se imaginaba que allí había alguien? ¿Estaría llamándole alguno de los fantasmas de Rye Whiskey? Tal vez se trataba del fantasma de mi bisabuela, o incluso el fantasma de mi abuela, que le pedía que me dejase.

—¡Oh, Dios mío! —se dijo a sí mismo—. ¡Oh, Dios mío!

Se puso en pie y miró hacia mí. Aguardé, con el corazón latiéndome alocado. ¿Qué estaría pasando por su retorcida y atormentada mente? ¿Regresaba al fin a la realidad o seguía otro canal a través del laberinto de su locura para encontrarse a sí mismo de nuevo encima de mi cama?

—Lo..., lo siento... —susurró—. Oh, lo siento tanto...

Se agachó y recogió su bata. Luego se la puso con rapidez, haciendo un nudo en el cinturón. Le observé sin hablar, temerosa de que el sonido de mi voz le hiciese volver a empezar.

—Tengo..., ahora tengo que irme... —dijo—. Buenas noches.

Contuve la respiración y apenas volví la cabeza mientras se alejaba del lecho y se

acercaba a la puerta. Desapareció en un abrir y cerrar de ojos, pero mi corazón no dejó de latir con fuerza. Estaba aterrada pensando que podría volver y demasiado débil y abrumada para esforzarme por salir de la cama y arrastrarme fuera de la habitación.

Sudaba tanto que el camisón se me pegó a la piel. Tenía que salir de aquí. Debía convencer a Drake, a Luke o a cualquier otro de que me sacasen inmediatamente. Pero Drake se encontraba en Nueva York. ¿Y qué ocurría si Luke no venía? Dominada por el pánico y la desesperación, mi mente se movía precipitadamente como un pájaro enjaulado. ¡Rye Whiskey! Tenía que conseguir que me ayudase. ¡O Troy! ¡O Parson! ¡Cualquiera! «¡Por favor, que alguien me ayude a librarme de este loco!» ¿Qué le había hecho a mi abuela para obligarla a marcharse a escape? Apenas podía pensar en ello. La única cosa que me consolaba consistía en comprobar que pronto sería un nuevo día. Me abracé con tanta fuerza como pude, de la manera en que mamá me abrazaba contra ella cuando tenía un mal sueño y se acercaba a mi cama. Y esto era algo más que un mal sueño. Se trataba de una pesadilla viviente. Temí quedarme de nuevo dormida, temiendo despertarme de nuevo con Tony desnudo a mi lado, pero mis párpados comenzaron cada vez a pesarme más y más y me deslicé hacia un sueño por agotamiento.

—Buenos días —me dijo Tony jovialmente.

Mis párpados vibraron y se abrieron, y le vi corriendo las cortinas por completo, la brillante luz del sol eliminó todas las sombras. Levantó las ventanas para que entrase más aire, y las cortinas dieron inicio a un feliz ondear sobre el antepecho. No levanté la cabeza de la almohada. En vez de ello, me quedé tumbada allí en silencio, observándole moverse por el cuarto. Vestía una limpia bata de color azul claro y parecía increíblemente jovial. ¿Pretendía hacerme creer que nada de lo ocurrido durante la noche había sucedido realmente?

—Te traeré el desayuno en un periquete —me dijo.

—El ser amable conmigo esta mañana no te servirá de ayuda, Tony. No he olvidado lo que pasó anoche.

—¿Anoche?

Se dio la vuelta, sonriente.

—Oh..., anoche... Te refieres a que te grité en la planta baja. Ya intenté explicarme y disculparme por eso, Annie. No deberías tener un baúl de agravios. Todos cometemos errores.

—No hablo de eso. Me refiero a cuando viniste a mi habitación en plena noche —le grité.

Ya no sentía ninguna clase de compasión por él. Tendría que soportar la responsabilidad por lo que estaba haciendo y, de una manera u otra, estaba decidida a irme hoy de la casa.

—¿Qué? ¿Has tenido otro sueño? Pobre chiquilla... ¡Por cuántas cosas estás pasando...!

Sacudió la cabeza, apretando los labios como un abuelo preocupado.

—Verás, en cuanto tengas algo realmente sustancioso en el estómago...

—Quiero mi silla de ruedas. Quiero ir abajo a telefonar.

—¿Silla de ruedas? Oh, no, Annie, hoy no. Necesitas por lo menos un día entero de descanso después de todo aquello por lo que has pasado. Hoy te traeré el desayuno a la cama. ¿No es estupendo?

—¡QUIERO MI SILLA DE RUEDAS! —exigí, con la voz más fuerte en que jamás me había dirigido a él.

Se me quedó mirando durante un instante y luego echó a andar como si no me hubiese oído.

—¡TONY!

No se volvió, y esta vez al salir del cuarto cerró la puerta.

—¡NO PUEDES TENERME AQUÍ COMO A UNA PRISIONERA!

Me coloqué sentada sobre el lecho y, lentamente, puse las piernas por encima del borde de la cama. Me sentía débil y cansada, pero mi determinación era fuerte. Quería salir de la habitación, aunque tuviera que ser a rastras. Tenía que conseguir ayuda, la de Rye. Estaba segura de que me ayudaría.

Comenzaba a bajar los pies hasta el suelo cuando Tony irrumpió de nuevo en la habitación, llevando la bandeja de mi desayuno.

—Oh, no, Annie. Te sentarás apoyada contra el tablero para que pueda poner la tabla de mesa encima de tus piernas.

Dejó la bandeja encima de la mesilla de noche y me tomó por los brazos, empujándome hacia atrás, dándome la vuelta. Mi débil resistencia no surtió el menor efecto.

—¡Por favor! —grité—. Por favor. Suéltame.

—Una vez comas y descanses. Comprobaré cómo estás, Annie. Es una promesa.

Me sonrió, como si fuésemos los mejores amigos y comenzó a colocar la tabla que hacía las veces de mesa. Luego puso encima la bandeja de mi desayuno y retrocedió un paso, con las comisuras de la boca alzada, cual si se tratase de la sonrisa de un payaso.

Pensé que estaba loco. Anoche algo le había producido una recaída definitiva. Ya no tenía la menor esperanza de llegar realmente hasta él.

Miré la bandeja. Había una copa de zumo de naranja y un poco de harina de avena caliente, con lo que parecía miel esparcida por encima. También había la usual tostada y un vaso de leche desnatada. Rye no había preparado este desayuno. Pensé que debía comer algo y conseguir alguna energía para mi cuerpo. Me bebí el zumo y comí algunas cucharadas de avena. La tostada parecía un trozo de cartón, pero la engullí entre sorbos de leche. Asintió, mientras en su rostro afloraba una sonrisa de locura.

En cuanto hube acabado, alzó la bandeja y desmontó la mesa.

—Y ahora —siguió—, con todo esto te sentirás mucho mejor, ¿verdad que sí?

¿Querrás ahora que te dé un poco de masaje con aceites corporales?

—No —dije con tanto énfasis como me fue posible.

—¿No? ¿Dices que no porque te encuentras hoy mucho mejor?

—Sí —repliqué a través de las lágrimas—. Por favor, por favor, tráeme mi silla de ruedas.

—Después de tu sueñecito matinal, ya veremos —repuso.

Se acercó al tocador y sacó un camisón nuevo, otro de los que me había traído al Boston Memorial Hospital.

—Debes ponerte un camisón nuevo. Creo que éste te irá muy bien, ¿no te parece? Siempre me ha gustado para ti el color escarlata.

Me lo trajo a la cama. Ya estaba sentada allí con los cobertores apretados contra el cuello.

—Vamos, un camisón nuevo te hará sentirte mucho mejor...

No creí que me fuera a dejar sola hasta haberme puesto aquel camisón rojo, por lo que se lo cogí. Se quedó allí de pie observando cómo me quitaba el que llevaba y me deslizaba el otro por encima del cuerpo. Lo hice tan rápidamente como me fue posible.

—¿Ves cómo te sientes mucho mejor?

—Sí —repuse, tras concederle lo que deseaba.

Yo estaba incluso más asustada porque, en lugar de sentirme despierta y con energías, tal y como había confiado que pasaría tras desayunar, de nuevo me notaba somnolienta y cansada. Su voz me sonó desde muy lejos.

—Quiero..., quiero...

—Quieres dormir, ya lo sé. Lo esperaba. Un buen descanso...

Me arregló la manta, remetiéndola bien a mi alrededor como si se tratara de una camisa de fuerza.

—No... Yo...

—Duerme, Annie, duerme y te encontrarás mucho mejor cuando regrese. Todas esas ridículas pesadillas habrán desaparecido cuando te despiertes.

Traté de hablar, pero no pude articular las palabras. Parecía tener cosidos los labios. Al cabo de unos momentos estaba ya durmiendo, mientras mi último pensamiento consciente fue que me habían puesto un sedante en el desayuno.

La próxima vez que desperté, me encontré muy desorientada. No tenía la menor idea de la hora que era. Lentamente, en lo que parecieron más horas que minutos, conseguí librarme de los ajustados cobertores y me retrepé contra la almohada. Me tendí de espaldas, respirando con fuerza y con el corazón latiéndome con fuerza.

Pude ver que eran casi las doce. La puerta de mi dormitorio seguía cerrada, pero las ventanas estaban abiertas y una fría y refrescante brisa marina entraba por ellas. Me volví hacia las ventanas, anhelando poder estar de nuevo afuera y, de repente,

muy débil al principio, pero cada vez más y más fuerte, a medida que procuraba oírla mejor, escuché una voz familiar. Procedía de abajo..., de la parte delantera de la casa.

—¡Luke!

También escuché la voz de Tony.

Concentrándome todo cuanto pude y dirigiendo toda mi fuerza hacia las piernas, me puse encima de un lado de la cama, pero las piernas no me dieron el menor apoyo. Cualquier vitalidad que parecía haber renacido en mí había desaparecido. Algo de lo que me administraba Tony había puesto en hibernación a mi renovado vigor.

—¡Luke! —grité.

Mi voz levantó ecos en la vacía habitación y aquel sonido pareció gritar conmigo. Me dejé caer al suelo, derrumbándome igual que un vestido que se desliza del colgador de un armario. Me retorcí y comencé un lento forcejeo en dirección a la ventana, apretando y empujando lo mejor que pude, alentada por los continuados sonidos de la voz de Luke. Comencé a emitir algunas palabras.

—Pero ella insistió en que viniera —alegaba Luke.

—Aún no puede recibir visitas.

—Entonces, ¿por qué me telefoneó?

—No lo hizo. Le era imposible hacerlo. Debe tratarse de un error.

—He venido en coche hasta aquí. ¿No podría verla aunque fuese un momento? — imploró.

—Los doctores están en contra de ello.

—¿Por qué?

—Jovencito, no tengo todo el día para perderlo en explicarte los procedimientos médicos. Ha llegado ya la hora de la terapia de Annie y durante ese tiempo tampoco puede recibir a nadie.

—Muy bien. Aguardaré aquí afuera.

—Eres un tozudo.

Estaba ya tan sólo a menos de medio metro del alféizar de la ventana. Hice fuerzas para alzar el cuerpo y alargar la mano rápidamente para apoyarme allí, pero fallé y me caí hacia adelante, golpeándome la cabeza, contra la pared. Durante unos momentos me quedé tan atontada que no hice nada más que permanecer allí tendida.

—Muy bien, me iré... Pero, ¿le dirá que he venido?

La resignación se percibía en su voz.

—Claro que sí...

—No... —musité—. No..., no...

Alargué de nuevo la mano, y esta vez logré una sujeción en el antepecho de la ventana y me impulsé hacia la abierta ventana.

—Gracias...

Escuché cómo se cerraba la puerta de entrada. Se iba, ¡Luke se iba! ¡Tony le había echado! ¡Mi única esperanza! Luke... Estaba de rodillas y, empleando ambas manos, me empujé hacia arriba, hasta que mi cara quedó al nivel de la ventana.

—¡LUKE! —grité con todas mis fuerzas—. ¡LUKE! ¡NO TE VAYAS! ¡LUKE, SUBE Y SÁCAME DE AQUÍ! ¡LUKE! —grité y grité hasta que mi rostro pareció estallar del esfuerzo y los brazos se me debilitaron demasiado para seguir sosteniéndome.

Antes de caer de nuevo al suelo, pensé tener una visión de Troy de pie al borde del laberinto, con la vista levantada. Pero tal vez sólo era algo que yo había deseado ver.

Me quedé allí, con un lado del rostro contra la alfombra y el cuerpo triturado, llorando y gimiendo por Luke. Así fue como me encontró Tony.

—Oh, pobre Annie —me dijo—. Te has caído de la cama. Sabía que sucedería algo parecido. Es culpa mía, debería haberte atado a los laterales de la cama.

—¡ERES UN MONSTRUO! —le grité—. ¿Cómo puedes haberle echado? Ya sabes cuánto tiempo he anhelado su visita. Conoces lo importante que era esto para mí. ¿Cómo has podido hacerlo? ¿Cómo puedes ser tan cruel? No me preocupa qué va mal en ti o cuan triste y trágica haya podido ser tu vida. ¡Esto es algo horrendo, terriblemente horrendo! ¡Te odio por ello! Ve a por él. Haz que vuelva. ¡CONSIGUE QUE VUELVA AHORA MISMO!

Ignoró mi estallido, como si yo fuese aquí la loca y él el cuerdo.

Mi cuerpo se estremeció con los sollozos cuando me puso las manos en las axilas y me levantó del suelo. Me llevó otra vez a la cama y me depositó debajo de la manta, remetiéndola muy fuerte una vez más.

Luego dio un paso atrás para respirar hondo.

—No deberías hacerte todo esto, Annie. Intenta descansar. Ya sabes que sólo deseo lo mejor para ti, sólo lo mejor para mi pequeña Annie.

—Yo no soy tu pequeña Annie. Quiero que vuelva Luke —musité—. Luke volverá..., Luke volverá...

—Claro que sí. Te pondrás mejor y regresará. Si me hubieses escuchado, ya te habría sacado por ahí mucho antes de lo que piensas. ¿En qué estaba pensando? Ah, sí, en los laterales de protección para la cama.

Se fue y regresó con ellos. Me quedé allí impotente mientras los sujetaba a la cama y los alzaba, enjaulándome como a un pobre animal.

—Ya está. Ahora ya no tendremos que preocuparnos de que te caigas otra vez de la cama. ¿Te sientes segura?

Me di la vuelta, cerré los ojos y aguardé a que abandonara la habitación. Una vez comprobé que se había marchado, cerré de nuevo los ojos y me imaginé que me encontraba en el belvedere de Winnerrow. Lo deseé, lo deseé, lo deseé. ¡Oh, Luke, ve allí por mí! Escúchame a través de la distancia y comprende lo terrible que es esto y cuánto necesito que me saques de aquí.

Farthy no es el paraíso, el castillo mágico que imaginábamos que sería. Es una horrible prisión, oscura y peligrosa y llena de retorcida desesperación. Debería haber escuchado a mi madre..., ella sabía, lo sabía...

Al principio pensé que estaba aún soñando puesto que, cuando abrí los ojos, escuché las voces. Lancé un vistazo al reloj y vi que eran casi las siete de la tarde. Había dormido durante todo el día. Las voces se hicieron más altas. Avanzaban por el pasillo en dirección a mis habitaciones.

Momentos después se abrió la puerta de mi dormitorio y ante mí aparecieron mi tía Fanny y..., gracias a Dios..., Luke...

—¿Por qué tiene que estar como un bebé en una cuna? —exclamó mi tía Fanny con su voz estridente—. Y mira, mira eso... Tiene el cabello de un color diferente. Es como el que Heaven solía llevar...

—¡Annie!

Alcé la mano y Luke se precipitó hacia la cama y alargó la suya por encima de los laterales del lecho para cogérmela. En cuanto nuestros dedos se tocaron, empecé a llorar.

—No llores, Annie. Ya estamos aquí...

¿Estaban de veras aquí? Me deleité los ojos con ellos, igual que lo hubiera hecho alguien perdido en una isla desierta al mirar a sus rescatadores, a medias entre la incredulidad y la alegría abrumadora. Era como si una maravillosa luz hubiese irrumpido en esta melancólica habitación, como si hubiesen quitado los barrotes de las ventanas y corrido los cerrojos. Mi mundo de Winnerrow se había precipitado a través de la puerta, inundándome con un torrente de recuerdos y sensaciones maravillosas. Las pesadillas se retiraban. Podía escapar de esta locura. Mi corazón reventó de dicha. Luke no me había olvidado, no había desertado de mí. Había escuchado mi llamada. Nuestro amor era tan fuerte que se impondría a todo lo que encontrase en su camino. Al instante sentí que recuperaba las fuerzas. Era como una flor a la que habían encerrado en un oscuro rincón y no la habían regado. Y poco antes de que se marchitara para siempre, la prisión había desaparecido. Habían permitido que la luz la acariciara y una amorosa lluvia la había vivificado. Florecería de nuevo. Yo florecería de nuevo. Luke y yo volveríamos a estar juntos.

—Oh, Luke, por favor..., llévame a casa...

—Lo haremos, Annie...

Tony apareció detrás de tía Fanny.

—¿Estás satisfecha ahora? ¿No puedes ver lo enferma que está? —gritó.

—No, Luke. No, no estoy enferma..., es él quien me pone enferma... Me echa medicamentos en la comida que me debilitan. No le creas.

—Exactamente lo que pensé..., como dijo aquel hombre...

Tía Fanny se acercó más a mi lecho, con la cara arrugada de preocupación.

—¿Qué hombre, Luke?

—Un hombre llamó a mi madre y le contó que diera conmigo y que viniésemos lo antes posible, para sacarte de aquí y llevarte a casa.

—¡Troy! —exclamé.

¿Quién más podría ser?

—¿Quién es? —preguntó Luke.

—Nada..., gracias a Dios que has regresado...

—Vinimos en un santiamén, Annie querida...

—No os la podéis llevar de aquí sin hablar antes con el médico. Es una inválida; necesita cuidados especiales, medicamentos especiales...

Tony estaba rojo como una remolacha, agitado y tratando de dominarse. Sus ojos aparecían agrandados y tenía los pelos de punta. Se parecía a alguien que acabase de sufrir una tremenda sacudida eléctrica.

—No le escuches, tía Fanny —rogué.

—Le causarías una terrible recaída..., tal vez incluso podrías acarrearle la muerte... —insistió Tony.

Tía Fanny se volvió lentamente y bajó las manos hasta las caderas. Alzó los hombros. Parecía un halcón a punto de precipitarse sobre un ratón.

—Me parece que eres tú el que está a punto de causar a esta criatura una recaída. Mírala. Está pálida y cansada... —Se puso a olisquear—. Encerrada en un lugar que huele a tumba. Este lugar es exactamente lo que pensé que sería.

—Voy a... llamar al doctor...

—Llámale. De todos modos, ¿qué clase de médico es? Mira qué parece este sitio. ¿Es ciego, o estúpido? ¿O no es tan listo como alegan ser esos doctores de figurón? ¿Cómo ha podido dejar a mi sobrina en un sitio así? Es un auténtico vertedero. Huele a humedad y a podrido.

—No voy a quedarme aquí quieto y soportar este abuso —aseguró Tony, con su orgullo y arrogancia Tatterton reluciéndole en el rostro.

Salió de las habitaciones, pero yo no esperaba que fuese muy lejos.

Tía Fanny dirigió entonces su atención hacia mí.

—No te preocupes ya más, Annie. Te vendrás a casa con nosotros. Luke, baja esos barrotes laterales para que pueda salir de la cama. Encontraré una maleta y guardaré sus cosas.

—Mis cosas están en el lado derecho de ese armario, tía Fanny. No es demasiado. La maleta está allí en el suelo.

Luke me apretó la mano.

—¡Qué contento estoy de verte...!

—Pues no te puedes imaginar lo contenta que estoy yo, Luke. ¿Por qué no habías venido antes?

—Lo intenté. Llamé a Tony Tatterton, que siguió dándome largas, explicándome que el médico no deseaba que tuvieses visitas.

—¿Y Drake?

—Drake me decía lo mismo. Deseaban que esperase un poco más.

—¿Incluso después de que recibieras mi carta?

—¿Una carta? Yo no he recibido ninguna carta, Annie.

—Él nunca la envió. Debiera haberlo imaginado. Toda esa basura acerca de tus

exámenes de ingreso, tus fraternidades y amigos..., y novias...

Me sentía ahora tan mal, tan culpable por sospechar que Luke se había convertido en una persona egoísta y presumida. ¿Cómo podía haber dudado de él? Tenía que haberlo sabido. Había sido una prisionera aquí desde el comienzo, y desde el mismo principio Tony me había engañado. Me ponía enferma pensar que podía haberme mentido de aquella forma tan espantosa.

—¿Qué novias?

—¿Os vais a poner a pelear o vamos a regresar a Winnerrow?

—Vamos a casa, mamá...

—Entonces haz lo que te digo y baja esos protectores de la cama.

Luke bajó los barrotes laterales mientras tía Fanny guardaba mis cosas en la maleta y ponía a un lado las ropas que debía ponerme.

—Baja esa maleta, Luke, mientras visto a Annie. Y trae la silla de ruedas. Hay una en el piso de abajo. Y no te detengas por nada ni por nadie —le ordenó finalmente Fanny.

—Muy bien, jefa —respondió Luke e hizo a tía Fanny un saludo en plan de burla. ¡Sentaba tan bien sonreír y reírse de nuevo...!

—Oh, vamos, vamos... ¿No quieres ser buen chico, jovencito?

—Es un joven maravilloso, tía Fanny... Estoy tan contenta de que hayas venido... Nunca he sido tan feliz al verte...

—Nada, nada... No hables de eso ahora... Procuremos salir de aquí. ¿Qué he de hacer para ayudarte?

—Ayer lo habría hecho todo yo sola, tía Fanny, pero me siento cansada y débil; por favor, échame una mano con la ropa interior. Te prometo que no voy a ser una carga para ti cuando estemos en Winnerrow.

—Oh, pobre chiquilla... —me dijo, mientras los ojos se le suavizaban, aunque estaban húmedos de lágrimas. Nunca me había percatado de lo cálida y cariñosa que podía llegar a ser tía Fanny.

—Yo me cuidaré de todo. Serás la carga que debas ser y no te preocupes por ello. Somos una familia a pesar de todo, aunque algunos no piensen lo mismo.

—¿A qué te refieres, tía Fanny?

—No quiero decir nada. Déjame ponerte las ropas.

Me ayudó a vestirme y Luke regresó con la silla de ruedas. Me alzó de la cama, como si yo fuese un delicado bebé, y lentamente me bajó hasta la silla de ruedas. Luego comenzó a empujar para sacarme de la habitación.

Miré hacia atrás, a la cama de dosel y los tocadores, aquel dormitorio que se suponía que iba a ser un lugar cálido y maravilloso para mí, la antigua habitación de mi madre.

¡Qué triste era que aquellas habitaciones se hubiesen convertido en unos cuartos llenos de pesadillas! La cama se había convertido en mi jaula, el cuarto de baño y la bañera en mi cámara de tortura. Me sentía realmente como alguien que se escapa de

una prisión. Toda la magia y la maravilla de Farthy era, simplemente, algo que Luke y yo habíamos imaginado, un sueño de chiquillos. La realidad era mucho más dura y más cruel.

Vi la misma decepción en el rostro de Luke cuando dirigí la mirada hacia él mientras avanzábamos por el pasillo. Contempló las telarañas, las paredes desconchadas y las viejas y descoloridas cortinas sobre los grandes ventanales, manteniendo los vestíbulos oscuros, malsanos y húmedos.

Dirigí a Luke para que me llevase a la silla-ascensor.

—Así será más sencillo.

—¿Ya sabes manejar ese chisme, Annie? No deseo en absoluto que ocurra algún accidente que dé a Tony Tatterton una oportunidad para echársenos encima como antes.

—Es muy sencillo, tía Fanny.

Me deslicé en la silla y me abroché con firmeza el cinturón de seguridad. Luego apreté el botón y la silla comenzó a descender.

—Caramba, Luke, mira..., tenemos que conseguir que nos instalen inmediatamente uno en Hasbrouck House...

—El nombre de la empresa está en la silla —replicó Luke.

Sacó una pluma de su bolsillo superior y se lo anotó. Luke estaba siempre preparado, siempre un buen estudiante.

—¿Y cómo marcha la Universidad, Luke?

—Estupendamente, Annie —replicó, mientras andaba junto a mí mientras la silla descendía por la escalera—. Pero he tomado una nueva decisión.

—Ah...

—Me he retirado de la escuela de verano... De todos modos, aún no necesito empezar.

—¿Lo has dejado? ¿Por qué?

—Me pasaré el resto del verano en casa, contigo, ayudándote para que te recuperes —me dijo, sonriente.

—Oh, Luke, no deberías hacerlo... —La silla se detuvo al pie de la escalera y me deslicé en la otra silla de ruedas que aguardaba.

—Carece de sentido que discutamos acerca de esto, Annie. Ya lo he decidido —concluyó con un aire muy decidido y grave.

Sabía que era egoísmo por mi parte, pero me sentí feliz, electrizada ante el hecho de que hubiese adoptado aquella decisión.

—¿Y qué va a decir tía Fanny de todo esto?

—Está muy contenta de que esté por allí durante algún tiempo. Mi madre es ahora diferente, Annie. Ya lo verás. La tragedia la ha convertido en una persona responsable. Realmente, estoy muy orgulloso de ella.

—Me alegro, Luke.

—Miss Annie —me llamó alguien, y nos detuvimos en la puerta principal.

Era Rye Whiskey que acudía desde la cocina.

—Rye. Es Rye Whiskey, Luke. El cocinero.

—¿Se va a casa, Miss Annie?

—Sí, Rye. Aquí está mi tía Fanny y mi primo Luke. Han venido a por mí.

—Estupendo, Miss Annie —me dijo sin vacilar.

Tía Fanny asintió al ver a alguien que confirmaba sus sospechas y decisiones.

—No he podido hacer nada especial, de ningún modo, con aquella enfermera siempre a mis espaldas mientras estuvo aquí, y ahora...

—Lo sé, Rye. Lo siento.

—Es igual... Ya volverá cuando se ponga buena de nuevo. Y le haré la mejor comida de este lado del paraíso.

—Te tomo la palabra en eso, Rye.

Su rostro se puso otra vez serio.

—Los espíritus tampoco estarán por aquí, ¿verdad, Miss Annie?

—Supongo que no, Rye.

Asintió y se quedó mirando a tía Fanny.

—¿Qué es lo que bebe usted? Maldita sea, vaya sitio...

—Sólo bebidas para prevenir las mordeduras de serpiente, señora.

—¿De veras?

Los ojos de Rye centellearon.

—Sí, señora, y funciona porque nunca me ha mordido ninguna.

—Vamos, Luke... —dijo tía Fanny, y señaló hacia la puerta principal.

Luke la abrió y, en el momento en que me empujaba para salir, oímos los gritos de Tony.

Todos nos dimos la vuelta y miramos hacia la escalera. Estaba al final de ella, manteniendo los puños en alto.

—Si sacáis a esa chica de esta casa seréis responsables de cualquier cosa que suceda. Ya he llamado al médico. Y está por completo encolerizado.

—Bien, pues dile que vaya él mismo a visitar a un médico —replicó tía Fanny, y se rió de su misma respuesta.

Sin más vacilaciones, hizo una señal a Luke y éste comenzó a sacarme de la casa en la silla de ruedas.

—¡Alto! —gritó Tony.

Y bajó a la carga la escalera.

—Ese hombre está loco —musitó tía Fanny.

—¡Alto! —repitió, acercándose a nosotros—. No la podéis sacar de aquí. Es mía...

—¿Tuya?

Tía Fanny se echó a reír con desdén.

—¡Es mía! ¡Lo es!

Respiró hondo y realizó una confesión desesperada.

—Es auténticamente mi nieta, no mi nietastra. En parte porque tu madre huyó de aquí —manifestó, dirigiéndose hacia mí— cuando averiguó...

—¿Qué es lo que averiguó, Tony?

Hice dar la vuelta a la silla de ruedas para enfrentarme a él.

—Averiguó que Leigh y yo..., que su madre y yo..., Heaven, era hija mía y no de Luke.

—¡Dios bendito...! —exclamó tía Fanny, dando un paso hacia atrás.

—Es verdad. Me avergüenza lo que hice, pero no me avergüenza que tú seas mi auténtica nieta, Annie. Y lo eres. ¿No lo comprendes? Permanece aquí conmigo, con tu auténtico abuelo —rogó.

Me lo quedé mirando. Ahora, lo sucedido anoche tenía sentido. No era de extrañar que me llamase Leigh cuando se acercó a mi cama. Estaba reviviendo su lío amoroso con ella, un asunto que había ocurrido en esta casa cuando ella era sólo una chiquilla...

—Y lo que sucedió anoche realmente ya ocurrió antes —concluí en voz alta.

—¿Y qué sucedió anoche? —preguntó tía Fanny, echándose hacia adelante.

—Siento lo que pasó anoche, Annie. Estaba confuso...

—¿Confuso?

Todas las veces que me había besado, tocado, ayer cuando me bañó y le vi detrás de mí, con los labios cerca de la nuca..., todo aquello acudió a mi mente y, de repente, todo aquello resultaba feo, lujurioso. Sentí náuseas. Apenas podía pensar, me sentía tan sucia, tan humillada. Mi mente era una cámara de resonancia de gritos y chillidos.

—¡Eres repugnante! —grité—. No es de extrañar que mamá se escapara de esta casa y no quisiera tener que ver nada más contigo...

Luego se me ocurrió imaginar algo terrible. Él pareció intuir lo que estaba a punto de decir. Lo pude ver en sus ojos, en la forma en que los agrandaba y daba un paso hacia atrás.

—¿Te confundiste también con mi madre? ¿Fue ésa la auténtica razón de que te dejara a ti y a Farthy?

—No..., no fue culpa mía...

Miró a Luke y a Fanny esperando que, de algún modo, acudieran en su ayuda, pero se lo quedaron mirando con la misma expresión de horror y asco que yo.

—No puedes odiarme. No puedo vivir de nuevo a través de esto, Annie. Por favor, perdóname. Yo no quería...

—¿Que no querías...? ¿Que no querías qué? ¿Dejar a mi abuela embarazada? Por eso dejó Farthy y a su madre. La alejaste, lo mismo que a mamá, y lo mismo que has hecho conmigo.

Mis palabras sonaron como clavos en un ataúd. Se puso blanco y meneó la cabeza.

—Deseabas poseerme a mí igual..., igual..., igual que aquel retrato de mamá de

la pared —le dije, asintiendo—. Ésa es la razón de que mintieses cuando me dijiste que habías telefonado a Luke. Nunca le llamaste, ni tampoco echaste la carta al correo. ¡Querías tenerme aquí prisionera!

—Sólo hice lo que hice porque te quiero y te necesito. Eres la verdadera heredera de Farthinggale y de todo lo que lleva aparejado. Perteneces aquí. Y no te dejaré marchar... —aulló.

—Oh, claro que lo harás —le dijo Luke, interponiéndose entre nosotros.

Mi Luke, mi gallardo príncipe que llegaba en mi rescate, combatiendo contra el brujo malo de nuestras fantasías. Los hados lo habían convertido en realidad.

Tony detuvo su aproximación mientras Luke le miraba con fijeza.

—Vámonos de aquí, Luke, querido —exclamó tía Fanny, y Luke se hizo de nuevo cargo de mi silla de ruedas, dándome la vuelta hacia la puerta.

—Annie —me llamó Tony—, por favor...

Tía Fanny abrió la puerta y Luke me hizo salir.

—¡ANNIE! —vociferó Tony—. ¡ANNIE! ¡HEAVEN! ¡OH, HEAVEN, NO...!

Fanny cerró la puerta detrás de nosotros para librarnos de su horrible grito.

Me llevé las manos a los oídos. Luke empleó la rampa y me condujo al coche que esperaba.

—Puedes sentarte delante si lo deseas, Annie.

—Sí, me gustaría —repliqué.

Luke abrió la puerta y luego me alzó de la silla. Descansé la cabeza contra su pecho mientras me situaba con sumo cuidado en el asiento.

—Será mejor que te llesves la silla de ruedas, Luke. No tiene sentido dejar que se pudra aquí con todo lo demás...

Luke la plegó y la metió en el maletero del coche. Tía Fanny se instaló en la parte del pasajero y Luke detrás del volante, avanzó el vehículo por la entrada de coches.

—Luke, tía Fanny, antes de irnos me gustaría detenerme ante el monumento funerario. Por favor...

—Claro que sí, Annie.

Luke dio la vuelta y condujo hacia el cementerio de los Tatterton. Llevó el coche lo más cerca que pudo del monumento y yo miré por mi ventanilla. La noche había ya caído, pero la luna arrojaba lo suficiente su amarillenta iluminación sobre el cementerio para que yo pudiera verlo.

—Adiós, de momento, mamá y papá. Descansad en paz. Algún día regresaré y andaré ante vuestro monumento.

—Naturalmente que lo harás —dijo tía Fanny, y me dio unas palmaditas en los hombros.

Luke me oprimió la mano. Me volví hacia él para empaparme en la calidez y el cariño de su sonrisa.

—Vamos a casa, Luke —le dije.

Mientras nos alejábamos miré hacia atrás y pude divisar a Troy Tatterton que salía

del bosque, desde donde estaba segura que había observado toda mi salida.

Alzó la mano amablemente para saludar. Yo le devolví el ademán.

—¿A quién saludabas, Annie?

—A nadie, tía Fanny..., a nadie...

TERCERA PARTE

Regreso al hogar

Me sentía demasiado intranquila para poder dormir en el avión. Luke y yo nos sentamos uno al lado del otro, junto a una ventanilla, y tía Fanny se hallaba enfrente de nosotros. Era tan feliz de ver de nuevo a Luke, que no apartaba los ojos de él; por la manera en que él me miraba, supe además que él se sentía igual.

—Pellízcame y dime que no se trata de un sueño, Luke. Dime que de veras estás otra vez junto a mí.

—No es un sueño —me contestó, sonriente.

—Lo he deseado tan a menudo y con tanta intensidad que todavía me sigue pareciendo un sueño —confesé.

Para ser la primera vez, según podía recordar, en que le expresaba la necesidad que tenía de su amor, no me ruboricé ni aparté la mirada. Nos mirábamos fijamente el uno al otro. Colocó su mano sobre la mía y me la estrechó con cariño. Todo en mí clamaba por él, me urgía a decir más. Deseaba que me abrazase, que me sostuviese tiernamente y que me besase.

—Annie, me he estado preocupando por ti día y noche. No podía concentrarme en nada en la Universidad. Todo el mundo intentaba que acudiese a las fiestas, que conociese gente, pero mi corazón estaba demasiado pesado para apreciar o disfrutar de nada. Pasé un montón de tiempo en mi pabellón escribiéndote cartas.

—¡Unas cartas que yo nunca recibí! —exclamé.

Aquello me llenó de ira. Si por lo menos hubiera recibido sus cartas, mis desesperados y lóbregos días se hubieran convertido en brillantes y esperanzados.

—Ahora sé todo eso, pero no podía comprender por qué no tratabas de dar conmigo, por qué no llamabas o me mandabas de alguna manera mensajes. Pensé...

Bajó la vista.

—¿Qué pensaste, Luke? ¡Por favor, dímelo! —le rogué.

—Creí que, una vez habías entrado en el rico mundo de Farthy, te habías olvidado de mí, que Tony te había rodeado de tantas distracciones, que te había traído tanta gente para que la conocieras, que yo ya no era importante para ti. Lo siento, Annie, siento haber tenido esos pensamientos... —se disculpó.

El corazón se me hinchó al saber que había sentido de la misma forma que yo.

—Oh, no, Luke. Comprendo que pensaras eso, porque yo también pensé lo mismo de ti —me apresuré a admitir.

—¿De veras?

Yo asentí y él me sonrió.

—Entonces, ¿te importaba, realmente te importaba?

—Oh, Luke, no te puedes imaginar lo mucho que te echaba de menos, lo que

añoraba escuchar tu voz; la imaginaba una y otra vez en la mente, recordando las cosas tan bonitas que me habías dicho en el pasado. Sólo pensar en ti y en las cosas que habías hecho en tu vida, a pesar de todos los obstáculos, era algo que me daba esperanzas y aliento. —Sonreí—. Me dirigí directamente a las montañas más altas.

—Me alegra mucho saber que te servía de alguna ayuda aunque ni siquiera estuviese a tu lado.

—Pues lo estabas, y no hacía más que soñar que nos encontrábamos otra vez en el belvedere.

—Yo también —respondió, con un ligero rubor coloreándole las mejillas.

Sabía que resultaba más duro para él que para mí el realizar aquellas revelaciones. Otros hombres pensarían de él que era demasiado delicado, e incluso inmaduro.

—Mientras estaba solo en el cuarto de mi pabellón, me imaginaba que estábamos otra vez juntos, como ocurrió el día que cumplimos los dieciocho años. Deseé que pudiéramos habernos detenido para siempre en aquel día. Oh, Annie —añadió, con su mano aún con mayor firmeza alrededor de la mía—, no sé cómo soportaré el tener que apartarme de nuevo de ti...

—A mí me pasa lo mismo, Luke —susurré.

Ahora estábamos muy juntos, y nuestros labios casi se rozaban. Tía Fanny se rió en aquel momento a causa de algo que leía en una revista, y nos retrepamos en nuestros asientos. Luke miró por la ventanilla y yo dejé que mi cabeza cayera contra el respaldo del asiento y cerré los ojos. Luke no me soltó la mano, y me sentí segura, protegida, en lugar seguro una vez más.

Me sobresalté cuando el avión aterrizó al fin pero, después de meternos en el coche de tía Fanny en el aeropuerto de Virginia, pasé dormida la mayor parte del viaje hasta Winnerrow. Para cuando abrí los ojos, ya estábamos en el país de las colinas, trepando con firmeza por la serpenteante carretera. No había ninguna autovía que nos llevase con rapidez a los Willies. Las gasolineras se espaciaron entre sí cada vez más. Los nuevos y espaciosos moteles iban siendo reemplazados por pequeñas cabañas adentradas en los oscuros y densos bosques. Pequeños y vulgares edificios, sin pintar, nos anunciaban que llegábamos a otra ciudad de la comarca apartada de la transitada ruta, pero incluso éstos se quedaron al fin atrás.

Tía Fanny se había quedado dormida en el asiento de atrás. Nosotros escuchábamos música suave en la radio del coche. Luke tenía los ojos muy fijos en la carretera que tenía por delante, pero seguía con una risa de satisfacción en el rostro. La tragedia nos había hecho madurar y cambiar, pensé; aunque aún no habíamos descubierto en qué forma.

El ver aquel paisaje familiar me llenaba de unas sensaciones cálidas y tranquilas. Me pregunté si mamá habría sentido lo mismo cuando se escapó de Farthy con Drake, a causa de las cosas que Tony Tatterton le había hecho. El mundo exterior de los Willies y de Winnerrow debería haberle parecido tan duro, tan frío y tan cruel como ahora me lo parecía a mí.

—Ya casi estamos —anunció Luke en voz baja—. Ya casi hemos regresado a nuestro mundo, Annie.

—Oh, Luke, creímos escapar de él, ir a un lugar de fantasía que sería más maravilloso, pero nada es más maravilloso que el hogar, ¿no te parece? —le pregunté.

—No si tú no formas parte de él, Annie —dijo y alargó la mano para cogerme la mía.

Cuando nuestros dedos se tocaron, se entrelazaron con fuerza, pues ninguno de los dos deseaba soltarlos. El corazón me latía agitadamente de felicidad.

Él vio la expresión de mi rostro y, de repente, su cara se le puso seria. Sintió lo profundos que eran mis sentimientos, y yo vi que en él eran igual de profundos. Sabía que aquello le turbaba porque ambos nos estábamos rindiendo a lo que sentíamos, sin prestar atención a quiénes éramos.

—Ardo en deseos de ver de nuevo Hasbrouck House —musité.

—Muy pronto, muy pronto...

Kilómetro a kilómetro me iba poniendo más impaciente, más excitada. Finalmente alcanzamos los amplios campos verdes de las afueras de Winnerrow, las lindas granjas cuyos maizales estaban ya a punto para la cosecha. Las casitas campestres estaban iluminadas y las familias que vivían en ellas se hallaban reunidas junto al cálido resplandor de las lámparas. Casi grité de deleite cuando vi las luces de las chozas de los mineros del carbón que punteaban las colinas. Parecían estrellas que se hubieran desprendido pero que aún conservasen su brillo.

Pronto entramos en el mismo Winnerrow atravesándolo por la calle Mayor. Cruzamos hasta su extremo, pasando por todas aquellas casas de tonos pastel de los más ricos, seguidas por los hogares de la clase media, las de aquellos que trabajaban en las minas y que tenían empleos de encargados o directivos.

Cerré los ojos cuando doblamos por la calle que llevaba a Hasbrouck House. Dentro de unos instantes estaría en casa, pero sería un hogar muy diferente sin mamá y papá. Sabía que al enfilar la entrada de coches ni papá ni mamá estarían allí para recibirnos..., no habría sonrisas, ni cálidos besos, ni abrazos y cariñosas bienvenidas. La realidad cayó sobre mí como una gigantesca y poderosa ola en el océano. No podía escapar de ella o hacerla retroceder. Mi madre y mi padre estaban muertos y enterrados en Farthy. Y yo seguía siendo una inválida. Nada de todo aquello había sido un sueño.

—Vaya, gracias a Dios ya estamos aquí —murmuró tía Fanny cuando nos detuvimos ante la casa—. Toca el claxon, Luke, para que la servidumbre se entere.

—A Annie no le gustará mucho, mamá.

—Limítate a tocar el claxon.

Salió en seguida y dio la vuelta para abrirme la portezuela. Yo seguí sentada allí, mirando hacia la casa, a los altos y blancos pilares y a las grandes ventanas. Respiré el aroma de las magnolias y, durante un momento, me sentí de nuevo como una niña, a la que llevaban a casa después de una de nuestras vacaciones familiares en la

playa y, como lo hicieron entonces, los criados se reunían y salían por la puerta de la casa a recibirnos.

Mrs. Avery era todo lágrimas, con su pañuelo de seda con volantes, el que le había regalado en uno de sus cumpleaños, con un aspecto húmedo y marchito. Lo ondeó como si se tratase de una bandera de bienvenida mientras bajaba los escalones hasta el coche, tan rápidamente como se lo permitían sus artríticos miembros.

—Oh, Annie. Bienvenida al hogar, querida.

Tía Fanny dio un paso atrás para que pudiese inclinarse para abrazarme y besarme.

—Hola, Mrs. Avery.

—Tu cuarto ya está preparado..., limpio, encerado y ventilado, muy bonito y agradable.

—Muchas gracias...

Me volví hacia la casa para ver a George bajando los escalones y avanzando con mayor rapidez y mostrando una emoción en el rostro que no recordaba haberle visto jamás. Su habitual pose de perfecta varilla de acero parecía en cierto modo relajada y la sonrisa, que por lo general sólo alcanzaba a las tres cuartas partes de sus labios, ahora alcanzaba las comisuras de su boca y era tan grande que se parecía a la de un gato.

—Bienvenida a casa, Annie.

Extendió rígidamente la mano, pero sus largos y delgados dedos se curvaron cariñosamente en torno de los míos cuando le estreché la mano.

—Gracias, George. Me alegro mucho de verte.

Roland se encontraba en la puerta, con su delantal limpio, brillante, almidonado en torno de la cintura, llevaba en la mano un pastelillo de hojaldre de vainilla y lo trajo hasta el coche para enseñármelo. En la parte de arriba se leía: «BIENVENIDA A CASA, ANNIE, DIOS TE BENDIGA...».

—¡Roland, qué amable de tu parte!

—Sólo ha sido algo para mantenerme la mente ocupada, Miss Annie. Bienvenida.

—Muchas gracias, Roland.

Luke había desplegado mi silla de ruedas y esperaba. Los criados retrocedieron un poco y observaron mientras Luke alargaba la mano y me sacaba del auto y me instalaba en la silla de ruedas. Su rostro estaba rígido y serio, pero cuando nuestros ojos se encontraron me sonrió. ¡Me encontraba tan bien en sus brazos! Vi lo orgulloso que estaba por la firmeza con que me sujetó. Seguía siendo mi príncipe y yo era todavía su princesa.

—Te vas convirtiendo en un experto en estas cosas, Luke Casteel —le musité.

—Supongo que es algo natural.

Me brindó una sonrisa, con sus oscuros ojos de zafiro brillando pícaramente, de la forma en que acostumbraba hacerlo papá.

—Yo llevaré las maletas —se apresuró a decir George mientras Luke empezaba a

empujarme hacia la casa. Roland tendió el pastel a Mrs. Avery y ayudó a Luke a levantarme por los escalones.

—Tal vez necesitaremos también una de aquellas rampas —pensó tía Fanny en voz alta.

—No, tía Fanny. Andaré mucho antes de que lleguen a construirla.

—Así es como pensamos todos, Miss Annie —dijo Roland.

Él y Luke me llevaron directamente a mi habitación. Hasta ahora nunca me había parecido tan maravillosa, cómoda y acogedora. Lágrimas de felicidad corrieron por mis mejillas. Estaba en casa, auténticamente en casa. Dormiría en mi propia cama, rodeada por mis cosas personales. Durante un momento fue como si todo lo sucedido no fuese otra cosa que un sueño. Ése era el auténtico poder de mi habitación.

Pero luego mi mirada se dirigió a la casita de campo de juguete y me acordé de Troy. Era como si hubiera crecido de una forma gigantesca y ahora mirase atrás, hacia donde había estado.

Tenía tantas cosas que agradecerle... A su manera, él también me había rescatado.

—Oh, Luke, es tan maravilloso. Nunca creí que llegara a ocurrir de nuevo.

Miré a mi alrededor hambrienta, con mis ojos haciéndose un festín con todas mis cosas. Allí estaban mis cuadros y mis útiles de arte, organizados tan pulcramente como el día en que los dejé. El cuadro inacabado de Farthy, que había empezado poco antes del trágico accidente, aún seguía en el caballete. Pensé en cuán equivocada había estado al respecto. Los colores eran demasiado brillantes, el mundo que la rodeaba hartamente dulce e invitador. Era un auténtico cuadro extraído de una fantasía. No era de extrañar que mamá deseara que pintara otras cosas. Sabía que yo vivía en un mundo de sueños y, a veces, el vivir en sueños podía ser peligroso y trágico.

La única cosa en que había estado verdaderamente acertada en el cuadro era Luke. No había nada imaginario en su aspecto, y, algo más importante, le había colocado donde más le necesitaba: conmigo, viniendo a por mí, llevándome a casa.

—Todo en Farthy era erróneo, Luke —le dije—. Mis cuadros eran pura fantasía.

—No te echas la culpa por desear que fuese así, Annie. Si no nos permitiésemos tener sueños, el mundo sería terriblemente monótono, tal vez ahora estaremos más satisfechos con lo que tenemos y con lo que somos —concluyó.

—Oh, Luke, así lo espero...

La conmoción a nuestro alrededor alejó las lamentaciones y los lúgubres pensamientos. George me trajo mis cosas y Mrs. Avery hizo la cama. Todo el mundo hablaba a la vez. Su excitación resultaba contagiosa.

—Yo misma ayudaré ahora a Annie, damas y caballeros —anunció tía Fanny.

—Sí, señora —replicó Roland.

Y todo el mundo se fue obedientemente. Por la forma en que respondieron, comprendí que tía Fanny se había hecho cargo aquí de todo.

—Ya te veré más tarde, Annie. ¿Quieres que te traiga alguna cosa? —me preguntó Luke.

—Ahora mismo nada, Luke. Sólo tú mismo...

—Por eso no hay problemas. En realidad, más bien estarás cansada de verme. Soy algo parecido al viejo papel de las paredes.

—No me acabo de creer eso...

Le apreté la mano. Colocó su rostro muy cerca del mío y pensé que iba a besarme en las mejillas, pero tía Fanny habló antes de que terminara de decidirse a hacerlo.

—Pues si tienes que irte, vete, Luke... Tenemos muchas cosas que hacer...

—Lo siento. Adiós, Annie.

—Llamaré al doctor Williams para que venga lo antes que pueda mañana por la mañana, y haga unas pruebas y nos diga qué debemos hacer a partir de ahora.

—Y procura que también mañana venga el peluquero, tía Fanny. Quiero tener el pelo otra vez como antes lo más de prisa posible...

Tía Fanny asintió.

—Pero dime una cosa, Annie. ¿Cómo es que hiciste una cosa así?

—Tony me habló de ello y me convenció respecto de que así me sentiría de nuevo bonita y joven. Se puso a hablar de mamá y de cómo ella lo había hecho, y tenía fotos con su cabello rubio platino. La echaba tanto de menos que supuse que trataba de hacerla volver intentando parecerme a ella, pero no conocía las razones enfermizas que tenía Tony para querer que yo lo hiciera. Intentaba que me pareciese más a mi madre y a mi abuela Leigh. Vosotros estabais allí y oísteis el porqué.

Los ojos de tía Fanny se estrecharon pensativos.

—Yo solía odiar a Heaven por no llevarme a Farthy a vivir con ella. Solía pensar en ella allí, rodeada de todos aquellos almibarados tipos y de tanto lujo y riqueza, pero ahora comprendo por qué cosas tuvo que pasar. En cierto modo, resultó más duro para ella estar allí que en los Willies.

»Nunca me percaté de la auténtica razón por la que intentaba reunir a la familia —continuó tía Fanny—. Ella necesitaba más a la familia que yo, aunque estuviese rodeada por las cosas que proporcionan la riqueza. Pero también andaba rodeada de tipos locos. Aquella abuela encerrada en su locura. Tony Tatterton..., ¡quién sabe cuántos más había por allí! Y te dejamos en sus manos.

Meneó la cabeza.

—No es culpa tuya, tía Fanny. ¿Quién podía saberlo? Tenía los mejores médicos. Tony me pagaba todo cuanto necesitaba, incluyendo una enfermera especial. Sólo que demostró ser horrible...

Le describí por alto lo que había sucedido. Tía Fanny me escuchó, moviendo la cabeza y apretando los labios de vez en cuando.

—Me gustaría que estuviese aquí. Le iba a retorcer el cuello de una manera terrible.

—Tía Fanny, no pareciste muy sorprendida cuando Tony anunció que era el padre auténtico de mamá. ¿Cómo lo sabías?

—Poco antes de que mi hermano Tom resultase atacado y muerto por un tigre en

el circo, me escribió una carta en la que me contaba la conversación que él y papá Luke habían mantenido. Tom se alteró mucho al averiguar que Heaven no era en realidad hija de Luke. Él y Heaven eran muy íntimos, por lo que le resultó espantoso enterarse de esto, y tenía que contárselo a alguien. De todos modos, al parecer, cuando papá se casó con tu abuela Leigh ésta ya estaba embarazada con el bebé de Tony. Luke le dijo a Tom que Leigh explicó que Tony la había violado, tal vez más de una vez. De todos modos, ésta fue la razón de que se escapara de aquel castillo y de todo aquel dinero, y acabara viviendo en los Willies con papá. Murió al dar a luz, por lo cual ninguno de nosotros la conoció. Heaven siempre solía pensar que Luke la odió porque aquel ángel que era Leigh había muerto al alumbrarla, ¿comprendes? Supongo que había muchas cosas más, especialmente si tenemos en cuenta que papá Luke sabía que Heaven no era hija suya.

—Por lo tanto, Tony es mi auténtico abuelo, y no dijo al final todas aquellas cosas sólo para que me quedase —concluí, con las palabras cayendo ahora con gran fuerza sobre mis oídos.

—Así parece, Annie —respondió.

Luego, al interpretar mal la preocupada expresión que reflejaba mi rostro, añadió:

—Ahora, teniendo en cuenta que ha perdido la chaveta, ya no vale la pena estar allí, Annie.

—No, no estaba pensando en eso, tía Fanny. Pensaba en mamá y lo duro que debió ser para ella descubrir también todo esto. Pero no se lo hizo saber a nadie, ¿verdad? Y tú tampoco, ¿no es cierto?

—No, nunca se lo dije a nadie, a excepción del abogado que tuve durante el juicio de custodia. Pero no sirvió, porque tu madre y yo llegamos a un acuerdo. Compramos y vendimos a Drake lo mismo que a nosotros nos compraron y nos vendieron...

Bajó la mirada, avergonzada.

—Cualquier cosa que hicieras en el pasado, ya ha concluido para siempre, tía Fanny. Ya no debes preocuparte a partir de ahora.

—¿Seguro que sabes lo que dices, Annie, querida?

Yo asentí.

—¿Incluso haber tenido a Luke con tu padre? —continuó.

—Haremos las cosas lo mejor que sepamos y que podamos...

—Pues eres realmente una damita encantadora...

Su rostro se entristeció.

—Pero ahora ya sabes que no soy realmente tu tía.

—Oh, no, tía Fanny. Siempre serás mi tía. A mí no me preocupan sólo las relaciones de la sangre.

—Yo te quiero y te he querido, Annie, como si nos unieran vínculos de sangre. Aún te amo ahora más. Te quiero como a una hija, y además, respecto de Luke, sois medio hermano y medio hermana.

—Sí... —reliqué.

Miré a través de la ventana al belvedere que había abajo. No podía dejar de pensar en lo mucho que todo había cambiado desde el día del accidente. Mi madre no había sido una Casteel, aunque la hubiesen criado como si lo fuese, había vivido en aquella choza y creído que Toby y Annie Casteel eran sus auténticos abuelos. Aunque para mí ahora aquellas revelaciones fuesen penosas y perturbadoras, no podía ni imaginarme el efecto que habrían tenido sobre mi madre cuando, al fin, se enteró de la verdad. Era como perder a toda su familia en un instante y, de repente, verse adoptada por unos extraños.

Y luego, de improviso, se convertía en una Tatterton y tenía que vivir en aquella casa llena de recuerdos que habían convertido a su verdadero padre en un celoso perturbado. No era de extrañar que huyera con el pequeño Drake en brazos. ¡Drake! Realmente, no era mi tío, pero seguramente no lo sabía, y no lo sabría, a menos que Tony se lo insinuara en un ataque de locura. Yo no me mostraba muy dispuesta a revelárselo. «El dolor de esta revelación debería quedar encerrado en mi corazón», pensé.

Me percaté de que, no sólo había perdido a mis padres, sino también mi herencia, una de las cosas más importantes que me habían unido a Luke. Ya no compartiríamos un pasado lleno de ricas historias acerca de la vida en los Willies, relatos acerca de nuestro bisabuelo Toby. Y ahora tampoco tenía pasado porque el mío estaba unido a Tony Tatterton y yo no deseaba ese nexo; no quería recordar nada de lo que había dicho acerca de su padre y de su abuelo.

Estaba decidida a empezar una nueva vida y a convertirme en algo diferente. ¿Y quién sería? ¿Cambiaría el modo en que Luke y yo nos queríamos? El futuro estaba muy poco claro y resultaba más atemorizador que nunca. Me habían arrojado en otra clase diferente de laberinto, y no tenía idea de cuánto tiempo vagaría hasta encontrar el modo de salir de él. Anhelaba que alguien como Troy, que alguien me tomase de la mano y me guiara. Tía Fanny era más maravillosa de lo que había imaginado nunca que sería, pero también estaba abrumada por todo lo que había pasado.

No podía apelar a papá o a mamá. Y Drake estaba tan engreído con Tony Tatterton y su posición en las empresas de Tony, que ya no era tan de fiar como antes. Había perdido al tío que había sido más bien un hermano mayor para mí, él se había perdido ante el brillo de la riqueza y del poder. En este momento, Tony parecía el Diablo y Drake una de sus víctimas.

Los únicos pensamientos alegres y esperanzadores me venían cuando pensaba en Luke. Le diría lo que sentía y cuáles eran mis temores. ¿Pero no pediría demasiado de él? ¿No le abrumaría la responsabilidad de constituir un consuelo y una ayuda para alguien que estaba tan desesperada y tan sola? Yo me había convertido en algo más de lo que él esperaba; aquello era seguro.

Tía Fanny me ayudó a ponerme un camisón y meterme en la cama..., mi propia y blanda cama con sábanas que olían a lilas. Mrs. Avery regresó para colocar mis cosas y luego se quedó por allí enderezando esto o quitando el polvo a lo otro, hasta que tía

Fanny le dijo que se fuese y me dejara descansar un poco.

—Luke y yo conseguiremos algunas de las cosas que necesitamos, como una de esas tablas que sirven de mesa para la cama.

—Y un andador. Quiero empezar a usarlo mañana por la mañana.

—Muy bien. Vale, querida, bienvenida al hogar al que perteneces.

Me besó en la frente y se dio la vuelta para marcharse.

—Tía Fanny...

—Dime...

—Gracias, tía Fanny, por traerme a casa.

Meneó la cabeza, con ojos relucientes de lágrimas y se fue rápidamente del cuarto.

Me quedé mirando la puerta de mi habitación, medio esperanzada, medio con vana confianza. Si mamá apareciese por aquella puerta una vez más... Si ella y yo pudiéramos volver a tener una de nuestras charlas... ¡Cuánto la necesitaba, cuánto necesitaba de su sabiduría y de su consuelo! Tal vez si cerrara los ojos y lo deseaba con mucha fuerza, oiría las pisadas en el vestíbulo, su suave y cálida risa, y luego la vería irrumpir por el umbral.

Abriría por completo las ventanas y alzaría las persianas.

«—Levántate y resplandece, alégrate de estar viva y bien. No malgastes un momento, pues cada instante es precioso, Annie. Cada momento es un regalo, ¿y tú no querrás pasar por desagradecida, verdad?»

«—Oh, mamá, estoy aún inválida. Mis piernas parecen unos viejos maderos empapados en agua.»

«—Tonterías... —le oiría decir—. La vida es lo que tú hagas de ella. Ahora tienes que decir que ya han tenido unas vacaciones demasiado largas. Ya es hora de que se pongan a trabajar, compréndelo...»

¿Era aquél el sonido de mi risa? Sentía sus manos en mis piernas, moviéndose por encima de ellas, restaurando mágicamente sus fuerzas.

«—Muy bien —decía, alzándose de la cama.»

Al cabo de un momento empezó a alejarse, convirtiéndose en una sombra.

—¿Mamá...? Mamá... ¡Mamá!

Ella se había ido y el sol estaba tapado por una nube muy grande y muy oscura. Mi habitación estaba gris y triste; había sombras por todas partes.

—¡Mamá...!

—Annie...

—¿Qué..., quién es..., Luke?

Estaba de pie al lado de mi cama.

—¿Estás bien? Te he oído gritar.

—Oh, Luke, por favor, abrázame, abrázame —grité.

Rápidamente se sentó en mi cama y me abrazó. Sepulté la cara en su pecho y sollocé mientras él me acariciaba con cariño el cabello y me susurraba:

—Todo va bien. Estoy aquí. Todo está bien...

Luego sentí sus labios en mi frente. Sus besos de consuelo produjeron un leve hormigueo en mi pecho, mientras sentía su cálido aliento sobre mis mejillas. Su corazón latía encima del mío.

—Supongo que ha sido una pesadilla —le dije, un poco avergonzada ahora—. Y cuando desperté, pensé que Mrs. Broadfield estaba ahí de pie. Era terrible para mí, Luke. Me forzaba a meterme en bañeras con agua hirviendo. Mi piel se ponía tan roja como una rosa en plena floración, y tardaba horas y horas en enfriarme de nuevo.

Me tocó el cuello y asintió.

—Mi pobre Annie. ¡Cuánto has sufrido, y yo no estaba allí para ayudarte! Me odio a mí mismo por ser tan estúpido.

—No fue culpa tuya, Luke. No lo sabías...

Estábamos aún abrazados, sin que ninguno quisiera soltar al otro. Finalmente me dejó de nuevo apoyada contra la almohada. Se sentó allí y se quedó mirándome.

—Annie, yo...

Toqué sus labios y él me besó los dedos. Mi cuerpo se llenó de agradables sensaciones y pareció volver a la vida.

—Será mejor que me vuelva a la cama.

—Espera. Quédate conmigo un poco más. Quédate aquí hasta que me quede de nuevo dormida. Por favor...

—Lo haré. Cierra los ojos...

Hice lo que me mandaba. Me puso bien la manta por encima del pecho y la suavizó por debajo del cuello. Sentí sus dedos viajar por mi cara y luego por los lados de mi cabello.

—Luke...

—Sólo duerme, Annie. Estoy aquí...

Al fin el sueño se presentó de nuevo, esta vez apacible y descansadamente. Y cuando desperté la luz del sol se filtraba por la ventana y Luke dormía a mis pies, curvado como un niño. Durante un momento, olvidé lo que le había traído al lado de mi cama.

En cuanto me moví, sus labios temblaron, abrió los ojos y miró hacia mí. La comprobación de que se encontraba en mi cama le hizo el efecto de un cubo de agua helada. Se sentó rápidamente.

—¡Annie!

Miró a su alrededor.

—Llevas un pijama muy bonito, Luke.

—¿Qué? Oh... Me he debido quedar dormido. Lo siento.

Se puso en seguida de pie.

—Está bien, Luke.

No pude dejar de sonreírle. Los pantalones de su pijama estaban un poco holgados.

—Regresaré después de haberme vestido —musitó.

Y salió a escape de la habitación.

Poco después de haberme despertado otra vez por la mañana, llegó el viejo doctor Williams. Había sido el médico de la familia durante todo el tiempo que podía recordar. Era un hombre bajo y fornido, con un cabello rizado de color melocotón, ahora ya gris en su mayor parte. Cuando entró en la habitación, me saludó con una amplia sonrisa que me hizo sentirme relajada. No me parecía que me fuesen a pinchar y hurgar como si fuese un espécimen de laboratorio y, lo más importante, por allí no había una enfermera mirando por encima de sus hombros y haciendo muecas ante cada una de mis preguntas.

—Tu presión es buena y tu corazón suena muy bien, Annie. Como es natural, tendré que pedir a Boston las placas de rayos X y los informes. Lo haré ahora mismo, pero no veo razón para que no puedas andar.

—Ya he empezado a ponerme yo sola en pie e incluso he dado uno o dos pasos, doctor Williams —le conté voluntariamente—. Pero ellos no deseaban que continuara tratando de andar.

—¿Que no querían?

Sus ojos se hicieron muy pequeños y se pellizcó el mentón con el pulgar y el dedo índice, mientras me miraba con fijeza.

—He comprobado que tus reflejos son muy agudos. Tienes sensaciones en los miembros. En este momento, tu problema principal es de tipo emocional. No existen razones para confinarte en una silla de ruedas y prolongar tu estado de invalidez.

—¿Así que no hay razones para que deje de tratar de andar?

—Eso no puedo decirlo. Simplemente no trates de hacer demasiado esfuerzo para no agotarte. Tu cuerpo será el mejor juez de tu estado. Regresaré tan pronto como reciba la información desde Boston. Bienvenida a casa, Annie. Estoy seguro de que muy pronto te encontrarás bien.

—Muchas gracias, doctor.

Vio lágrimas en mis ojos y su rostro se puso paternal, más suave, su risa se amplió y los ojos le brillaron de amor y preocupación.

—Ya sabes cómo sentí lo de tus padres y el afecto que te tengo. Ahora debes ponerte fuerte, pues vas a tener muchas nuevas responsabilidades.

Me pellizcó cariñosamente la mejilla, de la forma en que siempre lo había hecho, y se fue.

Poco después, Luke entró en la habitación.

—Oh, lo siento —me dijo, dándose la vuelta para irse de nuevo—. Pensé que ya te habían levantado y que estabas preparada para desayunar.

—Ahora, Luke Casteel, ven aquí en seguida, trae una silla y cuéntame todo lo que has hecho mientras he permanecido en Farthy. Quiero oírlo todo acerca de tus experiencias universitarias..., especialmente en lo que se refiere a las novias...

Recordé lo que me había contado en el avión, sobre lo mucho que se había

preocupado por mí y lo ensimismado que había permanecido la mayor parte del tiempo, pero me acordé también de las historias de Drake y tenía que oír todo aquello de labios de Luke.

—¿Novias?

Dio un paso atrás y luego se acercó más a mi cama.

—Antes, cuando te referiste a eso de las novias, tampoco te comprendí.

—¿No has conocido a ninguna chica en especial? —le pregunté.

—Difícilmente. Entre comenzar a orientarme, reunir libros y materiales, organizar el cuarto de mi pabellón... e intentar verte, no he tenido mucho tiempo para hacer vida social...

—Pero creí... Drake fue una vez a verte, ¿no es cierto?

Mi corazón volvía a latirme con fuerza. ¿Estaría Luke mintiendo para que yo no me sintiese mal? ¿Tendría que forzarle a decirme la verdad?

—Se presentó por allí y estuvo unos diez minutos. Yo estaba en el salón del pabellón leyendo —me respondió campechanamente.

—¿Tú solo? —Le seguí interrogando.

Yo parecía buscar incansablemente mi castigo, exigiendo oír lo que sabía que me rompería el corazón.

—Había allí otros estudiantes, pero apenas habíamos llegado a conocernos los unos a los otros, ya te lo he dicho, estaba tan preocupado por ti que...

—Drake creyó que conocías a alguien muy bien —estallé.

Luke pareció muy confuso.

—¿De veras? No creo que él pensara nada. Musitó algo acerca de tu estado, de la necesidad que tenías de estar descansada y sin que te molestasen, y luego se fue a toda prisa a algunos de sus recados de negocios, prometiendo mantenerse en contacto conmigo. Le telefoneé varias veces, y en cada ocasión su secretaria me dijo que no estaba o que estaba en una reunión. Llamé al despacho de Tony y, por lo general, me encontré siempre con la misma respuesta. Finalmente, llamé al mismo Farthy y hablé con Mrs. Broadfield. Y como ya sabes no era lo que se dice muy alentadora.

»¡Pero me alegré tanto cuando mi compañero de cuarto me pasó tu mensaje telefónico! Luego..., cuando Tony me echó, casi estuve a punto de derribarle y entrar de todos modos. Lo que me impidió hacerlo fue el miedo de causarte aún más trastornos. Gracias a Dios, mi madre recibió aquella llamada telefónica y ya estaba en camino. Y ahora, dime: ¿qué fue todo eso entre tú y Tony, cuando nos fuimos de Farthy..., esa confusión de la que habló?

—Oh, Luke, fue una cosa muy penosa, horrible y asquerosa. Me sentía tan impotente, tan víctima de todo. Y lo que añade ahora más dolor a todo ello es saber que la mayor parte de esto no debía de haber ocurrido, que lo que creí que formaba parte de mi terapia y era un buen tratamiento médico, sólo constituía una parte de la locura de la que estuve rodeada. ¡Tendré pesadillas toda la vida! —grité.

—No será así, puesto que, cuando todos estos malos recuerdos regresen, yo estaré

aquí para alejarlos —me prometió, con ojos pequeños y decididos—. Pero cuéntame algo de eso. Puede ayudarte hablar de ello.

—Oh, Luke, fue algo tan embarazoso, y ahora que conozco alguna de las enfermizas razones de algunas de las cosas que ocurrieron, me siento sucia y mancillada.

Tuve que agitar la cabeza para alejar de mí aquellas sensaciones y pensamientos.

Luke tomó mi mano entre las suyas.

—Oh, Annie, ¿qué tipo de cosas te hizo?

—Me hizo desnudarme delante de él e insistió en ayudarme mientras me bañaba.

El rostro de Luke se heló de asombro.

—No podía oponerle resistencia. Tampoco había nadie a quien llamar, nadie que me ayudara, y él parecía tan... paternal en aquel momento. Le permití que me lavara la espalda, le dejé que... ¡Oh, Luke, es muy desagradable pensar en esto ahora!

Me cubrí la cara con las manos. Luke se deslizó a mi lado en la cama y me abrazó, manteniéndome muy cerca de él y acariciándome el cabello. Luego me besó la frente y alzó mi rostro hacia el suyo.

—Estoy muy enfadado conmigo mismo por no haber acudido antes en tu rescate...

—No había forma de que lo supieras —le contesté—. Pero estabas siempre conmigo, ayudándome. Durante los momentos más oscuros, más penosos y solitarios, pensaba en ti... Oh, Luke... Me sentía tan segura contigo, tan a salvo de nuevo...

Nuestros rostros estaban muy cerca. Nos mirábamos mutuamente en lo más profundo de nuestros ojos.

—Sé que no es justo. No debería hacerte estas peticiones, y seguir creyendo que tenías realmente novia, pero...

Colocó un dedo ante mis labios.

—No digas nada más, Annie. Soy muy feliz..., feliz de estar contigo.

Me besó en la mejilla. Cerré los ojos, aguardando, esperando, confiando en que sus labios se oprimiesen contra los míos, pero no lo hizo. Mi cuerpo hormigueó de expectación. Sentí que el cuello se me enrojecía. Mis pechos se apretaban contra su brazo.

—Oh, Luke. No puedo hacer nada para no sentir lo que siento por ti... —susurré.

—Ni yo tampoco puedo hacer otra cosa con mis sentimientos, Annie.

Se oprimió de nuevo contra mí y nos abrazamos durante un largo rato.

—De todos modos —dijo, retirándose—, el terror ha acabado. ¿Quién fue el que telefoneó a mi madre? ¿Uno de los peones?

Titubeé, preguntándome si podría compartir el secreto de Troy con Luke, ya antes habíamos compartido muchos secretos. Sabía que era de fiar y que no haría nada que me lastimase.

—¿Si te lo cuento mantendrás este valioso secreto y me prometerás no revelarlo nunca?

—Claro que sí. Hay tantas cosas entre nosotros guardadas bajo llave en mi corazón, que una más ya no importa.

—Fue Troy Tatterton.

—¿Troy Tatterton? Pero si yo creía...

—Troy Tatterton no está muerto, Luke. Pero él desea que la gente lo crea así...

—¿Por qué?

—Quiere vivir una vida anónima. Llevó una existencia muy penosa y triste, y sólo le apetece que le dejen solo.

—¿Así que fue él quien llamó a mi madre? Fue una gran suerte que lo hiciera...

—Creo que fue algo más que suerte. Creo que decidió que debía velar por mí. Me llevó a ver su casita de campo... ¿Te imaginas cuál es, Luke? La de la réplica —le dije, señalándola—: es su cottage.

—¿Es cierto?

—Mientras estuve en su casita me ayudó a ponerme en pie y a dar unos pasos. Me sentí como un bebé que está aprendiendo a andar, pero me convenció de que debería esforzarme por intentarlo para conseguir que mis piernas volviesen a funcionar, para acostumbrarlas a que sostuviesen mi peso.

—Claro que sí, te traeremos esta mañana el andador y yo te ayudaré tan pronto como tú quieras.

—Ayúdame a instalarme en la silla de ruedas, por favor.

Miró a su alrededor, indeciso durante un momento.

—¿Estás segura? Me refiero a que...

—Claro que estoy segura. No soy un trozo de frágil porcelana, Luke Casteel.

Acercó la silla de ruedas a la cama y, con cuidado, me quitó la manta. Luego deslizó la mano izquierda por debajo de mis muslos y me abrazó por la cintura con el brazo derecho.

—¿Verdad que no soy demasiado pesada?

—¿Demasiado pesada? Eres tan ligera como un cálido y suave sueño.

Me mantuvo entre sus brazos durante un momento. Nuestros rostros estaban tan cerca, que mis labios casi rozaron los suyos. Nos miramos a los ojos. Sentí que una especie de incandescencia se extendía por todo mi cuerpo, un hormigueo mágico, suave, sedoso.

—Te sostendría así por siempre —me susurró Luke.

Sus ojos reflejaban tal intensidad, estaban tan fijos en los míos, que sentí que en realidad estaban mirando dentro de mi alma.

—¿Qué dirías si te pidiese eso precisamente? ¿Que me abrazases para siempre? —le pregunté con una voz suave y acariciadora.

Me sonrió y me besó en la frente. Yo cerré los ojos.

—No te depositaría en ningún sitio hasta que me lo pidieses.

—Imaginemos de nuevo cosas —le dije—. Imagina que me has encontrado dormida en aquella horrible habitación, víctima de un encantamiento de aquel

malvado Diablo. Ponme otra vez en la cama —le pedí.

Me sonrió y lo hizo. Situé los brazos a mis costados y cerré los ojos.

—¡Yo irrumpo por las puertas!

—Sí —le contesté, excitada al ver que había aceptado el desafío—. Y me ves y se te rompe el corazón...

Seguí con los ojos cerrados.

—Porque me imagino que nunca te despertarás y que te he perdido para siempre.

—Pero te acuerdas de la magia. Hace ya mucho tiempo te dijeron que esto sucedería y que deberías besar a la princesa durmiente para despertarla. Pero que tu beso debería ser de lo más sincero —añadí.

No contestó y, durante un momento, pensé que el juego había acabado, pero no me atreví a abrir los ojos.

Luego sentí que su rostro se acercaba..., se acercaba cada vez más y más..., hasta que... sus labios tocaron los míos. Y sus labios se demoraron sobre mis hambrientos labios.

—He de hacerlo sincero —musitó, y abrí los ojos.

Hubiera deseado alargar los brazos y oprimirle contra mí, pero me encontraba tan sobrecogida con mis propios pensamientos y la expresión de sus ojos, que no pude moverme. Luego me sonrió.

—¡Ha funcionado! Te has despertado...

Me volvió a recoger entre sus brazos.

—Mi príncipe —le dije, y me abracé a él aún con mayor fuerza.

—Y ahora te llevaré lejos de aquí...

Y me sostuvo durante un largo rato. Si se estaba esforzando, no lo demostró en absoluto. Finalmente, me eché a reír.

—Muy bien, mi príncipe, déjame en esa silla de ruedas, te creo —susurré, pensando que alguien podría entrar en la habitación y encontrarnos así.

Me depositó con el mayor cuidado y luego dio un paso hacia atrás.

—¿Qué te parezco? Dime la verdad —añadí rápidamente, temerosa de haber cambiado de una forma dramática y haber perdido la belleza que en un tiempo poseyera.

—Muy bien..., más delgada. Aunque, me temo que tengo problemas para acostumbrarme a ese color de pelo.

—Mañana me lo cambiaré otra vez por mi color natural.

—Pero, aparte de eso..., estás igual. Tan bonita como siempre.

—Luke Toby Casteel, me dirías que era bonita aunque tuviese el rostro cubierto de marcas de varicela —le dije, tratando de encubrir mi propio placer.

—Me acuerdo de cuando fue así y pensaba que incluso con varicela eres hermosa, o por lo menos bonita.

Se puso nervioso con eso durante unos momentos.

—¿Quieres que te lleve a alguna parte?

—No. Me quedaré aquí durante un rato.

Asintió, con sus azules ojos fijos en mí.

—Cuando antes te estuve mirando, con tus ojos cerrados..., no deseaba tener que fingir nada, lo que deseaba era darte un auténtico beso, Annie —me confesó.

—Fue un beso auténtico —le dije—. Un beso maravilloso...

Asintió y luego apartó con rapidez la mirada, sabiendo que si no lo hacía íbamos a decir más de la cuenta.

—Oh, Luke, cuánto te he echado de menos.

Apretó suavemente los dientes sobre su labio inferior y asintió cariñosamente. Vi que estaba conteniendo las lágrimas.

—Pues ya ves, estás preparada y dispuesta para empezar. Eso está muy bien.

De repente, Fanny apareció en el umbral.

—¿Quieres lavarte, vestirte y desayunar, Annie?

—Sí, tía Fanny.

—Muy bien. Y tú, Luke, ahueca el ala para que pueda acicalar y vestir a Annie.

—Yo te traeré el desayuno —se ofreció Luke.

Empezó a marcharse.

—Luke —le llamé.

Se dio en seguida la vuelta.

—Gracias, pero, desde ahora, nada de comidas en la cama. Nada de ser una inválida.

Me sonrió.

—Magnífico, te ayudaremos a que andes todas las veces que lo desees.

Se quedó mirando a su madre.

—Si seguís hablando un rato más, me iré a la sala de estar y me resignaré a mirarme las uñas —dijo tía Fanny.

—Ya me voy —protestó Luke.

Me brindó una sonrisa y se fue.

—¿Has visto a un muchacho al que le guste tanto el palique como éste? Le debe venir de su abuelo, Toby, eso es. Aquel hombre se podía sentar en el porche de aquella cabaña tallando conejos y dándole a la lengua hasta que el sol se ponía. Cuando tu abuela Annie murió, aún le seguía hablando como si todavía se encontrase por allí, como ya sabes.

—Ahora comprendo el porqué, tía Fanny. Es duro abandonar a la gente a la que uno ama, y a veces hasta nos negamos a hacerlo, sin importar aquello que te está diciendo la realidad.

Dio un paso hacia atrás y se me quedó mirando como para analizarme.

—Supongo que has cambiado mucho, Annie. Has crecido en cierto modo a causa de esta tragedia y de todo lo que ha seguido. Tal vez hayas aprendido cosas que yo nunca aprenderé acerca de la gente. La abuelita solía decir que los tiempos difíciles te hacen más sabio y más maduro. Eso es lo que le sucedió a Heaven. Era muchísimo

más lista que yo.

»Yo también he pasado épocas difíciles, pero siempre lo sentía por mí misma, por lo que no tuve tiempo para aprender nada.

Sacudió la cabeza.

—Bueno, ya he parloteado bastante como Luke. Debe ser cosa de familia. Hay que prepararte el cuarto de baño y vestirme.

Mrs. Avery se presentó también para ayudar. La forma en que ella y tía Fanny se agitaron me hizo estar segura de encontrarme otra vez en casa. ¡Qué diferencia había entre sus amorosas manos y tranquilizadoras palabras y los procedimientos fríamente eficientes y mecánicos de Mrs. Broadfield! Todo el dinero y la más elaborada atención médica del mundo no tenían color ante unos cuidados tiernos y cariñosos. Debería haber sabido eso desde el principio, y cuando Tony me ofreció traerme los mejores doctores y la mejor atención médica que pudiese comprarse con dinero, debería, simplemente, haber pedido que me llevaran a casa.

En poco tiempo estuve bañada y vestida, y Luke regresó para ayudarme a bajar.

—¿Preparada? —me preguntó.

Tanto Mrs. Avery como tía Fanny se volvieron hacia mí expectantes. ¿Me echaría atrás y pediría que me trajesen las comidas, o me enfrentaría con el mundo sin la ayuda de papá y mamá? Me volví hacia Luke. Sus ojos aparecían llenos de determinación hacia mí. Sabía que siempre lo tendría a mi lado.

—Sí —repliqué—. Ya estoy lista.

Y Luke se precipitó hacia adelante. Colocó su mano encima de la mía y se situó detrás de la silla de ruedas.

—Todo irá bien desde ahora —me susurró.

Y cuando tía Fanny y Mrs. Avery nos dieron la espalda, me besó con rapidez en la mejilla.

Bendecida, o maldecida, por el amor

En cuanto entré en el comedor, mis ojos se desplazaron del sitio de mi madre al de mi padre. Los vacíos asientos me devolvieron la mirada, y mi corazón pareció replegarse sobre sí mismo como una almeja. Durante un momento nadie habló. Todos, incluso Luke, bajaron la vista con los rostros revestidos de compasión.

Y luego todos empezaron a hablar a la vez... Tía Fanny dando órdenes, Mrs. Avery quejándose por esto y por aquello, Roland dando palmadas y prometiendo el mejor desayuno de Winnerrow. Incluso George, por lo general más silencioso que la estatua de un indio en la puerta de unos almacenes, hizo innumerables preguntas, como por ejemplo, si hacía falta otro servilletero..., o cuál sería el mejor vaso alto para el zumo...

—Oídmelos todos, por favor —grité—. Vamos a disfrutar del desayuno... No es importante que todo sea perfecto. Es maravilloso el simple hecho de estar aquí de regreso con todos vosotros. Os quiero mucho y os he echado tanto de menos...

Todos se me quedaron mirando de nuevo y esta vez con los rostros llenos de amor y de afecto.

—Pues, en ese caso, vamos a comer —declaró tía Fanny—, antes de que todo se enfríe más que el lecho de una solterona.

—Vaya... —exclamó Mrs. Avery, apretándose las palmas de las manos contra el pecho.

Todos estallamos en carcajadas y nos colocamos alrededor de la mesa para empezar.

—Ya he concertado una cita en el salón de belleza para primera hora de esta mañana —anunció tía Fanny.

—Muy bien —sonrió Luke—. Es un día maravilloso. ¿Por qué no te llevo en la silla de ruedas hasta allí?

—Pues me gustaría...

El desayuno fue estupendo. No podía recordar haber comido nunca tanto, pero Roland no hacía más que salir de la cocina con otras cosas para que las probase.

Acto seguido del desayuno, Luke me empujó poco a poco por la parte céntrica de Winnerrow, tomando el mismo camino del colegio que había sido habitual en nuestras vidas; pasamos ante los magnolios alineados en la calle, ante las casas de otras familias a las que conocíamos muy bien. Era un día precioso, uno de aquellos raros días de finales del verano en los que el sol brillaba, el cielo era de un azul cristalino y el aire no resultaba excesivamente cálido debido a una suave y fría brisa que llegaba desde los Willies. La gente saludaba desde sus porches; algunos se acercaron para hablar con nosotros y transmitir sus pésames por la muerte de mis

padres.

—Me he sentido de una edad de cien años y como si hubiese pasado fuera el setenta y cinco por ciento de ellos —le dije a Luke.

—Es divertido lo diferente que parece todo cuando te has ido y luego vuelves —observó Luke—. Nunca me había dado cuenta de lo pequeña que es en realidad nuestra calle Mayor. Cuando era pequeño me parecía tan grande y brillante como Times Square, en la ciudad de Nueva York.

—¿Decepcionado?

—No. Más bien me gusta. Creo que me gustaría volver algún día para asentarme aquí. ¿Tú qué dices?

—Supongo que sí..., pero primero me gustaría viajar y ver mundo...

—Claro, a mí también...

—Tal vez tu mujer no quiera vivir en una ciudad tan pequeña, Luke —le dije, probándole con una penosa posibilidad que yo hubiera deseado negar para siempre.

Pero éramos hermanos de padre. Algún día tendríamos que encontrar a alguien a quien amar. Una vez Luke regresase a la Universidad, tendría que enfrentarme una vez más con el hecho de que no estaría siempre aquí junto a mí.

Su rostro adoptó una expresión de dolor. Subió y arrugó su frente.

—Tendrá que hacerlo si desea ser mi esposa —me contestó coléricamente, burlándose de cualquier esposa que no fuese yo.

Cuando perdía los nervios se le veía muy guapo y con aspecto peligroso. En vez de enrojecer, su piel se oscurecía y sus ojos cada vez le brillaban más.

—Además, tu madre regresó a Winnerrow después de vivir en un mundo muy rico y sofisticado. Y si fue bastante bueno para alguien como ella...

No deseaba contarle cuáles fueron las razones auténticas de su regreso.

—Se crió aquí y, además, regresaba a una maravillosa casa antigua y a una grande y nueva empresa comercial. Pero allá en una Universidad como Harvard, conocerás chicas que proceden de pueblos y ciudades mucho más grandes y animadas que Winnerrow. Pueden creer que es bonita, pero lo que desean en realidad es vivir donde puedan comprar en tiendas finas y lujosas, comer en restaurantes fantásticos e ir al teatro y a la ópera, además de otras muchas cosas atractivas...

Odiaba tener que decir aquellas cosas, pero deseaba que se enfrentase con la inevitable cuestión que nos vinculaba.

—No estoy interesado por esa clase de chicas —me interrumpió—. Además, lo mismo puede decirse de ti. Conocerás a un hombre que querrá llevársete de aquí, un hombre al que aburrirá esta vida tan sencilla.

—Ya lo sé, Luke —le respondí en voz baja.

Resultaba demasiado penoso tener aquellos pensamientos, mucho menos que proferirlos en voz alta; el mantenerlos guardados en nuestros corazones era aún mucho más penoso. Una cosa era fantasear y fingir, pero otra muy diferente el mentirse a uno mismo. Mi breve, horrible, penosa y tormentosa estancia en Farthy,

me había enseñado todo eso.

—Sé que lo sabes —aseguró, de repente otra vez con un aspecto brillante y feliz—. Dejemos que la chica con la que crees que me voy a casar, y el hombre con quien creo que te casarás tú, contraigan matrimonio el uno con el otro. Entonces serán felices...

Me eché a reír y moví la cabeza. Luke aún no estaba preparado para enfrentarse con la verdad. Tal vez sentía que debía seguir protegiéndome, que aún era demasiado frágil.

—Pero, Luke, ¿qué nos pasará entonces?

—¿A nosotros? Pues que te convertirás en una solterona y yo en un solterón y que envejeceremos juntos en Hasbrouck House.

—¿Pero se puede ser feliz de esa manera, Luke? —le pregunté, inquiriéndome para mí misma si nos sería posible.

—Mientras esté contigo, Annie, yo seré feliz —insistió.

—Tengo la sensación de que así te impido llevar una vida normal, Luke.

—No digas nunca eso —me rogó.

Dejó de empujar mi silla de ruedas. Miré hacia atrás y vi que el dolor volvía a sus ojos. Puso el ceño como un muchachito, del que se burlaban una y otra vez los chicos mayores y que estaba frustrado porque no podía hacer nada para impedirlo.

—Muy bien, lo siento —me disculpé, pero él siguió con aspecto de ponerse a llorar en cualquier momento.

Sacudió la cabeza.

—Lo digo de veras, Annie. No me casaría con nadie, a menos que fuese exactamente como tú. Y... —añadió lentamente—, en realidad no hay nadie como tú...

Se me quedó mirando con tal intensidad que sentí que el pulso se me desbocaba. Rápidamente fui consciente de que los otros peatones y la gente que pasaba en coche miraba hacia nosotros.

—En ese caso, cuando encuentres a alguien que se parezca, mándamela y yo le daré lecciones —respondí tratando de hacer más fáciles las cosas.

Pero en mi corazón no podía dejar de mostrarme egoísta, deseando que nuestras vidas se desarrollasen de la forma predicha por Luke..., sin que ninguno de los dos encontrase a alguien, y tuviéramos que seguir juntos, por siempre jamás, unidos y queriéndonos, sin que llegásemos nunca a alcanzar lo que consiguen otros amantes: un matrimonio e hijos propios.

Continuamos hacia el salón de belleza. Nos debían haber estado observando a través del escaparate, mientras llegábamos, porque, en cuanto entramos, la propietaria, Dorothy Wilson, y sus dos ayudantes corrieron a saludarme.

—Ahora te la quitaremos de las manos, Luke —le ordenó Dorothy, poniéndose detrás de la silla de ruedas.

Las tres comenzaron a atarearse en torno de mí. Mientras se dedicaban a mi

cabello, me arreglaron también las uñas de los pies y de las manos y comenzaron a charlotear, haciéndome saber todos los chismes locales. Luke se fue a ver a algunos de sus viejos amigos y regresó momentos después de que yo hubiese acabado.

Las chicas no sólo quisieron cambiarme el color del pelo, sino que también me hablaron de una trenza francesa. Echaron hacia atrás firmemente los lados de mi cabello y la parte posterior se convirtió en una gruesa trenza. Cuando Luke entró y me vio, comprobé que le gustaba mucho. Sus ojos se agrandaron y una sonrisa rizó hacia arriba sus mejillas y se instaló en torno de sus ojos, aquella sonrisa tan especial que recordaba en las ocasiones maravillosas, como aquella vez que me regaló el brazalete de la buena suerte y yo le obsequié con el anillo.

—¿Qué aspecto tengo?

—Estás hermosísima —me dijo abruptamente.

Miró hacia Dorothy y enrojeció al comprobar lo entusiásticamente que había respondido.

—Quiero decir que..., estás mucho mejor con tu propio color de pelo. Estoy seguro de que todo el mundo estará de acuerdo. Ahora —prosiguió, apoyando el peso del cuerpo en un pie y luego en el otro— será mejor que volvamos, antes de que mi madre envíe a Gerald a buscarnos y se pierda...

—¿De veras te gusta? —le pregunté cuando emprendimos la vuelta hacia Hasbrouck House.

—Muchísimo. Ahora eres realmente como antes.

—Me encuentro la mar de bien desde que he regresado a casa, Luke. Siento como si hubiera vuelto a la vida tras un sueño largo, muy largo. Deseo tratar de andar de nuevo, Luke. Cuando estemos en casa, prepara el andador y probaré si tengo ya más fuerzas o se trata sólo de mi imaginación.

Mi entusiasmo le hizo sonreír.

—Claro que sí. ¿Dónde deseas probar?

Disminuyó la marcha y yo miré hacia él. No tuve que explicar nada. Nuestros ojos lo dijeron todo. Asintió y continuamos el paseo.

Cuando llegamos a la casa, Luke entró y salió con el andador. Luego me empujó en la silla de ruedas por la senda que corría por uno de los lados. Se detuvo ante los escalones del belvedere y se puso a mi lado para cogerme de la mano mientras ambos alzábamos la vista hacia el belvedere.

—Primero te subiré y te sentaré en aquel banco.

—Muy bien.

Apenas logré balbucir aquellas palabras, de la felicidad que sentía al encontrarme allí con Luke.

Me alzó cariñosamente en brazos. Yo rodeé su cuello con mi brazo izquierdo y nuestras mejillas se tocaron. Luego, lenta y cuidadosamente me subió por los escalones y me depositó en el banco. Se agachó delante de mí, aún sosteniéndome la mano y alzando la vista hacia mí.

Yo me retrepé y miré a mi alrededor.

—Tienes razón en eso de marcharte y luego regresar. Ahora el belvedere parece más pequeño y más viejo.

—Pero estamos otra vez aquí, y juntos. Así que cierra los ojos y recuerda cómo era para nosotros, y desea que sea de la misma manera de nuevo. Sé que lo será. Has de saber que vine aquí el día en que mi madre y yo regresamos de Boston después de visitarte en el hospital.

—¿Lo hiciste?

Me miré en sus ojos, unos ojos que también se unieron firmemente a los míos. Era como si pudiésemos ver la parte más profunda del otro, ir más allá de nuestros cuerpos e incluso de nuestras mentes para hacer de nuestras almas una sola. Me hacía creer que compartíamos algo especial, algo mágico, algo que sólo nosotros podíamos conocer y tocar.

—Sí. Me senté aquí, cerré los ojos y, cuando los abrí de nuevo, te vi sentada enfrente de mí, riendo, con tu cabello agitado por la brisa. Y me hablaste.

—¿Y qué te dije?

Mi voz fue poco más que un susurro.

—Dijiste: «No estés triste, Luke. Me pondré mejor y más fuerte y regresaré a Winnerrow». Tuve que cerrar los ojos para verte, y cuando los abrí algo mágico había sucedido, Annie.

—¿Qué?

—Encontré esto tirado en el suelo del belvedere.

Se metió la mano en el bolsillo de los pantalones y sacó un trozo de cinta de satén rosa que yo empleaba para atarme el cabello.

—Oh, conozco gente que diría que esto estuvo siempre aquí, tal vez escondido debajo de la barandilla y que, finalmente, el viento lo hizo volar, pero yo no lo vi hasta que de nuevo abrí los ojos.

—Oh, Luke...

Puse la cinta en mi mano.

—Ni siquiera parece haberse desteñido.

—La guardé cuando me fui a dormir por la noche. Mi compañero de cuarto debió pensar que yo era un tipo raro, pero no me importó. Mientras la tenía, tuve la sensación de estar cerca de ti. Así que ya ves cómo aquí hay algo mágico.

«Mágico —pensé—. Si el amor es magia, entonces es mágico.» Oh, sabía que esto estaba mal, que un joven y una mujer joven tan íntimamente emparentados no deberían estar pensando el uno en el otro de esta manera, no deberían mirarse y desearse de esta forma, pero ninguno de los dos parecía capaz de evitarlo. ¿Deberíamos hacer frente a esto abiertamente, declarar nuestros sentimientos de un modo libre y completo? ¿O deberíamos seguir fingiendo que sólo éramos amigos íntimos al mismo tiempo que hermanastros?

¿Acabaría esto con el anhelo que sentía por él? ¿Se acallarían así el latido

impetuoso de mi corazón cada vez que me tocaba? ¿Dejaría de soñar y fantasear acerca de él? Si el amor era verdaderamente mágico, en ese caso estábamos bendecidos, o condenados, por su encantamiento.

Bendecidos porque siempre que me encontraba junto a Luke, me sentía viva; me sentía como una mujer se sentiría. Maldecida porque constituía un tormento desear y necesitar a alguien al que te está prohibido amar plenamente.

Tal vez fuese mejor no verse alcanzada por semejante magia.

—Yo quiero estar cerca de ti, Luke —le susurré—, pero...

—Lo sé —me respondió poniendo el dedo encima de mis labios para encerrar aquellas palabras que tanto temíamos.

Alejó su índice y se inclinó hacia mí. Mi corazón latió con fuerza y la respiración se me hizo más agitada.

—Luke... —murmuré.

Detuvo su movimiento, se dominó y se echó hacia atrás con rapidez. Durante un momento pareció confuso y luego se puso en pie.

—Te traeré el andador. Volverás a andar de nuevo sin dificultad. Lo harás por nosotros —dijo, añadiendo un gran valor así a mis esfuerzos.

Alargué la mano para apoderarme de la suya para que se detuviera.

—Luke, no esperes demasiado. De momento he comenzado a tener sólo una ligera sensación en las piernas.

Se limitó a sonreírme, como si supiera cosas que me estaban vedadas a mí. Acerqué el trozo de cinta rosa a mi pecho y aguardé a que desplegara el andador y lo instalara delante de mí. Luego se hizo hacia atrás y cruzó los brazos por encima del pecho.

Alargué la mano y sujeté la parte superior del andador. Luego empujé y presioné hasta que mi cuerpo comenzó a alzarse del banco. Las piernas se balancearon, pero poco a poco tomaron fuerza hasta encontrarme en posición erguida. Me tambaleaban los brazos. Luke pareció preocupado y dio un paso hacia mí.

—No, quédate ahí. Tengo que hacerlo por mí misma.

Una gran nube tapó el sol y una sombra cayó sobre el belvedere como un enorme y oscuro telón que cerrase todo el mundo que nos rodeaba. Aunque hacía calor, un escalofrío recorría la parte de atrás de mis piernas y mi espina dorsal. Me esforcé por mantener la espalda erguida y luego me concentré en mover mi pie derecho hacia adelante. Sentí la mueca del esfuerzo en mi rostro y mis labios se endurecieron.

—Anda, Annie, anda —me alentó Luke.

Adelanté un pie con toda mi fuerza de voluntad hasta que completé un paso. Mi corazón me latió de alegría y optimismo, y luego inicié lo mismo con mi pierna izquierda. Era como alargar la mano hacia algo que se encontrase a escasos centímetros de ti, como el anillo de oro en un tiovivo, pero forcejeando y estirándote tú mismo, hasta que llegas más allá de los límites del espacio y las puntas de tus dedos rozan al principio el anillo dorado y luego se apoderan de él. Las ruedas del

andador giraron. Abrí los ojos. La nube se movió y la luz del sol alzó el telón del belvedere. Sentí como si me hubieran liberado de un gran peso, liberándome, quitándome las ataduras en torno de mis rodillas y tobillos. Mis piernas parecían mucho más fuertes, y más ellas mismas.

Sonreí y moví de nuevo el pie derecho, esta vez más lejos. El izquierdo le siguió. Las ruedas del andador giraron más. Cada paso que sucedía al otro era más rápido y más largo. Mi espalda se enderezó aún más, hasta que sentí que me encontraba en posición erguida por mi propia fuerza.

¡Lo estaba logrando!

—¡Estoy de pie, Luke! ¡De pie! ¡No es sólo el andador!

—¡Oh, Annie, sabía que lo harías!

Me puse cada vez más seria y alcé la mano derecha soltando el andador.

—Espera, Annie. No hay que hacer demasiado en un día.

—No, Luke. Puedo hacerlo. Debo hacerlo...

Eché a andar hacia mí, pero yo levanté la mano.

—No me ayudes.

—Si te caes, mi madre me matará...

—No me caeré.

Empleando ahora sólo la mano izquierda, moví hacia adelante el andador, de modo que ahora era casi independiente de él. Cuando el andador estuvo lo suficientemente lejos de mí, me enderecé por completo y entonces alcé también la mano izquierda.

¡Ahora estaba erguida por mí misma! ¡Dependía sólo de mí! Mis piernas estaban ya lo suficientemente fuertes como para sostenerme de nuevo.

Luke extendió las manos a sólo menos de un metro de mí.

—Annie...

Cerré los ojos y luego los abrí rápidamente. Aún aferraba la cinta rosada en mi mano izquierda. Sin posteriores vacilaciones, alcé el pie derecho y lo hice avanzar unos centímetros, seguido luego del izquierdo. La cara de Luke lució una amplia y maravillosa sonrisa, lo mismo que la mía. Di otro paso aún mayor y luego otro, antes de que mis piernas cedieran por el esfuerzo, pero antes de que tuviera la menor posibilidad de caerme al suelo, los brazos de Luke ya estaban en torno de mi cintura y me sostenía fuertemente contra él, al mismo tiempo que me besaba en la mejilla.

—¡Annie, lo has hecho! ¡Lo has hecho!

Era tan feliz que también comenzó a besarme en el rostro.

Y, de repente, nuestros labios se unieron. El encuentro fue tan rápido y tan inesperado, que ninguno de los dos retrocedió hasta que los labios se oprimieron apasionadamente. Luke fue el primero en apartar su rostro del mío.

—Annie... Yo...

Parecía muy culpable. Habíamos atravesado aquel velo que nos separaba, cruzado la frontera, violando la prohibición.

—Está bien... Soy muy feliz por habernos besado —le aseguré.

Aún seguía sosteniéndome con fuerza.

Y luego ambos nos dimos la vuelta ante el sonido de la voz de Drake.

—¡Annie! —gritó.

Sus ojos estaban abiertos de par en par por la conmoción y la ira. Alargué la mano para aferrar el andador y librarme del abrazo de Luke. Drake corrió hacia el belvedere, con los hombros alzándose al compás de la furia de su rostro. Se volvió hacia Luke.

—He interrumpido un importante viaje de negocios al enterarme de lo sucedido en Farthy y ahora estoy contento de haberlo hecho. Parece que he llegado justo a tiempo.

—¿Y eso qué se supone que significa? —le preguntó Luke.

Se enfrentaron el uno al otro, con los puños cerrados con fuerza.

—Tú y la montañesa de tu madre no teníais derecho..., no teníais derecho a llevaros a Annie de Farthy, donde estaba recibiendo el mejor tratamiento médico, donde gozaba de continuos cuidados, día y noche, donde tenía el mejor equipo, donde...

—Drake, por favor —le interrumpí—. No sabes de qué va la cosa. Intenté explicártelo, pero no me escuchaste. Permíteme que te lo diga ahora.

—¿Decirme qué? —aulló. Nunca le había visto tan enfadado—. ¿Que deseabas volver aquí para jugar tus..., tus juegos de fantasía con él? Creía que estaba mal entonces, y especialmente creo que está mal ahora. Pero tú no tienes la culpa, Annie —siguió, dándome la espalda—. Se han estado aprovechando de tu débil estado...

—No, Drake. Eso no es cierto —grité, pero se quedó mirando con cara de odio a Luke, con sus oscuros ojos brillando como carbones encendidos.

—Te voy a retorcer el cuello de una vez por todas —dijo, con los labios curvados hacia arriba y su tenso rostro convertido en una horrible mueca, una mueca de odio.

—Tal vez deberías intentarlo de una vez por todas —respondió Luke, con rostro endurecido, labios tirantes, ojos pequeños y decididos, mientras su cara se ponía roja como la remolacha.

—¡No, Luke! ¡Drake, escucha! Yo llamé a Luke. Deseaba que me sacase de Farthy.

Ambos se acercaron mutuamente un paso, al parecer completamente sordos ante mis gritos.

—No me sorprendes. Sabía que te habías vuelto malo. ¿Cómo podía ser de otro modo, viviendo con una madre así? Se ha desenmascarado y al fin se muestra tal y como es. Ya había observado la manera con que mirabas a Annie durante todos estos años...

—¡Drake, basta!

Me aterraba lo que podría decir a continuación.

—Pues bien, esto se va a terminar... Se va a terminar ahora mismo...

—¡Drake! ¡Drake! —le rogué.

De repente, el belvedere empezó a dar vueltas como un tiovivo. La barandilla comenzó a dar vueltas y más vueltas. El andador se movió solo, con demasiada rapidez para que yo pudiera conservar el equilibrio. Me sentí girar e incliné la cabeza hacia atrás. Antes de que ninguno de los dos pudiera sujetarme, me precipité al suelo y todo se puso oscuro.

Desperté en mi cama, con un paño húmedo y frío en la frente. Tía Fanny y Mrs. Avery estaban de pie a mi lado. Luke se sentaba en un rincón y Drake en otro, ambos con rostros torvos.

—He mandado a buscar al doctor Williams. Estará aquí de un momento a otro. No ha durado demasiado, ¿verdad? Sabía que esto ocurriría... —dijo tía Fanny.

Tanto Luke como Drake se volvieron para mirarme, con un aspecto arrepentido.

—Estoy muy bien.

—Dejaremos que sea el médico el que decida eso, Annie —dijo Luke en voz baja.

Mrs. Avery substituyó el paño por otro más frío y mojado. Luego llegó el doctor Williams y todos, menos él y tía Fanny, salieron de la habitación.

Me tomó el pulso, la presión sanguínea y me auscultó el corazón. Luego se hizo hacia atrás y meneó la cabeza, mirando alternativamente a tía Fanny y a mí, con sus pobladas cejas alzadas en señal de preocupación.

—¿Qué ha sucedido aquí?

—Supongo que ha hecho demasiados esfuerzos, ¿verdad, doctor? La levantamos de la cama y la llevamos al comedor. Luego Luke la paseó hasta el salón de belleza, donde estuvo bastante tiempo, luego regresó aquí y realizó unos ejercicios en el belvedere con el andador.

—¿Te has esforzado demasiado, Annie? Ya te previne acerca de eso.

Y meneó ante mí, a modo de burlesca admonición, su corto y grueso dedo índice.

—Yo no lo creo así, doctor Williams.

—Ejem... Verás, el pulso está bien, lo mismo que los latidos cardíacos. La presión sanguínea está ligeramente alta, pero no demasiado. Ahora descansa un poco y no te esfuerces demasiado. Al fin me puse en contacto por teléfono con tu médico de Boston y me prometió que mandaría inmediatamente tus informes médicos. Sin embargo, a través de lo que me ha dicho, creo que conseguirás una plena recuperación. Sólo es cuestión de tiempo.

—Sé que lo conseguiré, doctor Williams. Ahora me siento segura de ello.

—Estupendo, Annie.

Se puso en pie y se volvió hacia tía Fanny.

—Se pondrá bien. Que no se canse mucho durante unos días.

—¿Has oído al doctor? —Me previno.

—Sí, tía Fanny. Muchas gracias, doctor Williams.

—Me dejaré caer por aquí pronto.

Me sonrió tranquilizadamente y me acarició la mano.

Tía Fanny comenzó a salir con él.

—Tía Fanny, por favor, haz venir a Drake. Debo hablar con él, puedo hacerlo ahora, ¿verdad, doctor?

—Claro que sí. Siempre y cuando también descanses.

Drake entró de nuevo, con rostro sombrío y la ira aún ardiéndole en el rostro.

—Por favor, Drake, ven aquí, siéntate y permite que hable contigo. El doctor Williams me ha concedido permiso.

Se quedó en el umbral, luego dio unos cuantos pasos hacia adelante, pero me percaté de que no iba a sentarse y escucharme calmadamente.

—No debes hacer caso a lo que diga el doctor Williams. Es sólo un médico de pueblo, Annie. Déjame que te haga la maleta y que te lleve de nuevo a Farthy.

—Drake, la última vez que me visitaste en Farthy, prometiste que me ayudarías a marcharme si yo insistía.

—Lo dije sólo porque estabas bastante mal a causa del medicamento y todo lo demás.

—Drake, no fue el medicamento. El horror comenzó con Mrs. Broadfield. Era una mujer dominante y cruel, pensaba que yo era una niña rica mimada, y ella odiaba a la gente que tiene dinero. Fue terrible para mí.

—Pero... Tony la echó, ¿no es verdad? Estaba a punto de contratar a otra enfermera. Eso no era ningún problema.

—Tony es el problema, Drake. Tony era el problema más grande. Nunca deseó que me recuperase...

—¿Qué? Escucha...

—No, escucha tú, por favor. Tony deseaba que me quedase allí para siempre. Quería encarcelarme en sus sueños, en sus retorcidas fantasías. De una forma deliberada, no me dejaba hacer las cosas que debiera haber estado haciendo, para ponerme bien. Estaba prolongando, deliberadamente, mi condición de inválida al tenerme en aquella cama y depender de él para siempre. Verás, después de mostrarle que me podía levantar de la cama yo sola, me quitó la silla de ruedas y el andador para que ya no saliese más de aquel cuarto...

—Estoy seguro de que lo hizo para que no te esforzases demasiado y pusieses en peligro tus posibilidades de una plena recuperación.

Se echó hacia atrás sonriente.

—La gente enferma se muestra muchas veces impaciente respecto de su recuperación y...

—No, Drake, no pensaba en mi bienestar. Sólo pensaba en el suyo propio.

—Y, Annie... —siguió, inclinándose hacia adelante—, ahora sé...

—¡Él no está bien!

Alcé la voz y abrí mucho los ojos, y luego lo inesperada de la fuerza de mi respuesta le dejó frío durante unos momentos.

—Drake..., por la noche vino a mi cama creyendo que yo era mi abuela Leigh, cuando ella era sólo una muchacha...

—¿Qué?

Una sonrisa de incredulidad se dibujó en su rostro.

—Sí, y quería... hacer el amor conmigo, creyendo que yo era Leigh.

—Oh, Annie, los medicamentos debieron crearte esa ridícula alucinación. Tony... es sólo un anciano solitario... Y ésa es exactamente la razón de que viniera directamente aquí —añadió, adoptando un tono más razonable—. Le has roto el corazón al permitir que Fanny y Luke se te llevaran de Farthy. Prácticamente, estuvo todo el rato llorándome por teléfono. No comprende por qué te fuiste sin ni siquiera despedirte de él. «Hice cuanto pude por ella —me dijo—, y aún haría más, haría todo lo que ella quisiera. Estoy reconstruyendo Farthy.»

—Oh, Drake, ¿por qué estás tan ciego ante lo que ha sucedido?

—No estoy ciego. Sólo veo a un anciano amable que anhela ayudarnos, proporcionarme una posición importante, me ha prometido la dirección de la fábrica Juguetes Willies aquí, así como muchos otros proyectos... Una persona que hizo lo que pudo por ti desde el punto de vista médico, que desea gastarse cualquier cantidad de dinero con tal de que te pongas mejor... Todo eso es lo que veo...

»Y también veo a la loca de mi hermanastra que te llena de mentiras, sólo para que vuelvas aquí y que ella pueda vivir en esta casa y disfrutar de todo lo que Logan y Heaven tenían y a mi pervertido sobrino dispuesto a hacer ver que lo va a sacrificar todo con tal de poder... dominar tu tiempo. No perdió ni un segundo para llevarte al belvedere. Vuestro lugar mágico —añadió con una risa burlona.

—No es ningún pervertido, Drake. Y fui yo la que deseé ir allí, al belvedere. Creo en ese lugar...

—Annie, eres ahora tan vulnerable..., tan débil, con tus emociones por completo desnudas... Cualquiera puede aprovecharse de ti... Fanny abrumándote con ridículas mentiras, Luke planeando sobre ti, tocándote... Ésa es la razón por la que deseo que regreses a Farthy donde estarás por completo segura y...

—¿Segura? ¿No has oído nada de lo que te he dicho?

Drake se me quedó mirando durante un momento, mientras le brillaban sus negros ojos.

—Luke te ha vuelto contra mí..., te llena con todas esas pamplinas de juegos fantasiosos. Por eso no quieres escucharme y...

—Deja de echarle la culpa. Estás equivocado acerca de él. Luke ha sido maravilloso, muy atento. Ha dejado la Universidad de verano sólo para ayudarme...

—No haces más que defenderlo, siempre lo has hecho. Sin importar lo que yo pudiese decirte o contarte, siempre encuentras una manera de justificarle —me acusó, demostrando ahora que era algo que le había afectado durante toda su vida.

—Drake...

Alargué una mano hacia él.

—¡No!

Se apartó de mi cama, mientras sacudía la cabeza.

—Heaven se hubiera puesto de mi lado. Lo hubiera hecho. No le gustaba demasiado verte con él.

—Eso no es cierto, Drake —objeté, aunque sabía que era así.

—Es verdad —insistió—. Le preocupaba; lo sabía. No me voy a quedar aquí a ser un testigo indiferente de todo esto. Cuando hayas recuperado el buen sentido, llámame y dejaré cualquier cosa que esté haciendo, por muy importante que sea, para venir aquí en tu busca y llevarte de regreso adonde perteneces. Farthy es tuyo; es nuestro y será sólo de nosotros...

—¡Pero yo no lo deseo! Quiero quedarme aquí, Drake. Farthy no es lo que tú crees. Mi madre tenía razón. Eres tú el único que no escuchas, y no yo. Sólo es un... cementerio lleno de tristes recuerdos. No vuelvas allí. Quédate aquí, trabaja en la fábrica de aquí y olvídate de todo eso, Drake. Por favor —le imploré.

—No. Será mío..., todo mío... Tony me lo ha prometido. Recuerda lo que te he dicho. Cuando recobres el buen sentido, telefonéame...

Se dio la vuelta y salió de mi habitación.

—¡Drake!

Mi grito murió ante un vacío umbral. Hundí la cara en la almohada y sollocé. Drake parecía tan malvado, tan encolerizado. Había desaparecido el tipo de expresión amable y cariñosa que tendría un hermano mayor. Se había ido la suavidad en sus ojos. Ahora le ardían de celos y de odio. Todo el dinero, poder y prestigio de los Tatterton le habían cambiado. Era como si hubiese vendido su alma al Diablo.

Luke no acudió a verme después de que Drake se marchara tan airado, por lo que no supe si se habrían cruzado más palabras terribles entre ellos. Mrs. Avery me preguntó si deseaba almorzar en el comedor, pero yo estaba demasiado alterada para ver más gente, por lo que Fanny me trajo la comida. Le pregunté dónde estaba Luke.

—Me ha dicho que tenía que dar un paseo para pensar en sus cosas. No he querido cruzarme en su camino. Cuando un hombre Casteel está de un humor así, lo mejor es ignorarle. Pueden llegar a mostrarse muy desagradables...

—Nunca he visto a Luke desagradable, tía Fanny.

—Bueno..., no has podido verle enloquecido como yo le he visto. Claro que a veces le he dado razones para que se ponga como loco... Pero cuando se trata de cosas propias, es diferente. La sangre de su padre se mezcló con la ardiente sangre Casteel, supongo, y nunca se sabe lo que puede pasar. Volverá calmado más tarde o más temprano.

—En cuanto Luke regrese, por favor, dile que venga a verme, tía Fanny.

Asintió y se fue. Como forma de que pasara el tiempo me dediqué a mi última pintura de Farthy, realizando los cambios que creí que harían el cuadro más realista.

Resultaba importante para mí hacer esto ahora, dejar de lado alguna de las fantasías de infancia. Añadí un hombre que se dirigía al laberinto. Cuando hube acabado y me hice hacia atrás, vi que había captado los ojos de Troy, así como también su nariz y su boca. Incluso yo misma quedé impresionada con mi trabajo. Si alguna vez estuve inspirada, había sido en esta ocasión.

El trabajo me devolvió las fuerzas y me calmó, por lo que decidí que cenaría en el comedor. Tía Fanny se presentó con Mrs. Avery y me llevaron allí. Quedé decepcionada al ver que Luke aún no había regresado. Aunque Roland había preparado pollo asado a la Cornualles con salsa de cereza, uno de mis platos favoritos, y había hecho un pastel de chocolate y crema de suntuosa apariencia, tuve poco apetito. No hice más que girar hacia la puerta, confiando en que Luke llegaría. Pero no fue así.

Miré un poco la tele con tía Fanny, manteniendo aún parte de mi atención dirigida a la puerta principal y escuchando atentamente el menor ruido de un coche que se acercase a la casa, pero las horas transcurrieron sin que Luke volviese. Finalmente, cansada y decepcionada, me fui a la cama.

Dormí durante breves lapsus, despertando sobresaltada cada vez que escuchaba algunos sonidos familiares en la casa, anhelando escuchar las pisadas de Luke. Poco después de medianoche me desperté porque sentí la presencia de Luke, y, realmente, cuando abrí los ojos y alcé la mirada, me lo encontré de pie en el claro de luz de luna que había al lado de mi cama, y mirándome.

—Luke, ¿dónde has estado? ¿Por qué has permanecido tanto tiempo fuera? —exclamé. Siguió mirándome pensativamente.

—Fui a la cabaña de los Willies, Annie, para poder pensar un poco —me explicó en voz baja.

—¿La cabaña?

Me incorporé.

—Solía ir mucho cuando era más joven —se apresuró a decirme.

Luego frunció el ceño, incapaz de esconder la ira que hervía por debajo de la superficie.

—¿Está Drake aún por aquí?

—No, se fue corriendo. Está muy enfadado conmigo porque no quiero regresar a Farthy, y con Tony —le expliqué.

—Nunca le había visto tan enloquecido. Esperaba que me diese un puñetazo para poder devolvérselo —dijo Luke, cuyos ojos se pusieron fríos y pequeños de determinación.

Luego debió darse cuenta de lo duro y odioso que parecía su aspecto, puesto que su rostro se suavizó y luego relajó los hombros.

—Supongo que es algo que está en mi sangre, y también en la suya. Mi madre me ha hablado a menudo del temperamento de los Casteel.

Se sentó a mi lado. Luego me sonrió, con aquella sonrisa que tanto conocía y

amaba: sus ojos brillaron, sus labios se suavizaron.

—Me gustaría ser más parecido a ti, Annie. Tenemos la misma herencia, Stonewall y Casteel, pero tú eres muy diferente, muy tolerante, paciente y comprensiva.

—Oh, Luke... No tenemos exactamente la misma sangre. Tony no balbucía desatinos cuando nos fuimos de Farthy. A fin de cuentas, mamá no era una Casteel.

Su sonrisa se le inmovilizó durante un momento y luego se le evaporó.

—¿Cómo puedes estar segura de eso? Tony se muestra a veces tan confuso...

Le conté lo que tía Fanny me había dicho. Escuchó con suma atención, pero asintiendo lentamente como si hubiera esperado que le contase algo parecido algún día.

—Por lo tanto no eres a la vez mi primo y mi hermanastro. Sólo mi hermanastro —concluí.

—Annie —siguió Luke, moviendo la cabeza como un anciano cansado, y luego suspiró—, nuestras vidas son tan retorcidas y confusas... Al parecer, es como si nos hubiesen dejado soportar todos los sufrimientos, unos sufrimientos inacabables...

—Yo me pondré mejor, Luke, estoy segura de ello —le prometí.

Parecía tan derrotado, tan abrumado... Ya no era mi antiguo y decidido Luke, que no temía enfrentarse a las «montañas más altas». Si perdía la esperanza y la fe, ¿qué podría hacer yo?

—No me refiero a esa clase de sufrimientos, Annie.

Bajó la mirada hacia las manos que tenía en el regazo, y luego la levantó de nuevo. Incluso a la leve luz de la luna pude ver que sus ojos estaban húmedos de lágrimas.

—Estaba enfurecido con Drake porque fue muy desagradable contigo, pero aún estaba más enfadado con él porque... estaba diciendo la verdad. Annie...

Luke cogió mi mano entre las suyas.

—No puedo evitarlo, te amo, y no como un hermanastro amaría a su hermanastra, te amo como un hombre amaría a una mujer...

—Oh, Luke...

Los muros entre nosotros se estaban deshaciendo en polvo. Mi corazón parecía subir y bajar. Tampoco yo podía evitarlo. En mi mente, cuando Luke dijo las palabras en voz alta, desafió el encantamiento. Había hecho aquello prohibido, y desatado toda la pasión que aguardaba esperanzada que llegara este momento, que cualquiera de nosotros dijese lo que realmente sentimos.

Adoptó aquel aspecto familiar, con los ojos fijos en mí y la mandíbula apretada.

—En la cabaña, decidí que vendría aquí y te diría todo esto. Drake tenía razón. Durante todos estos años te he mirado con deseo, con pasión. Ninguna otra chica me ha hecho tan feliz. Sueño contigo a todas horas. Está mal, lo sé, pero no puedo hacer nada al respecto. Ésa es la razón de que me marchara. Es penoso, Annie. Es realmente muy penoso...

—Lo comprendo, Luke.

Me alcé un poco, para que nuestros rostros sólo estuviesen separados unos centímetros.

—¿De veras? —preguntó, con la expresión de alguien que siempre lo hubiera sabido.

—Yo tengo los mismos sentimientos, siempre los he tenido, y parece que aún se han hecho más fuertes desde que fuiste a buscarme a Farthy —le confesé.

Durante un prolongado momento, el aire entre nosotros se pareció más bien a una ventana a través de la cual nos mirásemos cada uno en los ojos del otro y contra la que oprimiésemos nuestros labios.

—Así lo pensé... —susurró Luke.

Sus manos se movieron por mis brazos, por mis hombros.

—Durante los últimos días he estado a punto de decirte todas estas cosas. Estuve a punto de hacerlo en el belvedere.

—Yo también...

Mi camisón se me deslizó encima de los hombros y colgó precariamente contra mis antebrazos. La mitad de mis pechos quedaron expuestos, pero no me sentí avergonzada. Los dedos de Luke, como si tuviesen mentes propias, corrieron por mis clavículas. Luke suspiró.

—Oh, Annie, la Naturaleza nos ha jugado una mala pasada. Me odio a mí mismo por amarte de esta manera, pero no sé cómo impedirlo, ni siquiera sé si quiero hacerlo...

—Luke, no te odies. Yo tampoco puedo impedirlo, pero no por ello me odio a mí misma.

—Annie...

Ya no pudimos mantener apartados nuestros labios. Atravesamos aquella ventana imaginaria y, cuando los labios de Luke tocaron los míos, el camisón se me cayó por debajo de los codos y desnudó por completo mis pechos. Sus dedos se deslizaron hacia abajo acariciándome.

Gemí y busqué de nuevos sus labios, pero Luke me rechazó con violencia.

—No, Annie..., no, no. No podemos hacer eso. Drake estaba en lo cierto conmigo. Yo no pertenezco aquí; no puedo quedarme aquí. Cualquier corriente diabólica subterránea que fluya a través de los Casteel, fluye también ahora a través de mí. Si me quedo aquí contigo, no seré capaz de contenerme y nos volveremos como algunos de mis antepasados de las montañas: incestuosos, como animales, horrendos.

—Luke, nosotros no podemos ser horrendos. Esto no puede estar mal, no sé por qué, pero siento que no puede ser así.

—Eres demasiado buena para alguien como yo, Annie. No mereces que caiga sobre tu cabeza ninguna clase de maldiciones diabólicas sólo porque yo no pueda controlar la loca pasión que corre libremente por mis venas Casteel. Probablemente

no soy mejor de lo que solía ser mi madre. Drake estaba en eso en lo cierto.

»Debo mantenerme alejado de ti durante algún tiempo, Annie, y permitir que te pongas mejor y más fuerte emocionalmente, tanto como físicamente.

Retrocedí en mi cama.

—No, Luke, te necesito. Por favor, no te vayas.

Alargué la mano hacia él, pero Luke continuó retrocediendo.

—Debo hacerlo. Que Dios te bendiga, Annie. Y que te pongas bien.

Se dio rápidamente la vuelta y salió de prisa.

—¡Luke!

Me esforcé para bajar de la cama. Las piernas me temblaban. Incluso así, las forcé para que me sostuvieran lo suficiente, para avanzar en el lecho y agarrarme al andador. Empleándolo, pude acercarme al umbral del dormitorio. Llegué allí a tiempo de escuchar que la puerta principal se abría y se cerraba.

—¡Luke!

—Annie, ¿qué ocurre?

Tía Fanny corría por el pasillo.

—Oh, tía Fanny, date prisa, Luke se ha ido. Detenle. Se echa la culpa de todo, por lo sucedido entre yo y Drake..., por... todo...

Asintió, pero vi que sabía más de lo que yo pensaba.

—Tenía que suceder, chiquilla. Como Heaven, lo veía venir; pero no sabía cómo pararlo.

Me guió de regreso a mi cama.

—¿Lo veías venir?

¿Sabía alguien más lo que nosotros teníamos por un secreto profundamente oculto en nuestros corazones?

—Yo veía la manera en que siempre te miraba, veía la forma en que estabais juntos. Veía una luz en tus ojos y la misma luz en los de él, y sabía lo que estaba creciendo entre vosotros...

—Oh, tía Fanny, yo no lo hacía de una manera deliberada. Yo...

Me senté en mi lecho, con las manos en el regazo y meneé la cabeza.

—Lo sé, querida.

Se sentó a mi lado y me tomó la mano.

—Sé que nada hubiera ocurrido de haber podido evitarlo. El amor manó de ti y también de él. No se puede echar la culpa a nadie. Os sentisteis mutuamente atraídos desde vuestra primera infancia; y como dos flores en el bosque, a salvo de las pisadas y de la visión de la gente, vuestro amor creció libre y salvaje hasta que os entrelazó. Sin embargo, todo es un error y ha llegado el momento de desenredarlo. Va a ser algo penoso, y hasta que se solucione del todo será doblemente penoso, pero aquí estoy yo para ayudarte a pasar por ello, Annie.

—Pero, Luke... —grité.

No tendría a nadie que le ayudase y que le consolase.

—Tendrás que dejarle que lo haga a su modo, Annie. Ya te lo he dicho. No sólo tiene el nombre de Luke Casteel, tiene también su sangre. Yo amaba a mi padre, pero era un hombre de fuego, un hombre al que le ardía un gran incendio debajo de aquellos bonitos ojos...

—Tía Fanny, me siento tan mal por dentro, tan vacía y tan sola... No puedo resistirlo —gemí.

Me pasó los brazos alrededor y me sostuvo durante unos momentos. Luego me besó en la frente y me apartó suavemente de sus brazos.

—Vamos, Annie. Te ayudaré a meterte de nuevo en la cama. Ahora en lo que debes pensar es en tu propia salud.

Permití que me ayudase. Una vez estuve debajo de los cobertores otra vez, se inclinó y me besó en la frente y me acarició el cabello como mi madre acostumbraba hacer.

—Tienes que dormir un poco, Annie. Volveré a estar contigo y te ayudaré hasta que puedas de nuevo estar sobre tus pies.

—Gracias, tía Fanny.

—Nosotras, las mujeres, debemos ayudarnos —añadió, sonriendo y enderezando los hombros para indicar que juntas seríamos fuertes.

Me besó de nuevo y luego me dejó sola en la oscuridad, con sólo el eco de la voz de Luke junto a mí.

Aún veía sus ojos muy cerca de los míos.

—No es algo feo, no puede ser algo feo —canturreé.

Y me quedé dormida con el recuerdo de su beso aún sobre mis labios.

El secreto de la casita de campo

La semana siguiente y parte de la otra resultó muy difícil para mí. En cierto sentido, aún fue más difícil que la época que había pasado en Farthy. Nadie fue cruel conmigo, ni mucho menos. Todos los criados y mi tía Fanny no podrían haberse mostrado más preocupados, cariñosos y considerados. Pero ahora, poco después de haber perdido a mis padres, también había perdido a Luke, la única persona en el mundo que pensé que siempre estaría allí conmigo, la única persona que hacía valioso el esfuerzo y el dolor. Se había ido, y me sentí tan muerta y perdida por dentro como había ocurrido cuando perdiera a mis padres.

Los días eran monótonos y oscuros, sin importar para nada que luciese el sol. Siempre estaba helada y cansada, envuelta en la manta, y me pasaba horas y horas mirando sólo el techo, sin ni siquiera querer encender las luces cuando llegaba la hora de la puesta de sol. Me sentía entumecida y, en ocasiones, lloraba y lloraba hasta que me dolía el pecho. Lloraba para dormir, sólo para despertarme a la comprobación de que ahora todo el mundo que me había sido íntimo ya no estaba conmigo. Nunca me había sentido tan sola, ni siquiera cuando permanecí recluida en Farthy. Por lo menos, cuando estaba allí, tenía mis fantasías, mis sueños...

Ahora los sueños habían desaparecido. Ya no había tampoco más fantasías para pasar las monótonas horas. Y lo que aún era peor, los recuerdos de Luke y de mí misma parecían ahora corrompidos. Habíamos vivido un amor prohibido, y todo lo que antaño fuera maravilloso y bello para recordar, ahora parecía diabólico y malo. Eso me destrozaba el corazón y me llenaba de agonía.

Qué horrible es no sólo perder a aquellos a los que amas, sino perder también al mismo tiempo el placer y la dicha de los recuerdos. El destino había entrado violentamente en mi corazón, había llegado hasta mi jardín y destrozado toda flor en sazón, dejando sólo un montón de malas hierbas y tallos desnudados de su belleza, de su razón de ser.

Muchos de los viejos amigos de mis padres hacían tardías llamadas telefónicas de condolencia, tardías porque yo había estado muy alejada de ellos para poder hacerlas antes. Apreciaba su simpatía pero, cada vez que alguien me visitaba, revivía la tragedia y sentía de nuevo mi pérdida.

Algunos de los amigos de mi madre irrumpían en lágrimas en mi presencia, y su tristeza me afectaba de un modo muy duro, abriendo heridas donde ya se habían formado costras. Sin embargo, me encontraba siendo la más fuerte y la que debía consolarlos.

—Eso es exactamente lo que Heaven diría —observaba tía Fanny a cada nuevo episodio—. En un aprieto, no había nadie más fuerte que tu mamá. Yo sólo me

quejaba y protestaba, pero eran ella y Tom los que nos proporcionaban comida cuando casi nos estábamos muriendo de hambre, y fue ella la que atendió y cuidó a Nuestra Jane cuando estuvo muy enferma.

Aquellas historias acerca de mi madre, e historias como éstas, me proporcionaban determinación y fuerza para trabajar por mi recuperación después que Luke y Drake huyeron de mí. Tía Fanny me contaba que Luke llamaba con frecuencia para preguntar acerca de mí, pero cada vez que ella le preguntaba si deseaba hablar conmigo, le contestaba que ya lo haría en otra ocasión. Por lo menos media docena de veces intenté escribirle una carta, pero siempre que revisaba lo que le había escrito lo rompía, porque nada me parecía bien y nada expresaba lo que yo realmente sentía.

El doctor Williams aparecía de vez en cuando para comprobar mis progresos. Mis piernas estaban más fuertes cada día, y me asignó una fisioterapeuta para que me ayudase a fortalecerlas, hasta que llegara el momento en que ya no precisase del andador.

El doctor Williams me proporcionó un bastón para que lo utilizase sólo para mantener mi equilibrio. Unos días después, ya podía atreverme con las escaleras yo sola y, finalmente, pude salir afuera por mí misma y sentarme en el belvedere, pensando en todas las cosas que nos habían sucedido a mí y a Luke. Tía Fanny salía detrás de mí, insistiendo en que debía ponerme un suéter.

—El aire es frío y cada vez lo va siendo más —decía.

El otoño había ido avanzando entre las sombras, moviéndose en torno de nosotros como un lustroso y frío gato. De repente, una mañana me percaté de que las hojas estaban casi todas mustias y amarillentas.

Recordé lo mucho que mamá amaba el otoño. Me explicaba que era muy bonito en los Willies.

«Adoro andar en esa época por los bosques. Por encima de mí, los árboles deslumbran a la luz del sol, y cada árbol tiene sus propias sombras amarillentas: ámbar, limón, azafrán. Y también diversas sombras pardas: castaño, jengibre y caoba oscuro. Recorre los bosques en otoño, Annie —concluía— y conseguirás toda clase de ideas para tus cuadros.»

Tenía razón en esto, pero el pensar en los bosques y en pasear por ellos siempre me hacía recordar a Luke, porque nosotros solíamos hacerlo a menudo. Cuánto deseaba que estuviese ahora conmigo, ahora que ya había conseguido volver a andar sobre mis pies. Pero había regresado a la Universidad, tratando de olvidar.

Comencé a pintar a Luke. Primero, bosquejé el belvedere y luego le dibujé de pie en él, mirando hacia los alrededores con aspecto pensativo. Mientras trabajaba en el cuadro, se me aliviaba el dolor por haberse alejado de mí, pero cuando el cuadro estuvo cerca de su final, sentí lo terrible de su pérdida. Demoré el concluirlo, buscando esto y lo otro, añadiendo un detalle aquí y cambiando algo allí. Pero muy pronto ya no tuve nada más que añadir, y no había nada que evitara su finalización. Cuando dejé a un lado el pincel y retrocedí un paso, odié y amé a un mismo tiempo

aquel cuadro.

Había pintado a Luke de memoria, pero lo capté bastante bien, reflejé la forma en que siempre inclinaba la cabeza, un poco hacia la derecha, cuando estaba meditabundo, plasmé aquellos mechones de pelo que parecían siempre caerle encima de la frente, capté la expresión de sus ojos cuando me miraba y veía el amor que sentía por él.

Pero el cuadro me atormentó y se burló de mí. Me hizo anhelar escuchar su voz y sentir su presencia. Era una pasión artística y, a la vez, una agonía, pensé, el enamorarse de aquello que creas sin llegar verdaderamente a poseerlo.

Me puso melancólica tener aquellos pensamientos. En el pasado, cuando me alcanzaban aquellas depresiones o me encontraba profundamente implicada en algo filosófico, que convertía a mi corazón en algo pesado y grave, podía acudir a mamá y desembarazarme de la carga que mis tristes pensamientos habían puesto sobre mí. Mamá me recubría con la más cálida de sus sonrisas, y casi inmediatamente se me aliviaba el corazón y era de nuevo feliz. Hojeábamos revistas de moda y discutíamos las tendencias como si fuésemos dos chicas adolescentes, riendo entre dientes algo que nos parecía bobo, y suspirando ante algo que creíamos muy hermoso.

Aún no había visitado el dormitorio de mis padres. No había tenido el coraje de entrar en la habitación donde habían dormido, donde a menudo había acudido cuando tenía una pesadilla o pensamientos desagradables, y donde me habían consolado y amado. Tenía miedo de contemplar aquel lecho vacío, ver sus armarios y ropas, los zapatos de mi padre, las joyas de mi madre, las fotos, todo cuanto les había pertenecido.

Pero sabía que si debía seguir adelante y enfrentarme de verdad con la tragedia que había cambiado mi vida, tenía que enfrentarme con las cosas que había amado y que ya se habían ido; debía hacer frente al tormento y a la miseria. Sólo entonces volvería a ser lo suficientemente fuerte como para ser la mujer que mamá y papá deseaban que fuese, la mujer que tenía que ser tanto para mí como para ellos.

Salí lentamente de mi habitación, ayudándome con el bastón. Me detuve en el pasillo, una vez más, dudando si debería girar a mi derecha y llegar al umbral de su dormitorio, pero esta vez la decisión no se hizo esperar. Iría allí.

Abrí la puerta. Las cortinas estaban corridas y las ventanas subidas para ventilar la habitación. Todo se encontraba pulcro y en su sitio, tal como se hallaba en la noche del accidente.

Permanecí durante un rato en el umbral y lo observé todo, dirigiendo visualmente todos y cada uno de los retazos de mis recuerdos. En el tocador, donde mamá ponía sus polvos y perfumes, había un juego de pendientes de conchas marinas azules que ella había dejado la noche de la fatídica fiesta de tía Fanny, y el joyero de caoba oscura que papá le había regalado en unas navidades. A su lado se veían muy bien alineados sus peines de perlas.

Con el corazón desgarrado, mi mirada se movió con lentitud por la estancia,

deteniéndose en la cama. Las zapatillas rojas de satén de mi madre asomaban por debajo de la cama, anhelando, estaba segura de ello, sentir el pequeño pie deslizarse en ellas. Un libro que había estado leyendo se encontraba aún en la mesilla de noche, con un señalizador entre las páginas hacia la mitad del volumen.

Naturalmente, el cuadro de la cabaña de los Willies permanecía aún encima de su lecho. Al alzar la mirada hacia él recordé ahora a Luke cuando iba allí a meditar acerca de las cosas, y pensé que fue allí donde había llegado a la conclusión de regresar a la Universidad y apartarse de mí durante algún tiempo. Tal vez los espíritus de su abuelo Toby y de su abuela Annie se lo habían aconsejado. Tal vez, después de todo, se tratase de un buen consejo.

En el tocador de mi padre había una gran fotografía de los dos en su recepción en Farthy. Ahora reconocí el fondo. Ambos parecían jóvenes y felices. Pero, cuando observé más de cerca la foto, me pareció percibir en el rostro de mi madre cierto anhelo. Desde donde estaban, yo sabía ahora que miraban al laberinto.

El pensar en el laberinto me hizo acordarme de Troy y de la casita de campo. Y, de repente, una oleada de percepción corrió a través de mí. Regresé a mi habitación y me puse a contemplar la casita de campo de juguete. Mamá me la había regalado el día en que cumplí los dieciocho años. El regalo había significado mucho para mí porque sabía lo mucho que significaba para ella, pero, cuando lo miré ahora de nuevo, comprobé que estaba entremezclado con imágenes del auténtico cottage, al otro lado del laberinto de Farthy, y me percaté asimismo que había sido Troy Tatterton el que le hizo este regalo y se lo envió a mamá poco después de mi nacimiento. Nunca había explicado quién se lo envió. Todo cuanto ella y papá habían dicho era que les parecía que lo habría construido algún artesano de Tatterton.

¿Significaba eso que mamá no sabía que Troy estaba aún vivo y que, por lo tanto, no podía saber que fue él quien lo hizo y lo envió? ¿Temería acaso que se suscitasen sospechas?

El pensar en él me trajo otra imagen a la mente; la forma en que se sentó en aquella mecedora hablándome..., la manera en que se colocaba las manos detrás de la cabeza. Aquélla era la postura que tenía también el hombrecillo de la casita de juguete. ¿Se trataba sólo de una coincidencia? Y la mujercita se parecía a mamá, tenía su mismo color de pelo y llevaba su misma clase de vestido. Ella debía saber quién se lo había enviado. ¿Quién más, aparte de Troy, podía haber captado aquella escena? Si ella sabía que aún estaba vivo, y que le había mandado la réplica del cottage, ¿por qué lo había mantenido en secreto?

Me acerqué a la sillita tapizada de azaraza que estaba al lado de mi tocador y dejé allí el bastón. Luego, lenta, cuidadosamente, alcé el tejado de la casita de juguete y, al instante, sonó el tintineo del nocturno de Chopin. Pareció haber estado aguardando durante todo aquel tiempo para que alguien lo hiciese funcionar de nuevo. Escudriñé a las figurillas del interior y eso me confirmó lo que había pensado: el hombre se parecía a Troy; la joven dama que estaba a su lado era una diminuta réplica de mamá.

Ahora que había estado en la auténtica casita de campo, vi cosas de las que antes no me había percatado: los minúsculos juguetes que el hombrecillo estaba haciendo, las tazas de té de encima de la mesa de la cocina y la parcialmente abierta puerta posterior. ¿Se abriría y cerraría realmente aquella puerta?

Mis dedos temblaban cuando alargué la mano y toqué la puertecilla, que sólo tenía unos ocho centímetros de altura. Se abrió por completo sobre sus pequeños goznes, y cuando bajé la cabeza para ver mejor, observé que había una serie de escalones que llevaban abajo. En aquel momento mi ojo captó algo extraño. Un poco más allá de aquellos misteriosos escalones había un trozo de pálido papel blanco. Mis dedos eran demasiado grandes para hurgar a través del umbral, para llegar de un modo seguro y retirar lo que había allí. Sólo había una forma de hacerlo, la misma forma en que alguien lo había colocado allí, pensé: con unas pinzas.

Encontré unas en el cajón del tocador de mamá, y a un tiempo con ojo y destreza de cirujano, inserté la punta de las pinzas a través del pequeño umbral y sujeté el misterioso papel, sacándolo lenta y cuidadosamente hasta que vi que se hallaba fuertemente doblado para que pudiera caber en aquel diminuto escondite.

Lo saqué de la casita de juguete y lo deposité encima de la mesa. Luego puse de nuevo el tejado al cottage de juguete, con lo que dejó de sonar la música, y empecé a desdoblar el papel. Estaba quebradizo y amarillento por los años, como las réplicas de documentos históricos para que parezcan auténticos. Los extremos estaban rotos y amenazaron con romperse entre mis dedos.

Finalmente conseguí desdoblarlo por completo y lo coloqué delante de mí en la mesa. Era una página entera de papel de cartas. Las arrugas aparecían tan profundas que las palabras eran difíciles de leer, pero conseguí abrirme camino a través de la carta.

Mi muy querido y prohibido amor:

Ahora, más que nunca, la última noche parece un sueño. Durante el último año, he tenido muchas veces la fantasía de que ahora, cuando realmente ha pasado, encontraría muy difícil de creer real y cierto lo sucedido.

He estado aquí pensando en ti, recordando nuestros preciosos momentos, la dulzura de tus ojos y de tus manos. He tenido que levantarme y acercarme a mi cama para buscar hebras de tus cabellos, que, gracias a Dios, encontré. Tendré que hacer un relicario para ellos y llevarlo cerca del corazón. Me consuela saber que tendré algo tuyo siempre conmigo.

Había confiado en quedarme aquí mucho más tiempo, aunque reconozco que hubiera sido una tortura, y, de vez en cuando espiarte en Farthy. Eso me hubiera reportado placer, pero también cierto dolor al verte andar por la finca, o sentada y leyendo. Sé que eso habría sido algo propio

de un tontucio colegial.

Esta mañana, no mucho después de que me dejaras, Tony se presentó en la casita y me hizo saber la noticia, noticia que esperaba que tú también me hicieras llegar. Pero cuando tú llegues yo ya me habré ido. Sé que parece cruel el dejar a Tony en un momento así, pero ya le he dado todo el consuelo que me fue posible mientras estuvo aquí y tuvimos una oportunidad de hablar.

No le he dicho nada acerca de nosotros, respecto de tu visita de anoche. Él desconoce que tú sabes de mi existencia. No podía añadir esto a sus problemas actuales. Tal vez haya un tiempo en lo futuro en que tú creas que debe saberlo. Lo dejo en tus manos.

Probablemente te preguntarás por qué siento que es necesario el irme pronto después de la muerte de Jillian.

Mi querida Heaven:

por difícil que sea para ti comprenderlo, me siento en cierto modo responsable. La verdad es que disfruté atormentándola con mi presencia. Como te dije, me vio unas cuantas veces, y sé que la conmocioné en cada una de ellas. Pude haberle dicho la verdad, que no estaba muerto, que no era ningún fantasma, pero preferí hacerle creer que lo que veía era un espíritu. Deseé que experimentara cierta culpabilidad, aunque en realidad no fue culpa suya que tú nacieras como hija de Tony, siempre tuve resentimientos por contármelo, por exponer aquella horrible verdad entre tú y yo. Siempre fue una persona muy celosa y se resentía del afecto que Tony me profesaba, aunque yo sólo fuese un niño pequeño.

Ahora me siento profundamente culpable por todo ello. No tenía derecho a castigarla. Tenía que haberme percatado de que esto sólo aportaría dolor a Tony e incluso a ti. Tengo la impresión de que apporto tristeza y tragedia a todos cuantos me rodean. Naturalmente, Tony no lo cree así. No deseaba que me fuera, pero, al fin, le he convencido de que es lo mejor.

Permanece con él durante esta época de gran necesidad, y consuélale lo mejor que puedas. Deberás hacerlo por los dos.

Supongo que tú y yo ya no nos veremos nunca más, ni nos acariciaremos de la manera en que lo hicimos anoche. Pero el recuerdo de ti quedará tan grabado en mi corazón, que te llevaré conmigo vaya donde vaya.

*Siempre tuyo,
Troy*

Me quedé por completo atontada.

—Mamá, ¿sabías que me estabas dando tu legado cuando me regalaste la casita de campo de juguete, el símbolo de tu amor? —susurré.

La injusticia, la tristeza, la tragedia de todo aquello hicieron presa en mí como una fría ráfaga de viento. Cómo se había repetido la horrible historia... Yo ya había percibido algo en mi corazón, pero aquellos pensamientos que no había exteriorizado en palabras, habían demostrado ser auténticos, mamá y Troy Tatterton habían sido amantes, pero su amor había sido como Troy escribiera al principio de la carta: un amor prohibido. Era un amor prohibido lo mismo que el amor entre Luke y yo, puesto que Troy era hermano de Tony, el tío de mi madre. Una relación de sangre había hecho su mutuo amor indecente, lo mismo que nuestro parentesco había hecho mi amor por Luke y su amor por mí algo degradante.

Por lo tanto, mi madre siempre había sabido que Troy seguía vivo, pero nunca había hablado con él, ni le había escrito, ni le había vuelto a ver. Ahora comprendía por qué Troy Tatterton había velado por mí de la forma en que lo hizo desde la primera vez que me vio. Seguramente, yo le habría recordado sus recuerdos, especialmente cuando mi cabello era del mismo color que el de mamá en aquel tiempo.

Gran parte de lo que estaba escrito en la carta tenía sentido para mí, dado que yo había estado en Farthy. Comprendía las referencias a la locura de Jillian, la idea de los espíritus que erraban por la casona, el tormento de Tony y la razón de que Troy se hubiera hecho invisible para el mundo que le rodeaba. Pero lo que no había entendido o sabido hasta aquel momento, naturalmente, era la agonía de mamá, que se reflejaba en la carta que Troy le había escrito, evidencia de que ella le había amado tanto como él la había amado a ella.

Pensé lo bien que habría entendido lo que sucedía ahora entre Luke y yo misma... Y ahora comprendía por qué se mostraba tan preocupada por los ratos que Luke y yo pasábamos juntos. Lo preveía todo, puesto que antes le había sucedido a ella.

—Oh, mamá —susurré—, cómo deseo que tú y yo hubiéramos mantenido una conversación más. Cuánto necesito de tus consejos y de tu prudencia. Habría visto con claridad que tú habías pasado por esta clase de dolor y tus palabras me habrían servido de guía...

Hasta que la primera lágrima se aplastó contra la carta, no me percaté de que estaba llorando. Gran parte de lo que Troy había escrito aquí a mamá, me lo podría haber escrito Luke a mí. En realidad, cuando había leído las palabras, me parecía escuchar la voz de Luke.

Doblé de nuevo la carta y alcé de nuevo el tejado de la casita de campo de juguete, para meterla otra vez en su escondrijo especial, donde había permanecido durante todos aquellos años. Pertenecía al cottage, era una parte de él. La música desgarró mi corazón, seguramente de la misma manera que le había ocurrido a mamá cada vez que se sentaba a solas y escuchaba; mientras la música sonaba veía el rostro

de Troy y escucharía sus palabras de despedida, una y otra vez, igual que me sucedía a mí.

Tal vez esto tuviera mucho que ver con su tenaz decisión de no querer regresar a Farthy. No era sólo su rabia hacia Tony. Los recuerdos de aquel perdido amor eran también muy penosos. Y todas aquellas ocasiones en que Luke y yo hablábamos del laberinto y fantaseábamos acerca de Farthy..., ¡el dolor que le habíamos infligido sin percatarnos de ello...! Oh, mamá, pensé, perdónanos... Nuestras pequeñas ficciones debieron hacerte regresar ante esta casita de campo de juguete para lamentarte del amor que habías enterrado para siempre.

En aquel preciso instante, Mrs. Avery llamó a la puerta. Le dije que entrara. Parecía desacostumbradamente agitada y alterada.

—Hay un caballero al teléfono que afirma llamar desde Farthinggale Manor. Dice que es muy importante.

¿Es que jamás me iba a ver libre de Tony Tatterton y de sus locas alucinaciones y confusiones? Burbujas de ira parecieron hervir en mi interior.

—Está bien, tendrá que decirle a Tony Tatterton que...

—No, Annie, no es Mr. Tony Tatterton. Afirma que es acerca de Mr. Tony Tatterton. Dice que es algo que tendrías que saber...

—¿Saber? ¿Saber qué?

Mi corazón dejó de latir y luego volvió a hacerlo descompasadamente.

—No me lo ha dicho, Annie. Ha pedido hablar directamente contigo y que yo fuera a buscarte.

—Oh, dígame que ya voy... —Respiré hondo y reprimí el escalofrío que había comenzado a trepar por mi espina dorsal.

Seguí a Mrs. Avery tan de prisa como pude. Ahora que ya estaba en pie y podía andar, me frustraba el hacerlo tan lenta y desgarradamente.

Mrs. Avery me tendió el teléfono y yo me senté para poder hablar.

—Diga... —proferí con una vocecilla asustada.

Pensé que los fuertes latidos de mi corazón se oirían por teléfono, de lo fuerte que sonaban para mí.

—Annie —me dijo.

No tuve el menor problema para reconocer la voz, tal como imaginé que le habría pasado a mi madre si la hubiera escuchado después de años y años...

—Pensé que querrías saberlo y acudir al funeral.

—¿Funeral?

Mi corazón hizo una pausa y yo contuve la respiración.

—Tony ha fallecido hace unas horas. Yo estuve junto a su lecho.

—¿Que ha fallecido?

De repente, sentí pena por él, inmovilizado allá en Farthy, pensando que la mujer que amaba le había dejado otra vez. A través de mí había revivido su propia tragedia. A mi pesar, yo había sido una actriz en una obra representada muchos años atrás.

Aunque como suplente había desempeñado un papel que mi madre se vio forzada también a representar. Ahora, al fin, tal vez misericordiosamente, el telón había descendido, los focos se habían apagado y los actores habían abandonado el escenario. Para Tony Tatterton, la agonía había llegado ya a su fin.

Pero la voz de Troy estaba teñida de sincera tristeza y no de alivio. Había perdido un hermano que en un tiempo fue como un padre para él.

—Oh, Troy, lo siento... No creía que estuviese mal físicamente. ¿Y estabas con él?

—Había adoptado la determinación de hacerme más visible y proporcionarle algún consuelo en este momento de su vida en que necesitaba desesperadamente que alguien cuidase de él. Lo que yo te había dicho era cierto: cuidó de mí siempre que estuve enfermo. Y —añadió, con la voz fallándole— me amó también mucho. En el fondo, lo éramos todo el uno para el otro.

Se me hizo un nudo en la garganta y, durante un momento, no pude tragarme la saliva. Sentí los ojos llenos de lágrimas. No me resultaba difícil imaginarme a Troy junto al lecho de Tony, con la mano de éste en la suya. Troy con la cabeza baja y los hombros estremecidos por los sollozos cuando la vida escapó de su hermano mayor.

—¿Y cómo murió? —Pude al fin preguntar, con una voz tan tenue que casi era un susurro.

—Un ataque cardíaco. Al parecer, había tenido un ligero infarto algún tiempo atrás, pero yo nunca me enteré.

—Drake me llamó hace poco y me contó que había hablado con él, pero no mencionó que se encontrase gravemente enfermo.

—Se encerró en su cuarto, por lo que ni siquiera Rye sabía lo que estaba sucediendo. Y cuando se dio cuenta, era ya demasiado tarde. Por lo menos yo estuve con él en sus últimos momentos. Balbucía en lugar de hablar y confundía a la gente. Al cabo de un rato ni siquiera yo estuve seguro de que supiera quién era, pero mencionó tu nombre y me hizo prometerle que velaría por ti y me aseguraría de que estuvieses bien...

»Sé... que se había visto afectado por extraños tormentos mentales, y me imagino que tú fuiste testigo de algunos de ellos, pero era por completo inofensivo. Era sólo alguien en busca de amor y de una forma de hacerse perdonar sus pecados..., algo que todos acabamos haciendo de una manera u otra...

—Lo sé...

Me pregunté, si por la forma en que dije esta frase se percataría de las muchas cosas que yo ya conocía.

—Sé quién era realmente Tony para mí, Troy. Lo gritó cuando nos íbamos, y mi tía Fanny me lo ha confirmado.

—Oh, comprendo...

Su voz se arrastró.

—No estoy buscándole ninguna excusa, pero tuvo un matrimonio muy

complicado y difícil.

—Sí...

No tenía muchas ganas de hablar ahora de todo aquello.

—Troy, claro que deseo asistir al funeral. ¿Cuándo será?

—Pasado mañana, a las dos. Todo se desarrollará en el cementerio familiar. A través de lo que me ha dicho la sirvienta, he comprendido que cada vez te encuentras mejor. Me alegro mucho por ti, Annie, y no quiero que nada te pueda hacer empeorar, por lo que si hacer un viaje así significa un considerable esfuerzo...

—No lo será, y tampoco creo que vaya a tener una recaída. Estoy... ansiosa por verte de nuevo. Nunca he tenido la oportunidad de darte las gracias por haber llamado a mi tía Fanny y por lograr que ella y Luke viniesen a buscarme. Fuiste tú quien lo hizo, ¿verdad?

—Yo no quería que te fueses y confiaba en que tendríamos más oportunidades de estar juntos, pero vi lo que te estaba sucediendo aquí y supe que tú, realmente, pertenecías a las personas a las que amabas, aunque me imaginaba lo penoso que sería para ti también regresar a tu hogar. Recuerdo que Tony me explicó lo importante que era todo esto para él, cuando fue a verme a mi casita de campo, hace ya mucho tiempo, creyendo que yo estaba muerto y desaparecido.

—Ha sido penoso y me gustaría tener una casita de campo donde ocultarme de la tristeza y del dolor, lo mismo que lo haces tú con el laberinto para alejar a las personas no deseadas.

—La tragedia tiene medios propios para descubrir todos los vericuetos y encontrarte de una forma o de otra, si así ha de ser, Annie. Eso lo he aprendido demasiado bien —concluyó, entristecido.

—Lo sé.

Mi voz era apenas audible, sólo un poco por encima de un susurro. Estaba a punto de decir más cosas, incluso hasta mencionar la carta secreta en la casita de campo de juguete. Él debió de percibir algo porque se puso a hablar con rapidez para concluir nuestra conversación.

—Te veré pasado mañana, Annie. Me gustará mucho que estés aquí conmigo. Adiós y hasta entonces...

—Adiós, Troy.

Colgué lentamente el teléfono, con mis pensamientos dirigidos hacia Tony. A pesar de la locura y de las mentiras, no podía dejar de llorar por él. Troy tenía razón: aunque Tony fuera inimaginablemente rico, estaba solitario y perdido y, como cualquier otra persona, buscaba a alguien a quien amar, y que le amase a su vez.

Tal vez Rye Whiskey estuviese también en lo cierto respecto de los espíritus de Farthy. Quizás habían sido ellos los que acabaron con los tormentos de Tony, reclamándole como uno de los suyos.

Tía Fanny quedó muy alterada cuando le conté que pensaba asistir al funeral de Tony.

—Nadie sabe que era tu abuelo, Annie. Nadie espera, pues, que hagas todo ese viaje para ver cómo le entierran.

—Yo sé que lo era, tía Fanny. No puedo olvidarle y odiarle. A su propio modo, él trató de ayudarme...

—Aquel lugar es sólo ponzoña. Todas las personas ricas se destruyen a sí mismas de una manera o de otra. No es que yo no desee ser rica; es más bien la forma en que viven todos esos farsantes de ciudad, creyendo que son mejores que todos los demás. Les hace estar más locos que una cabra. Me gustaría mucho que cambiaras de idea.

Se estuvo quejando durante todo el día, pero se percató de que yo me mostraba inquebrantable. Poco después de que hablara con Troy y me enterase de la muerte de Tony, telefoneé a Luke. Casi me quedé sin habla cuando me contestó por teléfono, parecía muy triste y apenado. Mi mano tembló ante el solo sonido de su voz, pero cerré los ojos y empecé a hablar. En cuanto escuchó mi voz, la suya volvió de nuevo a tener fuerza y jovialidad.

—Durante días y días he tratado de escribirte una carta, Luke, pero todo lo que escribo me parece inapropiado.

—Lo sé. Ésa es también la razón de que yo tampoco te haya hablado o escrito. Pero me alegra que hayas llamado. Trato de mantenerme atareado y alejarte de mis pensamientos, pero no resulta fácil. Soy tan feliz por escuchar tu voz, Annie...

—A mí me pasa lo mismo al oír la tuya, pero no te llamo por unas buenas noticias —añadí, y le conté lo de la llamada telefónica de Troy—. Tu madre está muy enfadada porque quiero ir y dice que ella no va a volver allí. Confía en que no quiera marcharme yo sola, pero sí deseo hacerlo. Ahora ya puedo andar por ahí con el bastón, por lo que viajar no resultará difícil.

—Estaré ahí por la mañana para llevarte a Farthy —se apresuró Luke a contestar.

—Oh, Luke, sabía que lo harías...

—Te amo, Annie. No puedo evitarlo. Viviré y sufriré con ello hasta el día en que me muera.

—Y yo también, Luke.

Ninguno de los dos habló durante un momento.

Se me puso tal nudo en la garganta, que no estuve segura de si podría volver jamás a emitir una palabra. Finalmente, tras un fuerte suspiro, miré el cuadro que había pintado de Luke y recuperé todas las fuerzas.

—Oh, Luke, he pintado un cuadro tuyo, de pie en el belvedere.

—¿De veras? ¿Lo podré colgar en mi cuarto del pabellón de la Universidad?

Yo lo deseaba para mí misma, pero pensé que resultaba demasiado egoísta decir una cosa así.

—De acuerdo...

—Lo veré cuando acuda a recogerte. No te preocupes por nada. Yo cuidaré de todos los arreglos para el viaje.

—Gracias, Luke.

—Annie, resulta muy difícil negar lo que siento por ti...

—Lo sé. A mí me ocurre lo mismo.

—Hasta pronto...

Ambos tuvimos que acabar la conversación por la misma razón. Cada palabra era como una pesada y aguzada espada que, al alcanzarnos, atravesaba nuestros corazones.

Drake llamó a última hora de la tarde. Quedó sorprendido de que ya supiera lo de la muerte de Tony, e incluso aún le sorprendió más que le contara que estaría presente en el funeral. Incluso me preguntó cómo me había enterado, pero no le mencioné en absoluto a Troy. Me habló con su frío tono de voz de hombre de negocios.

—Bien, si pensaste que deseabas acudir deberías haberme llamado. Pero aún no es demasiado tarde. Haré todos los preparativos necesarios.

—Ya están hechos. Luke acudirá también.

—Debería haberlo sabido.

—Por favor, Drake. Por el recuerdo de Tony, en su memoria, debemos mantener la paz —le rogué.

—Está bien. Naturalmente, he preparado un acto muy digno, en el que estarán presentes personas que cuentan mucho en el mundo de los negocios...

—Pero yo pensaba...

—No te puedes imaginar la de cosas que hay que hacer. No tengo tiempo que perder con Luke. Ha sido una suerte que yo ya estuviera aquí antes de que todo esto sucediera. Podría ser el mismo hijo de Tony, tal y como la gente empieza a tratarme. Te voy a sorprender con la noticia, pero creo que te la debo dar ahora. Antes de morir, Tony me traspasó un porcentaje muy elevado de las acciones de su empresa.

Hizo una pausa y luego, muy secamente, al ver que yo no me precipité con rapidez a felicitarle, añadió:

—Creí que te haría feliz el saberlo.

—Sé lo que significa para ti, Drake. Sé lo contento que debes estar.

Quedó decepcionado ante mi pensativa y dominada reacción.

—Sí, bien, ya te veré en el funeral...

—Sí, Drake...

Cada vez me parecía más y más un extraño.

Luke llegó a casa a primera hora de la mañana el día del funeral de Tony, a fin de llevarme al aeropuerto, yo ya estaba vestida y preparada cuando entró en mi habitación. Yo me encontraba de pie con ayuda del bastón. Durante un largo rato, nos miramos el uno al otro. Finalmente, apartó la mirada hacia el cuadro que había pintado de él.

—Uau, es realmente bueno...

—Confiaba en que te gustase.

—¿Gustarme? Lo adoro. Eres una artista maravillosa, Annie. La gente pagará miles de dólares por tus cuadros. Estoy seguro. Sé que será así.

Nos miramos mutuamente de nuevo. Al parecer, cuando cualquiera de los dos acababa una frase, era seguro que se produciría una larga pausa durante la cual nuestros ojos serían los que continuarían hablando. Ahora mismo, los míos le estaban diciendo lo mucho que le amaba y le necesitaba, y cómo me sentía engañada por el destino...

Los suyos me decían lo mismo.

Pensé que tía Fanny se ablandaría y se uniría a nosotros, pero tenía toda la tozudez de los Casteel, como también la tenían Drake y Luke. Rompió nuestros atormentados silencios presentándose en el umbral de mi dormitorio, con las manos en las caderas y la cabeza echada hacia atrás en su pose característica.

—No acabo de creerme que hayas viajado hasta aquí para llevarla a aquel lugar, Luke. No deberías haber alentado esto.

—Hubiera ido con o sin él, tía Fanny.

—Tu madre salió huyendo de aquel lugar y de aquel hombre, Annie.

—Ya lo sé...

Me quedé mirando una de las fotos de mi madre de encima del tocador. Era una de mis favoritas porque en ella miraba hacia los Willies, uno de sus pocos buenos recuerdos de aquella vida, brillando en sus ojos del color azul del aciano.

—Pero ella tenía una manera especial de ver el arco iris después de la lluvia. Creo que ella habría asistido también al funeral de Tony, tía Fanny.

Le di la espalda, con una mirada tan dura y decidida como habría sido la de mamá.

Tía Fanny se percató de ello.

—Vosotros dos estaréis allí por mí.

Mi príncipe, al fin

Cuando salimos hacia el aeropuerto, no podía dejar de imaginarme que aquello sería, para nosotros, como un viaje en avión que nos llevase a nuestra luna de miel. ¿Qué pasaría si desafiábamos al destino, desafiábamos a todo el mundo y nos casábamos? Éste hubiera sido entonces nuestro viaje más romántico y amoroso. Las azafatas y los demás pasajeros de la línea aérea nos habrían mirado, muy juntitos, y se hubieran sonreído entre sí, pensando en lo maravilloso que podría ser el amor joven, cómo abre el mundo y hace la vida vertiginosa, excitante, esperanzadora y cálida.

Cuando ahora miré al rostro de Luke, mientras me ayudaba a meterme en el coche que nos llevaría al aeropuerto, no pude dejar de pensar que nos pertenecíamos. «¡Qué vida más rápida y más trágica!», pensé. Parecida a la que habían vivido mis padres; semejante también a la agonía que había sido la vida de Tony. ¿Por qué no podíamos elegir la felicidad?

Durante el viaje en coche al aeropuerto de Virginia, y durante el vuelo en sí, barrunté sobre si debería o no hablarle a Luke acerca de la carta encontrada en la casita de campo de juguete. Luke había sido muy educado, casi demasiado formal durante el largo viaje. Sabía que se portaba así para alzar un muro entre sus sentimientos y yo, pero aquello no dejaba de ser un tormento para nosotros. Nos lanzábamos a una conversación intrascendente, y cada vez que sus ojos se encontraban con los míos, nuestros corazones latían con tanta fuerza que se nos enrojecía la cara. No podía negarse la pasión de nuestro interior. Hubiera sido más sencillo refrenar las mareas o suavizar los relámpagos que surcan los cielos veraniegos.

A causa de que lo sucedido entre Troy y mamá era muy similar a lo que estaba sucediendo entre Luke y yo, pensé que él tenía derecho a saber y a comprender lo que habían sufrido. Seguramente le ayudaría a entender por qué mamá tenía tanto miedo respecto de nuestras relaciones.

Comencé por recordarle la casita de campo de juguete, y luego le relaté mi descubrimiento. Cuando le recité alguna de las palabras de Troy, las lágrimas aparecieron en los rabillos de sus ojos de zafiro oscuro.

—Puedo comprender su soledad y por qué deseaba apartarse del mundo y vivir solo al otro lado del laberinto —me dijo Luke—. Yo sentiría de la misma manera.

—No, Luke. Tú no puedes negar tu vida de esa forma. Tienes que llegar a ser el médico que has soñado que serías, y encontrar a alguien a quien puedas amar limpia y totalmente, sin culpabilidad de ninguna clase. Te lo mereces.

—¿Y tú?

—Yo haré lo mismo.

—No sabes mentir demasiado bien, Annie. Tus azules ojos te traicionan.

—Bueno, pero lo intentaré —insistí.

Sonrió, con aquella sonrisa que reflejaba la arrogancia Casteel, que era también la sonrisa de Drake.

—Luke Toby Casteel, tú no lo sabes todo.

Después de mi reprimenda su rostro se suavizó y se puso triste igual que la cara de un niño.

—Sé lo que siento en mi corazón, y lo que sientes en el tuyo, y conozco lo que todo eso significa.

—De todos modos, lo intentaré, y lo mismo deberías hacer tú —repetí con una voz débil.

Aparté la mirada de él para que no contemplara mis lágrimas. Luke se adormeció durante el resto del viaje y yo miré por la ventanilla las casitas y las carreteras de abajo, deseando una vez más vivir en un mundo Tatterton de juguete, en donde las fantasías llegasen a hacerse realidad.

En el aeropuerto de Boston alquilamos un coche, e iniciamos así nuestro viaje hacia Farthy. No podía dejar de recordar la excitación de Tony durante nuestro primer viaje a Farthy, después de que me dieran de alta en el hospital. Estaba muy feliz y deseoso de ayudarme. ¿Cómo podía yo llegar a prever lo que sucedería a continuación? Tal vez si mamá hubiese tenido oportunidad de contarme algo más acerca de su pasado, hubiera evitado todas aquellas cosas tan agrias y tormentosas.

Para cuando llegamos a Farthy, ya estaba reunidos el grueso principal de los deudos delante de la casa. Además de Miles, Curtos, y Rye Whiskey, había docenas, de socios de los negocios de Tony, así como numerosas personas que trabajaban en Juguetes Tatterton. La mayoría de ellos iban vestidos de luto, y se reunían en pequeños grupos, saludándose unos a otros, estrechándose las manos, besándose las mejillas y hablando en voz baja.

Era un día otoñal cálido aunque nublado, un día perfecto para un funeral, pensé. Todo parecía más gris que nunca, y aquella nebrura ponía énfasis en lo arruinada que estaba «Farthinggale Manor». No podía dejar de recordar el orgullo con que Tony la había descrito cuando vinimos aquí en coche por primera vez..., su hogar ancestral, mejorado y ampliado por cada heredero Tatterton. Qué irónico resultaba que él tuviese un heredero que iba a seguir sus huellas, aunque sin tener ninguna relación con él, puesto que Drake era hijo de Luke Casteel, el hombre al que Tony había comprado su propia hija. Y ahora, en cualquier sentido de la palabra, había comprado a Drake, lo había comprado como su heredero.

Y Drake se había, en efecto, hecho cargo de todo. Se hallaba de pie delante del coche fúnebre, vestido con un esmoquin color negro ébano. Su rostro aparecía sombrío y oscuro como el de un empresario de pompas fúnebres. Las personas a las que había contratado para que dirigiesen el funeral estaban tranquilamente recibiendo

sus instrucciones. Había gente que dirigía la circulación de los coches y entregaba pequeñas esquelas con oraciones e himnos.

Luke colocó su coche en la fila y alzó la mirada una vez más hacia la casa principal; el misterio y excitación de aquella casona de piedras grises había desaparecido, sustituido por recuerdos desagradables. La ventana de lo que había sido mi habitación se veía oscurecida. Todas las cortinas habían sido corridas y los cristales se habían convertido en unos espejos que reflejaban aquel firmamento nubloso y deprimente.

Los criados acudieron a saludarme a mí primero. Curtis parecía destrozado y sus azulados labios le temblaban. Miles parecía atontado, con las mejillas frías y los ojos distantes. Incluso Rye Whiskey me pareció más anciano. El duelo le había envejecido con rapidez; él y Tony Tatterton habían permanecido juntos durante muchos años.

Drake se acercó a nosotros poco después, ignorando a Luke y acercándose directamente a mi lado en el coche.

—¿Cómo te encuentras, Annie?

—Muy bien, Drake.

Estaba decidida a ser la hija de mi madre y mantener mi dignidad y fortaleza.

—Empezaré en seguida.

Se inclinó más cerca de mí.

—¿Sabes quién está aquí? ¿Sabes quién, asombrosamente, sigue vivo?

—Sí.

Retrocedió sorprendido.

—¿De veras?

—Si me hubieras permitido hablar contigo de una forma más calmada, en vez de acusarme de ser una ingrata, a la vez que acusabas también a Luke de unas cosas terribles, hubiera podido contarte que le había conocido aquí y que fue él quien llamó a tía Fanny y le pidió que viniese a buscarme.

—Pero..., ¿por qué?

—Porque vio lo que estaba sucediendo, Drake. Sabía alguna de las cosas que tú te negabas a ver —concluí, sin intentar ocultar mi cólera.

Drake lanzó un vistazo a Luke y luego se volvió de nuevo hacia mí.

—Pues..., hice... lo que pensé que era lo mejor para ti, Annie. Lo siento —replicó, arrepentido.

—Dejemos las cosas pasadas, Drake, y hagamos lo que hemos venido a hacer aquí —dije con firmeza.

—Sí, naturalmente...

Uno de los empleados de pompas fúnebres le hizo una señal.

—Ya hablaré contigo después.

Regresó junto al coche fúnebre. Miré por todas partes en busca de Troy, pero no le vi. ¿Dónde estaba?

Mi pregunta quedó respondida después de que la cola de coches empezara a

alejarse de la casa y se abriese camino hacia el cementerio familiar. Ya estaba allí, dando su adiós particular. Se acercó directamente a nuestro coche en cuanto llegamos. Sus oscuros y melancólicos ojos se iluminaron al verme.

Ahora, vestido con un traje negro y corbata, pude ver con mayor claridad el parecido que había entre él y Tony. Sin embargo, mientras los ojos de Tony aparecían brillantes y excitados, debido a su demencia y tristeza, los de Troy eran tranquilos.

—Hola, Annie. ¿Ha ido bien el viaje?

—Sí, Troy. Troy, te presento a Luke.

—Ah, sí...

Se estrecharon la mano, y por la forma que se miraban el uno al otro a los ojos, comprobé que se habían gustado desde el primer instante, y aquello alegró mi corazón. Cuando abrí mi portezuela, ambos se precipitaron a ayudarme, pero Luke fue el que llegó primero. Troy retrocedió un paso y observó cómo me ayudaba a salir del coche.

—Ahora usas ya un bastón. Eso es estupendo —dijo Troy cuando Luke me lo entregó—. Qué cambios puede conseguir una atención cariñosa...

Luke, Troy y yo nos desplazamos hasta delante de la muchedumbre. Los ojos de Troy siguieron la mano de Luke cuando me cogió la mía. Troy nos observaba de una manera particular, con unos ojillos cada vez más pequeños y el rostro oscureciéndosele, pareció asentir para sí mismo y luego se dio la vuelta para escuchar las palabras del clérigo.

Drake pronunció a continuación un breve panegírico, describiendo a Tony como un hombre de negocios pionero, cuya imaginación había explotado nuevos mercados y creado una industria enteramente nueva. Quedé impresionada por su aspecto de persona experimentada y de grandes conocimientos. Parecía muchos años más viejo, y pensé que Tony había acertado con él: era un auténtico ejecutivo.

El sacerdote nos pidió a todos que cantásemos el himno escrito en las esquelas que nos habían entregado. Durante el himno, mis ojos fueron del monumento fúnebre de Tony al de mis padres. Las tumbas tenían la forma de hacernos ver las luchas de la vida como algo simple y sin significado, pensé. Todas las rencillas familiares morían y eran enterradas también aquí: la locura de Jillian, la lujuria y las confusas pasiones de Tony, la huida de mi abuela Leigh de donde era, el frustrado y perdido amor de mi madre..., todo esto descansaba aquí. Sólo los que quedábamos seguíamos forcejeando.

Durante un largo rato Troy y yo nos miramos el uno al otro, y me pareció que sabía que yo comprendía el porqué había querido adentrarse a caballo en el océano aquel fatídico día. Él miró después a Luke, y luego otra vez a mí. En cuanto finalizó el himno y el eclesiástico pronunció sus palabras finales, Troy se volvió hacia nosotros.

—¿Queréis venir un momento a mi casita de campo, a comer y beber algo antes de regresar?

—Me gustaría —replicó Luke.

Yo me limité a asentir. Miré hacia Drake, pero estaba muy atareado saludando a los socios de las empresas, estrechando manos y discutiendo las acciones que deberían tomarse en un próximo futuro. No creo ni que siquiera se diese cuenta de nuestra marcha.

Tuve la más extraña de las sensaciones cuando fuimos en coche hasta el cottage por la carretera de detrás del cementerio. Era como si todo se hubiese miniaturizado y estuviésemos a punto de entrar en una casita de campo de juguete, convertidos en ciudadanos de un mundo de juguete, un mundo de magia y de mentirijillas, el mundo en el que Luke y yo habíamos vivido durante la mayor parte de nuestras vidas. Troy, el maestro creador del mundo Juguetes Tatterton, era nuestro mago. Él nos tocaría con su varita mágica y eliminaría todo lo feo y triste del mundo.

A Luke le gustó la casita y quedó fascinado con las nuevas creaciones de Troy, en especial con el pueblo medieval. Troy nos preparó unos bocadillos y bebidas, y él y Luke hablaron de la Universidad de Boston y de alguna de las cosas que él estaba creando. Yo me senté y escuché, feliz de que aquellos dos hombres se llevaran tan bien.

Finalmente, Troy se sentó también, con una sonrisa en el rostro, mientras nos miraba a mí y a Luke.

—Cuéntame qué planes tienes ahora, Annie.

—¿Planes? Luke ha vuelto a la Universidad. Se convertirá en médico. Yo supongo que viajaré por Europa, como mis padres planearon originariamente que hiciera, y estudiaré a los grandes maestros, y luego también iré a la Universidad para desarrollar mi talento artístico. Seguiremos unos caminos separados para dotar de algún sentido a nuestras vidas.

—Comprendo...

Apartó la mirada, mientras la sonrisa se le corría por el rostro y desaparecía como si se tratase de humo. Cuando volvió a mirarnos, su rostro apareció de nuevo grávido de tristeza y de dolor.

—Debo confesar que te he traído aquí con ocultos motivos en la mente. Creedme si os digo que me he atormentado durante días meditando en estas cosas. La tentación mayor fue enterrar el pasado junto con Tony y Jillian, Heaven y Logan, y seguir viviendo como lo que soy ahora..., una especie de fantasma, apartado del mundo real, implicado sólo en mis ficciones, en mis muñecos.

»¡Qué tranquilo y seguro es el mundo de la imaginación...! Pero tengo la sensación de que se trata de algo que ambos sabéis, porque habéis averiguado que es un refugio seguro para vuestros verdaderos sentimientos.

Nos miró apreciativamente, y me pregunté cómo alguien que sólo me había visto y hablado durante tan escaso espacio de tiempo, pudiera entenderme tan bien y percibir con tanta rapidez mi secreta angustia.

Se volvió hacia sus diminutas creaciones.

—Puedo imaginarme toda una vida para mí mismo, poblada por la clase de gente que me gusta, y diseñar acontecimientos que cuadren con lo que yo deseo que suceda. Es mi locura particular, lo reconozco, aunque no es debilitante como lo era la de Tony, pero, de todos modos, es una vía de escape.

»Pero, después de veros a vosotros dos, me he percatado de que no puedo hacerlo; no puedo olvidarme y enterrarme aquí. Es algo que debo hacer, aunque tenga que destapar terribles heridas emocionales y me fuerce a enfrentarme con una triste realidad. No debo permitir que lo que nos sucedió a mí y a Heaven os suceda a ti y a Luke.

—Troy, no tienes que hacerte esto a ti mismo.

Miré a Luke.

—Ya lo sabemos.

—¿Lo sabéis?

—Estaba mirando con atención la casita de campo de juguete que le mandaste a mamá poco después de mi nacimiento. Fuiste tú quien se la mandaste, ¿verdad?

Troy asintió.

—Y se me ocurrió avizorar de cerca la puerta en la parte de atrás de la cocina..., la misma puerta que tienes aquí —añadí, señalándola—. Y encontré la carta que le escribiste a mi madre el día que Jillian murió y decidiste irte.

En vez de la sorpresa y, tal vez, la incomodidad que yo esperaba, Troy simplemente asintió, con una extraña sonrisilla formándosele en las comisuras de la boca, mientras sus ojos adoptaban de pronto una expresión de ausencia.

—Así que la conservó, ¿eh? ¡Cómo le gustaba hacer eso, y cómo le agradaba esconderse en el cottage, en las escaleras! ¡Oh, Heaven..., mi querida Heaven...!

Se volvió hacia mí, con la mirada duramente enfocada ahora sobre mí.

—De modo que averiguaste que tu madre y yo éramos amantes, amantes secretos...

Se puso en pie y se dirigió a una de las ventanas delanteras, y se puso a mirar por allí durante un prolongado momento. Pensé que no iría a decir una palabra más. Luke alargó la mano en busca de la mía, y aguardamos pacientemente. De pronto, todos los relojes empezaron a dar a la vez la hora y el reloj de una caja de música azul cielo, que tenía una forma parecida a la de la casita de campo, abrió su puerta delantera y la pequeña familia de dentro emergió y luego se retiró mientras tocaba aquella dulce y encantada melodía que yo había llegado a conocer tan bien.

—Troy...

—Estoy bien —nos contestó, y regresó a su asiento—. Parte de lo que voy a decirte debería habértelo contado tu propia madre...

»Hace años, cuando ella vivía una existencia difícil en los Willies, conoció a tu padre y se convirtieron en jóvenes amantes, entregándose mutuamente sus corazones. Si tu madre se hubiese quedado en los Willies, podía muy bien haberse casado con tu padre y vivido una vida sosegada y feliz en Winnerrow, pero el destino no quiso que

ocurriese así.

»Después de que Luke Casteel deshiciera su familia al vender a sus hijos, tu madre vivió con una mujer muy egoísta y celosa, Kitty Dennison, y su marido Cal. Fue una existencia dura para ella, porque Kitty se puso celosa de tu madre, y Cal..., llegado el momento, se aprovechó de ella. No resulta difícil comprender cómo pudo suceder una cosa así. Tu madre era joven y buscaba desesperadamente alguien a quien amar y que la quisiera. Cal, un hombre mayor, la figura del padre, sintió eso.

»Durante algún tiempo eso agrió a Logan, e incluso después de la muerte de Kitty, cuando tu madre llegó a Farthy, para vivir allí mientras acudía a la Universidad de Boston, él la rechazó. Heaven llevó aquí una vida solitaria. Yo estaba también en medio de unos tiempos muy malos para mí, convencido de que no viviría durante mucho tiempo. Estaba amargado y me mostraba retraído. Tu madre y yo nos conocimos y, durante un tiempo, ella llenó mi vida de esperanza y felicidad, hablábamos de matrimonio e hicimos maravillosos planes.

»Luego Heaven se fue en busca de su perdida familia y, mientras estaba fuera, como sabrás por la carta que leíste, Jillian me contó la verdad: que Tony era el padre de Heaven y que ella era mi sobrina. Al saber que ya no podríamos casarnos, le escribí una carta y dejé Farthy, para viajar y tratar de olvidar.

»Regresé mientras ella estaba fuera y, como sabes, monté en el caballo de Jillian, *Abdulla Bar*, y me metí con él en el océano, convenciendo a todo el mundo, incluso a Tony, de que me había matado.

»Y en realidad estaba muerto, muerto para cualquier cosa cálida y esperanzada; me limitaba a errar por ahí, aguardando el final.

»Pero el final no llegó. Viví más allá del tiempo en que soñé que moriría. Una vez más, esperanzado, incluso renovado, regresé pensando en alguna clase de existencia con Heaven, pero para entonces ya se había reconciliado con Logan y se habían casado. Viví secretamente en el cottage, y observé en secreto su recepción nupcial en Farthy, con el corazón destrozado.

»Durante un tiempo recorrí la finca e incluso entré subrepticamente en la casa, comportándome como uno de los espíritus de Rye Whiskey, sólo para poder verla sin ser observado. Tu madre sintió mi presencia y fue a verme a la casita de campo. Traté de ocultarme de ella en los túneles, pero me persiguió... y me descubrió..., descubrió que realmente seguía vivo.

»Ambos lloramos el amor que habíamos perdido, pero —sus ojos se movieron para observar mi rostro— no lo dejamos todo en aquel momento, aunque nos separamos determinados a no vernos nunca más de nuevo. Pero ella regresó aquella noche. Que Dios me perdone, pero confié y recé para que lo hiciera e incluso dejé la puerta abierta.

»Ella se presentó y tuvimos una última noche de amor juntos, una noche preciosa y especial, Annie, porque no albergo ninguna duda en la mente, ahora que te he conocido, de que tu nacimiento fue el resultado directo de aquella noche de amor

robada.

Las lágrimas rodaron por mi rostro durante todo su relato, pero, cuando dijo aquellas últimas frases, mi corazón se detuvo y Luke me apretó la mano como si, de repente, hubiera despertado de un profundo sueño.

—¿Qué... estás diciendo...?

—Digo que eres mi hija, Annie, mi hija y no la de Logan. Estoy diciendo que tú y Luke no tenéis parentesco sanguíneo. Fanny y Heaven no eran hermanas y Logan no era tu padre, aunque estoy seguro de que te amó como cualquier padre ama a su hija, aunque en lo más hondo de su corazón supiese todas estas circunstancias.

»Créeme, me ha atormentado decidir contarte todo esto, porque temía que menospreciaras a tu madre a causa de ello, pero, finalmente, llegué a la conclusión de que Heaven hubiese deseado que te lo contase todo, para que tú y Luke no os perdiérais el uno al otro, como nos pasó a ella y a mí.

»Si realmente existe una maldición sobre los Tatterton, ha nacido de nuestra negativa a mostrarnos honestos con nuestros corazones, y no deseo permitir que eso mismo te ocurra a ti.

»Deja las oscuras sombras de Farthy y enciende una luz de vida sobre todo ello, Annie. Comprende y olvida a la gente que cambió y torció su vida por un cruel destino, y cuya única falta fue que se deseaban con demasiada fuerza y demasiado amor.

Bajó la cabeza, agotado tras sus revelaciones. Durante un largo rato, ni Luke ni yo hablamos. Luego alargué la mano y lentamente cogí la de mi padre. Este alzó la cabeza para mirarme a los ojos, y en sus ojos vi el rostro de mamá. Vi su sonriente y hermoso rostro. Sentí su consuelo y su amor, y supe que todo lo que Troy nos había contado había nacido del amor, que eran unas palabras salidas directamente del corazón.

No odié a nadie, ni eché la culpa a nadie. Acciones emprendidas hacía mucho tiempo, habían determinado que dos familias tan diferentes como la noche y el día cruzaran sus caminos y sus destinos. El tumulto consiguiente había barrido ambas casas, manteniéndolas para siempre expuestas a los vientos de la pasión y del odio, volviendo locos a algunos, sacudiendo hasta sus cimientos a las dos familias.

Ahora Luke y yo nos encontrábamos solos en esta encrucijada. Ahora mi auténtico padre había decidido que ya había llegado el momento de acabar con esto. Nos mostraba el camino para salir del laberinto.

—No odiamos a nadie, ni tampoco hay nada que perdonar.

Él sonrió a través de las lágrimas.

—Hay mucho de Heaven en ti. Y creo que lo que tienes de su voluntad será suficiente para vencer cualquier melancolía que hayas heredado de mí...

»Durante mucho tiempo viví en la vergüenza, lamentando aquella noche de amor que Heaven y yo habíamos compartido, pero cuando vi lo bella que eras y me percaté de lo que sería tu vida si podías verte libre de todas las mentiras y engaños, decidí

concederte lo mejor, el único regalo que podía darte..., la verdad...

»Iros ahora y vivid libres de todas las sombras.

Estrechó la mano de Luke.

—Ámala y cuídala como tu padre llegó a amar y cuidar a Heaven...

—Lo haré.

—Adiós.

—Pero vendremos a verte, una y otra vez —exclamé.

—Eso me gustaría. No resultará difícil encontrarme. Viviré siempre aquí. Mi huida de la vida ya se ha acabado.

Nos escoltó hasta afuera y nos besó y abrazó una vez más. Luego Luke y yo nos subimos a su coche. Miré otra vez hacia atrás para hacerle un ademán de adiós. La parte melancólica de mi carácter me hizo temer no volver a verle de nuevo, y me proyectó hacia un tiempo en el que regresaría a un cottage vacío, en el que sólo habría juguetes sin terminar.

Pero mi lado más feliz, más esperanzadamente fuerte, barrió aquellas oscuras imágenes y las reemplazó por otras de un Troy anciano, aún trabajando con sus juguetes, saludándome a mí, a Luke y a nuestros hijos.

Luke alargó el brazo a través del asiento para apretarme la mano.

—Párate otra vez en el cementerio, Luke, por favor...

—Con mucho gusto.

Una vez lo hizo, salimos del coche y nos acercamos a los monumentos funerarios. Permanecimos de pie ante ellos en silencio, con las manos cogidas.

A la distancia, la gran casa de piedra se erguía más majestuosa y alta que nunca, la luz del sol encontró una abertura entre las nubes, y la amplió y la amplió, hasta que unos brillantes rayos se extendieron por todos los contornos del edificio.

Luke y yo nos miramos... En mi memoria, las palabras de nuestra fantasía volvieron a sonar por sí mismas:

«Tal vez se convierta en lo que deseas que se convierta..., si deseo que sea de azúcar y jarabe de arce, en eso se convertirá...»

«Y si deseo que sea un castillo magnífico, con caballeros y damiselas, y un príncipe triste y melancólico anhelando que regrese su princesa, eso será.»

—Sé mi princesa, Annie —me dijo Luke de repente, como si hubiese escuchado mis pensamientos.

—¿Por siempre jamás?

—Por siempre jamás...

—Oh, sí, Luke, sí...

Puso su brazo en torno de mi cintura, nos dimos la vuelta y regresamos al coche.

Sonreí en mi interior, segura de que, allá en la casita de campo, Troy estaba escuchando el tintineo de una melodía de Chopin.

FIN